THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.G79
A8

a 00000 02148 9

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
MAY 18 2000			
MAY 15 '00			
APR 18 2008			
APR 02 2008			

Form No. 513

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elasesinatodealv00guti

RC
C
PQ7797
.G79
A8

EDUARDO GUTIERREZ

LOS GRANDES CRÍMENES

El Asesinato de Alvarez

BUENOSAIRES
N. TOMMASI, Editor
—
1896

T'A ANTICUARE
BREFUA Y PA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

LOS GRANDES CRIMENES

EL ASESINATO DE ALVAREZ

Los grandes crímenes policiales de que ha sido teatro Buenos Aires, de cincuenta años á esta parte permanecen ignorados aún, aunque muchos de ellos, como aquel cuya narración emprendemos hoy han conmovido profundamente la sociedad argentina por la clase de personas que en él han figurado y, por lo terriblemente trájico del suceso.

La prensa de entonces, sin los recursos y las necesidades que tiene hoy, no se ocupaba de las crónicas policiales, y los crímenes se conocían por la narración que se hacían unos á los otros, en una sociedad reducida como era la de entonces.

Era necesario que un crimen revistiera toda la magnitud del que nos ocupa, para que la Policía saliera de su habitual marasmo, acosada por la sociedad que lo comentaba, y le exigía aquella actitud reparadora.

La criminalidad en Buenos Aires no había ofrecido nunca un carácter alarmante, y la autoridad policial no tenía ni la mas remota idea de los crímenes que vinieron mas tarde á conmover tan hondamente aquella sociedad inocente que ni siquiera tenía idea del mal.

El dinero se ganaba con gran facilidad, la vida era barata y sus necesidades insensibles casi.

Los alicientes del crímen eran menores y nues-

tras playas no habian ofrecido aún su puerta francamente abierta á los presidios de la Europa.

Los robos cometidos se reducían á pequeñas rateriás y los crímenes no pasaban de alguna puñalada cambiada entre dos compadres á la puerta de alguna esquina.

Así es que el asesinato de Alvarez vino á conmover la población de una manera terrible, no solo por lo dramático y feroz del crimen mismo, cuanto porqué sus autores eran jóvenes pertenecientes á la primera sociedad y á las primeras familias.

De este crímen relacionado á otros muchos como del fin trájico de sus autores, solo queda el recuerdo en la memoria de los contemporáneos, ancianos ya, y el sumario que duerme entre el polvo de los archivos del Juzgado del crímen.

Solo uno de los hombres que en él estuvieron envueltos, vive aún, ó se supone que debe vivir.

Los hombres jóvenes y la generación presente, conocen el hecho, por la relación vaga que han oido, pero sin el menor detalle, sin el menor antecedente que aclare el misterio de aquella infamia.

Así han pasado de narración en narración, siempre adulterada y con mayores ó menores inexactitudes, los hechos sangrientos que forman la historia policial de aquellos tiempos hasta hace muy pocos años, que la prensa empezó á tratarlos en lugar preferente.

Se sabe que hubo un proceso de Clorinda Sarracan, de una Rivadavía, del asesinato de Alvarez, de Fiorini etc., etc., pero nada mas.

Se cuenta el crímen desnudo.

Pero las causas, los móviles, los accidentes fuertemente dramáticos de que están rodeados, no se tiene de ellos la menor noticia ni el menor dato.

Nosotros hemos arrancado al polvo de los archivos y á la memoria de los contemporáneos, todo lo que se relaciona al mas dramático y conmovedor de todos ellos: el asesinato de Francisco Alvarez.

Estamos seguros que su narración despertará el

mayor interés entre los lectores de este libro, como conmovió á la sociedad de aquella época.

Garantimos la mas estricta exactitud en la narración que emprendemos.

EL JUDIO ERRANTE

Hace cosa de veinticinco años, los dos estudiantes mas traviesos de la Universidad de Buenos Aires, hicieron sociedad para sacarle hasta la última gota de jugo á la próxima vacación.

Con quince años en el espíritu, un cajon de cigarros paraguayos y dos camisas en la balija; un par de cien pesos en el bolsillo y todo el buen humor de aquella edad inolvidable, mis dos estudiantes se creian un par de potentados comparables solo á un Creso ó á un Anchorena, sinónimo entonces de colosal fortuna. Famosos é interminables proyectos de paseos y parrandas, saltaban á cada momento como cabritos, por el majin de los dos estudiantes.

Uno proyectaba irse á Montevideo á deslumbrar la sociedad oriental, mientras el otro se conformaba á meterse en una estancia amiga y pasar un par de meses de vida criolla y sobona haciendo y recordando todo lo que no fuera abrir un libro ó pensar en la clase de latin que dictaba lápiz en ristre, el inmortal Lársen.

Tanto se habían apurado para el exámen aquellos dos pebetes, que habían agarrado la más morruda indigestión de latines y filosofías que se haya alojado en estómago humano y estudiantil.

Después de comer una tarde en el jardin de don José, y echando las últimas humadas á un pucho de paraguayo, los dos estudiantes recorrieron plácidamente todos los proyectos formados, para poner en ejecución el más tentador de todos.

—Voto por el viaje á Montevideo, dijo Juan Chas

saing, que era uno de ellos, sumamente fantástico y amigo de todo lo raro y de difícil realización.

—Pues sea el viaje á Montevídeo, contestó Ricardo Gutierrez, que era el otro estudiante, su inseparable amigo.

—Sí, pero no hemos de hacer el viaje así no mas enbarcándonos en Buenos Aires y desembarcando en Montevideo, como cualquier viviente.

—¿Y como diablos quieres que vamos?

—De una manera mas divertida y barata.

Podemos irnos de aqui á la Colonia, en cualquiera de los buquecitos que hacen la carrera, y de la Colonia nos soltamos á pié hasta Montevideo.

Te aseguro que el viaje es mucho más entretenido y sobre todo mas barato.

Verás como nos vamos á divertir!

—Pues vámonos como quieras, aunque sea sobre el lomo del diablo.

La cosa me seduce y no hay más que hablar.

Dieron su última chupada al paraguayo cuya brasa chilló al llegar á la parte mojada del pucho y salieron del jardin mas alegres que Arzobispos en dia de fin de mes.

Las mas descalabradas diabluras se revolvieron en aquellos majines infernales, mientras se quemaban los dedos por no soltar el pucho.

Habían aumentado con otros doscientos pesos por barba la *vaca* para el paseo y sus largos pescuezos se estiraban con una travesura infinita al fingir el aire más acentuado de dos capitalistas aburridos de la vida.

Al día siguiente hacían sus preparativos de viaje para el que debian realizar esa misma tarde, preparativos que consistían en untar un poco de tinta en las peladuras de los botines, y afilar y sacar punta á dos cuchillos de postre, robados la noche anterior á la familia, elemento indispensable para la travesía á pié.

Lo que es la carne ya sabían que no podía faltarles, pero sabían tambien que en el campo el que

no lleva cuchillo tiene que comer á dedo pelados y mordiscón limpio.

Cada cual preparó su balija, que consistia en un rollo de diarios donde iban las camisas y los cigarros, y sin otro equipaje dieron un beso á las buenas madres y emprendieron el extraño viaje.

Tan entusiasmados iban, que ni siquiera se acordaron de hacer la última pasada á su muchacha respectiva y la última sacada de lengua á la vieja cancerbero.

No pensaban más que en el viaje, en las aventuras del camino, y sobre todo en la vida de fondin que se regalarian en Montevideo.

Oh! el tufo de uno de aquellos *carneros con patatas* ó de un bacalao á la Valenciana los atraia como el iman.

Por eso es que sus mas graves conciliábulos tenían lugar en el fondín de don José, á donde concurrían todos los fines de mes, ó cada vez que el bolsillo escuálido alimentaba entre sus enormes costurones la fabulosa existencia de un papel de á veinte.

Oh! veinte pesos, la posesión de veinte pesos y la perspectiva de una comida de fondin, les hacía bailar los intestinos como al contacto de una pila de Volta.

Oh! tiempos felices, en que un poco de pan y una caja de sardinas, constituían una cena digna de un magnate!

Mis dos estudiantes se metieron en un buque de vela y en el buen humor del Capitan, que en semejante compañia pasó la noche mas salada de su vida, obsequiándolos con un salpicon de chuparse no solo los dedos, pero hasta de lamer los platos y aún la fuente.

Desembarcados en la Colonia, se metieron en un fondín, donde echaron un buen sueño, pues habían pasado la noche de claro en claro, de jarana con el Capitan.

Después que hubieron almorzado un descomunal

plato de puchero y otro de guisote, emprendieron su viaje á pié, munidos de todas las señas necesarias para no equivocar el camino.

En vano el fondero les hizo mil reflexiones sobre los peligros de aquel viaje sobre todo durante la noche.

Estos eran otros tantos alicientes para Juan Chassaing, cuyo carácter tan vigorosamente acentuado le hacía abrigar el mayor desprecio por todos los peligros de la vida.

Además, cuando se tiene quince años, no hay peligro que tenga el poder suficiente á detenernos el pie, ó hacernos cambiar el camino que nos lleva á una aventura, por peluda que sea.

Entonces se escucha con asombro y sin comprenderla esta frase: «tengo miedo», y se siente como cosquillas ante un rostro pálido y tembloroso por el espanto.

Después de dejar en las paredes de la pieza que les había servido de aposento el mas zafado par de letreros, salieron de la fonda riendo, al pensar en las grandes iras que al leerlos sentiría el fondero.

Así caminaron con diferentes descansos ó disparadas, hasta que llegaron á las *Higueritas* con una hambre de todos los demonios y un sueño de todos los frailes á la hora de la siesta.

—Un fondín, gritó Chassaing—confieso que vendería, mi primogenitura no por un plato de lentejas, pero sí por la seña de un fondín.

—No tengas cuidado que no hemos de tardar en tropezar con alguno.

Aquí, por lo menos, deben haber postas donde mudan las diligencias, que nos servirán para alquilar un matungo, porque ya esto es mucho caminar.

Vamos no mas que me parece, Dios me perdone, que tomo olor á fonda y hasta siento el tufo de algun guisote con ajos.

Los dos compañeros siguieron caminando y chacoteando, hasta que un viviente que caminaba en

sentido opuesto, les dió las señas de la única fonda que por allí había.

Ya se podrá figurar el lector lo que era ahora veinticinco años el camino de la Colonia á Montevideo.

El único paraje poblado era las *Higueritas*, y esto porqué allí era posta de galeras, donde había una especie de almacen, fonda y salamanca, como los que se ven aun en nuestra campaña, entre los pueblos lejanos de la vía férrea.

A aquella fonda, posada, etc., enderezaron mis dos estudiantes locos de hambre y de cansancio.

Aquello era un maremagnum capáz de aterrar á cualquier pareja que no hubiera sido la de mis dos estudiantes.

A la izquierda estaba la gran pulpería y tienda, con su tradicional rejilla de fierro, para despachar la caña con limonada al paisanaje barullero que suele terminar sus convidadas, haciendo volar vasos y botellas por las narices del pulpero.

No hay pulpería de campaña sin este requisito y salvador para la vida del pulpero. A la derecha dividida de la pulpería, había una gran pieza, que era el comedor comun á todos y donde había una larga mesa de pino que fué blanco en su juventud, flanqueada por un par de mesas más chicas destinadas á la crema de los viajeros.

Los banquitos de tres piés que había delante de las mesas, inválidas y aperreadísimas, acusaban la série de tremolinas y descomunales batallas de que había sido teatro aquel comedor cuyas paredes estaban llenas de tajos y marcas lastimosamente pintadas á punta de facon.

—Me parece que este es un tujurio infernal, dijo Chassaing, de donde será milagro salir sin alguna aventura sobre las costillas.

Me gusta mucho este porque ya nuestro viaje se hacía monótono.

—Por lo pronto tenemos aqui comida y algun catre donde estirar los huesos, repuso Gutierrez.

Ahora lo que conviene es poner á buen recaudo la plata y apretarnos el bonete en cuanto hayamos descansado.

La cara jovial de Chassaing se iluminó al dejar ver entre una sonrisa, aquellos dos colmillos montados que daban á su fisonomía inteligente una expresión mefistofélica.

Había vislumbrado una aventura que podía ser dramática y se sentía feliz.

Entraron al fondín y pidieron que comer primero y un catre en seguida, bueno ó malo, donde reposar la asendereada humanidad.

Aquella no era hora de llegada de galera, ni había á la puerta vehículo ó caballo alguno que acusara la presencia de viajeros.

El dueño de aquel fondín, que era un genovés franco y bonachón, miró alegremente el semblante travieso de los dos estudiantes, su raro equipaje y sonrió creyendo sin duda explicarse la presencia allí de los dos jóvenes.

—Ustedes no son de aquí, les dijo, y me parece que de Montevideo tampoco.

¿De donde diablos vienen y en qué hacen el viaje?

—No se trata de eso, amigo mio, sinó de saber si hay aquí donde comer y donde dormir, replicó Chassaing: lo demás será para más tarde.

Sí que hay, y de lo fino, replicó á su vez el buen genovés.

Pero á mi no me la pasan; ó ustedes se han escapado del colegio ó de la casa de la familia.

—¿Y por qué usted cree eso?

—Cristo! porque ustedes no tienen facha de pobres y no se viaja así á pie y con un paquete por todo equipaje sino por estas dos razones:

O porqué no se puede pagar ó porqué se huye, y á su edad y con sus caras, no se huye sino por travesura.

Mucho rieron los dos estudiantes de la penetración de aquel buen fondero, quien empezó á obse-

quiarlos con la más salada historia de la tierra, para explicar su penetración.

—Aceptamos el cuento; dijeron los estudiantes, á condición de que se ha de referir mientras se nos prepara la comida, porque los silbidos de las tripas no permiten escuchar bien.

—Altro que comida, repuso el genovés: se van á pegar un atracon que les vá á durar una semana.

Mis dos estudiantes escucharon la historia del fondero, mientras éste les acomodaba sobre una de las mesas chicas un par de cajas de sardinas y un metro de asado al asador al que acometieron los dos amigos con sus cuchillitos de postre convertidos en puñal.

La última costilla de asado volaba por el aire más limpia y blanca que papel de oficio, cuando el fondero llegaba á la parte mas famosa de su historia interminable.

Alegres y decidores lo que habían llenado las tripas, los estudiantes protestaron energicamente contra la continuación de la historia.

—Pulpero maldecido! gritó Gutierrez en su tono mas alegre—te prohibimos terminantemente pronunciar una palabra más, hasta que no nos muestres el catre bienhechor donde hemos de reposar los matambres.

—Genovés descomunal! agregó Chassaing después de imitar un gran relincho.

Si hablas una alabra mas que no sea esta: ya están los catres te vamos á comer crudo!

Una larga y franca carcajada fué la contestación del genovés pulpero, que diciendo «un minuto» desapareció del comedor en tres brincos.

Los estudiantes quedaron haciendo sus reflexiones sobre aquel pulpero original y mirando á un grupo de cuatro compadrones que se habian apoderado de la gran mesa sobre la que daban grandes golpes de rebenque gritando:

—A ver si viene ese gringo de porquería á atender á los marchantes!

—Me sospecho que no vá á tardar en armarse una de todos los diablos, dijo Chassaing—aquí nos vamos á divertir en toda regla!

A los repetidos golpes de los compadrones acudió el pulpero, que fué recibido con sendas manifestaciones campestres, que no son para contarlas aquí.

—Traíganos un puchero, canejo, ó le comemos la mesa!

—Al momento, al momento, replicó el genovés sin alterarse, habituado sin duda á aquellas manifestaciones.

Y acercándose á los estudiantes, les avisó que estaban los catres, que podían seguirlo.

Ambos se pusieron de pié y siguieron al fondero, que los llevó á un galpon donde había varios catres.

Dos de ellos se hallaban esmeradamente tendidos con un par de ponchos lastimosos, que constituian todas las cobijas.

Es verdad que hacía un calor de horno, y que ni aquellos mismos eran necesarios.

Solamente á los quince años y rendido por una fatiga enorme se podía aceptar aquellas camas, sobre cuyos largueros ennegrecidos se veían las sendas abiertas por el continuo viajar de las chinches.

Sin embargo, por asendereados y rendidos que estuvieran los dos estudiantes no se resolvieron á ser sangrados en plena salud, y decidieron bajar los ponchos y hacer cama en el suelo, mas duro, pero menos habitado que los catres.

Los huesos sufrían un poco mas, dijeron, pero la carne reposará tambien un poco mas, libre de toda chinche y pulga.

Y pensando en el viaje que seguirían al día siguiente enhorquetados en algun matungo que pudieron alquilar, se quedaron profundamente dormidos, con las manos metidas en el bolsillo donde iba la fortuna común, porqué el fondero parecía el hombre mas honrado de este mundo, pero no po-

dia decirse lo mismo de sus parroquianos, entre los que había aves de todo pelaje y de todo vicio.

Cuanto tiempo durmieron los estudiantes, no lo supieron ellos mismos.

Y sabe Dios hasta cuando hubiera durado aquel sueño, si no los despierta la mano cariñosa del fondero, quien les anunciaba que era ya de noche y que si no se levantaban no tendrían que comer.

Después de cerciorarse que el dinero estaba en el bolsillo, se levantaron perezosamente y volvieron al comedor, donde se sentia un bochinche de todos los demonios.

Eran los peones y mayoral de la galera que allí habian de hacer noche y que engullian un guisote de primera fuerza.

Los estudiantes montaron á caballo sobre sus bancos respectivos y empezaron á comer, con el mejor apetito y humor de este mundo.

Estasiados estaban en la contemplación del cuadro que les ofrecia la gran mesa, cuando fueron sorprendidos por un ruido inesperado allí, que les prometia una alegre noche.

Era el chocar contínuo de las bolas de un billar.

—Olá amigo, preguntó Chassaing—parece que tenemos billar.

—De todo un poco hay aquí—es preciso tener con que matar las noches que son por aquí medio aburridas.

—Pues ya tenemos donde matar la nuestra repuso Chassaing.

Y concluida la cena y encendido el sempiterno cigarro paraguayo, pasaron al salon de billar.

Era este una pieza de techo de paja, como el resto del edificio.

Allí no habia mas que una mesa de billar añeja, carcomida por los años de largo y eterno servicio, con su correspondiente taquera y contador.

En los ángulos de aquel titulado salon de billar había tres mesitas, por el estilo de las del come-

dor, que servían para asiento y comodidad de los mirones.

Los dos estudiantes tomaron asiento en una de estas mesitas y pidieron un café.

En aquel momento cuatro compadrones de la peor estampa y catadura jugaban una partida de palos, cuya cuenta llevaba, taco en mano, otro individuo del mismo pelaje, á quien los cuatro jugadores llamaban Pedrito.

En el ángulo opuesto á aquel en que se habían colocado los dos estudiantes, había un hombre de cierta edad que tomaba tranquilamente una taza de café, mirando la partida.

Perdido entre las sombras que proyectaba el quinqué de aceite colocado sobre la mesa del billar, nuestros dos estudiantes poco se pararon en él fijando su atencion en los jugadores y el contador.

Estos habían visto entrar á los estudiantes pero como eran dos *mocitos*, se encojieron de hombros y siguieron su partida.

Tanto los jugadores como el llamado Pedrito, tenían un tipo siniestro y catadura poco tranquilizadora.

En mangas de camisa para jugar con mayor comodidad, dejaban ver en sus cinturas enormes facones.

Los hombros estaban cubiertos por largas y gruesas cabelleras que servían de marco á sus fisonomías duras, donde los rasgos del vino y del vicio habían dejado profundas huellas.

Estas fisonomías estaban sombreadas y medio ocultas por la sombra del sombrero echado sobre los ojos.

—Es imposible que aquí no presenciemos alguna aventura famosa dijo Chassaing, y se acomodó plácidamente como si estuviera seguro de que allí iba á suceder algo que estuviera en relación con el fondin y los jugadores.

—Este pícaro de Pedrito, dijo entonces uno de

ellos, es un pillo tramposo á quien tarde ó temprano vá á ser preciso escarmentar.

Y miró á Pedrito con un ademan agresivo.

—¿Y porqué decís eso? preguntó éste encarándose con el jugador.

¿Qué trampas puedo hacer yo, que no estoy jugando?

—Estás tanteando falso, añadió el jugador, cada vez mas amenazante.

Hace un rato que por mas palos que hago mi cuenta no avanza, y esto ya es inaguantable.

—Oh! no seas zonzo, concluyó Pedrito—yo tanteo bien y si su cuenta avanza poco es porque mas palos hacen los contrarios.

Avisa si estás caliente!

El jugador calló—le tocaba jugar en ese momento y no podia atender á Pedrito.

Este se encogió de hombros y siguió marcando los tantos como si nada se hubiera dicho.

—¿No te digo que aquí nos vamos á entretener? dijo Chassaing á Gutierrez en voz baja.

El tal Pedrito me parece un peine de primera fuerza y no van á tardar en armar una tremolina de todos los diablos.

—Mucho me temo que la tremolina asuma todo el carácter de una batalla, replicó Gutierrez, y como su amigo, se arrellenó para contemplar la aventura cómodamente.

Concluida la bolada, el jugador que había interpelado antes á Pedrito, se le paró por delante diciéndole ya de una manera amenazadora:

—Estás haciendo trampas y esto no se puede aguantar ya.

No solo no nos apuntas los tantos que hacemos, sino que le apuntas de mas á los otros.

Pedrito era uno de aquellos compadritos de cara zafrada y brava.

Los otros eran tipos de mas foragidos, mas grandes y corpulentos, pero esto no parecia intimidarlo en manera alguna.

Así, taco en mano, se presentó delante del jugador y con una insolencia más agresiva aún, replicó:

—El tramposo no soy yo sino ustedes que pretenden sin duda que yo les apunto demás y que con mi taco les haya ganado la partida.

Esto no lo han de lograr aunque se lamban!

—Y en cuanto á las amenazas pueden irlas guardando porque no me importan ni esto.

E hizo sonar entre los dientes la uña del dedo pulgar.

—Eso nó, contestó otro de los jugadores, porque si yo te agarro no te queda tripa sana.

Este compadrón tenia una larga cicatriz sobre el ojo derecho, que le daba una expresión feróz.

—He dicho que me rio de todas las amenazas y que á nadie le tengo miedo.

Todos ustedes juntos no sirven para que yo me limpie la cara.

Y si quieren hacer la prueba con ir saliendo de uno á uno, estamos del otro lado.

Pedrito crecía á los ojos de mis dos estudiantes, que solo veian en él un compadrito travieso, provocando las iras de cuatro otros con cara y aspecto de bandidos.

Los cuatro jugadores se vinieron sobre Pedrito, abrumándolo á injurias, que este escuchó sonriendo, pero con el taco dado vuelta á manera de maza.

En estas situaciones, el primer palo ó puño que cae produce la batalla.

Asi sucedió aqui.

Acosado Pedrito por sus cuatro antagonistas, levantó su taco y lo dejó caer sobre las cuatro cabezas.

Una verdadera tormenta de gritos y lluvia de tacazos, siguió al golpe de Pedrito.

Aquello fué una sucesión de maldiciones y palos, que duró como veinte segundos.

De pronto Pedrito, que sin duda presentia que la lucha así debia serle fatal, se desprendió del grupo y en un par de brincos formidables, se colocó en

un ángulo de la pieza haciendo espaldas en el rincon.

En su mano derecha brillaba una daga como un asador, mientras sobre el brazo izquierdo enrollaba rápidamente el poncho.

Los cuatro jugadores soltaron tambien sus tacos y cada cual peló su daga que no cedia en dimensiones á la de Pedrito, y se dispusieron á caer sobre éste.

—Esta es la buena, dijo Chassaing, preparándose á no perder el menor detalle de la batalla.

Me parece que éste Pedrito es muy capaz de cumplir lo prometido.

Los cuatro compadrones avanzaron y Pedrito quedó así encerrado en un círculo de puñales.

Aquello había pasado con una rapidéz de segundos.

De pronto estudiantes y compadres prestaron la atención á un nuevo personaje que, sin esperarlo, se presentaba en escena de una manera imponente.

Era el hombre del ángulo sombrio, á quien todos habían olvidado.

Cuando los cuatro jugadores se lanzaron puñal en mano, dió sobre la mesa un terrible puñetazo que hizo saltar la taza de café, y con voz fuerte y acento sombrio gritó:

—El primero que toque á Pedrito se las entenderá conmigo.

Cuidado pues canalla, porque no me queda ni uno en pié.

Y soltando un voto espantoso desnudó su puñal y se puso de pié con ademan de cumplir lo prometido.

Los cuatro compadrones miraron á aquel hombre, bajaron los ojos ante los rayos de aquella mirada soberbia y envainaron los facones volviendo á la mesa de billar.

El mismo Pedrito miró sonriendo al personaje misterioso y guardando su daga, se dispuso á seguir apuntando los tantos; mientras aquel hombre vol-

via á tomar asiento, indiferente, como al principio, á todo lo que allí pasaba

¿Quién era aquel hombre extraordinario que con un puñetazo y una amenaza hacía cesar un combate imponiéndose con una autoridad incuestionable á cuatro bandidos de la peor estampa?

Recien mis estudiantes, vueltos de su asombro fijaron en él su atención.

Era un hombre que entonces representaba unos cincuenta años.

Su fisonomia aguileña y fuertemente acentuada se encerraba en una barba gris, que le llegaba hasta la cintura.

En aquella fisonomia había algo de distinguido y aristocrático, que hacía comprender que aquel hombre se hallaba fuera de su centro de acción y de la esfera social en que había rodado.

Dos grandes ojos garzos, rasgados y altaneros, de mirar penetrante y soberbio, prestaban animación á aquella fisonomía que bien podía clasificarse de lúgubre.

Y en todo aquel conjunto vigoroso de facciones fuertemente acentuadas, había una calma terrible, que parecía mas bien el reposo de la fiera.

Era algo imponente que no se explicaba en el primer momento.

Su cabellera larga y cana como la barba, caía sobre la espalda en espesos risos, acusando que aquel pelo no había sido cortado por lo menos hacía unos veinticinco ó treinta años.

La boca de aquel hombre era una facción notable y lo que mas llamaba la atención.

Aquella boca de lábios delgados y aristocráticos estaba impregnada de una expresión de desden supremo y de profundo hastio por todo lo que rodeaba su vida misteriosa.

Entre sus lábios parecia asomar siempre una maldición á penas contenida, que se perdía entre la espesa mata de su barba gris.

El traje que cubría su delgada y elevada talla,

no ofrecia nada de extraordinario, fuera de la distinción natural con que era llevado.

Llevaba una bombacha de brin, metida entre una bota vieja y descosida y á pesar del calor que hacia cubría su cuerpo con un grueso poncho de vivos colores.

Un sombrero de anchas alas cubría su cabeza soberbia sombreando aquella mirada de rayo.

Los dos estudiantes contemplaron largo rato este personaje, sin que él, al parecer' hubiera fijado su atención en ellos.

—Se me parece, dijo Chassaing, que éste debe ser un gran tipo!

No se impone así no mas á cuatro bandidos, sin tener algo de superior en el corazón.

Luego este rasgo de defender al compadre este, porque es atacado por cuatro, no es hijo sino de sentimientos nobles y de espíritu valiente.

Después de meterse en el bolsillo á estos bandidos, se ha quedado indiferente y tranquilo, como si esta acción fuera en él habitual y no mereciera siquiera fijar su atención.

Yo voy á averiguar quien es ese tipo que me ha intrigado fuertemente.

No es un hombre vulgar, fuera de toda duda, aunque parece que esta vida y esta sociedad le es habitual.

Ya ves que estos mismos tipos no han estrañado ni su actitud ni su presencia, como si el dominio que sobre ellos ejerce fuera una cosa ya aceptada é incuestionable.

Este hombre debe encerrar algun misterio que me interesa conocer, y yo voy á preguntarle quien es.

—Quien sabe como interpretará nuestra curiosidad replicó Gutierrez.

Un hombre que así se aleja de un centro de acción, viviendo en un mundo inferior al suyo, si es lo que nosotros creemos, no le ha de gustar que

nadie vaya á turbar su quietud con recuerdos que tal vez le sean enojosos.

Es preciso pues un gran tino para abordarlo, de otro modo será muy difícil sacarle la menor cosa.

—De todos modos por algo hay que empezar y yo no me voy sin satisfacer la curiosidad que en mi ha despertado este hombre.

Y con aquella firme decisión que caracterizaba á Juan Chassaing, se levantó del lado de su amigo y fué á sentarse á la mesa del desconocido.

Los jugadores seguían tranquilamente su partida, al parecer olvidados de lo que había sucedido.

—Perdone amigo que turbe su pensamiento le dijo Chassaing, pero lo que usted acaba de hacer nos ha llamado la atención y nos acerca á usted un ínterés de saber quien es y que especie de poderoso dominio tiene sobre esta gente.

El desconocido miró á Chassaing con la misma indiferencia que parecía tener por todo y contestó tranquilamente.

—¿Y que he hecho yo de extraordinario que pueda llamar la atención de nadie?

—Cómo nó?

Usted ha acudido á lo defensa de un hombre solo atacado por cuatro.

—Es que yo conozco á esta canalla y Pedrito es el menos tramposo de todos.

Le tengo por esto simpatía y lo he defendido, y si esos no me hubieran temido no les hubiera permitido hacerle daño sin que antes me hubieran inutilizado.

Yo soy así, continuó y en esto no hay el menor mérito.

—Es que esa acción demuestra una nobleza de carácter que no tienen sino los hombres de sentimientos elevados y de corazón valiente.

A estas palabras, la fisonomía del desconocido se iluminó al rayo de su propia mirada.

—¿No es verdad? preguntó vivamente que el hombre que ha hecho por un estraño lo que ustedes

han visto no puede partir de una puñalada la espalda de un amigo?

Y cayó en una especie de abatimiento é hizo un ademán vigoroso, como si hubiera querido apartar de sus ojos la sombra de un espectro.

Al oir estas palabras, la curiosidad de los estudiantes se convirtió en un vivísimo deseo de conocer la historia formidable que encerraba aquella pregunta hecha de una manera tan inusitada.

—Indudablemente, repuso Chassaing, tratando de interesarlo á seguir su propio pensamiento.

El hombre que se espone por defender asi á un indiferente, no es un miserable capaz de clavar un puñal en la espalda de un amigo.

—Y sin embargo, dijo aquel hombre como si respondiera á un pensamiento, ese es el hecho atribuido y el hecho aparente:

Nadie puede sondear el corazón ageno!

—Víctima de un miserable, agregó dirigiéndose á los estudiantes, hace treinta años que vivo así como una fiera, alejado del mundo y de la sociedad donde nací y me crié.

Yo he muerto civilmente hace esa fecha, nadie me recuerda y el peso de la acusación más terrible es la lápida que cubre mi memoria, hasta para mis propios hijos.

Yo ando asi vagando desde entonces, hasta encontrar la punta del puñal benéfico que me libre de una existencia que me es odiosa y que no quiero quitarme por mi mismo.

Errante y miserable, cruzo desde entonces los sitios más solitarios y los parajes más espuestos.

Me meto en los sucesos mas peligrosos, como ustedes acaban de verlo; trato á estos bandidos malamente, invitándolos á partirme el corazón de una puñalada, pero todos me temen sin saber yo porqué y huyen de mí como de un poder superior.

Parece que adivináran en mí un desesperado cansado de la vida, pero resuelto á venderla caramente.

Yo no sé porqué obedecen como ahora al sonido de mi palabra, sin atreverse á volver sus iras contra mí.

Yo he caminado así entre todos los peligros y todos los bandidos, sin hallar esta suprema felicidad para mí: una puñalada que me parta el corazón.

—¿Pero cuál es la causa que engendra ese profundo hastío de la vida? preguntaron los estudiantes cada vez más interesados.

—Una infamia en la que fuí víctima sin saberlo y sin quererlo.

Arrastrado por un espíritu perverso y en un momento de estravío, me asocié á un crímen cuyo recuerdo me quema aún el cerebro.

Desde entonces me he hechado el alma á la espalda y he buscado por todos los medios á mi alcance librarme del tormento de la vida, pero no han querido.

Estos miserables me temen y no me quieren matar.

Chassaing había ejercido su influencia poderosa sobre aquel hombre que, á su pesar, se sentía arrastrado á él, por una corriente simpática.

Y por primera vez, recorría su pasado nebuloso para comunicarlo á un extraño.

—He venido aquí continuó, en busca de uno de los tantos bandido que hay, para que me diera la muerte.

Pero entre ella y yo se ha cruzado la fatalidad que me persigue y los bandidos de aquí como los de Misiones han huído de mí.

El mismo día que llegué, parecia brindárseme la ocasión que tanto anhelaba.

Por trampas hechas en una partida de taba, dos célebres bandidos de gran reputación como hombres malos y guapos, se habian lanzado sobre un infeliz á quien iban á dar de puñaladas.

El mísero estaba más muerto que vivo; comprendía que su muerte era inevitable y ni siquiera hacía ademán de defenderse.

Un gran número de curiosos se preparaban á contemplar aquel asesinato, sin atreverse á mediar por la víctima, cuando yo llegué.

En el acto salté y me puse entre la víctima y los bandidos, que me miraron de una manera estraña.

En donde yo estoy, les dije, no permito á nadie que mate con la ventaja que ustedes quieren hacerlo.

Largo de aquí entonces antes que los haga salir á puñetazos.

Estas palabras mías y mi aspecto maldito produjeron gran confusión entre el círculo de mirones, que se estrechaba cada vez más pero no pareció intimidar á los bandidos.

Uno de ellos blandió ferozmente el cuchillo que tenía en la mano, y se vino sobre mí.

—Yo soy Casimiro! me gritó—y como tal, no aguanto que nadie se entrometa en mis cosas.

Ó se vá Vd., de aquí ó le hecho las tripas afuera!

—Vaya por Casimiro, repuse, y dí al bandido tal bofetón que fué á rodar á unas cuatro varas de distancia.

En seguida saqué también mi puñal y esperé la agresión indudable del otro bandido.

Este saltó sobre mí con el brazo encogido para herir, pero nunca alcanzó á tirarme un golpe.

Me miró el semblante y sin duda vió que tenía por delante un desesperado, porque empezó á retroceder hasta que guardando el cuchillo se mezcló entre los curiosos sin atinar á decirme una palabra.

En aquel momento se levantaba del suelo el primer bandido y se dirigía hacia mí.

Me preparé pues á la lucha.

El vértigo de sangre que suele acometerme se había apoderado de mí hasta dominarme por completo.

Barajé la puñalada que aquel hombre me tiró y con el cabo de mí cuchillo le dí un golpe en la cabeza que lo hizo caer sin sentido.

Y caí sobre él como un condenado.

Aquella maldita nube de sangre que me persigue oscureció mi vista y sin poderlo evitar iba á degollarlo, cuando me sentí tocar en la espalda.

Era el hombre que acababa de salvar, que venía á interceder por el asesino.

—No lo mate señor, me dijo, hágalo por sus hijos! Es un desgraciado que ya ha llevado su merecido.

No sé porqué cedí al influjo de aquella voz humilde y retiré mi cuchillo ya de sobre la garganta del bandido, que se levantó prontamente y echó á correr.

Sin quererlo, acababa de levantar mi reputación de guapo.

Habia vencido á los dos bandidos más famosos de estos alrededores y me habia impuesto á toda esa chusma sin sentimientos y sin corazón.

Desde entonces me sucede lo que ustedes han visto hoy.

Los más bravos me temen y no se atreven á contrariar mi voluntad.

Esta es una nueva desgracia para mí, pues tengo que ir á buscar otro teatro de acción donde no me teman y donde tal vez encuentre la muerte que tanto ansío.

—Pero esta ansiedad de morir, preguntó Chassaing ¿á qué obedece?

—A dejar de sufrir.

Usted me ha sido simpático desde el primer momento, yo no sé porqué, hace ya treinta años que no hay sobre la tierra nada que haya podido interesarme.

Voy á dejarle entrever la desesperación que roe mi vida, aunque para explicarla á usted me bastaría pronunciar mi maldecido nombre.

En tiempos mas felices en que todo me sonreía, la vida no era para mí mas que una cadena de felicidades.

Yo tenía una gran fortuna, figuraba entre la pri-

mera sociedad porque pertenecía á una familia distinguida.

De fiesta en fiesta y de parranda en parranda la existencia me brindaba á cada instante un placer nuevo y envidiable.

Todo me sobraba en la vida pues hasta la mujer con quien había enlazado mi suerte feliz, era la mujer más bella de Buenos Aires.

¡La Estrella del Norte! ¡Oh! la Estrella del Norte—era todo un idilio de amor bajo la forma de la mujer mas perfectamente formada!

El hombre calló un momento y abatió la frente con sus manos.

El recuerdo de aquel pasado debia ser para él un gran sufrimiento espantoso.

Los dos estudiantes se miraron, como si empezaran á comprender todo el interés dramático de aquella narración hecha á grandes rasgos.

El hombre aquel levantó la cabeza y los miró fijamente.

Estaba pálido como un muerto y sus manos temblaban bajo una poderosa exitación nerviosa.

—En medio de aquel mundo de placeres, hice relación con un catalán, continuó el hombre, catalán que, bajo una capa de cultura y bondad infinitas ocultaba el alma de un galeote.

Sin mirar para atrás yo, y otros jóvenes como yo, nos entregamos á la amistad de un bandido que debía sumirnos en la vergüenza y en la infamia.

Toda la juventud distinguida de aquella época andaba con él, para quien se habrían las puertas de los principales salones.

Pero con quien él había estrechado una amistad fraternal era conmigo y dos ó tres jóvenes de la primera sociedad.

Siempre juntos, concurríamos á todas las fiestas y á todos los paseos, al extremo de que nada, absolutamente nada se emprendiera por separado.

Poco á poco aquél miserable se fué apoderando de nuestro espíritu, hasta el punto que, todo lo que

él proponía, se hacía sin tomarnos el trabajo de la menor reflexión.

Así nos preparó y nos envolvió en la infamia mas negra.

Aún no me doy cuenta de ello con exactitud, pues no alcanzo todavía como pudimos, como pude prestarme al crimen, compartiendo con él toda la responsabilidad.

El hecho es que una noche, y al decir esto, aquel hombre se extremeció de piés á cabeza; el hecho es que una noche, repitió, dimos muerte á traición y á puñaladas, á uno de nuestros amigos.

Y saben ustedes ¿porqué? gritó abriendo los ojos desmesuradamente: por robarlo, solo por robarlo!

Y de un puñetazo hizo saltar de nuevo la taza que había sobre la mesa.

Los detalles de este crímen monstruoso, agregó, son tremendos, más tremendos que el crímen mismo!

Y yo, maldito de mí, no he podido olvidar aún esto!

Hace treinta años, y todavía sus últimas palabras me roen las entrañas de la manera mas dolorosa.

Pobre amigo! él había entrado al teatro del crímen bajo la fe de mi palabra y en la confianza que yo le inspiraba!

Y volvió á callar aquí, como para buscar un descanso.

Los estudiantes estaban profundamente conmovidos, ante el aspecto tremendo que había tomado aquel hombre al recordar su crímen.

Sus narices se habían dilatado y sus ojos, saltados de las órbitas tenían una expresión de ferocidad indecible.

—Yo volvería á ser criminal, gritó nuevamente pero con toda la conciencia de lo que haría y en el goce completo de todas mis facultades.

Yo volvería á ser criminal, si pudiera ver saltar las entrañas de aquel malvado bajo la punta de mi puñal.

Pero esto, esto no es posible.

La justicia de la tierra me robó este placer, único que podría endulzar las horas de mi desesperación.

Desde entonces, muerto para la sociedad y para el mundo, para la familia y para aquella mujer divina con quién ligué mi suerte, para la patria y para mi único hijo, vago por el mundo como una fiera, cargado bajo el peso de aquella maldición y de mi propia existencia.

El dia que encuentre quien me parta el corazón de una puñalada, habrá sido el único dia feliz de mi vida.

Todo contribuye á amargar la miseria de esta existencia desventurada:

Los celos que despiertan en mí la hermosura de aquella mujer divina que se cree viuda, y la desesperación de vivir ignorado para el hijo cuya primer caricia no he gozado todavia.

Oh! si yo no he corrido mas de una vez á presentarme á la autoridad para reclamar mi banquillo, ha sido por ahorrar esta suprema vergüenza á aquellos dos queridos inocentes á quienes no volveré á ver en mi vida.

De otra manera, hace ya mucho tiempo que habría dejado de padecer.

—Tal vez usted exagera su delito, dijo Chassaing y no hay motivo para la desesperación de que se deja dominar.

En treinta años de aventuras usted ha saldado sus cuentas con la sociedad de que se ha arrancado voluntariamente.

—Mentira! dijo aquel hombre con una energía imponderable.

Yo no me he arrancado voluntariamente, sino para huir al banquillo y á una condena de muerte que pesa sobre mí.

Usted dice eso porque no conoce mi crimen en toda su horrible desnudez!

Son ustedes muy jóvenes todavía, pero estoy se-

guro que ni mi crimen ni mi nombre le son desconocidos.

Es una narración que pasa de padres á hijos, aumentada por la impresión terrible que causó en la sociedad.

Donde quiera que he pronunciado mi nombre ha hecho á mi alrededor el vacío de los leprosos.

He golpeado á las puertas del trabajo y mi nombre me las ha cerrado.

He pretendido llenar un claro en el ejército de línea, pero de allí he sido tambien rechazado al pronunciar mi nombre.

Parece que en él ha puesto Dios la maldición que me sigue á todas partes.

—¿Y no exagerará usted su propio crímen por el remordimiento mismo?

Aquel hombre sonrió de una manera extraña y miró á Chassaing con una especie de lástima.

—Toda exageración sería poca, al lado de la realidad, y si yo les digo mi nombre, ustedes mismos van á sentir por mí el desprecio y el horror que han sentido todos.

Ustedes conocen mi crímen porque nadie lo ignora.

¿Han oido ustedes hablar del asesinato de Alvarez? de la muerte de Francisco Alvarez?

Los dos estudiantes conocían efectivamente la tradicción de aquel crimen, la leyenda pavorosa que ha llegado hasta nosotros.

¿Quién no lo conoce en Buenos Aires?

Al oir aquella pregunta, los estudiantes por preparados que estuvieran, no pudieron evitar un movimiento que hizo sonreir al estraño personaje.

—Ya ven ustedes; murmuró la impresión causada y eso que todavía no les he dicho que yo soy unos de los asesinos, el único que sobrevive aún!

—Entonces, preguntó Chassaing ustedes...

—Sí, se anticipó aquel hombre en una especie de rugido, yo soy Francisco Alzaga, el miserable Francisco Alzaga!

Y con una mirada espantosa quiso observar la impresión que el sonido de su nombre había hecho en los estudiantes.

En seguida abatió la cabeza sobre el pecho y quedó sumido en su pensamiento.

Poco á poco fué incorporándose hasta que mirando de frente á los estudiantes dijo:

—Voy á referir á ustedes con todos sus detalles aquel crímen bárbaro.

De todos modos, esta será la única vez que nos veamos sobre la tierra.

Y después de meditar algunos minutos, narró la sombría historia que van á conocer nuestros lectores con todo lo que ha ella se refiere.

Es una historia terrible cuyos antecedentes dramáticos hemos tomado del sumario, completándola con la narración de los pocos contemporáneos que aún viven.

Es el crímen mas célebre de los que se hayan cometido tal vez en la América del Sud.

EL AMIGO INFERNAL

Era el año 1827 cuando empieza la trama de este lance infernal.

La sociedad porteña, inocente y confiada tenía abiertas sus puertas para todo aquel que bajo un aspecto de decencia y mostrando una buena educación se presentaba á alternar en ella.

Sin diversiones públicas ni parajes donde matar la noche, los mozos de aquella época no tenían otro pasatiempo que visitar las familias de su relación.

De aqui nacían las tertulias familiares y conciertos que tenían lugar todas las noches y de una manera improvisada, ya en casa de una ú otra familia.

El mozo que no tenía relación en la casa, se ha-

cía presentar por un amigo, y con este solo requisito se le habrían todas las puertas sin reserva de ninguna especie.

Las muchachas del barrio se amontonaban como enjambre de abejas en la casa de la tertulia.

Y de ahí venia la animación que duraba hasta las doce de la noche, hora en que infaliblemente se concluían las tertulias.

Esta era la hora señalada por la costumbre y por las madres que, con su ojo vigilante presidían aquellas reuniones.

Las fortunas estaban entonces más repartidas que ahora.

Los jóvenes pertenecientes á las primeras familias eran todos ricos y como la fiebre de los negocios no nos habian despertado la ambición de multiplicar el dinero, el *dolce far niente* era la ocupación predilecta de aquella juventud rumbosa y hasta cierto punto aristocrática.

Uno de los centros de reunión de nuestra juventud bulliciosa y alegre era la libreria de Usandibares, situada en la calle de Potosí entre Bolivar y Defensa, casa de don Manuel Blanco.

Aquella libreria era entonces la mejor y más briosa de Buenos Aires, ó mejor dicho era la única lujosa y bien surtida que habia entonces.

Y era esta la razón por que Usandibares contaba entre su clientela lo más distinguido de la juventud.

Era Usandibares un hombre rico, que tenía aquel negocio no por una necesidad, sino por un hábito de trabajo de que no podia desprenderse.

Amaba las comodidades de la vida, de las que sabia rodearse, pero no comprendía como un hombre podía pasarla sin ningún género de ocupación.

Usandibares, vivía con una hermana, la gentil Jacoba, única persona de su familia que le quedaba en la tierra y á quien amaba con veneración profunda.

La madre había muerto hacía poco tiempo y

Usandibares había reconcentrado en su hermana todo su cariño.

Ellos pertenecian á una familia principal, estando ligados por vínculos de cercana parentela con la Ezcurra y con los Rosas.

Pero poco frecuentaban las relaciones de sociedad y de familia, prefiriendo el retiro apacible del hogar, al bullicio de las tertulias y reuniones.

Jacoba era una joven que había recibido una educación austera y religiosa, viviendo entregada al cariño de un hermano, por quien tenia adoración.

Vivían en los altos de la libreria, pasando asi una existencia humilde y feliz.

Usandibares se mantenía soltero, con el pretesto de que no habia de casarse hasta que su hermana no le diera el ejemplo.

—Las cuñadas nunca se llevan bien, decia, por buenas que sean, y yo vivo demasiado feliz para desear probar fortuna con un casamiento á que no me llaman mis inclinaciones.

Tengo la obligación de velar por esta hermana, y hasta que ella no se case no hay que pensar en que yo forme una nueva familia.

Por su parte Jacoba, ó no tenía inclinación por el matrimonio, ó no había encontrado el hombre que decía conmover su corazón delicado.

Algunos mozos habían visitado á Jacoba, con intención de emprender su conquista.

Pero ésta los había recibido con tan glacial indiferencia, que á las cuatro ó seis visitas se habían declarado en derrota y habían abandonado el campo.

Ella tambien decía que quería vivir para el cuidado del buen hermano y que no pensaba casarse porque el cuidado y cariño que le debía no queria partirlo con nadie.

Por aquel tiempo, Usandibares tomó de dependiente en la libreria, al joven Jaime Marcet, que

se le presentaba con un exterior agradabilísimo y recomendaciones de primer órden.

Usandibares se declaró protector del joven Marcet, al extremo que, no solo retribuyó su trabajo con un buen sueldo, sino que lo alojó en su casa, donde comía y vivía.

Era Marcet un joven de una educación distinguidísima y de una familia notable, á juzgar por esta misma educación y por su trato fino y culto hasta la exajeración.

—He venido á la América tentado de probar fortuna y cansado de la vida sedentaría que me hacia llevar mi familia, dijo, y nadie se preocupó mas de averiguar su pasado que parecia intachable.

Era entonces Marcet un joven de poco más de veinte años, rubio, de una hermosura distinguida y de un exterior no solo simpático sino atrayente.

Sus grandes ojos azules de un mirar plácido y sereno, seducían desde el primer momento, pareciendo reflejar su espíritu bondadoso y noble.

Sin embargo habia en el fondo de aquella mirada algo que contrariaba la primera impresión.

Este algo era una expresión de dureza que solia asomar como un relámpago á aquella mirada, haciéndola brillar con un fulgor siniestro.

Esto era lo único que se sabía de Jaime Marcet.

Él no hablaba jamás ni de su pasado ni de su familia, ni de las causas que lo trajeron á América, fuera de la explicación dada ya á Usandibares.

Desde los primeros dias mostró una gran inteligencia para el manejo de la librería, que recibió con su entrada un gran impulso.

Por sus consejos, Usandibares abrió una suscricion de lectura que empezó á atraer á su casa una clientela de primer órden y á dejar mayores beneficios.

Las familias, con pocas distracciones durante el dia, se entregaban á la lectura amena, y con la facilidad del abono, los libros de Usandibares iban y venían á la libreria con suma prontitud.

—Es una manera de sacar á los libros diez veces su valor conservando siempre su propiedad, decia el dependiente al asombrado patron que creía haber hallado en él una mina, por las grandes utilidades que empezó á dar la libreria.

Marcet llegó á ser al poco tiempo un miembro de aquella familia inocente y bondadosa.

Su vida era tranquila y sumamente arreglada.

Estaba entregado por completo á cuidar los intereses de su patron, durante el dia y á la noche, en vez de salir á pasear y distraerse como éste se lo aconsejaba, se retiraba á la casa y pasaba largas horas en amena y agradable plática.

El refería á los hermanos aventuras del viejo mundo y curiosos incidentes de viajes, narrados con suma gracia y con gran fuerza de interés.

Usandibares cobró al joven un cariño profundo, al estremo de que solía decir á la hermana.

—Voy á ser feliz labrando el porvenir de este muchacho, que bien se lo merece.

Lo interesaré en la librería y poco á poco puede llegar á quedarse con ella ó establecerse como mejor le parezca.

Jacoba por su parte habia cobrado gran simpatía por el joven dependiente, simpatía que éste trataba de aumentar sin aparentarlo, llenándola de delicadas atenciones y finezas.

Los domingos y dias festivos, Marcet acompañaña al templo á Jacoba pues su patron había depositado en él toda su confianza, empleando el resto del día en acomodar los libros, para dar á la librería, cada semana, un aspecto diferente.

Con la entrada de Marcet y el abono á la lectura, la librería se convirtió en una reunión diaria.

Allí acudían los jóvenes á buscar y cambiar libros y se quedaban entretenidos por la amena conversación del dependiente.

Poco tardaron aquellos jóvenes, ricos y distin-

guidos todos, en hacer amistad con Marcet, invitándolo á sus paseos campestres.

Pero Marcet agradecía siempre las invitaciones, sin aceptarlas.

Poco á poco fué franqueándose con sus amigos, hasta confesarles la verdadera causa de su venida á América.

Marcet era Catalan, hijo de una familia principal de Barcelona.

Complicado y sériamente comprometido en un movimiento político desgraciado, había tenido que emigrar para librarse de las persecuciones del Gobierno.

Entonces el gran paseo de la juventud era la Costa de San Isidro, residencia veraniega de la aristocrácia porteña.

Las familias pudientes tenían allí sus chacras y allí era donde se reunía la juventud, los sábados á la tarde, permaneciendo de tertulia y jarana hasta el lúnes por la mañana, día del regreso.

Aquellos paseos se hacían á caballo, en pandillas de diez ó qnince jóvenes, que armaban un jaleo de todos los diablos.

Marcet se resistía siempre á formar parte de estas carabanas, porque segun decía aún no le habia llegado la época de divertirse.

—Ahora me debo al trabajo les decía: más tarde habrá tiempo de divertirse en toda regla.

Y no había tentación de hacerle romper la q uietud de su vida.

—Algun amorío te detiene aquí, solían decirle los que más confianza tenían con él.

Pero él, poniéndose colorado como un tomate, salía del paso replicando:

—Por Dios, que no los vaya á oir mi patron, miren que mi único porvenir por ahora está en esta casa.

El cariño de Usandibares, aumentaba siempre por su dependiente, como crecía el aprecio en simpatía de Jacoba

La conducta del joven Catalán era cada vez más ejemplar y más digna de este aprecio, al extremo que el corazón de la mujer se sintió despertar del letargo en que hasta entonces habia vivido.

Marcet descubrió por fin á Jacoba, que una pasión tremenda se había apoderado de él y que en ella cifraba toda esperanza de felicidad en esta vida.

—El amor más puro es presa de mí espíritu, le dijo, yo no tengo ningun compromiso de corazón que me impida cultivar la religión de este amor y el dia más grande de mí existencia será aquel en que pueda ligar mi suerte á la suya.

A las repetidas y apasionadas manifestaciones del joven, Jacoba no tardó en confesar que no era ni extraña ni indiferente á aquella pasión.

—Es necesario hablar á mi hermano, le dijo, y pedir su consentimiento para esta unión.

Es lo que más amo en la vida y quiero consultar su corazón, incapaz de dar para mí un mal consejo.

—Por el momento eso sería una locura imperdonable, contestó Marcet.

Es preciso ocultar á su hermano esta pasión y este compromiso.

Y como Jacoba se sorprendiera de esta pasión respuesta, agregó:

—Yo soy un triste empleado en la librería, que no tengo más que mi sueldo, y su hermano podría mirar esta pasión como una insolencia mia y despedirme tal vez de su casa.

El año que viene ya es distinto, porque Usandibares me ha prometido interesarme en la librería y esto es ya una posición y un porvenir que permite contraer los compromisos que engendra un matrimonio.

Esta explicación sencilla, convenció en el acto á Jacoba, que prometió sin ninguna dificultad, esperar hasta fin de año, en que su hermano, fuera de toda duda, cumpliria á Marcet lo ofrecido.

Los amores siguieron cada vez mas intimos, pero

con toda la pureza con que Jacoba era capaz de alimentarlos.

El joven era cada vez mas fino y delicado con ella.

Parecía dominado por una pasión intensa, que hacía soñar á Jacoba días de felicidad interminable.

En los momentos en que quedaban solos, él dejaba vagar su fantasía, arrullando el corazón de su amada con un programa de amor capaz de seducir á cualquier mujer como aquella.

Porque Marcet que tenía talento y conocía profundamente el modo de ser de Jacoba, hería sus fibras en los puntos precisos.

Así la joven vivía soñando en su amor y en el porvenir feliz que le brindaba su union con Marcet.

Por mas que quisieran ocultar su amor, Usandibares, se apercibió de él, mirándolo con sumo agrado.

Marcet era un joven fino y honrado, trabajaba con ahinco y observaba una conducta intachable.

¿Qué mas necesitaba su hermana para ser feliz?

Es verdad que Marcet nada tenía.

Pero ayudado por él, con el talento y la contracción del jóven podía ir muy lejos y labrarse una fortuna en poco tiempo.

Un día Usandibares empezó á dar bromas á su hermana con Marcet, reprochándole que nada le hubiera dicho y que se hubiera guardado el secreto de su amor.

Inocente y feliz, sin el hálito de disimular ni ocultar á su hermano lo que por ella pasaba, le confesó todos sus amores con el joven.

—Y si te lo he ocultado tanto tiempo, decía, era por ceder á sus deseos, fundados en razones muy atendibles.

Marcet tenía miedo que á ti te pareciera mal porqué él nada tiene, y contó porqué Marcet le había pedido no decirle nada hasta el año siguiente.

—Me complace este inconveniente hermana; ex-

clamó Usandibares, porque me convence mas de la discreción y honradez de ese joven, cuya fortuna corre de mi cuenta.

Quiero tener el placer de ayudarlo á formarse un buen porvenir, porque demasiado se lo merece y bien digno de ayuda es.

No le digas una palabra de lo que hemos hablado ahora, porque quiero darle una sorpresa famosa.

Así el primero del año, en vez de la habilitación prometida, voy á darle un interés fuerte, que lo vá á llenar de felicidad.

No le digas ni una palabra, siguiendo en la cosa como si yo nada supiera.

Así siguió Marcet en sus amores con Jacoba, no sospechando que su patron estaba al cabo de todo y que meditaba para él todo un porvenir de felicidad.

Marcet se contrajo exclusivamente á la librería, que seguía prosperando bajo su labor incansable, y al culto de su amor.

Sus amigos ya no lograban ni siquiera arrancarlo para ir un rato al café, á distraer el espíritu.

A los dos meses, poco mas ó menos de estas conversaciones y proyectos, Usandibares se empezó á sentir mal.

Había perdido el apetito y se sentía invadido por una debilidad que no se explicaba.

Como nada le doliera y siempre había gozado de una salud envidiable, poco caso hacía de aquel malestar, que se acentuaba cada vez mas.

Marcet y Jacoba lo instaban siempre porque se hiciera ver con un médico, pero él no hacía caso, en la creencia que pronto pasaría aquello.

—Es necesario que llames un médico, le repetía á cada momento—no comes nada y te estás enflaqueciendo de una manera terrible.

Y Marcet unía sus ruegos á los de Jacoba, sin lograr que Usandibares tomara á lo sério aquello que él llamaba un simple malestar.

—Aquel malestar fué agravándose de una manera sensible, hasta que que ya á Usandibares le fué

imposible levantarse de la cama; postrado por una debilidad desesperante.

Fué entonces que consistió en llamar un médico, que desde el primer momento encontró que el enfermo estaba de bastante gravedad.

Ante semejante declaración, la hermana quedó aterrada y Marcet sintió ó aparentó sentir una desesperación intensa.

Usandibares no sabia lo que había dicho el médico y seguia creyendo que aquello pasaria pronto.

Los médicos de aquellos tiempos no eran ni tan duchos ni tan prácticos como los que hoy figuran en primera línea.

Eran médicos que curaban con remedios caseros como el buen Martin García, noble y sencillo espíritu, y á cuya penetración escapaba la gravedad de muchas enfermedades.

Asi es que aunque la gravedad de Usandibares fué conocida desde el primer momento, el médico no supo á que atribuirla.

—Es una enfermedad desconocida, con la que no puedo atinar, decía el médico, acosado por las preguntas de Marcet y Jacoba.

El peligro se aproxima más, á medida que pasa el tiempo, pero esto no quiere decir que no haya esperanzas.

La ciencia tiene todavía muchos recursos que tocar.

Pero Usandibares se iba consumiendo gradualmente, sin sufrimiento alguno y sin sentir otra cosa que aquel malestar que habia experimentado desde el principio.

Desde que cayó enfermo, Jacoba y Marcet se dedicaron exclusivamente á su asistencia.

Durante el dia, mientras el jóven atendía el negocio Jacoba cuidaba del enfermo con una delicadeza y un amor ejemplar.

Desde que se cerraba la libreria el joven compartia con ella las fatigas de la asistencia.

No parecía un dependiente agradecido, sinó un hermano cariñoso y atento.

A los ocho ó diez días, Jacoba estaba rendida. Aquellas fatigas á que no estaba habituada habían quebrado su físico y la falta de reposo empezaba á enfermarla.

—Es necesario que usted descanse de noche, mientras yo velo, le dijo Marcet.

Peor será que caiga enferma usted tambien y se vea su hermano privado de su asistencia constante y delicada.

Al principio Jacoba no hizo caso, pero ante una formal declaración del médico, que le prescribía el reposo si no quería caer enferma, y los dulces consejos del enfermo, consintió al fin dormir algunas horas de noche.

Era entonces Marcet el único que velaba el sueño del enfermo, y el único que le administraba los medicamentos.

Usandibares miraba con un amor paternal á aquel joven bondadoso que tanto se desvivía por él.

—Nunca podré pagar debidamente tanta fatiga y tanto desvelo, le decía, pero ya me desquitaré haciendo lo posible por demostrar mi agradecimiento.

—Demasiado compensado estoy de antemano, respondió Marcet.

Usted ha sido para mí, mi providencia.

Su hogar ha sido el mío, y ha partido conmigo su mesa sin saber si yo lo merecía ó no.

Ya sé entonces que yo no hago mas que corresponder débilmente á sus atenciones y que sería un miserable si no hiciera lo que hago.

Así Marcet se había apoderado del corazón de aquellos dos hermanos, que lo trataban como un miembro querido de la familia.

Marcet no reposaba un momento.

En vano Usandibares le decía que cerrara la librería mientras duraba su enfermedad, él aseguraba que tenía tiempo de atender á todo.

Y en realidad, su único reposo se reducía á pe-

queñas dormiditas de robado, que hacía detrás del mostrador.

Al fin del mes balanceaba los libros, y se los llevaba á la cama á Usandibares, junto con todo el dinero producido en el mes.

—Cuando me levante arreglaremos esas pequeñeces.

Ahora no estoy para cuentas ni tengo porqué ocuparme de ellas, desde que usted tiene toda mi confianza y conozco su acrisolada honradez.

—No puedo yo quedarme conforme, contestaba Marcet, y obligaba á Jacoba á recibir el dinero y revisar la cuenta que presentaba.

—Si ustedes quieren verme contento y que viva feliz, es preciso seguir así, sino me quedará el disgusto de una responsabilidad enojosa, pues en la librería ni siquiera tengo una parte segura donde poner el dinero.

Las utilidades eran cada vez mayores.

El abono á la lectura aumentaba siempre y la librería ganaba mas en un mes, que lo que antes ganara en cuatro.

Usandibares se conformaba con aquella delicada exigencia del joven, y era así Jacoba quien revisaba las cuentas y guardaba el dinero.

Marcet, conociendo el espíritu de Jacoba, del que habia hecho un estudio especial, no le había hablado una sola palabra de amor, reserva delicada que ella parecía comprender y agradecer.

La trataba con mas delicadeza y atención que nunca, diciéndole de cuando en cuando:

—Ahora él es quien necesita toda nuestra atención y nuestro cariño.

Después ya tendremos tiempo de ocuparnos de nosotros.

Salvarlo es lo principal y á lo que deben tender nuestros esfuerzos aunados.

¿Qué puede arrebatarnos nuestra felicidad futura?

Que se cure él y después pensaremos en nosotros.

Jacoba agradecia íntimamente aquella delicadeza de sentimientos.

Y su amor crecía silenciosamente, bajo el perfume de sentimientos mas puros.

La enfermedad de Usandibares seguía su terrible marcha, sin que pudieran detenerla los esfuerzos de la ciencia que aún no había encontrado su causa, ni aquella asistencia delicadísima.

A los dos meses de cama, la enfermedad había hecho en Usandibares un estrago espantoso.

Se había ido consumiendo al extremo de parecer un cadáver, á penas cubierto por una piel amarillenta y enfermiza.

Jacoba, presintiendo la proximidad de un golpe tremendo, se lo pasaba llorando con una desesperación creciente.

El médico había dicho que era preciso ocultar al enfermo su estado alarmante, para no acelerar su muerte, pues era lo que menos él pensaba.

De modo que la desgraciada de Jacoba se veía abligada á devorar su dolor, cuando se hallaba cerca de su hermano.

Pero llegó un momento en que ya no fué posible ocultar al enfermo su proximo fin, pues él concluyó por presentirlo.

—Yo me voy segun parece, les dijo una noche en que su debiildad era extrema.

Confieso que este golpe inavitable hubiera sido espantoso para mi ahora seis meses, porque Jacoba hubierá quedado sola en el mundo pero ahora es distinto.

Dejo la vida tranquilamente y me conformo con la voluntad de Dios.

Jacoba tiene un fuerte apoyo, la felicidad la sonríe en el futuro y yo puedo morir tranquilo.

Jacoba no pudo contener el llanto, mientras Marcet escuchaba con creciente atención.

—Hace mucho tiempo que conocía su secreto y sus proyectos, dijo á Marcet sonriendo con una

bondad suprema, pero me callaba para darle una sorpresa.

Al fin de este año iba á darle en mis negocios una habilitación capaz de asegurar el porvenir de ambos, y contribuir de este modo á una felicidad tan justa y merecida.

Dios no lo ha querido así; que habremos de hacer!

¿Porqué palidecía Marcet ante aquella palabra dulce y reposada?

¿Porqué se oscurecía aquella mirada tan límpida poco antes y se fijaba en el enfermo con una intensidad extraña?

¿Era el sentimiento de ver morir aquel protector noble y desinteresado, ó era el temor de ser sorprendido en alguna mala acción?

—Yo voy á morir, continuó Usandibares, pero voy á morir feliz porque Jacoba queda bien.

Usted puede marchar al frente de la librería, hasta que realicen sus proyectos de felicidad y unión.

Marcet es un hombre honrado y de corazón—creo que á su lado serás feliz.

Jacoba lloraba de una manera desesperante.

No podía conformarse con la muerte de aquel hermano querido.

Marcet, observaba en silencio aquella escena conmovedora, como si tuviera un interés creciente en cada minuto que pasaba.

—Usted exagera su situación, dijo por fin.

El médico no nos ha dicho nada de alarmante y no creo que haya por que temer un desenlace fatal.

—Yo no me hago ilusiones, respondió Usandibares.

Conozco que me voy y que no tiene remedio.

Nadie puede conocer mejor que uno mismo estos momentos amargos.

Hace días que estoy presintiendo mi muerte, pero no había querido decir nada por no afligirlos.

Hoy veo que la cosa está muy cerca—siento ya el

frío de la muerte sobre el corazón y es bueno apresurarse para que no nos tome de sorpresa.

Qué diablos! uno no es eterno y algun día ha de dejar la cáscara.

Doy gracias á Dios de que esto suceda cuando menos necesario soy.

Desde aquel momento Marcet se volvió más taciturno y esquivo.

Parecía embargado por un pensamiento tenaz y desagradable.

Y si alguno le preguntaba á que se debía aquel cambio, lo atribuía al estado de su patron.

—¿Como no he de estar así, decía, si se muere un hombre á quien tanto debo.

No sé como la desesperación no me gana por completo!

El médico lo vió ese dia y le dijo que era necesario preparar al enfermo, porque probablemente aquella noche moriría.

¿Quién se encargaba de decírselo?

En Jacoba no había que pensar, porque nunca tendría fuerza para ello.

Marcet suplicó al médico que diera él aquel paso pues él no se sentía con fuerzas suficiente para ello.

—Desde que ustedes me dicen que él presiente ya su próximo fin ¿que recelo pueden tener en rogarle que se prepare?

Esta no es mi costumbre—es preciso que se resuelvan ustedes—y se lo digan.

Marcet prometió hacer el sacrificio, asegurando á Jacoba que era aquella la situación más dolorosa por que habia pasado en su vida, pero que por amor á ellos lo haria.

A la oración Marcet se acercó al lecho de Usandibares y con real ó aparente tranquilidad, le dijo:

—El médico no piensa como usted, respecto á la gravedad del mal..

¿Por qué empeñarse entónces en creer que se vá á morir?

Porque lo siento en mí, amigo mio.

Siento frío en el corazón, que late ya con fuerza y se mueve como el péndulo de un reloj cuya cuerda se acaba.

Marcet meditó un momento, y dijo en seguida:

—Usted sabe lo buena cristiana que es Jacoba y el amor que le tiene.

Desde que usted dijo hoy que se iba á morir, está desesperada deseando que se confiese, pero no se atreve á pedírselo porque le falta el valor para hablar de estas cosas.

Yo no creo que usted vaya á morir, hasta que no lo diga el médico, pero para tranquilizar á Jacoba yo le pido que se confiese, porque creo que esto no será violento para usted.

—El pedido es hecho con mucha delicadeza, respondió Usandibares, pero me hubiera gustado más la franqueza que el disimulo.

Siento la muerte y ya he dicho que no me aterra—no tengo pues inconveniente, no solo en confesarme sino en arreglar mis asuntos.

Puede usted entónces hacer venir á un sacerdote cuando quiera, que por mí estoy dispuesto.

Dos horas después venía un sacerdote llamado por el mismo Marcet, para prestar los consuelos de la religión á aquel justo que moria de una manera inesperada é inexplicable.

A penas estuvo el sacerdote una media hora, lo que prueba que aquella conciencia no estaba muy cargada y se retiró, diciendo que aquel era un justo, para quien estaban abiertas las puertas del cielo.

Esa noche se dió aviso á la familia, que aunque alejada de los dos hermanos, concurrió presurosa á darle el último adios.

El sentimiento de Marcet era tan profundo, que todos se asombraban del cariño que tenía por Usandibares.

Si aquel sentimiento era fingido, Marcet era un artista consumado.

¿Pero quien podia dudar de la veracidad de aquel cariño tan justo y motivado?

—Tiene razón en quererlo y motivo suficiente para sentirlo, decian, puesto que Usandibares ha sido para él un padre y un protector noble y eficaz.

Toda la noche él y Jacoba permanecieron al lado del enfermo.

Este hablaba de su próximo fin, con una tranquilidad admirable.

Quiso ocuparse de sus negocios, pero Jacoba le pidió que dejara esas cosas para después.

—De todos modos, dijo Usandibares, la libreria vá á ser atendida siempre por Marcet.

Yo te ruego que le cumplas este año mi promesa de habilitación, porque bien lo merece y harto se lo ha ganado con el gran impulso dado al negocio.

—No se preocupe usted de esas cosas, que tiempo hay para ello, replicó Marcet.

Su hermana es demasiado noble y yo demasiado pagado estoy con todo el bien que me han hecho.

Usandibares quiso insistir pero ni Marcet ni Jacoba se lo permitieron.

A la madrugada aquel hombre digno rendia la vida entre las caricias delicadas de su hermana y las atenciones de su dependiente.

Jacoba no pudo resistir aquel golpe y se enfermó.

Fué entonces Marcet quien se encargó del cadáver y de todo lo concerniente al entierro, que se fijó para el siguiente dia.

La librería quedó cerrada en señal de duelo y por no haber quien la atendiera.

Si hoy mismo que las autoridades son mas rigidas se entierran cadáveres sin las formalidades debidas y sin que nadie sepa si es causado por algún crímen, como el de Antonia Schoeller con mas razón sucedia entonces en que la autoridad no se preocupaba de aquello, y que los médicos ni siquiera extendían el certificado que constata la causa de la muerte.

Si la muerte de Usandibares era la obra de un crímen llevado á cabo con «todas las reglas del arte», como se sospechó después, quedaba envuelto en el mayor misterio, puesto que el mismo médico que lo había atendido no sabía diagnosticar aquella rara y fatal enfermedad.

Usandibares fué muriendo suavemente, como una luz que se consume y sin experimentar el menor dolor ó incomodidad.

Su última sonrisa, su última palabra fué para bendecir á su hermana y agradecer al noble joven los cuidados que por él había tenido.

Al día siguiente por la mañana, fué conducido al cementerio, donde se quedó Marcet hasta la tarde, como vencido por el dolor mas intenso.

No quería separarse de aquella tumba que encerraba, segun él, el hombre á quien mas debía después de su padre.

Allí fueron á buscarlo sus amigos y parientes de Usandibares, pero se negó á abandonar el cementerio.

Solo cuando Jacoba lo mandó llamar, consintió en regresar á su casa.

Cualquier persona observadora y práctica en las miserias de la vida, al contemplar á Marcet lloroso y entristecido, hubiera hecho una observación que caía de su propio peso.

El dolor que demostraba el joven, era demasiado intenso para ser verdadero.

Por lo menos había allí una exageración de dolor que bien podía haberse atribuido al deseo de agradar á la desolada Jacoba.

Los hechos posteriores de Marcet hicieron nacer sospechas sobre la muerte de Usandibares, pero ya era tarde para aclararlos.

Cuando Marcet llegó á la casa, fué su primer cuidado informarse de la salud de Jacoba, atendida por unos parientes próximos.

Jacoba estaba mejor y le mandaba suplicar que descansara, que arto debía necesitarlo.

Marcet se encerró en la pieza que ocupaba y permaneció allí hasta el otro día, negándose á venir á la mesa cuando fué llamado.

Jacoba estaba mejor y pudo hablar con ella.

Al verlo la joven, se puso á llorar dolorosamente, porque Marcet le recordaba á su hermano y todas las atenciones de que lo había rodeado.

Marcet se sintió tambien conmovido y lloró en silencio.

Desahogado el corazón por aquel llanto benéfico, único consuelo de los que sufren tales golpes, el joven Marcet ocupó el pensamiento de Jacoba.

—Es necesario que usted descanse, le dijo, y trate de reponerse de todas las fatigas que ha pasado.

Usted no come ni duerme hace mucho tiempo y es preciso que esto cese, pues puede usted caer enfermo también y entonces ¿qué sería de mí?

—Eso vendrá con el tiempo, contestó el joven no se afija usted.

Ahora no tengo gusto para nada y el mismo descanso me es odioso.

Como la librería ha de estar cerrada una semana por lo menos, yo voy á aprovechar esos días para poner todo en órden y que usted pueda darse clara cuenta de lo que hay.

—Le prohibo á usted de la manera más terminante que se ocupe de nada.

Quiero que descanse, y que no me hable de intereses.

—Es que eso me serviría de mucha distracción, porque tendría el espíritu ocupado.

—No importa! ahora no quiero que se ocupe de nada, quiero que duerma y que se alimente con la regularidad debida.

De otro modo, le aseguro que tendré una doble mortificación.

—Lo haré por complacerla, dijo, porque no quiero darle el menor disgusto, ni que usted tenga jamás que reprocharme.

Y así fué efectivamente.

Aquellos primeros ocho días se pasaron tan apaciblemente como era posible en situación semejante.

Jacoba se lo pasaba rezando todo el día y por la noche amortiguaba su dolor al encanto de la palabra suave y enamorada del joven.

Usandibares era recordado sin la desesperación de los primeros dias, siendo el principal objeto de la conversación de los jóvenes, y decimos jóvenes, aunque Jacoba era mucho mayor que Marcet.

Este recordaba siempre á su patrón, enalteciendo sus virtudes, y haciendo de su recuerdo un culto verdadero.

Siempre aconsejaba á Jacoba que era preciso conformarse á la voluntad de Dios, hasta que llegó el momento de abrir la librería y ocuparse de los negocios.

Ocho días después de la muerte de Usandibares, Marcet abrió la librería y se puso al frente de ella trabajando con más empeño que nunca.

Los primeros quince dias los empleó en arreglar las cuentas de manera que Jacoba pudiera rcomprenderlas con claridad y darse del negocio una razón exacta.

La muerte de Usandibares dejaba á Jacoba dueña de una regular fortuna y en condiciones de ser un partido de primer órden para cualquier soltero.

Muchos de los que antes habían tenido sus pretensiones, con el pretexto de ir á dar el pésame por la reciente desgracia, volvieron á importunarla con sus melozos amores, pero fueron desauciados á las primeras palabras.

Su amor por Marcet se había convertido en una pasión verdadera.

No pensaba sinó en él, dedicando la mayor parte de su tiempo á cuidarlo y poner en su cuarto todo aquello que pudiera serle agradable.

La conducta de Marcet no habia cambiado absolutamente.

Siempre contraido á las atenciones de la librería no hacía la menor cosa sin consultarla con Jacoba.

—Pero si yo no entiendo de esto, decía ella, haga usted lo que le parezca, como si usted fuera el dueño.

¿Qué entiendo yo de negocios ni de estas cosas?

El joven le explicaba entonces claramente el asunto en consulta, y la obligaba á darle su opinión.

—Como quiere que yo resuelva sin su consentimiento negocios en que va su dinero?

Y si por casualidad salen mal mis cálculos?

—Vaya por los que han salido bien—de todos modos yo no entiendo de estas cosas.

El resultado era que Marcet hacía lo que mejor venía á su voluntad, manejando aquellos intereses como los suyos propios.

Así que cerraba la librería, como en vida de Usandibares se retiraba á las habitaciones donde encontraba Jacoba esperándolo.

Poco á poco Marcet había vuelto á hablar de su amor y de sus planes de matrimonio.

Su palabra insinuante impregnaba en el perfume de un amar intenso y purísimo, sus poéticos planes de felicidad y su manera seductora de comprender el amor y la vida de matrimonio habían dado vuelta por completo la cabeza de aquella mujer sencilla é inocente.

Enamorada ciegamente de Marcet, había llegado á aquel punto en que la mujer lo olvida y sacrifica todo por el hombre amado.

Es que eran muchas las ventajas que poseía el joven para acrecentar aquel amor.

Cuidaba ahora más de su traje, el que vestía con una elegancia suprema y se complacía en expiar el efecto volcánico que producía en Jacoba su varonil belleza, realzada por el esmero y prolijidad de su traje.

Era Jacoba una mujer de hermosísimo espíritu, aunque su semblante no podía llamarse bello.

Estaba en una edad en que la mujer soltera empieza á declinar y se sentía orgullosa de haber inspirado aquel amor, en un joven tan lleno de mérito.

Aquel joven tan serio y de conducta tan intachable le ofrecía un porvenir de felicidad eterna, que le hacía vivir en un presente arrobador.

Marcet llenaba su pensamiento por completo, hasta el extremo de borrar de su espíritu toda la pena que podía haberle causado la muerte del hermano.

Es que Marcet poseía el secreto de ser agradable y dar á su acento un timbre melódico que siempre halla éco en el corazón de la mujer menos predispuesta al amor.

—Yo ya no tengo nada en el mundo, sabía decirle.

No tengo ni siquiera el derecho de regresar á la patria, de donde me han alejado mis creencias republicanas.

No me queda más sobre la tierra que este amor de que mi corazón hace un culto.

Y me encuentro feliz, Jacoba, porque este amor llena todos los afectos que he perdido.

Que puede importarme el resto del mundo, si yo vivo exclusivamente de este amor inmenso, que llena los senos de mi corazón con todas las esperanzas que puede brindar la vida?

Consérvelo yo siempre y bendeciré la suerte precaria que me expulsó de la patria y del hogar para rodar miserable en extranjeras tierras!

Conozco que tengo fuerzas para soportar todos los reveses y todas las desventuras que no sean la pérdida de este amor, que nutre mi existencia triste.

Es lo único que podría armar mi mano con la desesperación del que nada tiene ya que esperar del mundo ni de la humanidad.

Yo he hallado en su espíritu purísimo la esperanza de la tierra prometida, que me hace pensar en el paraiso, pero en el verdadero, en el único paraiso en que se puede creer—el corazón amante de una mujer pura y enamorada.

La pobre Jacoba se sentía morir de felicidad al sonido de estas palabras, y en sus ojos brillaba intensa toda la felicidad que levantaban en su espíritu.

Así Marcet se había hecho para la joven un ser superior que la atraía con todo el encanto de aquel inmenso amor.

El día feliz en que se cumpla mi suerte de verme unido á usted, decía, habrá sido el único día feliz de mi existencia.

Comprendo que es preciso guardar las formas sociales, añadía y huir á la crítica de los malos—tenemos entonces que esperar á que se cumpla el luto de su noble hermano—pero qué importa esto?

Me siento feliz, inmensamente feliz porque me siento amado y esto es lo que más me importa.

Ya haremos más duradera la espera con nuestro propio amor, y la sociedad no tendrá nada que decir.

Jacoba no respondía una palabra absorbía toda la melodía de aquellas palabras y quedaba sumida en un éxtasis de amor.

Y Marcet ronovaba á cada momento sus delicadas atenciones.

—Es necesario que me vaya á dormir en la librería, le dijo un día, porque no es conveniente que yo siga viviendo aquí.

—Y por qué? preguntó Jacoba alarmada.

—Para evitar la maledicencia de la sociedad.

Usted vive sola, alma mía, y yo no tengo ningún título, ningún vinculo para vivir con usted bajo el mismo techo.

Esto podría dar tema á las malas lenguas que son las más y sufrir así su reputación pura y acrisolada.

Esto me causa un verdadero dolor, pero yo debo sacrificarlo todo á su tranquilidad.

—Pero siempre ha vivido usted aquí sin que nadie haya tenido que murmurar, respondió Jacoba cuya inocencia era extrema.

Pero entonces vivia su hermano; y ya no era lo mismo.

No creo que haya quien se atreva á murmurar, pero es mejor inutilizar el único pretesto que pudieran tener.

—¿Entonces yo voy á tener que vivir sola y alejada de usted?

—No totalmente.

Yo vendré á comer y almorzar como siempre.

De noche cuando cierre la libreria vendré también.

Pero á la hora de recojerme bajaré á la libreria y asi se evitarán hablillas estúpidas.

Esto me violenta de una manera enorme, la separación de horas se me hace insoportable, pero ya le he dicho que usted está para mí sobre todas las cosas y yo debo cuidar de que nadie tenga que murmurar de usted.

Al fin comprendió Jacoba lo que su amante quería decirle y aceptó su determinación como aceptaba todo lo que de él partía.

Este golpe, bien calculado por Marcet, produjo todo el efecto que él deseaba.

—Consiento en esta mudanza inesperada, dijo Jacoba, pero entonces quiero apresurar mi casamiento todo lo que sea posible, porque yo no quiero sacrificar la tranquilidad en que vivo, para que los malos no murmuren.

Yo no vivo para ellos, yo no me ocupo de ellos y no debía importarme lo que pensaran.

Cedo por usted no por ellos.

—Es necesario Jacoba, dijo Marcet, viendo que habia pegado en el blanco, y el único modo de evitarlo es como usted lo ha dicho apresurar el casamiento.

El mundo comprende que nos amamos, hay muchos envidiosos de mi amor, y la única venganza que pueden tomar es la calumnia.

Matémosla con tiempo, Jacoba y no demos el menor motivo para alimentarla.

Aquel mismo día Marcet hizo llevar á la libreria los pocos muebles de su pieza.

Aquello fué una puñalada para la pobre Jacoba.

Le parecia que su prometido se iba para siempre y que aquella mudanza era precursora de una separación.

Se vió sola de pronto, y sintió con más rudeza que nunca el doble golpe causado por la muerte y las conveniencias sociales.

Y soñando en su amor se decidió á apresurar el casamiento, único medio de hacer volver á Marcet.

Este entre tanto saboreaba el buen efecto de su táctica.

Deseaba casarse cuanto antes, pero no queria tomar la iniciativa porque no queria contrariar en lo más mínimo los sentimientos y el duelo de Jacoba

Pensando en un medio ageno á él, que apresurara el matrimonio, aprovechó algunas bromas que le daban los amigos y bajo un aparente exeso de delicadeza puso á Jacoba en el disparadero que hemos visto.

Apurado por ella, el joven empezó á hacer todas las diligencias necesarias para su realización.

Los muebles fueron comprados, siendo de una sencilléz admirable.

—Mis pobres economías no me dan para más, dijo á Jacoba, pero con mi trabajo constante y empeñoso, espero que pronto podré ofrecerle otros mejores.

—Ya estamos en situación en que no debe haber cumplidos entre nosotros, dijo Jacoba cariñosamente.

Todo cuanto yo tengo es nuestro ¿porqué no dispone usted de lo que necesita?

No comprendo el cariño con esas reservas.

Mi fortuna es suya—úsela entonces, y gaste cuanto sea necesario.

—Me robaría usted mi placer más grande respondió el astuto joven.

Quiero casarme con el producto de mí trabajo y las economias que con este solo objeto he podido reunir.

Desde que concertamos este casamiento, Jacoba, me he privado de todo, para juntar todo en producto de mí trabajo con aquel dulce fin.

En todo el tiempo que ha transcurrido desde entonces, me he privado de todo hasta el extremo de haberme vuelto avaro.

Creo que lo que he reunido alcanza para atender con modestia á todos los gastos que se originen—no me robe pues usted este placer que estoy acariciando hace dos años!

—Oh! por modestos que sean, por miserables que fueran, dijo Jacoba, estos muebles serán los únicos que usaré durante mi vida.

Ellos tienen mayor encanto para mí, que los más suntuosos que pudieran comprarse.

Es que me parece que su madera tiene todo el perfume de su delicado cariño.

Todas las compras y diligencias del casamiento fueron hechas de esta manera modesta y delicada.

Jacoba se sentía inmensamente feliz.

Se creía adorada por su joven prometido y se sentía transformada.

La felicidad que afluía á su semblante la habia rejuvenecido y vuelto más hermosa.

Pasaba el día ocupada en sus preparativos, con una alegría infantíl y bulliciosa.

Se había dado parte á la familia y relaciones de modo que el casamiento era de todos conocido.

Marcet abandonaba á cada momento la libreria, para venir á hacer una caricia ó dirigir una broma á su amada y escapar en seguida con infantíl rapidéz.

Aquella era una nueva vida desconocida para Jacoba.

—Dios mio! decia—y que estando en mi mano haya tardado tanto yo en experimentar esta felicidad suprema!

No sabia yo que la vida encerrara tantos encantos.

Y á medida que se aproximaba el dia fijado Marcet se volvia más amante y más atento que nunca.

Parecia que su cariño por Jacoba era inagotable.

No faltó parienta y amiga que viniera á empañar con oscuras nubes, el cielo diáfano de aquella felicidad.

Las solteronas la rodearon, gozándose en clavar en su corazón inocente la espina de la duda.

—Haces una locura en casarte con un hombre mas jóven que tú le decia una.

Al principio, no digo que no te amará, pero cuando pasen los años otra te reemplazará en su corazón.

—Tienes un marido muy hermoso, decía otra.

No te descuides porque los maridos jóvenes y hermosos suelen durar muy poco—el mundo tiene muchas tentaciones!

—Lo que no lo ha tentado de soltero, contestaba Jacoba llorando, no lo tentará de casado!

Marcet tiene un corazón noble, que he estudiado durante tres años—él me será tan leal como yo misma.

Y aquellas primeras heridas no las supo ocultar á su amante.

—Es natural que eso digan, contestaba él entre una lluvia de caricias.

Ninguna mujer soltera, de cierta edad, puede tolerar que otra se case bien y sea feliz,

Sienten la envidia que les roe el corazón y la necesidad de vengarse de un mal que nadie les ha hecho.

Oh! sí yo fuera un miserable y un perdido, no

habrían de decirlo, porque entonces estaban vengadas de antemano.

Y con un talento exquisito disipaba las sombras causadas en su espíritu, por lo que él llamaba la perfidia de las solteronas.

—Son malas, decía Jacoba—pero yo tengo una profunda fé en Dios y en mi amor.

El día del casamiento llegó por fin con los alegres y risueños preparativos hechos por el cariño de Marcet.

Los amigos que concurrian noche á noche á platicar en la librería, todos ellos pertenecientes á las primeras familias, fueron por él, invitados y comprometidos á no faltar.

El casamiento debía ser entonces concurridísimo y alegre.

Marcet se había transformado al extremo de asombrar á los mismos que lo trataban diariamente.

Gracioso y juvenil andaba dirigiendo bromas á todos, y demostrando que había llegado para él, el día de la felicidad suprema.

Jacoba, miraba á Marcet con todo el candor de su alma, sintiéndose feliz en el placer que aquel demostraba.

Cualquiera que los hubiera visto, no hubiera dudado que el amor de aquella pareja no terminaria nunca.

Marcet hizo su casamiento á la europea.

Hubo música, baile y una mesa delicadamente servida.

En aquel tiempo no había reunión que terminara después de las doce de la noche, á aquella hora las mamás daban la señal de marcha, y por animada que estuviera la tertulia, se deshacía en menos de cinco minutos.

El casamiento de Marcet fué la primer fiesta que quebró aquella costumbre añeja.

Eran las tres de la mañana, y el baile estaba en

su mayor entusiasmo.

Marcet fué el héroe de la fiesta

Correcta y ricamente vestido, su figura gentil y distinguida se destacaba entre todos los bailarines.

Aunque las solteronas se esmeraron en volver á decir á Jacoba que tuviera mucho cuidado con aquel marido tan joven é interesante, las familias que asistieron al casamiento la cumplimentaron por su elección, haciendo votos por una felicidad interminable.

Los primeros albores de la mañana sorprendieron á la concurrencia en medio de su mayor animación.

Aquello era un verdadero escándalo social, pues era la primera vez que una reunión terminaba á semejante hora.

Marcet había hecho los honores de la casa con una delicadeza que encantó á todos.

Las familias de Ezcurra y Rosas y demás principales de Buenos Aires se retiraron prendados de la pareja que se iniciaba de aquella manera en la sociedad.

La libreria se cerró de nuevo, pero por distinta causa que la vez anterior.

Ahora era la alegría y no el luto lo que cerraba sus puertas.

Los nuevos esposos se habian ido á pasar la luna de miel á la costa de San Isidro, en la quinta de una familia amiga.

Al mes del casamiento los esposos Marcet regresaban á la ciudad y se instalaban en su casa, con un lujo de comodidades desconocído hasta entonces.

Marcet reabrió la libreria, introduciendo nuevas reformas y tomando dependientes para que atendieran al despacho pués él tenia otras cosas de que ocuparse.

Dueño de la buena fortuna que introducia Jacoba

al matrimonio, Marcet empezó á desquitarse de los años de privaciones que había sufrido.

Su traje era no solo más cuidado, sino lujoso hasta llamar la atención; concurría con Jacoba á todas las fiestas y paseos, y á su mesa, servida con toda la magnificencia de la época, asistían diariamente sus principales amigos.

Jacoba se sentía feliz en toda la extensión de la palabra.

Veía con un placer infinito el tren que con sus riquezas arrastraba Marcet, cuyo amor para ella parecía haber crecido con su casamiento.

Pobre Jacoba! poco tiempo habían de durarle sus buenas ilusiones!

Marcet, esquivo hasta entonces á la invitaciones de sus amigos, empezó á aceptarlas poco á poco, introduciéndose así á la primera sociedad donde ellos figuraban.

Jacoba no podía apercibirse de este cambio gradual y bien calculado, porque Marcet tenía siempre pronta su mas cariñosa y verosímil explicación.

—Me fastidian terriblemente estas conveniencias sociales que me roban muchas horas de tu cariño le decía entre apasionadas caricias.

Estoy por romper con ellas y no pagar mis visitas.

Se resentirán y se retirarán de casa criticándome, ¿pero qué me importa á mí?

Yo tengo en tu cariño y compañía llenadas todas las necesidades de mi espíritu.

Te aseguro que si no lo he hecho ya, es por el solo temor de no aislarte por completo haciéndome tachar de celoso.

De todos modo tengo que pasar el día entregado á los negocios y las visitas siquiera sirven para hacerte vivir mas acompañada.

—No hables locuras, respondía Jacoba con todo el candor de su inocencia y ciega por el amor de su joven marido.

Es preciso tener paciencia y contemporizar con las exigencias de la sociedad.

Demasiado trabajas en el día para no tener una hora de distracción en la noche.

Marcet acariciaba entonces á su esposa y prometía seguir cumpliendo con las exigencias sociales.

Para engañarla mejor, tres ó cuatro veces en el mes la llevaba á las reuniones de las familias amigas, para lo cual tenía que rogarla, pues Jacoba era mas amiga de su hogar que de las fiestas y diversiones.

¿Pero como resistirse á los ruegos de Marcet?

Una de las casas que mas frecuentaban era la de Rosas, donde tenian lugar tertulias diarias.

Marcet tenía por esta familia una preferencia especial y era recibido en ella con marcado cariño y estimación.

Jacoba miraba sin celos y con profundo agrado las simpatias de que en todas partes gazaba su marido.

Espíritu gentil é inocente, lo creía acreedor al cariño de todos y no pensaba que en esto pudiera haber la menor malicia.

Marcet por su parte, se sentía atraido con una fuerza irresistible á los placeres que podían brindarle su edad y su fortuna.

Enamorado por naturaleza, se esmeraba en ser galante y atento no solo con las niñas, sinó con toda mujer hermosa en general.

Las parrandas de guitarra, los buenos jaleos, no eran extraños, á su carácter juvenil y ávido de placeres.

Así se había ligado por una estrecha amistad con los jóvenes que mas figuraban entonces por su posición y su fortuna, como Miguel Azcuénaga, Marcelino Martinez, Francisco Alzaga, Arriaga y tantos otros.

Marcet era con ellos inseparables en sus numerosas parrandas.

Ya no rechazaba sus invitaciones como antes, si-

no que era él mismo el iniciador de los paseos y parrandas.

Con ellos habia aprendido á montar á caballo y todas las tardes salía á lucir la belleza de su caballo chileno.

Marcet gastaba mucho dinero.

Aquel género de vida era caro y no se podia sobrellevar sin una fortuna de primer órden.

La librería hacía mucho negocio, es verdad, pero no alcanzaba á cubrirla mitad de la renta que el joven invertía en su persona y en sus placeres.

Pero esto no podía llamar la atención.

Nadie conocía los negocios de Marcet y lo que podían producirle y lo supusieron mucho más rico de lo que era realmente.

Ya su mujer no tenía para él los atractivos que al principio, á juzgar por el poco tiempo que permanecía en su casa.

Pero ella, engañada con las caricias y las disculpas mas bien arregladas, parecía no apercibirse de aquel cambio, encontrando muy natural lo que su esposo hacía.

Es que Marcet era un hombre de mucho talento y tenia un tacto esquisito para engañarla y hacerle creer cuanto quería.

Una Mercedes se habia cruzado al paso de aquella á quien todo lo debía y á quien poco á poco iba desalojando de su corazón.

Según las crónicas de aquella época, Mercedes Rossi había contraído por Marcet una pasión vehemente, que ni siquiera trataba de ocultar.

Era una de aquellas pasiones que en la mujer se sobreponen á todo, no existiendo para ellas mas que el objeto que las ha producido.

Mercedes Rossi era una joven interesantísima, poseía la hermosura de todos los Rossi, realzada por una gracia natural y una distinción soberana.

Amaba á Marcet por su hermosura varonil y explendida y por su talento esquisito y desenvuelto.

Marcet, atraido por la belleza de Mercedes y por

el prestigio de una aventura amorosa en la primera sociedad, había desplegado ante ella toda su batería amorosa.

Se mostraba subyugado por un amor superior á sus fuerzas, amor que empezaba con frases apasionadas y promesas de una fé eterna.

—Ah! si uno pudiera leer en el porvenir, le decía, yo hubiera guardado para usted todo el encanto de mis primeras ilusiones!

Mi corazón ofuscado ha creído entregarse por completo á aquella infeliz con quien ligué mi suerte, pero ahora veo que esta ha sido una ilusión pasajera.

Mi corazón surge recién á la vida del amor ante su belleza suprema, con todo el vigor de mis años y la pasión de sus senos vírgenes.

Siento que ante su mirada celeste todo se desvanece y no se me ocurre nada mejor que arrodallarme á adorarla.

Su espíritu me ilumina con un fulgor sublime y siento que á su rayo se desvanece todo lo que antes despertaba en mí algún interés ó alguna ilusión.

Amo la vida porque ella me sirve para amarla á Vd. de otro modo renunciaría á ella, porque entonces sería para mí una carga insoportable.

—Pero hay una sombra que se levanta entre los dos!

—Esa sombra se ha desvanecido ante la luz de su espíritu.

—Pero ella se opone á que nos aproximemos!

—Esa sombra no puede oponerse á nada, porque al abrirse mi corazón al perfume de este amor, ha abierto también la tumba para el afecto de aquella desventurada.

Déjeme usted olvidarla tranquilamente, porque si ella fuera un obstáculo entre nosotros, declaro que mi odio por ella sería espantoso y capaz de cualquier enormidad.

Marcet no fingía entonces.

Amaba á Mercedes Rossi con verdadera pasión y por ella se sentía capaz de todo lo malo.

Era tal el dominio que sobre él ejercía, que miraba á su esposa con invencible tédio olvidando á su lado hasta su habitual disimulo.

Ella comprendía que algo extraño pasaba por el corazón de su esposo.

Lo veía distraído y pensativo, y atribuyéndolo á alguna contrariedad en sus negocios, trataba de hacersela olvidar con sus mas tiernas caricias, caricias que Marcet recibía hasta con enojo.

Marcet frecuentaba la casa de Rossi, esmerándose en sobresalir por su lujo, entre todos los que aquella casa frecuentaban.

Y gastaba, y gastaba como si su fortuna fuera inagotable.

Aquella pasión fué creciendo por las dos partes hasta hacerse irresistible.

Entonces fué para Marcet su esposa una carga de insoportable peso.

Era el inconveniente que se ofrecía á su felicidad y como tal llegó á olvidarla tanto como amaba á Mercedes Rossi.

Sin embargo Marcet no se dió por vencido y puso en juego todos sus recursos, y todo su talento.

¿Triunfó Marcet en su empeño?

Así se dijo entonces y Jacoba ya no fué para su amor un inconveniente sino un simple estorbo que se oponía á una nueva alianza.

No era hombre Marcet capaz de dejar en su camino estorbos que imposibilitaran la ejecución de sus planes.

Estaba habituarlo á suprimirlos de cualquier modo y demasiado lo probaba la muerte misteriosa de Usandibares.

Sus amores con Mercedes Rossi eran conocidos de toda la sociedad.

Todos estaban al cabo de aquella aventura galante, menos su esposa.

El alma perversa del Catalan se reveló contra el obstáculo que le ofrecía su esposa, y decidió suprimirla, con una frialdad aterradora.

Fué esta una aventura tremenda que no pasó del círculo de los que en ella jugaron un rol infame.

Marcet era un miserable en toda la acepción de la palabra para quien los vínculos de familia y de sangre; no eran cosas que mereciera la pena de ponerse á meditar sobre ellos.

Para la realización de su plan infernal, no lo detuvo si siquiera el estado de su esposa, que hacía cinco meses se hallaba en cinta.

Si este crimen hubiera dejado algún rastro, si la justicia se hubiera mezclado á él por cualquier motivo, indudablemente el asesinato de Alvarez no se habría producido.

Marcet hubiera sido quebrado para siempre.

Pero ya lo hemos dicho—él quedó entre los autores, oculto por la abnegación ó la inocencia de aquella esposa desventurada que había alimentado un miserable al calor de su cariño.

He aquí los detalles dramáticos de aquella tentativa de asesinato.

JACOBA Y MERCEDES

La esposa de Marcet había concluido por apercibirse de los desórdenes de éste, aunque no conocía la causa de su desamor y su continua ausencia del hogar.

Es que Marcet pasaba sus noches á la reja de Mercedes, entregado al encanto de aquel nuevo amor.

—Ya ves le decía, que yo no tengo más encanto que tu cariño, puesto que por tí todo lo abandono, puesto que todo me fastidia.

Comprendo que es necesario que nuestra unión

sea más íntima y no un bien de ladrón que tenga que gozarlo á ocultas, de miedo que me lo quiten.

—Pero habla respondía ella, ya sabes que quien todo te lo ha sacrificado no puede detenerme ante nada.

Te amo porque Dios lo ha querido asi y te seguiré amando á pesar de todo y de todos.

—El inconveniente que se levanta entre nosotros no puedes suprimirlo tú—pero yo no estoy en el mismo caso y te prometo que dentro de un año no existirá ya.

Este inconveniente no podía ser otro que Jacoba su esposa y entonces la supresión venía á ser la muerte.

Se apercibia Mercedes Rossi de toda la infamia que encerraba la promesa de Marcet, ó creia que se tratara de algún otro incoveniente de fácil supresión?

—Con ellos ó sin ellos yo te amaré siempre, respondía, como te amo hoy que existen.

Poco me importa de todo aquello que no sea tu amor.

Marcet regresaba á su casa á la madrugada.

Allí lo esperaba su esposa, que aún no había podido dormir entregada al dolor de verse abandonada por el hombre en quien había reasumido todos los afectos de la tierra.

Y mientras mayor era la indiferencia de éste, parecía que más aumentaba su amor y callaba temiendo afligirlo con la constancia de su dolor esperando que á fuerza de halagos y cariños rompiera su glacial indiferencia.

Ella disculpaba hasta cierto punto la vida desordenada de su esposo, atribuyéndola á los amigos con quienes se daba, jóvenes calaveras todos, y amigos de las parrandas.

El ha pasado su juventud en el encierro y el trabajo, pensaba.

Cuando su vida ha sido más desahogada y ha probado los placeres que le eran desconocidos, sin

duda se ha aturdido y se ha dejado arrastrar por ellos.

Pero ya volverá á mí porque su corazón es bueno y amante y esta época momentánea disipará los males que se han aglomerado en mi cielo.

Y sufría y callaba, en la seguridad que por lo menos dentro de poco, aquel ser que llevaba en las entrañas le volvería tan apasionado y gentil como lo había sido antes.

Entre tanto las ideas más infames se revolvían en la imaginación del joven.

Aquella vida de disipación y de derroche no podría seguir llevándola por mucho tiempo, sin un cataclismo para su fortuna.

Esta sin ser notable, era una fortuna sólida y suficiente, pero Marcet gastaba un lujo deslumbrador, llevaba una existencia de millonario y su fortuna no podía dar abasto sin sufrir quebrantos sensibles.

Marcet, resuelto á no abandonar el rango que ocupaba en la sociedad, empezó á meditar la manera de aumentar aquella fortuna que desaparecía y un nuevo crímen empezó á germinar en aquella imaginación perversa.

Apoderándose por completo de la fortuna de su esposa, vendiendo todo cuanto tenía, podría mantener por mucho tiempo aún su vida de lujo y disipasión.

Aunque consumiera en ella hasta el último peso, le quedaba aún un gran recurso; su casamiento con Mercedes Rossi; cuya fortuna de primer orden le brindaba un porvenir soberbio.

Para todo esto era necesario enviudar, y Jacoba gozaba de una salud á toda prueba.

Marcet á pesar del avanzado embarazo de su esposa, decidió hacerse dueño de todo para quedar apto para un nuevo enlace, y con toda frialdad sentenció á Jacoba á seguir el camino de su hermano.

El procedimiento era largo y laborioso, pero en cambio era seguro y le ofrecía una impunidad indiscutible.

Por eso es que al hablar con Mercedes de suprimir inconvenientes, le había fijado el plazo de un año.

Marcet estaba sin duda seguro de la eficacia de los medios que emplearía, puesto que lo primero que hacía era llamar un médico que se hiciera cargo del enfermo.

Sin la menor vacilación, sin el menor remordimiento, puso en ejecución su plan desde el dia siguiente.

Jacoba quedaba librada por completo á la voluntad de su asesino, si un milagro de Dios no venía en su socorro.

Veamos como se desenvolvió este crímen en el que la amante vino á ser una complice inconsciente del marido asesino.

Marcet desde que puso en ejecución su plan, volvió á ser para Jacoba el marido atento y amoroso que esta había creído perdido.

Con cuanto placer vió este cambio la tierna y apasionada Jacoba!

Todo lo olvidó, todo lo perdonó y se entregó por completo al goce de aquella luna de miel renovada para ella cuando lo creía más distante.

Marcet había vuelto á ser el mismo de los primeros tiempos.

Atendía solícito el menor deseo de su esposa, complaciéndose en proporcionarle todo aquello que pudiera serle agradable.

Al mes de esta nueva era de felicidad incomparable para la pobre Jacoba, empezó á sentirse débil y enferma, con un malestar que fué atribuido á lo avanzado de su embarazo.

El mismo Marcet llamó al médico que había asistido á Usandibares, quien no dió importancia á la enfermedad, diciendo que eran novedades naturales en su estado.

Jacoba tenía una negra esclava que la había criado y que le tenía un cariño entrañable.

Ella había hecho las veces de madre para su antigua y joven ama, y á ella confiaba ésta todos sus pesares como todos sus placeres.

En el abandono que de ella había hecho Marcet, era la negra vieja quien consolaba sus dolores y la ayudaba á sobrellevarlos con cariñosos consejos.

Este abandono injusto é inmotivado habia cambiado en odio la antipatía que desde mucho tiempo profesaba por él la buena y leal negra.

Aunqu : todos se habían engañado con la muerte de Usandibares, la negra había tenido sus sospechas, sospechas que habia reservado sin querer comunicarlas á nadie.

Aquella muerte tan rara y lenta había sido mirada con profunda desconfianza por la negra, que observó con sus buenos instintos y sin que nadie la viera ni la sospechara, la impresión que iba haciendo en Marcet la marcha de aquella enfermedad terrible.

Y se había convencido al fin que Marcet no era extraño á aquella muerte.

Y cuando vió que se casaba con su ama, ya no le quedó la menor duda.

Muchas veces se había sentido con un fuerte deseo de comunicar á Jacoba sus sospechas, pero se había detenido por temor al joven.

¿Qué podía ella esclava y miserable, contra su amo rico, capaz de todo y dueño de su persona?

La negra guardó su secreto como había guardado su antipatía y su odio, pero se propuso observarlo y velar por la vida de Jacoba.

Esta vigilancia se redobló desde el momento que vió enferma á su ama y observó que aquella enfermedad coincidía con el cambio inusitado en la conducta de Marcet.

Este, sin sospecharlo siquiera, tenía en su casa un vigilante que no le perdia un solo movimiento.

Aquella buena negra vió con espanto que cada

tantos días y aprovechando naturales descuidos ó ausencias momentáneas, el amo echaba en la copa de la señora un paquetito de polvos, que disolvia en el vino inmediatamente.

La negra se aterró y comprendiendo que aquella era la causa de la enfermedad de Jacoba, resolvió ponerla en reconocimiento de lo que pasaba.

Pero ¿cómo hacerlo de una manera de ser creída por la señora, por ella, cuando estaba completamente dominada por el amor del pérfido esposo?

Su amor venció por fin todas sus vacilaciones y se resolvió dar aviso á la señora, para que no siguiera tomando aquellos polvos fatales.

Con muchos preámbulos y pedidos de perdón anticipado se acercó á ella, aprovechando la ausencia del amo.

—Es necesario que yo le diga á usted un secreto terrible porque ya no puedo yo con su peso.

—Habla no más, no tengas cuidado, que si algo necesitas ya sabes como soy yo contigo.

—No se trata de mí sinó de usted, mi ama, y lo que quiero decirle se relaciona con su vida.

—¿Con mi vida? preguntó Jacoba aterrada.

—No solamente con su vida, sinó con la de ese ser inocente que vive en sus entrañas.

Si Jacoba se había aterrado tratándose de su propia vida, mayor fué su terror al saber que se trataba de la existencia de su hijo: su terror no reconoció límites.

—Habla le dijo, habla pronto ó le aviso á Jaime para que te haga hablar él.

—Dios libre á usted semejante cosa! exclamó la negra resuelta ya á todo.

Si el amo sabe una sola palabra de lo que hablo yo en este momento, me pierdo yo sin haber podido salvar á usted.

—Pero habla de una vez ¿qué peligro es el que nos amenaza?

—Me jura usted un profundo secreto de lo que voy á decirle?

—Todo lo que quieras, pero habla de una vez.

—Pues bien mi ama, desde que el patron se ha sosegado y ha vuelto al parecer al cariño de su casa, hace una cosa que me tiene aterrada.

El aprovechando los momentos que usted no puede verlo, echa en su copa unos polvos que usted bebe sin apercibirse de ello.

Yo veo que la enfermedad que usted sufre es causada por esos polvos y si sigue tomándolos, concluirá por morirse.

Tan brusca é inesperada era aquella revelación, que Jacoba no pudo darse cuenta de ella en el primer momento.

Fué necesario que pasaran algunos instantes para darse cuenta de su enormidad.

Lívida como un cadáver, y con los ojos desmesuradamente abiertos, tomó á la negra de un brazo y le dijo con acento tremendo.

—¿Sabes lo que dices? sabes la acusación espantosa que acabas de lanzar?

Tú aseguras que mi marido quiere envenenarme junto con el hijo que llevo en el seno y esa es una calumnia espantosa!

Y rompió á llorar de una manera desolada.

La negra empezaba á arrepentirse de lo que acababa de hacer.

Tendría su ama la fuerza suficiente para guardar el secreto?

¿Temiendo fatales consecuencias para ella y no teniendo ya remedio lo dicho, se guardó la segunda parte de su terrible secreto; sus sospechas sobre la muerte de Usandibares.

—Es preciso que me dés inmediatamente la prueba de lo que has dicho, porque si no vas á pagar cara tu calumnia.

Y la sacudió violentamente de los brazos.

—Si usted quiere la prueba, mi ama adorada, es preciso que tenga calma y prudencia, sin eso me perderia, sin salvarse.

¡Yo le juro la verdad de lo que digo por la salvación de mi alma!

—Tú detestas á Marcet hace mucho tiempo, y buscas talvez vengarte de él con esa calumnia infame.

Pero yo te juro que si no me haces palpar la verdad, te arranco la lengua.

Aquello era realmente terrible.

Estar enamorada con pasión de un marido á quien se cree puro y bueno, y desvanecerse todo esto en un minuto para encontrarse ligada á un asesino miserable, que atentaba contra la vida de su esposa en cinta.

La pobre Jacoba estaba presa de una exitación nerviosa superior á sus débiles fuerzas.

—Bueno mi ama, dijo la negra, arrodillándose á los piés de ésta—si usted no palpa la verdad de lo que he dicho, consiento en que me arranque la lengua.

Yo no digo que el patron sea un asesino, pero le juro que la hace tomar unos polvos y, que desde que usted los toma, está enferma y pálida.

Y refirió entonces detenidamente como había hecho sus observaciones.

Hoy ó mañana usted puede levantarse de la mesa con cualquier pretesto, y observar por la hendija de la puerta lo que hará el señor.

Pero mucho sigilo ama de mi alma—el amo es muy vivo y si llega á sospechar que estamos en el asunto, se ocultará, cambiará de táctica y sabe Dios lo que será de nosotras!

Jacoba se echó á llorar y resuelta á seguir el consejo de la negra, en la esperanza de que todo fuera una ilusión de aquella, esperó hasta la tarde.

No podía convencerce que aquel hombre que parecía quererla tanto y que tantas finezas tenía para ella fuese capaz de matarla tan fría y despiadadamente olvidando todo lo que le debía!

¿Cual podía ser por otra parte la causa de aquel crímen? Esto era lo que mas la afligía.

Marcet regresó á sus horas habituales, tan amante y cariñoso como los días anteriores.

¿Como podía ser cierta la aseveración de la negra?

¿Como aquel hombre que la colmaba de cariños y finezas, pudiera estar meditando y ejecutando su muerte tan friamente?

Aquello era digno de un mónstruo, de un asesino habituado al crímen, y Marcet era la bondad y nobleza personificadas.

Jacoba devoró sus lágrimas para que no fuera él á divinar el estado de su espíritu, y se sentó á la mesa como siempre.

Apenas había empezado á comer, Jacoba se levantó diciendo á su esposo:

—Un momento, ya vengo.

En cuanto ella salió del comedor, la actitud de Marcet cambió por completo.

La suavidad de su semblante desapareció, siendo reemplazada por una expresión feroz y sombría.

Su pupila densamente dilatada, había perdido hasta su color habitual, y miraba á la puerta por donde había desaparecido Jacoba, como si hubiera querido ver á su través.

Rápido y nervioso metió la mano al bolsillo del chaleco y sacó un pequeño frasquito.

Eran unos polvos que echó prontamente en la copa que estaba junto á Jacoba.

En seguida sirvió vino y los polvos quedaron perfectamente disueltos.

En aquel instante se abrió de nuevo la puerta del comedor y apareció Jacoba lívida como un cadáver.

Ella había visto todo lo que hizo Marcet, por la hendija de la puerta, y había quedado fría de espanto.

La expresión feroz que había visto brillar en la fisonomía de su esposo, era lo que más la había impresionado, porque aquella expresión no tenia nada

de humano—era la expresión de la fiera que se lanza sobre su presa.

Marcet debía tener una voluntad imponderable pues apenas vió aparecer á Jacoba, volvió á transformarse quedando el mismo hombre de siempre.

Tan terrible era aquella situación que Jacoba llegó á figurarse que soñaba.

Volvió á ocupar su asiento y miró intensamente á su esposo.

—¿Qué tienes alma mía? preguntó solícito, me pareces un poco pálida.

Ante aquella única pregunta, Jacoba no pudo contenerse y con el semblante bañado en lágrimas le preguntó:

—¿Porqué has echado polvos en mi copa?

Sin duda Marcet estaba preparado á aquella pregunta.

Se había colocado en la situación de ser sorprendido, pues ni siquiera pareció inmutarse.

Apenas palideció levemente y respondió.

—Me has sorprendido mi secreto cuando menos lo esperaba; y no tengo mas remedio que confesar mi debilidad.

Escucha mi querida, y si es una imbecilidad lo que hago con el móvil que me guía está mi perdón.

Jacoba escuchaba asombrada no alcanzando la disculpa que pudiera dársele.

Y devoraba á Marcet en una mirada intensa, deseando que todo aquello no fuera mas que un exceso de desconfianza que pudiera desvanecer una franca explicación.

—Te quiero tanto alma mía que me parecía imposible que tanta felicidad pudiera durarme mucho tiempo.

Estoy tan habituado á la desgracia que creo que la felicidad no se ha hecho para mí.

En el temor de perder tu cariño y cediendo á una debilidad incomprensible, cometí el error de ir á consultar á una de esas adivinas que tienen remedio para todo.

¡Qué quieres! los españoles somos medio creyentes en estas cosas, y aún sabiendo que es una tontera, caemos en consultarlas.

Con una verdadera ingenuidad expuse mi situación á aquella mujer, que me escuchaba con atención particular.

—Para no perder el cariño de su esposa y conservarlo siempre creciente, hay un remedio infalible pero un poco caro.

Poco me importa el precio tratándose del cariño de mi Jacoba, dije.

Pero cuidado que el remedio sea eficaz, porque si te burlas de mí, te garanto que me voy á vengar de una manera terrible.

—Tal poder tiene mi remedio, me contestó entonces aquella mujer que usted no me pagará hasta que no haya producido el efecto deseado.

Y me dió quince paquetitos de los polvos que me has visto echar en tu copa.

—Es necesario que los tomes sin saberlo, me dijo, porqué entonces perderían toda su gran virtud y será mejor que los tome en una copa de vino servida siempre por usted mismo.

Yo cerré el trato y me vine con mis paquetes como si trajera un tesoro.

Desde entonces, que hará más de un mes, cada vez que te levantas de la mesa echo polvos en tu copa, y es tal mi ilusión y mi ambición de cariño, que me parece que desde entonces me quieres más.

Era tan natural y tranquilo el acento de Marcet, tan sencillo su ademan y la narración que hacía, que cualquiera lo hubiera creído por prevenido que estuviese.

Como no había de creerlo Jacoba predispuesta en favor de Marcet y necesitando su espíritu aquella explicación incomprensible!

Había sin embargo algo y algo terrible que la hacía vacilar á pesar suyo, y este algo era la expresión espantosa que vió en Marcet cuando echó los polvos.

¿Porqué tomaba un aspecto tan feroz para hacer una cosa inofensiva?

—Si por eso estás cuidadosa, añadió, tranquilizate—esto no puede hacerte daño alguno y tu comprendes que en el estado en que estás no habría de darte nada dañoso.

Jacoba, ante estas palabras no dudó mas y creyó.

Entre una cosa natural y otra monstruosa, ¿como no creer la primera?

Jacoba además estaba enamorada de su marido y una mujer enamorada está siempre pronta á creer todo lo que aquel quiere.

—Tu delito, le dijo, es haber dudado de mi amor y creer que yo sea capaz de dejar de amarte.

¿A que ir á buscar en casa de adivinas explotadoras, lo que tienes á raudales en mi corazón?

Déjate entonces de dudas imperdonables y no me vuelvas á dar semejantes tonteras.

Marcet dió á su esposa toda la razón que la asistía y la comida terminó en medio de todo género de caricias.

Oh! Marcet era un criminal avezado que no desarrollaba su plan sin haberse colocado en todas las situaciones malas y estudiado una salida para todas ellas.

Así es que soñar en tomar in fraganti delito era soñar en lo imposible.

Marcet había quedado desmoralizadísimo ante aquella dercubierta inesperada, porque por el momento iba á tener que renunciar á su plan de envenenamiento cuando mas seguro lo creía.

¿Había creído Jacoba su explicación?

Era natural que la creyera, mucho mas cuando ningún motivo podía tener para sospechar la verdad.

Marcet lo pensó así y empezó á meditar un nuevo plan de muerte.

La muerte de Jacoba la necesitaba de una manera imperiosa, no solo para apoderarse de toda la fortuna de Usandibares, que había disminuido de

una manera notable, cuanto para hacerse otra mas importante, con un nuevo enlace.

En cuanto á Jacoba, decidió ponerse en guardia y adoptar todo género de precauciones para el futuro.

Ella había creído la historia de la adivina, pero ya la duda había penetrado en su espíritu, y no podía apartar de su vista la expresión de ferocidad suprema que tenía Marcet cuando echó los polvos en su copa.

Además la negra le hacía reflexiones que la impresionaban fuertemente.

Desde que dejó de tomar los polvos experimentó una mejoría en la enfermedad que la aquejaba, lo que hacía notar la buena negra con particular insistencia.

Marcet contó á Mercedes Rossi el apuro en que se encontraba.

—Por tu amor, le dijo, yo estaba envenenándola lentamente, porque para mí no existe en el mundo nada que no seas tú.

Ya te he dicho que todo me es sobrellevable, menos la desventura de no poder llegar hasta tí, como yo lo deseo.

Mercedes se aterró ante la confesión de su amante, pero dominada por su amor, no tuvo aliento para sobreponerse á aquella situación infame, y sin darse cuenta de lo que hacía, aceptó la complicidad en que su amante la envolvía, sin darse cuenta de lo que hacía.

Mercedes Rossi, tenía una negra esclava que le había regalado su señora madre.

Esta negra era tambien la confidente de Mercedes y la tapadera de sus amores irregulares.

Con esta consultaba todo lo que hacía, y con esta enviaba tambien sus amorosos mensajes á la librería de Marcet.

Inocente y cándida, esta tomaba consejo para todo de la negra, que había llegado á tener sobre ella un poderoso ascendiente.

Mercedes refirió á la negra, como todo lo relativo

á sus amores, la situación porque pasaba Marcet.

Como este pagaba largamente á la negra todos sus mensajes y servicios, la negra se había dejado ganar por él completamente.

Quería á aquel hombre con la pasión del interés más íntimo, porque Marcet le había prometido al casarse con su ama, darle el dinero necesario para que comprara su libertad.

Así la negra aquella era la más empeñada en ayudarlo en sus planes bajo todas las fraces, sin averiguar las consecuencias que pudieran tener.

—Es preciso disuadir á Jaime, dijo á su esclava de que no siga en su plan de muerte, porque Dios puede castigarnos á todos de una manera tremenda.

—No tenga cuidado por eso, respondía la negra, que el niño tiene mucho talento y es capaz de dar veinte vueltas al mismo demonio

—Es que yo no puedo consentir en ese crímen.

—¿Y qué le vamos á hacer?—no hay más que callarse ó delatarlo, lo que sería mucho peor.

Y Mercedes no tenía más remedio que callar y aceptar aquel crímen ó denunciar y perder á Marcet.

Un mes mas tarde, Marcet anunció que ya había encontrado el medio de seguir su plan interrumpido y que pronto llegaría al colmo de sus deseos.

De pronto la negra aquella cayó enferma de suma gravedad, declarando el médico que era preciso disponerla á morir como buena cristiana.

Las familias antiguas eran sumamente religiosas y por nada hubieran dejado de cumplir aquel mandato.

—Es necesario estar preparada á todo le dijo aquella noche la madre de Mercedes y voy á hacerte llamar un sacerdote para que te confiese.

La negra habituada á la obediencia ciega de la esclava no dijo la menor palabra y se preparó á confesarse.

Poco después un fraile de San Francisco, confesor de la familia, venía á asistir á la negra.

La pobre esclava aterrada ante los discursos del fraile que quería saber los secretos de la familia, se asustó y confesó no solo sus pecados sino los de us joven ama.

Los amores de esta con Marcet fueron revelados en sus menores detalles al curioso fraile, sin omitir la historia de los polvos, y los proyectos infernales del librero.

El fraile una vez que estuvo al cabo de todo, le dijo que era preciso que revelara aquel secreto á la madre de Mercedes, para que la señora pusiera remedio á aquella infamia, que de otra manera no podía absolverla, y que si moria sin su absolución, iría á parar á los tachos de fuego del infierno.

—Mañana volveré dijo el fraile, y si quieres que te dé la absolución, será necesario que hayas revelado el terrible secreto.

Espantada la negra llamó á la niña, comunicándole lo que pasaba.

Se trata de la salvación de mi alma, le dijo, y yo tengo que hacer lo que me manda el confesor.

Perdóneme amita mía, y tenga piedad de mi alma.

Mercedes se asustó tanto como la negra, de las consecuencias que podían traerle aquella revelación.

—No te asustes le dijo, que todavía tu enfermedad no es tan grave y el médico no ha dicho nada que haga temer tu muerte.

Esperemos á ver si te sientes mejor y veremos lo que ha de hacerse.

Mercedes escribió en el acto á Marcet lo que sucedía, diciéndole que viniera inmediatamente.

Ante la gravedad del peligro que los amenazaba, Marcet vino en el acto.

—Ha sido una imprudencia confiarse á esta negra, dijo, pero ahora no se trata de eso, sino de conjurar el peligro.

—Dale esos polvos á la negra para que se duerma hasta mañana y no pueda hablar con nadie esta noche.

Yo entre tanto veré al fraile y veremos que se ha de hacer.

Mercedes tomó los polvos y se dirigió al cuarto de la negra, mientras Marcet iba en busca del fraile.

¿Creyó Mercedes en el sueño qué iban á producir los polvos?

Quién sabe!

Habituada la negra á tomar de manos de su amita todos los medicamentos, bebió los polvos disueltos en un poco de agua.

No tenía motivo, por otra parte para pensar que aquello no fuera recetado por el médico.

—Ese fraile no me quiere perdonar niña, decía la pobre esclava, sino cuento todo al ama, y es dura cosa esto de tener que ir á parar á los infiernos. sino, yo me iría con el secreto.

—No tengas cuidado, que me parece que el fraile se queda con las ganas, pues estás tú tan lejos de la muerte como yo misma.

—Estos polvos parece que me han sentado muy bien, me encuentro mas tranquila y más á mi gusto.

Mercedes salió del cuarto de la negra y fué á esperar á Marcet.

Este vino como siempre á la reja de la ventana, donde se entregaron á sus charlas de amor y proyectos de felicidad.

—No temas nada por la negra, que ella no hablará decía Marcet—en cuanto al fraile te juro que le voy á quitar las ganas de aconsejar lo que no debe.

—Yo estoy muy afligida porque si la negra habla no sé lo que será de mí, y si ella siente que se agrava va á hablar, no tengas duda.

—Pues la mejoraremos y asi no tendrás que temer. Marcet se retiró dejando á Mercedes más tranquila y conforme.

Al otro día muy temprano, Mercedes quiso verificar por sí misma el estado de la negra.

Se dirigió al patio donde dormían los esclavos, y desde que llegó á él comprendió que algo extraordinario sucedía.

Las negras andaban de un lado á otro, agitadas y llorosas.

Se apresuró entonces á llegar al cuarto de su negra y se encontró con un triste espectáculo.

La pobre morena había muerto sin que nadie se apercibiera de ello.

La negra vieja que la cuidaba entró por la mañana al cuarto y la encontró muerta y helada, lo que demostraba que hacía ya varias horas que había dejado de existir, Mercedes quedó aterrada.

¿Eran los polvos que le dió Marcet ó la enfermedad, lo que había producido aquella rápida muerte?

De todos modo el secreto quedaba así asegurado por la muerte y el fraile completamente burlado.

Ninguno pudo apercibirse de la menor cosa, puesto que todos ignoraban el secreto que ligaba á aquellas tres personas.

Esa misma noche, en la esquina de San Francisco tenía lugar una escena grotesca.

Dos jóvenes, perfectamente vestidos, golpeaban la puerta del convento, preguntando por fray Gabriel, que era el mismo que había confesado á la negra.

—Una hija de confesión que se muere, dijeron, lo manda llamar con premura pues pocos instantes de vida le quedan.

El buen fraile salió sin la menor desconfianza y viendo que se trataba de personas decentes no tuvo inconveniente en salir con ellos.

No había andado media cuadra, cuando un cogotazo de mano maestra, recibido en plena nuca le advirtió que había hecho un desatino en salir tan confiadamente.

Sin decir una palabra, quiso disparar al convento, pero los dos jóvenes lo contuvieron, y un segundo cogotazo fué á hacer yunta con el primero.

La cosa iba seria y aquellos hombres dispuestos

á estropearlo parecían no querer dejar escapar la presa.

—Ustedes están cometiendo un crímen impío, les dijo el fraile, y sin motivo alguno ¿porqué me estropean así?

Una lluvia de cachetadas y golpes de puño fué la respuesta que obtuvo.

Quiso defenderse entonces pero otros dos jóvenes que llegaban de la esquina opuesta emprendieron á palos con el fraile, arrojándolo al suelo con los huesos molidos por los golpes.

El fraile empezó entonces á gritar en demanda de auxilio, pero sus gritos solo sirvieron para que los cuatro redoblaran sus golpes hasta dejarlo sin aliento para gritar.

Minutos después los cuatro apaleadores se retiraban en distintos rumbos, mientras el fraile quedaba estirado en medio de la vereda, de donde fué recogido por los hermanos al otro día por la mañana.

De esta manera se vengó Marcet, ayudado por tres amigos, de los concejos que fray Gabriel había dado á la negra.

El buen fraile cuando hubieron pasados los efectos de la garroteadura y pudo meditar en ella comprendió de donde venía aquella infamia, pero no se atrevió á decir una palabra.

Demasiado conocía de lo que era capaz Marcet para provocar otra venganza más grave.

Prefirió callarse y sufrir la paliza recibida.

Marcet y Mecedes pudieron quedar tranquilos, por aquel lado.

Entre tanto el catalán no había renunciado á sus planes de muerte sobre su mujer.

Pero esta parecía estar protegida por la Providencia.

El había fingido siempre, siguiendo su táctica, un amor entrañable.

No volvía á casa sin traer algo para su esposa, ni hablaba con esta sino empleando las expresiones

más cariñosas hasta el extremo que ésta empezó á perder todo recelo.

—Y Jacoba seguia enamorada de su esposo, con la misma intensidad que los primeros días.

Una tarde de verano, estaba Jacoba sentada en una piecita al lado del comedor, frente al escritorio de Marcet, cuando entró éste de vuelta de sus quehaceres.

Había en aquella casa la costumbre de servir la comida en cuanto Marcet entraba.

Así es que en cuanto le vieron franquear la puerta, el negro Pablo se apresuró á llevar las fuentes al comedor.

Jacoba quedó extasiada en la contemplación de su esposo, quien, como tenía de costumbre, se quitó el frac y el chaleco, poniéndose un saco largo.

En seguida sacó del bolsillo, un pequeño paquete, del que extrajo un papelito que puso en el bolsillo del chaleco, volviendo á dejar el resto en éste.

En seguida se dirigió al comedor.

Obedeciendo á una idea que no pudo desechar en aquel momento, atravezó rápidamente el escritorio, sacó del chaleco de Marcet el paquetito y de éste un papel chiquito, como lo había echo aquél, y escondiéndolo en el seno fué al comedor.

¿Qué podían contener aquellos papeles?

Era una nueva brujería ó es que Marcet atentaba de nuevo contra su vida?

Presa de esta duda horrible iba á entrar al comedor, cuando fué detenida por su leal negra que le dijo:

—Niña, por Dios, no coma sopa, que el patron ha echado en el plato unos polvos.

Pretestando no hallarse bien del estómago, Jacoba se negó á comer.

La pobre mujer estaba aterrada, sin atreverse á adoptar un partido.

Marcet la invitó para que comiera, elogiando la

sopa, pero Jacoba, siempre bajo el pretexto que estaba descompuesta, se negó á probarla.

Guárdamela, dijo á la negra cuando esta vino á llevar los platos puede ser que luego tenga hambre.

El incidente pasó sin otra novedad, y Marcet durante la comida, hizo á su esposa toda clase de cariños.

La pobre Jacoba estaba asombrada.

O aquel hombre era un criminal terrible, habituado á aquellas infamias, ó era alguna brujería como la primera, pues no era posible que permaneciera tan tranquilo si su idea era atentar contra su vida y la del hijo que pronto nacería.

Concluída la comida, Marcet salió á realizar un negocio, segun dijo, después de haberla llenado de cariños.

En cuanto Marcet salió, Jacoba llamó á la negra y se hizo traer la sopa.

¿Pero cómo podían ellas saber si estaba ó no envenenada?

—Vamos á dársela á una gallina, dijo la negra, y veremos que efecto le hace.

Con el mayor recato para que los demás criados no pudieran apercibirse de lo que hacían, la negra trajo una gallina, la que comió una buena cantidad de sopa.

No habían pasado dos minutos, cuando la gallina moría con horribles convulsiones.

No había pues que vacilar—la sopa estaba envenenada por Marcet, que había destinado á ella aquel veneno.

Esto era horrible! amar entrañablemente á un asesino, vivir con él y comprender que aquel quería envenenarla á todo trance era más de lo que podia soportar una mujer.

Jacoba, sin querer convencerse todavía, mandó á la negra á la botica para que le dijeran que polvos eran los que contenía el papel que había sacado del bolsillo de Marcet.

La respuesta no se hizo esperar mucho,

Aquellos polvos eran veneno y el boticario mandaba decir que tuviera mucho cuidado, porque eran muy peligrosos.

Jacoba se echó á llorar amargamente, presa de la mayor desesperación; aquello era tremendo.

Sin embargo, aquella mujer abnegada reconcentró su dolor en sí misma y prohibió á la negra, bajo las más severas penas, que dijera una palabra de lo que sabía.

—Pero señora de mi alma, dijo la negra—es preciso que usted haga algo para su seguridad, porque el día menos pensado ese hombre saldrá con la suya.

—Ni una palabra más—no digas ni siquiera dejes comprender lo que pasa, ó te espones á todo mi odio y á toda mi venganza.

La negra no insitió más.

Compredió que á pesar de todo su ama queria á aquel bandido y que seria inútil cuanto pudiera decirle.

Jacoba se había resignado á su suerte y aceptaba aquella vida de martirio confiada en la Providencia que hasta entonces la habia protegido.

Marcet notó, como tenia que notarlo, la falta del paquetito en su bolsillo.

Lo buscó disimuladamente y como no lo halló, sospechó que se lo hubieran sustraído, suspendiendo entonces todo proceder contra Jacoba.

Recordó que aquella no había querido comer sopa, y temió haber sido descubierto por segunda vez, resolviendo entonces aplazar la ejecución del plan, ó tal vez renunciando á él, por temor de una sorpresa puesto que estaba descubierto.

Los Calaveras

Jaime Marcet se había ligado con una amistad íntima y fraternal, con los jóvenes más distinguidos de aquella época, todos ellos ricos y pertenecientes á las primeras familias.

Todos ellos eran ricos, no necesitaban del trabajo para llenar sus necesidades y lujo con largueza, disponiendo así de todo su tiempo.

Marcet rolaba entre ellos como un igual, asistiendo á las tertulias de las primeras familias, donde sus amigos lo llevaban.

Gastaba á la par de ellos, pues pasaba por muy rico, y su tren era de los más lujosos.

Marcet gozaba de generales simpatías, por su educación esmerada y lo agradable de su persona.

Sus amigos hacían de él los mayores elogios, recomendándolo como el más cumplido de los caballeros.

Don Miguel Azcuénaga, hijo del Brigadier Azcuénaga, Francisco Alzaga, hijo de una de las familias más ricas y aristocráticas, Juan Pablo Arriaga, el niño mimado de los salones y otros muchos jóvenes de igual condición, eran los amigos íntimos é inseparables de Jaime Marcet.

Con ellos se reunia en la libreria, juntos comían y almorzaban, juntos iban á las tertulias y al teatro, y juntos parrandeaban hasta el día, en aventuras de todo género, que se comentaban después de todos modos.

Las muchacha de medio pelo eran las victimas de estos tenorios insaciables, que contaban por docenas sus víctimas y sus conquistas.

En las noches que las reuniones sociales les dejaban libres, nuestros calaveras se dedicaban por

completo á la caceria de fruta pintona en las casas de humildes familias.

En un gran cajon acomodaban un par de jamones, aves asadas, dulces y una buena cantidad de vinos.

Acomodaban todo aquello en una volanta y se iban de parranda, á armar la cena y la farra en la casa convenida ya de antemano.

Muchas veces los calaveras desaparecían por dos ó tres días, durante los cuales no se les veía por parte alguna.

Es que la parranda duraba generalmente, mientras duraban los comestibles que habían llevado.

Después de cada una de estas parrandas, los calaveras se sosegaban unos días, pero era para volver á las andadas con más empeño que nunca.

Todos aquellos desórdenes demandaban enormes gastos, y Marcet veía con desesperación que no podría sostener por mucho tiempo más el rango de millonario que ocupaba al lado de sus amigos.

Era preciso á toda costa reconstruir su fortuna aumentándola seriamente, á renunciar á aquella espléndida vida de placeres interminables y de comodidades inapreciables.

Solo el crímen podia ofrecer el logro desmedido de sus ambiciones y el crímen era el punto pertinente de todas sus cavilaciones.

En la muerte de su esposa no habia que pensar, pues aquello era peligroso.

Entonces habia que buscar por otro lado lo que tanto ambicionaba.

De entre este círculo de calaveras ricos y de buen tono, habia tres sobre todo, que eran inseparables.

Ellos asistian juntos á todas partes y solo se separaban para entregarse al reposo.

Estos tres eran Jaime Marcet, Francisco Alzaga y Juan Pablo Arriaga.

Marcet se habia captado por completo la voluntad de sus dos amigos, al extremo de ser la voluntad

del primero la que imperaba en aquel triunvirato, ejemplar por su unión.

Generalmente merendaban (así se decia entonces) en casa de Marcet, y salian de allí á sus tertulias y á sus parrandas.

Jacoba creia cándidamente que eran sus amigos los que arrastraban á Marcet á sus desórdenes, pero era Marcet quien dominaba por completo á sus amigos.

Marcet los había sondado pacientemente para apreciar sus debilidades y conocer los medios de que había de valerse para hacerlos entrar en las famosas parrandas que organizaba.

La vida de café no se hacia entonces como hoy.

Los jóvenes concurrían temprano á tomar una taza de café, ó muy tarde á cenar, los calaveras de tono.

Entonces no había mas que tres cafés concurridos.

El célebre café de Catalanes, situado donde hoy hay un café y varios negocios, esquina Cangallo y San Martin, el café de la Victoria, situado en la esquina del Cabildo, donde hoy se levanta el suntuoso edificio del señor Aguirre y fundado por don Leon Monguillot, y el café de don Márcos frente al colegio, donde hoy hay una casa de remate.

Los cafés de Catalanes y de la Victoria, eran donde se reunía la crema de la juventud de Buenos Aires, y tambien de la vejez, que iba á echar una partida de dominó ó de chaqueta.

El café de don Márcos era mas bullicioso y mas concurrido, por la juventud borrascosa.

Allí se jugaba fuerte, al extremo de poderse arruinar en una sola noche el concurrente de mejor fortuna.

Nuestros tres calaveras, muchas veces acompañados de otros ya nombrados, concurrian al café de la Victoria, pero no era extraño verlos rematar la noche en el de don Márcos, donde solían echar su partida para aumentar los fondos.

Vamos á dar el lector una idea exacta de cada

uno de los protagonistas de esta trajedia, para su mejor inteligencia.

Era Juan Pablo Arriaga un joven de veintiun años, perteneciente á una de las principales familia de Cordoba.

Hijo de D. Fermin J. de Arriaga, quien cifraba en él toda su felicidad, se habia criado viendo complacidos sus menores caprichos.

Así habia nacido haciendo su voluntad, hasta la edad que hemos apuntado, en que era perfectamente libre.

Arriaga tenia una gran tienda de ropa hecha, á la vuelta de lo de Marcet, casa que él manejaba, pues el negocio era suyo, habiéndolo habilitado su señor padre.

Arriaga era rico, no necesitaba de aquel negocio para vivir, pero era preciso ocupar el tiempo en algo para no morir de fastidio.

Juan Pablo Arriaga era un joven alto y delgado de ojos celestes, de mirada suavísima y de un color que hubiera envidiado la joven mas hermosa.

Un bigote sedoso y ondulado, daba una gracia infinita á su labio expresivo y travieso y su cabellera ensortijada y rubia, caía descuidadamente sobre su espalda fuerte y esbelta.

Hemos hablado con muchas personas que vivieron en aquella época y conocieron á las personas que figuran en este horrible crímen, y todas ellas están contestes en la hermosura de Arriaga.

—Era aquel, nos dicen, el joven mas arrogante y hermoso que haya vivido en Buenos Aires.

Su fisonomia, de una suavidad rara, no tenía ese afeminamiento natural en los hombres lindos.

Era una belleza varonil y perfectamente acentuada.

Arriaga que conocía toda su hermosura y el efecto que ésta hacía entre las muchachas, vestía siempre de una manera irreprochable, y con un esmero de mujer coqueta.

Su frac, siempre de un corte elegante y de riquísi-

ma tela parecía siempre recién estrenado, jamás se le veía con la menor manchita, ni el menor defecto.

Era lo que hoy se llamaría un dandy y un dandy lujosísimo.

Arriaga gastaba sin mirar para atrás.

Su negocio le daba para atender comodamente á todas sus necesidades y su porvenir lo tenía asegurado por el capital y la fortuna paterna, que sin ser de las primeras, no era tampoco de las últimas.

Él era el chiche de todos los salones, pues á mas de su físico simpático y atrayente, Arriaga tenía un espíritu bello, cultivado con esmero y con una delicadeza encantadora.

Chistoso y alegre, lleno de cuentos y de jaranas, las muchachas se disputaban su sociedad al extremo de armar rueda allí donde se sentaba.

El tocaba el piano y cantaba á la guitarra con especial sentimiento.

Sus tristes provincianos hacían verdadera roncha en el corazón de las jóvenes.

Así es que no había tertulia completa si no había estado Arriaga, siendo el primer invitado que figuraba en todas las listas.

En las reuniones de medio pelo, como en los salones, era él quien se llevaba la palma, y en las parrandas de rompe y razga era él el que hacía mayor brecha.

En la amistad con Arriaga, Marcet supo aprovechar todas aquellas ventajas, haciéndose llevar á todas las reuniones donde aquel concurría, siendo en todas partes tan bien recibido como sus amigos.

Desde que Arriaga hizo amistad íntima con Marcet y demás calaveras, empezó á echar mano á su capital, porque los beneficios del negocio no alcanzaban á cubrir los gastos de aquella vida desordenada.

Y Marcet veía con gran placer algunas pequeñas dificultades de dinero que, con su sana franqueza no sabía ocultar.

La sociedad, la alta sociedad entonces era pequeña, así es que no había una sola familia que no fuese frecuentada por Arriaga y sus amigos.

Arriaga como Marcet, empezó á ver que aquella vida no podía continuar por mucho tiempo, pues los gastos crecian enormemente á medida que los capitales bajaban.

Para sostener solamente sus relaciones amorosas, hubieran necesitado una fuerte renta!

Arriaga entonces, como sus amigos, tenía cuatro ó cinco amantes que era necesario mantener en un buen pié de lujo, para que no se dijera que una de sus amantes estaba en la miseria y por consiguiente que él se había fundido ó vuelto avaro.

—Si yo tuviera tu cara, le decía Marcet, hoy sería millonario, pues en vez de sostener yo mis amantes, las buscaría entre las mujeres de fortuna y me haría sostener por cada una de ellas con un tren de príncipe.

—No seas loco y hablador, le respondía el joven riendo.

¿Te habrás figurado acaso que se pueden cambiar los papeles?

No es que Arriaga no tuviera amores en la primera sociedad—pero era tan sumamente discreto que ni sus mismos amigos los conocían.

Entre sus queridas figuraban en primera línea la Pepita Sanchez, espléndida mujer de tipo de manola que era el rompe cabeza de la juventud calavera.

Pero Pepita estaba enamorada de Arriaga hasta la médula de los huesos.

Pepita había tomado un odio profundo á Marcet y á Alzaga, creyéndolos la causa de que su amante apenas la viera un par de veces en el mes.

Y no andaba en ello muy descaminada, pues al ver Marcet que Arriaga tenía una verdadera pasión por Pepita solía decirle.

—Es una vergüenza que un muchacho como tú esté atado á una perdida como aquella.

Mirá, el hombre si quiere que lo amen, es preciso que se haga desear por la mujer que le interesa.

Esto, agregaba, no es una teoría que desarrollo porque te desprendas de una mujerzuela, sino una seguridad que llevo á la práctica.

Yo no he de querer que mi mujer me olvide ni que llegue á tomarme odio, y ya ves que le mezquino mi persona al extremo de pasar las noches fuera de mi casa.

Marcet había llenado así el objeto de hacer perder á Arriaga poco á poco, toda la pasión y entusiasmo que tenía por Pepita.

—Es ridículo concluía, que un hombre como tú que no tiene mas que abrir la boca para apasionar á las mas copetudas, esté atado á una mujerzuela sin mas mérito que tener una cara pasable.

Arriaga seguía los temas de su amigo, pero no atreviéndose á romper del todo con la Pepita, la sostenia con un lujo superior á sus fuerzas.

Marcet veía rodar á su amigo por una pendiente fatal, con diabólica complacencia.

Arriaga le era necesario y por todos los medios á su alcance trataba de degradar su espiritu y corromperlo lo mas rapidamente que le fuera posible.

El desgraciado joven iba así rodando á un abismo sin darse cuenta de ello, pues no alcanzaba lo infernal de aquel espíritu maligno y depravado.

Francisco Alzaga era el otro amigo de quien Marcet se habia apoderado en cuerpo y alma.

Alzaga era un jóven distinguidísimo, perteneciente á una de las primeras y mas ricas familias de Buenos Aires.

Generoso y desprendido por naturaleza, derrochaba el dinero con un supremo desprecio.

Su apellido era sumamente respetado y él tenía en esto una vana complacencia.

Alzaga, joven y buen mozo, era como sus compñeros, amante del lujo y de los placeres de la vida.

Vestía con verdadera magnificencia, usando al-

hajas de gran precio y ropa riquísima que renovaba con extraña frecuencia.

Sacarse del cuerpo la rica capa de vueltas de terciopelo y arrojarla sobre el lodo al atravesar la calle una beldad, para que esta no se embarrase los pies, era cosa habitual en Francisco Alzaga.

Y allí quedaba la capa hasta que la recogía algun necesitado, pues él no hubiera cometido la tacañería de alzarla.

Cuando se conocieron con Marcet, Alzaga era ya un calavera en toda regla.

De espíritu poco elevado y de vulgares sentimientos, se ligó con Marcet, simpatizando con él fuertemente, porque había visto en él un calavera concluido y perfectamente acentuado, capaz de todo lo malo y con famosas ideas de parranda.

Alzaga, por su fortuna y posición social, frecuentaba como Arriaga los primeros salones, pero con menos aceptación que éste.

No es que Alzaga estuviera mal en ellos ó que no tuviera atractivos.

Por el contrario, poseía una conversación amena, tocaba el piano perfectamente y como Arriaga, cantaba en la guitarra unas décimas criollas, capaces de conmover á un muerto.

Era cumplido y de esmerada educación, gozando de ciertas prerogativas que le daba su modo de ser liberal y la confianza que solía tomarse sin la menor violencia.

Pero Alzaga tenía un defecto terrible para las muchachas—y es que era casado hacía muy poco tiempo.

Francisco Alzaga se había casado con la mujer mas expléndida de su época.

Catalina Benavidez, que se llamaba su esposa, era una joven de belleza magnífica y exuberante, al extremo de que las mismas mujeres quedaban extasiadas en su contemplación.

Sus facciones eran perfectas formando un conjunto verdaderamente deslumbrador.

No se la podía mirar sin sentirse arrobado por un éxtasis supremo.

Era tal la belleza de aquella joven que sus contemporáneos la llamaban la *Estrella del Norte* nombre por el que era más conocida que por el propio.

Los ojos de aquella mujer magnífica, eran la facción culminante de aquella cara escultural.

Eran dos ojos negros, intensos y grandes, que miraban con una suavidad de terciopelo y un fondo de mansedumbre apasible.

Aquellos dos ojos brillantes y lánguidos solían entornarse de una manera particular, abarcando con cierta delicia todo lo que quedaba en su rayo poderoso.

Aquellos ojos no eran dos luceros, ni dos soles, ni dos brillantes negros.

Eran dos ojos humanos, exclusivamente humanos, que despertaban una tormenta en el corazón.

Eran dos ojos con sus noches, con sus pasiones, con sus tormentas, con sus odios y sus cariños, con todo aquello, en fin que puede reflejarse del corazón humano.

Si su cara era escultural, su cuerpo era de una belleza de estatuaria.

Era un cuerpo con toda la gracia de un cuerpo andaluz y con toda esa cadencia voluptuosa y suprema que posee la mujer de Buenos Aires y que no posee ninguna otra mujer.

Su cútis suavísimo y sonrosado, diáfano y delicado, tenía ese perfume especial de la mujer hermosa, perfume imposible de compararse y cuya fragancia conmueve y extremece con algo de electricidad.

¡Y qué más pila eléctrica, Dios bendito, que el perfumado calor que se desprende de una piel semejante, ante cuya pureza de tono se han estrellado las primeras inspiraciones de pintura!

Los poetas han dado en comparar á las rosas y á las nieves ciertas pieles ó cútis de mujer.

Yo creo que si hubiera una flor de color comparable al del cútis de una mujer de belleza como la que nos ocupa, sería una flor divina.

Alzaga conoció á Catalina Benavidez y se sintió abrazado por aquella mirada estupenda y experimentó la necesidad de poseer aquella belleza incomparable.

La Estrella del Norte no había amado nunca ó no había dado todavia con el hombre que su corazón ansiaba.

Catalina Benavidez, era hija de una familia distinguida, pero no rica.

Había sido criada con esmerado cariño, pero con la sencillez de los medios escasos de que disponia su familia.

Nunca habia llevado lujo ni gozado de las comodidades y placeres que solo la fortuna proporciona.

Alzaga se sintió dominado por aquella belleza esplendida, dedicando todas las fuerzas de su espíritu á conquistar su corazón.

La empresa no fué difícil, pues el galan reunía todas aquellas condiciones capaces de hacerlo agradable á los ojos de cualquier mujer.

Catalina fijó su atención en aquel arrogante mozo y la Estrella de. Norte tuvo desde entonces un satélite que giró á su alrededor.

Alzaga cortejó á la espléndida niña, haciéndola soñar en un verdadero paraiso de amor y de riqueza y pronto se fijó el plazo de un casamiento mirado con sumo placer por las dos familias.

Aunque la fortuna no era igual ¿qué más fortuna podia ambicionar un joven, que la pesesión de aquel tesoro de bellezas?

El casamiento tuvo lugar en medio de una régia fiesta, digna de la familia de Alzaga que la preparaba.

Aquel casamiento hizo una verdadera revolución en los salones.

Los jóvenes no podían menos que experimentar

cierta envidia de aquel conquistador feliz y las niñas veían morir para sus esperanzas un novio de primer órden.

El casamiento de Alzaga fué una fiesta régia que dejó largo recuerdo por su brillo y su esplendidéz.

Si Catalina Benavidez era la *Estrella del Norte* con su sencillo vestido de entre casa, adornada de joyas esplendidas era un astro de esplendor supremo.

Alzaga estaba satisfecho en su amor y en su vanidad, se había casado con la más linda mujer de su tiempo y la más cortejada inútilmente.

Catalina parecía también verdaderamente feliz, realzando su hermosura el placer intenso que afluía á sus ojos negros.

¿Qué mejor casamiento podía haber efectuado?

Su esposo era joven, rico, buen mozo, perteneciente á una familia principal y enamorado de ella sobre todas las cosas.

La habitación que se había preparado era digna de la riqueza y distinción de los Alzaga.

Allí todo era lujoso, no habiendo una sola pieza que no fuera una obra de arte.

Habituada á la sencillez de su familia, Catalina estaba deslumbrada ante aquella magnificencia que ni siquiera había soñado poseer.

Desde aquel día Alzaga desapareció de los centros que frecuentaba, dedicado únicamente á adorar á su consorte, á quien rodeaba de todo aquello que puede hacer feliz á una mujer.

El lujo que ésta gastaba tanto en sus trajes como en su tren de casa, era estupendo.

Era necesario poseer una gran fortuna para poderlo sostener.

Pero Alzaga era rico, sumamente rico, y aquello no podía afectar su fortuna.

En el teatro, en los paseos, en las tertulias, en todas partes, se veia á Catalina Benavidez, siempre régiamente ataviada y acompañada de su marido, el hombre feliz como le llamaban.

Aquello no era gastar sino destrozar, y en ese camino no habría fortuna que diera abasto.

Así pasó un año, año de felicidad incalculable para aquel matrimonio.

Y la Estrella del Norte crecía en belleza deslumbradora.

Alzaga no podía olvidar su vida galante y desordenada, que tantos atractivos tenía para él; se había arrancado bruscamente de sus hábitos y modo de ser, y necesitaba sacudir el recojimiento de aquel año tranquillo.

Empezó á salir á juntarse con sus viejos camaradas como Arriaga y comparsa, y fué entonces que contrajo estrecha amistad con Jaime Marcet, la perdición de todos ellos.

Alzaga volvió á sus calaveradas antiguas, olvidando su hogar y descuidando el cariño de su mujer.

Y no es que hubiera dejado de querer á su consorte,—por el contrario, la amaba cada vez más, deslumbrado por su belleza.

Pero se sentia arrastrado poderosamente á sus desórdenes, aguijoneado por aquel maldito Marcet cuya palabra insinuante era irretistible, y pasaba sus noches beberajes y orgías, olvidando que en su casa lo esperaba una mujer hermosa y amante.

—Uno no debe prodigarse mucho, le decia Marcet porque le pierden el aprecio.

Hay que hacerse desear, economizarse, para que la mujer sienta siempre el deseo de tenernos á su lado.

Y la parranda seguia cada vez más récia, escandalizando ya á la sociedad que empezaba á comentar malamente aquellas calaveradas.

Aquel abandono doloroso era llevadero para Catalina, hasta cierto punto.

Siempre de paseo ó tertulia, cortejada de todos y con tiempo contado para pensar en sus trajes y joyas, no echaba de menos á su lado la persona de

su marido, mirando su abandono con extraña indiferencia.

Y Alzaga, insensiblemente, iba perdiendo terreno en el corazón de su esposa, que iba siendo conquistado por la vanidad y la cortesanía de los salones.

Los gastos de Alzaga habían duplicado, cosa que era inevitable llevando semejante vida.

Su mujer gastaba una fortuna por su lado, mientras él derrochaba un caudal en sus parrandas y en el sostenimiento de un tren faustoso.

Para mejor realizar lo que ellos llamaban sus travesuras, tenían alquiladas piezas en distintas direcciones, cuyos vecindarios habian concluído por habituarse al estruendo de sus borrascas y á las diferentes escenas que se desarrollaban.

Asi es que cuando los gritos subían de punto ó el escándalo era tremendo, los vecinos, cuando eran preguntados por un extraño, se contentaban con responder:

—Son estos diablos de calaveras que están haciendo una de las suyas!

Siempre sucede lo mismo! nosotros creemos que hasta se trompean muchas veces, tal es el estruendo que arman.

Era que en aquellos cuartos tenian lugar las cenas más desordenadas á las que concurrian mujeres de todo género y de todo pelaje.

Una de las casas que estos calaveras tenían alquilada, era una de empinadas y estrechas escaleras, donde está situada hoy la hermosa casa del doctor Juan Agustín García.

Allí armaban los calaveras sus reuniones más infernales á las que concurrían todos aquellos jóvenes con quienes se hallaban ligados.

En cualquiera de estos sitios hubieran podido cometer uno ó más crímenes—el vecindario como siempre se hubiera contentado con pensar:

—Son estos diablos de calaveras que están armando alguna de las suyas!

Una noche que se hallaban todos en el café de Márcos, probando fortuna, Marcet empezó á lamentarse del estado de los negocios.

—Yo no sé, decía si es que están más atrasados los negocios ó si es que gastamos como unos salvajes.

El hecho es que tendremos que atender mejor nuestros asuntos, si queremos seguir en esta existencia tan alegre y tan feliz.

Echando mano de las propiedades de mi mujer yo podría aprovechar mejor el dinero.

Pero vendiendo una propiedad sería confesarnos en derrota y caer en ridículo, porque se vería claramente que ibamos á la bancarota v á la ruina, esto, sin contar el disgusto doméstico que tendría qne sobrevenir por fuerza.

—En realidad esto es insostenible, repuso Arriaga y será necesario que nos sujetemos algo.

Yo mismo me estoy comiendo mi capital y siguiendo asi pronto daremos fin con todo.

—Es que no se puede retroceder del pie en que nos hemos colocado, so pena de una rechifla espantosa—volvió á decir Marcet.

Es preciso sostenernos á toda costa y á todo trance, porque no podemos ser el blanco de toda la sociedad que se reiría de nosotros porque no habíamos podido hacer frente á la situación.

—¿Y quién piensa en abandonar nuestro modo de vivir? interrumpió Alzaga.

Lo que es por recursos, lo haremos y el día que no tengamos más, ya buscaremos de donde sacarlos.

No somos ni tan estúpidos, ni tan dejados de la mano de Dios.

Alzaga aunque, nada había dicho de su situación se hallaba tan apurado como sus amigos.

Pocos dias antes, la Estrella del Norte había manifestado deseos de poseer un espléndido aderezo que vió en una vidriera, y para complacerla el joven tuvo que echar mano de su crédito.

No tenia sobre sí el dinero necesario, para comprarlo.

—Y tanto viejo cargado de dinero! exclamó Marcet.

—Y tanto gallego ordinario que se priva de todo, guardando inmensas fortunas para que las disfrute el diablo! agregó Alzaga.

—Pues se les quita y se le dá curso, añadió Marcet alegremente y como quien dice un chiste.

¿Para qué quieren éstos una fortuna que no necesitan?

Ya pensaremos en eso, ahora vamos á distraernos, pues sería estúpido mortificarnos por cosas tan fáciles de remediar.

—La facilidad es lo que me gusta! exclamó Arriaga.

—Pero ya verán como el día menos pensado, concluyó Marcet, los deslumbro con una idea famosa que nos hará millonarios!

Los tres vaciaron sus copas en celebración de aquellos propósitos y se dirigieron á sus habituales parrandas.

Desde aquella noche, Marcet siguió hablando siempre á sus amigos sobre este tema, hasta hacérselos familiar.

Alzaga era el que menos dificultades ofrecía.

Para este joven no había nada que fuera extraordinario, ni empresa peluda donde no fuera capaz de entrar.

Tenía ciega confianza en sus entrañas, y en el camino del vicio donde había pisado, no creia hallar tropiezo capaz de detenerle.

—Yo amo esta vida, decía, y no estoy dispuesto á abandonarla, cueste lo que cueste.

Marcet había descubierto en Alzaga un corazón perfectamente preparado al mal.

Con poco que lo trabajara, tendría en su amigo el hombre que necesitaba.

No sucedia lo mismo con Arriaga, cuyos buenos

sentimientos ofrecían mayor dificultad para hacerlo rodar hasta el crímen.

Pero Arriaga estaba completamente dominado por Marcet y por Alzaga, carecía totalmente de carácter y se dejaba arrastrar á excesos que él mismo hubiera clasificado de una mala manera.

Marcet cobró asi gran ascendiente sobre sus dos amigos, ascendiente que quiso extender hasta Miguel Azcuénaga y otros, pero sin resultado positivo.

La sociedad estaba asombrada del abandono que Alzaga había hecho de su mujer, para entregarse á una vida de libertinaje absoluto.

Y había una razón poderosa para que la conducta de Alzaga fuera tachada de una manera severísima.

La Estrella del Norte era madre de un hermoso niño que venía á llenar el vacio dejado por su padre en su corazón.

Alzaga amaba á su esposa, ó èstaba deslumbrado por su belleza magnifica, pero no tenia fuerzas para arrancarse á aquella vida de desórden y para librarse de la influencia maligna, que sobre él ejercía Marcet.

Cuando estaba al lado de Catalina, el encanto de ésta volvia á apoderarse de él y era para ella el mismo amante sumiso y cariñoso de la luna de miel.

Y solia sustraerse dos ó tres días á su vida de desórdenes, pasándolos al lado de su esposa, completamente absorbido por la vida del hogar. Pero al cabo de estos tres días salia á dar una vuelta y entonces era el espíritu de Marcet el que dominaba en el suyo, haciéndole olvidar el hogar por la vida de perpétuo escándalo que lo atraía con irresistible fuerza.

Es que Catalina no hacia nada por conservar y aumentar el prestigio que ejercia sobre su esposo.

La vida licenciosa y el abandono en que la había dejado, habían muerto en su corazón un amor que nunca fué muy intenso, llegando su marido á ser

para ella un ser indiferente, á quien tenia la obligación de soportar y vivir con él.

En vano la familia de Alzaga aconsejaba á Catalina que atrayese á sí su marido y pusiese todo su empeño en arrancarlo á aquella vida de disipación, cuyo fin tendria que ser funesto.

Pero ella se contentaba con responder soberbiamente.

—No faltaba más que yo fuera á rogar á mi señor marido que me hiciera el favor de quererme un poco!

Que venga cuando quiera, que hallará en mí la misma mujer que abandona tan sin razon, pero yo no voy á disputárselo á las mujerzuelas con quienes pasa su vida.

Es qué Catalina, mareada con los halagos y ponderaciones que tributaban todos á su belleza y no careciendo de ninguna de aquellas cosas que pueden hacer feliz á una mujer lujosa, no había comprendido bien su misión ni los deberes que al casarse se había impuesto.

Tal vez una mujer sensata, que se hubiera ocupado memos de ella y más de su esposo, habria arrancado á Alzaga de aquella vida de libertinaje.

Pero ya lo hemos dicho, á Catalina le era escaso el tiempo para pensar en sus trajes y en su belleza.

Los padres de Alzaga pensaron que aquel primer hijo hiciera cambiar de vida á Francisco, pero esto no sucedió, puesto que en el hogar faltaba lo principal: las caricias de la esposa.

Cuando después de tres ó cuatro días de ausencia volvia Alzaga al centro de sus amigos, era la de Marcet la primer voz que oía diciéndole:

—No te prodigues, no te prodigues, mira que vas á hacer que tu mujer te tome fastidia.

Mira como yo me hago desear y conservo en el corazón de mi mujer todo el prestigio de mi cariño.

Alzaga sonreía, y recordando cierta indiferencia que creia haber notado en Catalina, se decia á sí mismo.

—Quien sabe si este diablo no tiene razón.

Cuando una mujer está convencida que se la quiere con locura, encuentra cierto placer en hacerse rogar y fingir una indiferencia que incomoda aunque no se crea.

Dios nos libre de una mujer que se cree bella hasta lo irresistible!

Y era lo que sucedia á Alzaga con su esposa.

Catalina creía que, á consecuencia de su soberbia belleza, tendria siempre asegurado el amor sumiso de Alzaga, y hacia sin comprenderlo todo lo necesario para quebrarlo.

Ella pensaba que despertando su celo volvería á atraerlo á si, y hacía lo posible por llamar la atención, y asistir á todas las fiestas ataviada como una reina.

Estos mismos gastos enormes empezaron á agobiar á Alzaga, que aunque nada dijo, no por esto dejó de sentirlos, en sus recursos.

Pero el orgulloso joven por nada hubiera hecho disminuir el tren de su esposa.

En la conciencia de poseer la mujer más hermosa, sentía sastifecha su vanidad al saber que era la más lujosa y espléndida de todas las mujeres que figuraban en los paseos y reuniones, y la Estrella del Norte era en realidad un astro que iba derramando á su paso la luz de sus joyas, y el relámpago de sus pupilas de terciopelo.

La esposa de Marcet, aquella verdadera víctima, enamorada profundamente de su marido, había tambien tenido una preciosa niña.

Su pobre madre, en memoria de todo lo que había sufrido la bautizó bajo el nombre de Dolores.

Jacoba había creído que la vida de este nuevo ser inocente y puro le volveria el cariño de su esposo pero bien pronto se convenció que ya nada tenia que esperar de aquél.

En vano agotó todos sus cariños y aun sus ruegos y súplicas.

Marcet, que no queria mostrar claramente el fas-

tidio que le inspiraba su esposa, finjía durante tres ó cuatro días, pero volvía á sus eternas correrias, al extremo de ser ya un huésped en su casa.

La pobre mujer se vió más que viuda, abandonada por un hombre que amaba con locura, y sin fuerzas para separarse de él, reconcentró todo su amor en la pequeña Dolores, que crecia agena á aquel dolor intenso é inconsolable.

Dos ó tres veces á la semana Arriaga y Alzaga iban á merendar á casa de Marcet, para en seguida salir á sus parrandas.

Y Jacoba devoraba su dolor para atender en lo mejor posíble á los amigos de su esposo, para que éste no tuviera el menor reproche que dirigirle.

Jacoba comprendia bien que aquellos tenían la mayor parte de culpa en la conducta de su marido.

Así lo pensaba ella, y aunque los miraba con un odio profundo, nunca les demostró más que un verdadero aprecio y una sincera amistad.

Cuantas veces, llevada de sus deseos les habria prohibido volver más á su casa!

Pero siempre fina y delicada, jamás hubiera provocado la cólera de Marcet.

Este, delante de sus amigos, era lo más amable y atento, pero ya no podia dominar el fastidio que le causaba Jacoba.

Muchas veces venia á engañar la soledad de la pobre mujer con algun cariño ó palabra suave que hacian en ella el efecto de una sátira, porque sabia que eran finjidas y forzadísimas.

Resignada á su triste suerte, habia hecho el propósito de vivir para su hija Dolores, único refugio que quedaba á su cariño tan mal correspondido y apreciado.

Los tres amigos siguieron asi en su vida de desórden, sin mirar para atrás y sin importárseles lo más mínimo el mal que causaban.

Arriaga que no habia perdido algunos de los sentimientos hidalgos de su corazón una ó dos veces

se permitió observarles que engañaran á sus mujeres, que aquello costaba muy poco.

Pero fué tal la rechifla que recibió, que quedó escarmentado para siempre, no volviendo á dirigirles la palabra sobre el particular.

Entre tanto la fortuna iba disminuyendo cada vez más, y ya Marcet y el mismo Alzaga que era el más rico, se encontraban con algunas deudas incómodas que no podian chancelar por el momento porque cuanto recibia les era poco para derrochar.

FRANCISCO ALVAREZ

Francisco Alvarez, víctima desgraciada de su inocente amistad, era un español de unos treinta y cinco años, que tenía una tienda de ropa en grande escala, bajo la Recoba.

Había venido á América pobre, con su hermano Angel, conocido por *el manchado*, á consecuencia de un lunar rojo que le cubria la mitad de la cara.

A fuerza de desvelos incalculables y de negocios felicisimos, Alvarez había llegado á reunir una fortuna respetable, con lo que hacía siempre brillantes especulaciones.

Viéndose rico y cansado de tanto trabajar, en la época en que lo presentamos al lector, se ocupaba en descontar letras, á un buen interés, y facilitar dinero sobre objetos de valor, con morrudas ganancias.

Así pasaba una vida tranquila y apacible, sin dejar de hacer brillantes negocios.

Alvarez vivía en los altos de su tienda, donde ocupaba dos piecitas sencillas y confortables.

Era un infeliz, en la acepción criolla de la palabra, cuya única diversión consistía en concurrir á la comedia de cuando en cuando, y al Café Catalanes todas las noches, á tomar un posillo de chocolate.

En aquellas dos piecitas tenía Alvarez toda su fortuna, pues allí guardaba algunos titulos de propiedades, las letras que descontaba, que representaban la mayor parte de su fortuna y algunos cientos de onzas.

Todo esto estaba guardado en sus baules revuelto en su ropa y en un delicioso desórden.

Sus corredores eran don Celestino Martinez y el Teniente Coronel don Juan Antonio Argerich, íntimo amigo que le traia letras á descontar, sin el menor interés.

Desprendido por naturaleza Alvarez se trataba muy bien.

Comia muy bien y se vestía con una elegancia que estaba reñida con su persona.

Porque sin ser un hombre de los más ordinarios, se habia criado en una esfera social muy secundaria y no tenía ni el hábito de los trajes que usaba, ni la soltura necesaria para llevarlos.

Pero Alvarez tenía un lado flaco que debía serle fatal.

El pobre era exageradamente enamorado y tenía la creencia inocente de ser irresistible para cualquier mujer.

De aqui venía su esmero en la manera de vestir y el lujo que se permitia en sus mismos trajes, que llevaba sobre su cuerpo sin gracia y sin distinción alguna.

Su bello ideal era ser calavera, pero no un calavera vulgar de esos que pasan la noche en claro entre un círculo de maritornes.

El aspiraba á ser un calavera de salon, de aquellos que hacen roncha entre las muchachas y sobre todo entre las mujeres casadas.

Cuando oía los cuentos de las calaveradas de Mar-

cet, Alzaga, Arriaga, Azcuénaga y demás comparsa, el buen español se sentía feliz.

—Esos son hombres que saben vivir y entienden la Biblia! exclamaba.

Aquellos que los critican son los envidiosos que no tienen los medios ni la fortuna para hacer otro tanto.

Por mi parte sostengo que hacen bien, y que si yo pudiera haría otro tanto!

El conocía de vista á aquellos jóvenes, como los conocía todo Buenos Aires, lamentando profundamente no ser su amigo para meterse en sus parrandas y alegres fiestas.

Alvarez tenía un génio sumamente Alegre.

Como buen español tocaba la guitarra maestramente, y cantaba algunas seguidillas y canciones que hacían su bulla en la vecindad.

Fué la guitarra la que lo puso en contacto con aquellos calaveras, cuya amistad tanto deseaba.

Marcet, aunque en silencio y sin dejarlo sospechar de sus amigos, había puesto ya los puntos á Alvarez.

Sabía que era un hombre muy rico y se habia informada prolijamente de sus hábitos, inclinaciones y modo de vivir.

Alvarez tenía una ambición suprema por frecuentar los salones de la buena sociedad y aparecer en ellos como la brillante juventud de aquella época.

Marcet, que conocía todo esto, y que sin duda habia ya formado un plan admirable, pasaba todos los dias, mañana y tarde, por la tienda de Francisco Alvarez, á quien hacía su saludo más comedido.

Y el pobre Alvarez se sentía morir de placer ante cada uno de aquellos saludos.

Una de tantas noches que se encontraron en el Café Catalanes; Marcet invitó á Alvarez y con este motivo estuvieron de conversación un buen par de horas, retirándose juntos.

Al otro dia Marcet participó á sus amigos la flamante relación que había hecho.

—Es una amistad que nos conviene á todo trance, porque es un hombre muy rico y por que descuenta letras.

—Según lo que yo sé, es un hombre muy alegre y muy inocenton, fácil de engañar y llevar de las narices adonde uno quiera.

Nos le introduciremos muy disimuladamente hasta dominarlo en poco tiempo aquel de nosotros que le sea más simpático.

—Superior, exclamó Arriaga.

Una amistad así puede sernos de mucho provecho, pues en un apuro no tendremos más que ocurrir á él con una letra para descontar.

—¿Pero cómo haremos para que se habitue á nuestro modo de ser desornado? preguntó Alzaga.

—Yo me encargo de ello contestó Marcet—van á ver que plan de seducción formidable le desarrollo yo.

El diablo que es un tentador de primer órden, vá á tener que sacarse el sombrero cuando vea de la manera que yo también se tentar.

—¿Entonces tu te encargas de darlo de alta en la vida de trueno? mira que el gallego se vá á asustar!

—No tengas cuidado, garanto que concluirá por ser nuestro en cuerpo y alma.

Yo me encargo de todo y les daré aviso cuando sea necesario la colaboración de ustedes.

Marcet había comprendido el carácter de Alvarez y descubierto su flaco amoroso.

—No hay más que engolocinarlo con mujeres pensó y es nuestro.

Al efecto, dispuso una parranda formidable, á la que debía concurrir la flor de las deidades que cada uno de ellos conocía.

El plan de Marcet consistía en arreglar una cena opípara con mujeres traviesas á quienes él aleccionaría, y llevar á Alvarez á aquel mundo desco-

nocido que debía tener para él una famosa fuerza de atracción.

Preparado todo y aleccionadas dos ó tres de las mujeres, que debían finjirse enamoradas del intruso, Marcet se vino una noche á lo del español.

—Vengo á pedirle un servicio y á hacerle una invitación en nombre mío y de mis amigos, cuya mayor parte usted conoce.

—Hable con franqueza, respondió Alvarez muy complacido de verse ocupado por los amigos.

—Pues amigo, se trata de una pequeña fiesta familiar que hemos organizado y que para ser completa no nos falta más que un guitarrero de su brío.

Toda es gente de confianza y muchachas humildes, pero muy amantes de la guitarra.

Si usted nos quiere hacer el honor de concurrir, lo vendremos á buscar y nos iremos juntos.

Alvarez aceptó alborozado aquella invitación que venía á herirlo en el blanco de sus deseos, así es que se apresuró á responderle.

El honrado soy yo, amigo mío, y estoy muy reconocido por el recuerdo que han hecho de mí.

Pueden ustedes venir cuando quieran, ahora y siempre, que yo y mi guitarra estamos á su disposición.

Marcet estuvo charlando un rato más, hasta que se despidió dándose cita para el sábado y diciendo.

—Hemos elegido el sábado, porque estas reuniones agradables suelen durar hasta tarde y así nos queda el domingo para descansar y dormir un poco.

Marcet fué á dar parte á sus amigos del feliz desempeño de su misión, mientras Alvarez no cabía entre su chaleco, de pura satisfacción.

—Es preciso armar una excepcional, decia Marcet, para marear al pobrete—cada uno de nosotros debe ser con él, atento y complaciente hasta la exageración, que en cuanto á las muchachas, yo me encargo que se porten como deben.

En efecto bajo la dirección de Marcet y Arriaga se preparó una cena magnífica para quince personas, en la casa que hemos indicado estaba situada donde hoy vive el doctor García.

Ellos eran siete y las mujeres que debían concurrir ocho, para que hubiesen dos dedicadas exclusivamente á entretener y conquistar á Alvarez.

Estas estaban elegidas de antemano, siendo dos muchachas frescas y hermosas, capaces de seducir á otro menos inocente que nuestro novicio.

—Ustedes, les había dicho Marcet tienen que seducirme á un tipo que les mostraré y que va á cometer su primer calaverada.

Si toca la guitarra, háganle mil elogios hasta confesarse seducidas, dedicando todo el tiempo á hacerle creer en la profunda simpatía que ha despertado en ustedes.

Si se portan en toda regla, les vamos á regalar un aderezo á cada una, amen de la diversión que tendrán al seducir al tipo y lo que este pueda regalarles, porque es rico y largo de mano.

Las muchachas estaban complacidas, deseando que llegase el sábado para conocer al tipo prometido.

La mesa se habia preparado de una manera opípara y lujosa, no habiendo en la casa más muebles que los del improvisado comedor y un piano que habia hecho llevar Alzaga.

La mesa se había preparado con toda la esplendidez posible, siendo alumbrada por unas treinta velas colocadas en hermosos candelabros que cada uno de ellos había mandado de su casa.

Sobre la mesa se veian tres ó cuatro pavos magnificamente asados, un par de lechones, pasteles y toda clase de dulces.

El vino se veia en hermosas y enormes jarras de plata.

Entonces la mayor parte de las casas tenían el servicio de plata macisa, cosa que no se vé hoy ni entre las familias más lujosas.

Todo estaba preparado de una manera deslumbrante.

Si las muchachas esperaban el sábado con creciente curiosidad, Alvarez lo esperaba con una impaciencia creciente.

Se formaba mil proyectos de seducción y pasó la semana arreglando y eligiendo el traje que había de ponerse.

Su alegria en aquellos días era fabulosa, al extremo de que sus amigos, le preguntaban la causa, sin poder dar con ella.

Pero él, temiendo que le reprobaran su asistencia á aquellas calaveradas, ajenas á su posición y á su seriedad, no lo manifestaba.

El día señalado llegó por fin.

Desde la madrugada puede decirse, Alvarez no pensó más que en el arreglo de su traje y en los grandes preparativos de la noche.

Repasaba en la quitarra las piezas que había de tocar y recordaba sus canciones más seductoras y apasionadas.

A la tarde pasaron Marcet y Alzaga, previniéndole que á eso de las nueve pasarían á buscarlo.

Como latía el corazón de Alvarez al aproximarse aquella hora tan esperada y tan deseada!

A las ocho y media cerraba su tienda y esperaba á sus flamantes amigos con una impaciencia infantil.

Le parecia imposible que aquella felicidad fuera cierta.

A las nueve en punto llegaron Marcet, Alzaga y Arriaga; y juntos atravesaron la plaza llegando al paraiso prometido donde ya esperaban las ocho beldades que habian de realzar la fiesta, y los otros tres invitados.

Alvarez vestía con verdadero lujo, pero lastimosamente, un frac azul con botones amarillos.

Pero aquel expléndido frac no podia ni aun disimular la vulgaridad del cuerpo que cubria.

Su entrada en aquel comedor infernal produjo un

gran efecto y el pobre Alvarez se sintió conmovido hasta bajar los ojos.

Los calaveras se apresuraron á saludarlo cortesmente, mientras las damas fijaban en él una mirada curiosa y risueña.

Desde el primer momento habian olido al inocente con quien pedia hacerse cera y pabilo.

Alzaga lo presentó á cada una de ellas, como un guitarrero de primer órden y como un seductor famoso.

Alvarez se hallaba en el cielo, deslumbrado por el arreglo del comedor y por la belleza de aquellas mujeres que lo embriagaba por completo.

Apenas atinaba á devolver los mil cumplidos que se le dirigian.

—Aquí estamos en familia, le dijo Marcet, nada de cumplimientos incómodos—haga de cuenta que usted está en su casa y no se mortifique en lo más mínimo.

Tanta amabilidad y soltura en los brillantes calaveras, lo habia seducido.

—Y criticar á estos hombres porque se divierten, asi pensaba.

Si esta es la vida, la verdadera vida con que yo habia soñado!

—Caballeros, gritó Arriaga, con una desenvoltura que concluyó de encantar á Alvarez, me parece hora muy á propósito para sentarse á la mesa, yo tengo una hambre que reviento y me sospecho que á todos nos ha de pasar lo mismo.

A comer pues, que la comida es la mejor salsa de la amistad.

Santa palabra! agregaron todos, santa palabra.

Y cada cual se preparó á tomar asiento.

—Como Alvarez es nuevo entre nosotros, dijo Marcet, á mí el honor de hacerle los honores por el momento.

Despues corre de cuenta de su compañera atenderlo en todo.

Los calaveras tomaron asiento con sus respectivas

parejas, mientras Marcet acomodaba á Alvarez entre las dos beldades que le estaban destinadas.

Nos ha faltado un invitado agregó, y queda una pareja sin caballero.

Lo bueno es que nuestro amigo Alvarez en lances de amor vale por dos, y no se encontrará molesto entre dos damas.

La cena empezó en medio de la más franca y cordial alegría.

Los calaveras hacían lujo de chistes y juegos de palabras que levantaban estruendosas carcajadas.

Alvarez estaba mareado por sus compañeras, que le hablaban con un cariño esquisito dirigiéndole innumerables bromas sobre mil aventuras amorosas que le suponian.

Los calaveras estaban reventados de risa.

Alvarez les causaba una gracia suprema, en su contemplación sentian como cosquillas, pero disimulaban sus risas con mil chistes, de manera que Alvarez no solo se apercibia de lo que pasaba, sinó que tomaba parte en la general chacota y algazara.

El vino corria con profusión y Alvarez se veía obligado á beber, porque eran sus compañeras quienes le llenaban la copa y lo instalaban porque bebiera, ya con uno ú otro pretesto.

A mitad de comida Alvarez estaba completamente mareado.

Como buen español, estaba acostumbrado á beber y el vino así no podia causarle gran impresión.

Pero no sucedia lo mismo con la belleza de sus compañeras.

El descote de estas se le habia subido á la cabeza hasta el extremo de no levantar de allí sus asombrados ojos.

Ellas se disputaban á cual de las dos era más amable y complaciente.

Y el noble calavera no sabía á cual dar la preferencia.

—Me parece que Alvarez está haciendo de las suyas! observaba Alzaga de cuando en cuando.

Mucho sentiria que estas dos mujeres vayan á salir de aquí como perro y gato.

—No tengan cuidado, contestaba Marcet—Alvarez es maestro en estas cosas y ahí donde lo ven es muy capaz de quedarse solo con todas y entretenerlas sin la menor dificultad.

Alvarez reia con toda su inocencia, se figuraba que todo aquello era cierto y que sus compañeras estaban completamente seducidas.

Así continuó y terminó la comida, con la misma alegria y animación que había principiado, alegría que los calaveras no dejaron decaer ni un minuto.

Aquí empezaron las bellas á rogar á Alvarez que tocara un poco la guitarra y cantara algo, pues ya sabian que para ello se pintaba solo.

Alvarez no se hizo mucho de rogar, tomó su guitarra y cantó, dedicando á sus vecinas, su canción más apasionada.

Todos hacían mil contorciones para contener la risa que el cantor les causaba.

Su actitud ridícula y su voz destemplada invitaban furiosamente á un manteo, pero ellos, por no acobardarlo, trataban de guardar la mayor compostura.

De cuando en cuando sonaba una carcajada sofocada por un pañuelo discreto, pero Alvarez no se hallaba en estado de apreciar lo que pasaba á su lado.

Había bebido enormemente y su cabeza era un campo de batalla donde Cupido y Baco se disputaban su razon á ponchazos.

La jarana crecia de un modo fabuloso, al extremo de sentirse en toda la vecindad.

Sabe Dios donde hubiera concluido la farsa de Alvarez, si Arriaga no se hubiera acercado al piano invitando á mover un poco las piernas, con los acordes de la más entusiasta polka.

Entonces la parranda tomó su verdadero aspecto.

Cada cual se lanzó á los torbellinos del baile, sin

fijarl a atención en las sillas que rodaban, arrastrando por el suelo los restos del festin.

Una greciosa discusión se había originado entre las dos compañeras del feliz Alvarez á quienes Marcet había aleccionado en un descuido del galan.

Ambas querian ser las preferidas para bailar aquella polka, sin que bastaran á convencerlas los ruegos de Alvares, que en último trance se proponia no bailar con ninguna de ellas.

—Me nombro Juez y transo la cuestión! gritó Marcet.

—Apoyado! apoyado! gritaron todos incluso el mismo Alvarez: es preciso transar la contienda!

—Pues bien, fallo: volvió á decir el calavera y cuidado con no atacarlo porque entonces me enojo.

—Qué falle! que falle!

—Pues bien, fallo que Alvarez, para no desairar á las bellas que lo solicitan, debe bailar con las dos á la vez.

Una gran tremolina de aplausos y descomunales vivas recibió aquel fallo del improvisado juez.

Alvarez que había perdido completamente la cabeza, era el que con más furor aplaudia y gritaba en apoyo de esta sentencia.

Las bellas eran las que resistían, observando que Alvarez debía elegir, porque ellas no querian quedarse con la duda.

Después de mil chacotas y cambios de opiniones, se mandó cumplir la sentencia y las dos damas, prendidas de Alvarez, empezaron á girar por el centro del comedor á los acordes de un wals formidablemente tocado por Arriaga.

Aquello era un infierno terrible.

Alvarez dando traspiés, giraba como en un torbellino, arrastrado por las dos mujeres que tampoco estaban muy firmes.

De pronto Alzaga que bailaba tambien aquel wals endiablado, les echó una zancadilla y Alvarez

y Alzaga y sus compañeras rodaron por el suelo entre una gritería descomunal.

Sobre Alvarez se treparon sus compañeras, sobre estas la de Alzaga y este, medio descalabrado de risa dió sobre aquel monton humano su más formidable vuelta de carnero.

El vecindario estaba escandalizado, no sabía á punto cierto lo que allí se pasaba, y creía por lo menos, que allí debía tener lugar un combate á puñal, segun el ruido de los cuerpos que rodaban por él suelo y las palabradas de los que estaban de pié.

A fuerza de trabajo y ruegos Alvarez logró salir medio sofocado, debajo de las deidades que lo oprimian con un peso nada vaporoso.

Un manteo hubiera venido de perilla, pero los calaveras se contuvieron por temor de acobardar al recien iniciado.

—Que cante! gritaron—que cante en castigo de haberse caido! gritaron todos, y Alvarez, sin más, se abalanzó á su guitarra y empezó á cantar de una manera espantosa é incomparable.

Su voz rascaba los oidcs como un papel de lija y la guitarra sonaba como un maso de alambres.

A pesar de todos sus propósitos los calaveras no pudieron contenerse, y la más contundente manifestación de trapazos cayó sobre Alvarez.

Las servilletas volaban de todas partes, llenas de nudos para hacer mas sensible el golpe.

Y Alvarez evitaba su choque con ambas manos, riendo como un descocido.

Las velas empezaron á agonizar en los candelabros, y los calaveras á ser amenazados de quedar así entre tinieblas.

Si la oscuridad se producía, sabe Dios á donde vendría á concluir aquello.

Felizmente para Alvarez, Marcet velaba por él, y no hubiera permitido que se le hiciera un mal capaz de ahuyentarlo.

La lucha iba á ser fatigosa porque los amigos no tenían la cabeza para reflexiones.

Marcet no protejía á Alvarez por Alvarez mismo. ¿Qué le importa que aquel se disgustara ó no?

Pero es que Alvarez era la base de su gran proyecto, proyecto que no podía dejar malograrse por un exceso de chacota.

Marcet temía que se concluyeran las velas porque en medio de la oscuridad, quien podría contener á aquellos desalmados!

Felizmente para él, cuando las primeras velas empezaban á morir, los primeros resplandores del día entraron á irradiar su luz pálida sobre aquella escena espantosa.

La luz del día! era necesario dar por terminada la reunión y retirarse antes que á la Catedral empezaron á llegar las familias, pues era Domingo, y en aquellos tiempos inocentes, todas las familias oían misa.

Cuando Alvarez vió que era necesario abandonar aquella casa, propuso que se quedaran hasta el siguiente día.

Pero la mayor parte de los calaveras tenían sus compromisos y paseos, á los que no podían faltar.

Era necesario, segun Marcet, que Alvarez quedara con la miel en la boca, para que concurriera con mas deseos á las próximas reuniones.

—Un poco mas, decía, el novel calavera, se está tan bien aquí!

—Es imposible, todo el mundo nos vería salir de este desórden, y usted mismo sufriría en su crédito.

—Qué diablos! añadía Marcet—esto lo repetimos con frecuencia y pronto volveremos á armar una reunion mejor que esta.

Usted no ha visto nada, compañero, ya le aré yo pasar mejores momentos!

Alvarez estaba encantado.

Había cobrado por los calaveras una simpatía intensa, proponiéndose cultivar con perseverancia, amistades tan valiosas.

Esto es vivir! esclamaba en medio de su entusiasmo.

Al primero que los venga á criticar delante de mí, le sumo la boya hasta el cogote.

—Bueno, cada chancho á su estaca! esclamó Marcet.

Y las damas empezaron á prepararse para la partida.

A una seña de Marcet, las que habían sido compañeras de Alvarez se acercaron á éste, á ofrecerle sus más cariñosos cumplidos.

—Esperamos que no será esta la última vez que usted nos dará el placer de su compañía.

Llevamos tan gratos recuerdos, que deseariamos verlo con frecuencia.

—Lo que es por mí, contestaba el pobre Alvarez, desearía no separarme nunca de ustedes.

Yo rogaré á mis amigos que me lleven con frecuencia cerca de ustedes.

—No haya cuidado por eso, contestaban los calaveras, dentro de poco volveremos á armar otra fiesta mas alegre.

Al despedirse, cada una de aquellas beldades hizo á Alvarez mil cariñosas ofertas, elogiando su amabilidad y lo bien que tocaba la guitarra.

Alvarez creía soñar, aquella felicidad era para él cosa de otro mundo y le parecía que alejándose de allí todo iba á concluir.

Por fin de á dos en dos, todas las deidades salieron, tocando el turno á los calaveras.

Desde que apuntó el día, todos los vecinos estaban en la puerta, ansiosos de saber lo que allí había pasado!

Vieron salir las mujeres, llenos de asombro, y esperaron para hacer la lista de los concurrentes.

Alzaga, Marcet y Alvarez, fueron los primeros que aparecieron en la vereda, tratando de ocultar el semblante en el embozo de las capas.

Cuál no fué el asombro de todos al conocer á Alvarez y verlo que á penas podía tenerse en pié!

Alvarez, que era un comerciante serio y rico, conocido de todos como persona digna, saliendo de

un bochinche y medio ébrio, era cosa que no podían explicarse de ninguna manera.

Y sin embargo allí iba, entre los dos calaveras, que lo sostenían para que no rodara por la vereda.

Cuando entró á la Recoba, el escándalo fué todavía mayor.

Allí estaban los demás tenderos, sus amigos, que hubieran puesto la mano en el fuego por su seriedad, y que asombrados lo miraban dudando que fuera él mismo.

No podían creer que de la noche á la mañana Alvarez se hubiera convertido en un tronera borrachito.

El escándalo dado no podía ser mayor.

Alvarez los saludaba á todos lleno de complacencia, como si aquel estado en él, fuera lo más natural.

Alzaga y Marcet le ayudaron á abrir la puerta y lo acompañaron hasta su cuarto, donde lo dejaron en la cama.

—Hasta luego mis amigos, les dijo, no me olviden y cuenten con mi eterna amistad.

—Hasta siempre, amigazo, le respondieron, ofrecemos á usted una amistad franca y sin dobléz.

Luego á la noche, que ya habrá descansado vendremos á buscarlo.

Poco después Alvarez dormía como un bienaventurado, soñando con una felicidad sin límites.

Los tres íntimos, Arriaga, Marcet y Alzaga se fueron juntos á comentar lo sucedido y las famosas consecuencias que podia tener.

Entre tanto los amigos de Alvarez se quedaban comentando el escándalo, mandando llamar á don Angel el manchado para darle cuenta de lo que pasaba.

Estos bandidos de calaveras han reducido á este pobre de Alvarez y van hacer con él alguna iniquidad, porque no tiene carácter.

Si el primer día que se ha juntado con ellos lo han hecho emborrachar qué será el último!

Al otro día todos conocían la aventura de Alvarez, comentándola de mil maneras distintas.

Nadie se atrevió á decirle nada mas que alguna que otra broma mas ó menos pesada.

Alvarez había dormido todo el día, levantándose á la hora de merendar en que entró á verlo su hermano don Angel, y juntos se fueron á Catalanes á tomar café.

Alvarez estaba transformado por completo.

Reia con una jovialidad que nunca había tenido y hablaba con un desenfado y un aplomo ajeno en él.

Muchos de los concurrentes á Catalanes que lo conocían y sabían ya la aventura, se le acercaron dirigiéndole traviesas bromas á las que él respondia alegremente sin aparentar la menor mortificación.

—¿Qué mala yerba ha pisado amigo, le decía uno, que me lo han hecho retroceder á la edad de las locuras?

—Hombre, respondía él saboreando su café, no creo que sea una locura divertirse una noche.

—Es, agregaba otro, que parece que el amigo Baco no ha sido extraño á la fiesta!

—Es natural, decía Alvarez siempre alegre—cuando se juntan á cenar una docena de jóvenes que nada tienen de afeminado, es natural que se le pase una invitación á Baco, mas, si entre los invitados esté Cupido.

Era tal la inocencia de Alvarez, que en vez de tratar de desvanecer aquella creencia y negar el escándalo que era del dominio público, daba detalles de la fiesta, sintiéndose feliz de pasar por un gran calavera.

Asi lejos de negar los hechos, aceptaba las bromas, agregando siempre.

—Para divertirnos estamos en el mundo y mientras podamos hacerlo sin ofender á nadie ni perjudicar á tercero, no hemos de perder el tiempo.

Demasiado trabaja uno en la vida, para que no trate de distraer el espíritu!

Don Angel el manchado no cabía en si de asombro al escuchar á su hermano.

Con que facilidad le habían dado vuelta la cabeza hasta hacerle perder el tino!

Cuando quedaron solos, don Angel quiso hacerle un par de reflexiones, autorizado por su cariño y la buena amistad que había reinado siempre entre ellos.

—Mira Pancho, le dijo, yo no me meto en tus cosas porque no tengo derecho para ello y porque no debo hacerlo, pero en esta ocasión vas á permitirme un par de reflexiones.

—Cuantas tú quieras Angel, ahora y siempre, ya sabes que entre nosotros no puede haber etiquetas.

—Pues bien, querido hermano, yo no me meto en que te diviertas de una manera ú otra, porque esto es natural y necesario para el espíritu.

Pero segun me han dicho, esta mañana has salido de una orgía, bastante pesado de la cabeza, dando que murmurar á tus relaciones particulares y comerciales, lo que no te conviene.

Tú has conquistado una posición respetable, que no debes tirar así á la calle, porque entonces sí que sería negocio de dudar de tu juicio.

Diviértete en hora buena, como quieras, pero sin hacer innecesario alarde, y respetando á la sociedad en que vives.

Todo se puede hacer entre cuatro paredes, hasta los mayores excesos, pero nunca imponer al público de nuestras debilidades.

Hoy tu nombre ha andado de boca en boca, siendo tema del general asombro, y ya vés que esto no te conviene.

Cuando don Angel terminó, Francisco, que lo había escuchado sonriendo, repuso alegremente.

—No te conocía dotes para fraile, pero veo que no predicas mal, lástima que el tema sea falso!

Todo cuanto acabas de decir no estaría malo, si lo que dicen cuatro curiosos que han visto mal fuese exacto.

Es verdad que he andado de parranda, pero de una manera muy decente y aceptable, puesto que mis compañeros son personas distinguidas que pertenecen á las primeras familias del país.

Es que hemos estado de gran fiesta, cenando y bailando con media docena de buenas mozas, y los que no pueden hacer otro tanto y no sabe ya la envidia por donde agarrarlos, se entretienen en levantar chismes odiosos y cuentos de escándalos imaginarios.

¿Tú crees que Alzaga y Arriaga, cumplidísimos caballeros, pueden salir borrachos á la calle provocando á la sociedad?

¿Crees que Jaime Marcet, negociante de respeto y de crédito va á dar motivo para que se le tenga por un galopin?

No creía, querido hermano, que llegaras á dar crédito á semejantes hablillas.

—Pues en esas mismas personas está el peligro, exclamó el manchado, alarmado sériamente al oir á su hermano.

Tú sabes como yo y como todo el mundo, que Marcet, Alzaga, Arriaga y comparsa, son calaveras consumados, que hacen lujo de inmoralidad y de corrupción.

Esa compañía no puede ser provechosa para tí ni para nadie.

Ellos que son ricos y miembros de la primera sociedad, pueden hacer lo que quieran, pero tú no estás en el mismo caso.

Te debes á la sociedad y al comercio y si te juntas con semejantes calaveras te vas á arruinar moralmente y te vas á perder.

Esos son calaveras perversos, cuya compañía no puede causar sino daño, y un daño inmenso

—Mira Angel, ese es uno de tantos otros caramillos levantados por la envidia de los que no pueden hacer lo mismo.

Esos jóvenes son unos caballeros cumplidísimos, adornados de las mejores prendas.

No les pueden perdonar que sean ricos y se diviertan sin importárseles de nada ni de nadie.

¿Que delito hay en cenar y bailar con mujeres hermosas?

¿Que delito hay en divertirse así entre las cuatro paredes de una casa, pagando lo que se consume y sin perjuicio de tercero?

Pues esto es lo que hacen mis amigos, esto es lo que hacemos y no por eso se nos ha de tratar de calaveras reñidos con la moral.

Un día ó una noche pasada de esa manera, no quita que se pase otra entre la sociedad más copetuda, ¿por qué entonces aquella calumnia injusta?

—Tan perjudicial es la sociedad de esos calaveras, repuso el manchado tristemente, que ya han trastornado tu cabeza.

No pensabas antes de la misma manera!

—Porque antes no los conocía tan intimamente como los conozco ahora, y creía en las mismas hablillas calumniosas que crees tú.

Hoy he cambiado de modo de pensar, porque los he tratado y veo que su único delito consiste en divertirse de la manera que desearan hacerlo los que los calumnian.

Dime ahora ¿qué piensas de Miguel Azcuénaga hijo del brigadier?

—Que es joven respetable y distinguidísimo.

—¿Qué piensas del coronel José Antonio Deesa?

—Que es una persona intachable y digna del mayor respeto.

¿Qué piensas de Villafañe, de don Carlos Terrada y de don Estanislao Medrano?

—Que todas son personas muy respetables y cuya amistad honra á cualquiera.

—Pues todos esos y muchos más que no te nombro porque seria cosa larga, son amigos íntimos de los que tú llamas calaveras desordenados, quienes visitan, de paso, en las familias más respetables sin que nadie se escandalice ni vea que al recibirlos se les pega nada malo.

—Es que toda esa gente que me has nombrado puede hacer todo lo que quiera y andar con quien mejor le parezca sin que se les pegue nada.

De Arriaga nada digo, es un mozo sin compromisos que se pertenece por completo.

¿Pero crees que hombres casados como Marcet y Alzaga pueden abandonar á sus mujeres para andar en calaveradas de todo género?

¿Te parece eso muy lindo y muy honrado?

—Esas son costumbres del gran mundo, hermano mío, que no se pueden criticar, porque al fin y al cabo el hecho de casarse un hombre no importa pegarse un pistoletazo y romper con todo aquello que hace agradable la vida.

Sobre todo, son jóvenes y tienen el derecho de divertirse.

Alvarez estaba completamente poseido por sus amigos.

Se creía un calavera de buen tono, como ellos y desarrollaba unas teorias estupendas en la defensa de lo que él creía una causa propia.

—Mira, concluyó, mientras yo no vea en ellos una acción deshonrosa ó de mal caballero, mientras no perjudiquen á nadie, yo seguiré pensando como hasta hoy, y conservándoles mi amistad.

Un consejo á mi vez para concluir.

No te hagas eco de murmuraciones injustas y calumniosas sobre gentes que no conoces personalmente, porque te espones á un duro arrepentimiento el día que los trates con la intimidad que yo.

Don Angel se convenció de que aquello por el momento, no tenía remedio, que su hermano estaba dominado por los calaveras y que con contrariarlo no sacaria nada de provecho.

—Dios quiera que esa amistad no te cueste cara algun día! mira que esas juntas traen consecuencias fatales é irremediables.

Tú tienes bastante juicio y espero en Dios que no te arrastren á nada malo.

—No tengas cuidado que no soy ningun chiquillo y tengo más andado de lo que tú te imaginas.

Los dos hermanos concluyeron así su café y su plática, separándose cada cual á su casa, don Angel á merendar y Francisco á esperar la visita de sus flamantes amigos.

Alvarez estaba completamente transformado.

Se había echado el sombrero sobre la oreja derecha y caminaba tratando de imitar á Arriaga, el más elegante de los tres.

Trataba de dar á su fisonomía una expresión traviesa, ayudado por los humos que conservaba del trueno de la noche anterior.

A las ocho y media lo fueron á buscar Marcet y Arriaga, y juntos se fueron á la Comedia donde se les reunió Alzaga más tarde.

El pobre Alvarez se sentía orgulloso y satisfecho de que lo vieran en público con los elegantes calaveras, hablando familiarmente con ellos y tratándose como viejos amigos.

Sus relaciones no habían salido nunca de la gente de su esfera, y al sentirse amigo de aquellos jóvenes brillantes, conocidos en toda la sociedad, encontraba la existencia más dulce y crecía su cariño y admiración para aquellos en quienes no debía hallar más tarde sino miserables verdugos.

Concluida la comedia, Alvarez se había retirado á su casa, segun su costumbre.

Pero en el nuevo orden de vida en que había entrado, aquello hubiera sido muy chusma.

Junto con sus amigos se retiró y fueron á cenar al café de la Victoria.

Allí con picarescas y disimuladas guiñadas los calaveras lo presentaron como su mejor amigo á otros que se hallaban en el café y con quienes pasaron alegremente todo el tiempo que duró la cena.

Allí fué á buscarlos la volanta de Alzaga, segun éste había dispuesto, y juntos se retiraron á visitar unas muchachas que, á pesar de la hora avanzada, los esperaban con mate.

Alvarez fué presentado con mil recomendaciones.

Sin duda los jóvenes habian preparado el terreno, porque las muchachas recibieron á Alvarez con muestras del mayor placer, siendo él el objeto de todas las atenciones de las jóvenes.

El pobrete estaba encantado.

Creía que todo aquello lo debía á su buena presencia y se sentía ya una especie de Juan Tenorio.

—¿Que demonios tiene mi tocayo, decía Alzaga, que en cuanto llega se apodera de la buena voluntad de las muchachas?

A este paso va á concluir por desbancarnos con todas.

Y Alvarez reía como un descosido sintiendo satisfecha su vanidad, y asombrándose del cariño que le profesaban sus amigos, que ni siquiera se disgustaban porque les arrebataba sus conquistas.

Aquella noche fué preciso retirarse más temprano, porque estaban cansados de la parranda del sábado, y porque siendo lunes el día siguiente había que atender los negocios respectivos.

Aquella noche se afirmó completamente la amistad de los cuatro amigos que dentro de poco debían ser inseparables.

—El programa de mañana cambia de esfera, dijo Arriaga.

Hay tertulia en lo de Blanco y no podemos faltar.

Supongo que el amigo será de la partida.

—Yo no tengo relación con la familia, ni me han invitado, respondió tristemente Alvarez, sino no faltaría, desde que van ustedes.

—Eso es lo de menos, replicó Arriaga, lo llevaré yo, y no hay cuidado que, presentado por mí, será el bien venido.

—Bravo, bravísimo, exclamó Alvarez alborozado, como un colegial á quien se ofrece una semana de asueto.

Me prepararé en toda regla y pueden estar seguros que no los dejaré mal.

Alzaga los llevó á sus casas en su volanta, quedando en encontrarse en lo de Blanco.

Arriaga iría á buscar á Alvarez para hacer su presentación.

Es imposible pintar el placer de que Alvarez se sentía dominado.

Despues del trueno del sabado y la parranda del domingo, ingresar al gran mundo como uno de tantos y con una seria reputación de calavera, era para él un verdadero acontecimiento digno de quitarle el sueño.

Y así no más fué.

Todo el resto de aquella noche lo pasó Alvarez arreglando su más espléndido traje y pensando en los guantes y prendas que debía comprar al siguiente día, siendo lo primero una sortija de brillantes que había llamado su atención, que antes juzgó inútil y que ahora estimaba necesaria para estar más en armonía con sus lujosos amigos.

Por fin á la madrugada lo venció el sueño y Alvarez se durmió mecido por las más seductoras fantasias.

En cuanto se levantó se hizo la barba, y dejando la tienda al cuidado del dependiente salió á hacer sus compras.

Antes de almorzar tenía ya listo el traje de sensación que pensaba llevar aquella noche.

Los que lo buscaron aquel día para diferentes negocios, no tuvieron más remedio que esperar al siguiente.

Alvarez no estaba con ánimo de oeuparse de nada.

No hubiera descontado una letra ni siquiera á un veinticinco por ciento.

Antes de oscurecer estaba completamente vestido y á las nueve se dirigía á casa de la familia de Blanco, acompañado por el espléndido Arriaga.

El pobre Alvarez se creía irresistible.

Con su flamante frac, y su sortija de brillantes pensaba que iba á hacer un efecto prodigioso.

Los salones de Blanco estaban brillantes de concurrencia distinguida.

Un enjambre de muchachas lindísimas giraba entre la profusión de luces, con una alegría indecible.

Alvarez fué presentado, y recibido con mil cumplidos, no solo por la familia de Blanco, sino por la concurrencia femenina en general.

Es que Arriaga y Alzaga habían estado esa tarde, dando detalles graciosísimos sobre el amigo que presentarían á la noche.

Las niñas se habian pasado la palabra unas á otras, y no esperaban más que la aparición de Alvarez, prometiéndose en su sociedad la más salada noche de la tierra.

La sola estampa de Alvarez les hizo llevar el pañuelo á la boca para contener la risa.

No podía darse nada más cómico y ridículo que aquel pobre hombre, metido dentro del frac flamante, que llevaba sobre sus hombros, pretendiendo tener todos los aires de un calavera reconocido y temible.

A cada momento se acariciaba el bigote para lucir su anillo, y observaba todos los movientos del elegante Arriaga, para hacer él lo mismo.

Cuando llegaron Marcet y Alzaga, lo encontraron entre un gran círculo de muchachas traviesas, que le buscaban la boca haciéndole decir mil salados desatinos.

—Ah! bandido! le gritó jovialmente Alzaga—ya se ha apoderado de todas las muchachas para dejarnos á la luna!

No digo yo, si este demonio tiene gualicho para las mujeres!

Alvarez se puso rojo de placer, mirando en todas direcciones para apreciar el efecto que habia hecho en todos, la declaración de su amigo.

Las bromas empezaron entonces á cruzarse entre los jóvenes, sin que Alvarez pudiera apercibirse de

ellas, como sucede siempre á los hombres que se dejan dominar por la vanidad.

Invitado á tocar el piano, no solo accedió en el momento, sino que como yapa obligatoria cantó su más patética romanza.

Marcet le había dicho que en el gran mundo era preciso ser complaciente y hacer siempre más de lo que á uno le pedían.

Y él observaba la indicación rigurosamente, pues tenía ciega confianza en el cariño de sus amigos.

Aquella tertulia fué la más animada de cuantas tuvieron lugar en casa de Blanco.

Y como un tipo semejante era un tesoro, todas, al despedirse, se apresuraron á ofrecer su casa á Alvarez, rogándole quisiera asistir á las familiares reuniones.

Cómo había de sospecharse Alvarez que todas aquellas demostraciones eran por burlarlo!

Persuadido de su gran triunfo en la alta sociedad el pobre se deshacía en cumplidos y promesas de no faltar.

A la salida abrazó á sus amigos lleno de reconocimiento y se fué con ellos á cenar al café de la Victoria, donde lo pasaron entretenidísimos hasta una hora muy avanzada.

SIGUE EL BOCHINCHE

Desde entonces aquellos cuatro amigos se hicieron inseparables.

Por todas partes, se les veía juntos, en el teatro, en las tertulias, en el café y en las parrandas.

Durante el día todos menos Alzaga que era mucho más rico que sus amigos, se dedicaban á la atención de sus negocios.

A la tarde se juntaban todos, ya en lo de Alvarez ya en lo de Marcet y se iban juntos á comer á casa de éste ó á lo de Alzaga que eran los dos casados.

Asombrado entonces Alvarez por la belleza suprema de la Estrella del Norte, solía decir á su amigo:

—Bárbaro y que mujer tienes, no parece cosa de este mundo!

Si yo tuviera una mujer semejante, confieso que no me separaría dos dedos del ruedo de su vestido.

—Avisá calavera! le respondió Alzaga en un tono más jugueton, si no contento con la roncha que haces en todas partes quieres seducirme tambien á Catalina!

Me parece que no te vuelvo á traer más á casa!

Y el pobre Alvarez creyendo que su amigo hablaba seriamente, se deshacía en todo género de protestas.

—Yo no soy capaz de traicionar la amistad, decía, y si tú piensas esto, Pancho tocayo, me das una verdadera puñalada!

Tal era la amistad que habían hecho, que se trataban con la confianza é intimidad de hermanos.

Alvarez estaba totalmente cambiado.

Ya á penas se daba con sus antiguas relaciones y desatendía su negocio de ropería por completo.

Solo se ocupaba en descontar letras, y eso, porque tenía buenos corredores y su único trabajo era dar el dinero y recoger las letras, ó recibir el dinero y devolver las ya vencidas.

Para confiar más á Alvarez y preparar su plan tenebroso que meditaba ya, Marcet habia introducido la costumbre de los manteos.

Esto obedecía á dos razones poderosas—primero á acostumbrar á Alvarez á aquel género de bromas, y segundo á que los vecinos de las casas donde se reunian, se acostumbraran y oyeran con indiferencia toda voz de auxilio y ruido de golpes.

Alzaga fué la primera víctima figurada de estos manteos de almohadazos y tohallas mojadas.

Una noche habían armado una gran parranda en los altos de la esquina de Perú y Potosí, que existen todavía tal cual eran entonces.

Habían cenado de una manera opípara y bebido como de costumbre.

Estaban en lo más entretenidos de sus bromas con las deidades qne los acompañaban cuando Marcet pasó una almohada á Alvarez, muy disimuladamente, diciéndole.

—Vamos á mantear á Alzaga.

—No, pobre Pancho lo vamos á disgustar!

—No hombre, es una broma.

Y mostraba otra almohada de que él se había armado, y otra que ocultaba Arriaga á sus espaldas.

Alzaga, como inocente de lo que pasaba, conversaba con las muchachas alegremente, dando la espalda á sus amigos.

—Yo no entro en la broma, dijo Alvarez, no

quiero disgustar á Pancho, le estoy muy agradecido y sentiría que fuese á resentirse conmigo.

Cuando yo te digo que no se ha de enojar...

Como te figuras que nosotros vamos á darle un disgusto!

No seas tonto! vás á ver que divertido es esto!

De pronto Arriaga dió un manotón á un candelabro apagando las luces, Marcet hizo lo mismo y las almohadas empezaron á volar por el aire.

Alzaga empezó á dar grandes gritos y las mujeres á armar un escándalo soberbio!

Y los golpes de las almohadas sonaban en la obscuridad, en medio de las carcajadas de los manteadores.

Alvarez, que al principio había pegado su almohadazo entre los primeros, cuando sintió los gritos de Alzaga, se retrajo y protestó del manteo, pidiendoá Marcet que se suspendiera.

—Ah! truhanes! gritaba el manteado, ya me la pagarán en la misma moneda!

Ay! demonios! no me sacudan tan fuerte!

Encendidas de nuevo las luces, se restableció el órden y terminó el manteo.

Alzaga apareció entonces en un estado lamentable.

Tenía el pelo todo revuelto y enmarañado, el frac desprendido y la camisa en un estado lamentable.

En cuanto se restableció la luz, soltó una estrepitosa carcajada, y amenazó alegremente á sus amigos con tomar una buena revancha.

Alvarez que creía que Alzaga por lo menos se iba á enojar, se sorprendió muchísimo al verlo tan alegre, sin siquiera mostrarse sosprendido.

—No te decía yo, exclamaba Marcet, estas son cosas muy naturales en el buen tono.

Ya ves como ni siquiera se ha sorprendido.

Dos noches después de esto, el manteado era Arriaga, pero en este manteo hasta las dulcineas tomaron parte,

Esta vez Alvarez reía como un descocido.

Ya sabía que el manteado no recibía mal alguno y le gustaba enormemente no solo sacudir almohadazos, sino las alegres bromas á que se prestaba la obscuridad necesaria al manteo.

Así que era el primero en invitar para darlo y en sacudir el primer almohadazo.

Pero una noche le tocó á él la suerte de recibir real y posítivamente un manteo, y encontró que la cosa no era muy agradable.

Sin embargo, como lo habían hecho los otros se mostró muy alegre y complacido, alegando solamente que le habían sacudido muy fuerte.

Estos manteos se repetían con gran frecuencia.

Cuando Alvarez era la victima y la cosa subía de punto, era siempre su tocayo Alzaga quien lo socorría deteniendo la tormenta de almohadas y restableciendo el órden.

Esto dió motivo á que Alvarez cobrara á su tocayo un cariño especial.

Al lado suyo se creía garantido contra toda broma grosera porque éste lo había de protejer.

El objeto que había tenido Marcet al establecer los manteos, se había llenado satisfactoriamente.

Cuando tenía lugar una de aquellas formidables escenas de gritos y pedidos de socorro, los vecinos se contentaban con exclamar:

—Ah! calaveras del infierno! cuando se hartarán de meter escándalos y dejarán dormir en paz!

Y ninguno se tomaba la pena de averiguar lo que habia pasado, pues ya lo sabían de antemano.

Marcet iba preparando las cosas que debían tener un resultado espantoso, con una habilidad infernal.

Tan tenebroso era el plan que meditaba y ejecutaba poco á poco, que por el momento no se atrevió á comunicarlo á sus amigos.

Necesitaba prepararlos primeramente, con gran tino, para seducirlos despues y atraerlos á su plan maldito.

Como la amistad de Alvarez había demandado grandes gastos, la situación de los calaveras se hacía pecuniariamente cada vez mas apurada.

El mismo Alzaga que era tan rico, á penas podia sufragar los gastos de sus grandes calaveradas y los que por su lado hacía la Estrella del Nòrte, siempre radiante de hermosura, y siempre ataviada con un lujo tan deslumbrador como el de su propia belleza.

Era pues preciso atender á la reconstrucción de lo fortuna comun, so pena de fracasar y mostrarse quebrados ó entrar á una vida de economía que no habrían podido soportar.

—No se agiten por eso, les había dicho Marcet.

Yo me encargo de proporcionarnos tanto dinero que no lo alcanzaremos á gastar en veinte años.

Respondo del éxito, así es que podemos derrochar bajo mi mas formal garantía.

Y los dos calaveras descansaban en Marcet, en la seguridad de que aquello no era dicho á humo de paja.

Las calaveradas de Alvarez, unidas á las de sus amigos le habían dado una fama infernal.

Sus amigos, para tenerlo mas sujeto, le habian hecho entrar en relaciones amorosas con una mujer que ellos manejaban de las narices y que hacía todo cuanto ellos les mandaba.

Cuando querian andar solos para sus conciliábulos, y librarse de Alvarez que siempre andaba con ellos, lo hacían llamar por esta mujer y entretenerlo todo el tiempo que necesitaban ocultarse de él.

Alvarez había conquistado, con el trato de sus amigos, muy buenas relaciones en la primera sociedad.

Visitaba en casa de las principales familias don de era muy bien recibido, porque á pesar de sus calaveradas, era una persona muy recomendable posu honradez y buenos sentimientos, comprendiéndose que eran sus amigos los que lo arrastraban á todo género de excesos.

Estas relaciones, Alvarez las había hecho extensivas á su hermano el manchado, buena y excelente persona, sencillo y humilde pero honrado y decente.

Muchas veces Angel aconsejaba á Francisco que abandonara sus calaveradas pues demasiada diversión tenia en sus buenas relaciones.

—Mira que el fin de esto va á ser tu ruina, le decia, como va á ser la de ellos mismos.

—No seas loco! replicaba Alvarez con toda convicción, ellos son mucho más ricos que yo mismo.

¿Quiéres que te diga una cosa?

Pues mira, hasta ahora las parrandas me han costada un solo peso, lo que me tiene mortificado.

Y era exacto, todas las parrandas y fiestas, eran costeadas por los calaveras, con excepción de una que otra comida en Catalanes que daba y pagaba Alvarez.

Su amistad por Arriaga, Alzaga y Marcet, era en él una idolatría.

Los amaba inmensamente, creyéndose pagado en la misma moneda.

En las tertulias, los hermanos Alvarez eran los que costeaban la diversión.

El manchado por su sencillez y apariencia ordinaria, y Francisco por su lujo ridículo y las famosas pretensiones de tenorio que eran su fuerte.

Y en todas aquellas tertulias el pobre venía á ser de gran utilidad, pues ya por que se lo pedía una ú otra muchacha, se ponía á tocar el piano para que los demás bailaran hasta echar el quilo.

Ya como el pobre era tan fácil de contentar, se provechaban de su paciencia y lo esplotaban hasta el estremo de tenerlo tocando toda una noche sin darle tiempo de bailar una sola pieza.

—Ah! bribón, le decían sus amigos—tomas el piano de pretesto para estar toda la noche pelando la pava!

Este calavera no tiene perdón de Dios! nos va á arruinar en el corazón de las mujeres.

Alvarez entonces, para corroborar aquellas bro-

mas que lo sacaban de su quicio, hubiera sido capaz de estarse al piano toda una eternidad.

Y como las muchachas le conocían esa estupenda debilidad, se le acercaban al piano antes de terminar lo que estaba tocando y le decian con su voz más melodiosa:

—Ahora Alvarez, una contradanza para mí—nunca la bailo mejor que cuando usted la toca porque tiene para esto una gracia especial.

Arriaga es un farsante que nos hace perder el compás á cada momento.

Con esto solo el pobre Alvarez quedaba pagado de antemano.

Cuando lo habían esplotado toda la noche de una manera muy cargosa, habian descubierto el mejor medio de hacerle olvidar todas sus fatigas y retirarse feliz.

Al fin de la tertulia algunas de las niñas de que él más gustaba se sentaba al piano y le decía:

—Esto es especialmente para que usted lo baile, Alvarez.

Es justo que de alguna manera le paguemos sus finezas.

El pobre Alvarez se consideraba entonces feliz y daba por bien empleada la fatiga de toda la noche.

Don Angel miraba con profunda antipatía la estrecha amistad de su hermano con los calaveras.

Veía que su hermano no tenía para ellos ningun género de atractivos y que aquella estrecha amistad no podía tener sino un móvil perjudicial para él.

Pero Francisco no toleraba que le hicieran esa clase de reflexiones y había que callarse y contemporizar con ellos.

Entre tanto Marcet había tenido el talento de despertar en sus amigos una desmedida ambición de riqueza, al extremo de que ya aceptaban tácitamente esta conclusión:

—Es preciso que todos esos ricachos imbéciles que no saben aprovechar su dinero vacien en nues-

tros bolsillos sus fortunas estúpidamente esterilizadas.

Ese dinero nos hace falta á nosotros y ellos para nada lo necesitan—entonces, con el despojo no sufren el menor perjuicio.

—Sí, respondían sus amigos ¿pero como se les puede despojar sin que nadie se aperciba de ello, sin que nos armen una de todos los diablos?

—De mil maneras, á cual más sencilla.

Aquí no hay autoridad, ni policía de investigación, ni nada.

Huyendo hábilmente la presencia de testigos, estamos del otro lado.

Tipos infelices y tímidos en su mayor parte, como el mismo Alvarez, con una formal y simple amenaza, soltarian cuanto tienen, sin atreverse á chistar más tarde.

Y luego, en el caso que hablaran, ¿quién se atrevería á creer lo que dijeran? ¿como probarían su acusación?

No me diera Dios más dificultades que estas en la vida!

Arriaga y Alzaga se habían familiarizado tanto con estos discursos infames, que no dudaban ya de la razón que tenía Marcet.

Este había sido el principal y más difícil trabajo del malvado Marcet; seducir á aquellos dos jóvenes pervirtiéndoles el corazón y trastornándoles el cerebro.

En cualquier momento que un hombre hubiera propuesto á Alzaga su asociación en un crimen, el joven lo hubiera tendido de un pistoletazo.

Se necesitaba todo el talento perverso de Marcet para haber seducido aquel corazón hidalgo, familiarizándolo en las corrientes del crimen.

Arriaga no le había ofrecido las dificultades de Alzaga, porque no tenía ni el carácter ni la valentía de éste.

Era mucho más manejable y estaba plenamente

convencido que siguiendo un consejo de Marcet nada malo podía sucederles.

Andando este camino ya todo era fácil.

Consintiendo en el crimen, la victima era cuestión secundaria.

Lo mismo era que fuese un desconocido como el mismo Alvarez, por ejemplo.

—¿No es una insolencia, les decía, que teniendo nosotros mil dificultades, este gallego se pudra entre sus onzas de oro y sus letras descontadas?

Francamente esto no es ni natural ni lógico y yo me encargo de buscar los medios para que el gallego contribuya de algun modo á nuestra buena vida.

Arriaga y Alzaga miraban ya este programa como una travesura, consintiendo en todo lo que hiciera Marcet.

Y éste entonces trataba de arruinarlos todo lo rápidamente que podía, para hacerles más apremiante la necesidad de dinero.

Bajo el pretexto de hacer una tanteadita á la fortuna, solía llevarlos al café de Marcos, donde se jugaba fuerte y donde se perdían sumas que muchas veces eran de consideración.

Alzaga se precipitaba así á la ruina sin sentirlo.

Para que su esposa no descendiera ni un ápice del rango de lujo que él la había hecho ocupar, le regalaba continuamente ricas joyas y trajes, y aquella que sabía que su esposo era rico, las aceptaba con placer, pués lo más lejos que había de su espíritu era el pensamiento de que Alzaga pudiera estarse arruinando.

Marcet entre tanto tenía perfectamente calados á sus amigos.

Sabía que Alzaga hábilmente excitado y en un momento de ofuscación seria capaz de todo, y que el sentimiento ó el miedo ahogaría en el corazón de su amigo cualquier escrúpulo.

Su primera y más difícil campaña quedaba terminada con toda felicidad.

LA PREPARACION DEL CRIMEN

Así llegaron al fatal año 1828, tan rico en acontecimientos lúgubres.

Este año que principió con el fusilamiento de los tres hermanos Cepeda, asesinos de Lobos, debía concluir con el fusilamiento del mismo Dorrego, que como gobernador habia intervenido en aquella sangrienta causa y en el espantoso crimen que narramos.

Marcet habia ya meditado y concluido su plan de muerte contra Alvarez, de una manera habilísima y destruyendo de antemano todos los rastros que pudieran dejar.

Arriaga y Alzaga aceptarían el crímen creyendo que solo se trataría de un buen susto, pero una vez en ello no tendrian más remedio que tomar en él una parte activa.

Ya estaban bien preparados y la necesidad haría el resto.

Sobre todo cuando vieran todas las precauciones por él tan prolijamente tomadas.

La amistad de los cuatro se habia estrechado hasta el último extremo.

Alvarez tenia por sus amigos una idolatría ciega, pero era mayor su cariño por su tocayo Alzaga á quien conceptuaba al mas hidalgo de todos.

Es que en los grandes manteos que le sacudían ó en las pesadas bromas que solian dirigirle, era siempre Alzaga quien venía en su ayuda, impidien-

do que la cosa siguiera adelante y diciéndoles que no fueran tan cargosos.

Así con la presencia de su tocayo Pancho, como él le llamaba, se creía perfectamente garantido, no temiendo entonces las bromas de sus compañeros.

Las diversiones y noches de trueno se repetían con gran frecuencia.

Las fortunas iban disminuyendo y se hacía necesario dar el gran golpe.

Para ensayar á sus amigos y hacerlos entrar de lleno en la senda del crimen, Marcet preparó un robo, comunicándolo á sus amigos en la forma más aceptable.

Por supuesto que para esta operación debían ocultarse de Alvarez como del peor enemigo.

En los bajos de la casa de Marcet, vivía don Camilo Velarde, hombre rico y bueno á quién Marcet había puesto los puntos por la facilidad que le brindaba su cercana vecindad.

Por la casa de Marcet se dominaban las habitaciones de Velarde, sobre todo la que servía de aposento de éste, por tener una ventana que daba á la azotea, cuya ventana brindaba un fácil acceso.

Marcet había visto varias veces á Velarde contar fuertes candidades de dinero que guardaba en el cajon de un escritorio y de las que sería muy fácil apoderarse ya descuidando á Velarde, ya asustándolo una noche.

Un día que Marcet estaba en su asechadero vió que Velarde contaba una fuerte suma de billetes de Banco y oro, y que despues de contarlo los guardaba en el escritorio.

—Este es el mejor momento, pensó y se dirigió en busca de sus compañeros.

Tengo un gran negocio entre manos, pero es preciso decidirse hoy mismo porque mañana sería tarde.

—Pues manos á le obra, dijo Alzaga resueltamente, no perdamos tiempo.

Marcet, contó entonces á sus amigos todas las

observaciones que había hecho en el aposento de Velarde, el dinero que éste había recibido y la facilidad que había para dar un golpe de mano.

—Me apuro en que lo demos esta noche, continuó, porque mañana puede emplear su dinero ó llevarlo á otra parte, y entonces quedaríamos burlados.

—¿Pero como podemos hacer eso sin exponernos? preguntó Arriaga.

Mira que sea como sea, esto es un robo, y la responsabilidad es tremenda, siendo peores aún sus consecuencias.

—No hay tal responsabilidad ni tales consecuencias, replicó Marcet.

Desde casa podemos observar perfectamente á Velarde y entrar á su cuarto por la ventana así que estemos seguros que él ha salido.

Si no sale, á media noche y sin que él pueda conocernos, lo asustamos por la ventana que él deja abierta para dormir, y cuando salga en busca de auxilio entramos y damos el golpe regresando prontamente á casa.

—¿Y si por una casualidad nos vé alguien ó entran en sospechas? volvió á preguntar Arriaga palideciendo.

—La respuesta cae de su propio peso; hemos ido á darle una broma, lo que nadie extrañaría en calaveras como nosotros.

¿Quién va á suponer ni remotamente la verdad de nuestro intento?

¿Puede alguno acaso pensar que personas como nosotros necesitamos robar para vivir, ó que seamos capaces de hacerlo?

Estamos garantidos por nosotros mismos y á cubierto de toda mala suposición.

Siempre creeran en una broma nuestra, aunque yo respondo que, si acaso nos sienten no seremos vistos y menos conocidos por consiguiente.

—De todos modos la cosa es peluda; observó Arriaga.

Cuando se está en una situación como la nuestra,

amigo mío, y se quiere salir del paso, se echa á un lado la cobardía ó se viste uno de mujer y deja las calaveradas para los hombres.

¿Que te parece á tí, Alzaga?

—Yo pienso que pensando las cosas como tú dices, no se corre el menor peligro y siempre queda la disculpa de la broma corroborada por nuestra misma posición.

¿Quien va á suponernos capaces de cometer un robo?

Ademas yo pienso como Marcet que, desde que un individuo tiene riquezas para darse el solo placer de contarlas, ningun mal se hace despojándolo de ella y desde que lo que le quitamos es probablemente un pucho al lado de lo que tiene.

Esta opinión de Alzaga concluyó por decidir á Arriaga, que aceptó de lleno el golpe propuesto.

Desde temprano se reunieron en casa de Marcet; pudiendo ver desde el primer momento la facilidad que había en la realización del robo.

No habia más que pasar de la azotea de Marcet, á la de Velarde y llegar á la ventana.

En toda la tarde el aposento estuvo solo, pero era preciso esperar la obscuridad de la noche para evitar el ser visto de alguna azotea vecina.

Decidieron entonces suspender la cosa para la noche.

Merendaron juntos, teniendo cuidado Marcet de hacerlos beber bastante vino, para que estuvieran más decididos.

En cuanto cerró la noche, los tres se pusieron en asecho, espiando el momento oportuno.

Velarde estaba ya en una pieza contando dinero.

O había recibido una nueva suma de dinero, ó contaba por centésima vez lo recibido esa mañana.

El fatal brillo del oro, venció los últimos escrúpulos que podían quedar á Alzaga y Arriaga.

Marcet reia siempre y conversaba dando siempre el caracter de una travesura á aquel robo inícuo y sus amigos, medio ofuscados por el víno bebido,

reían tambien comentando la expresión que tomaría la cara de Velarde al verse despojado de su dinero y sin saber á quien atribuir el robo.

Pero Velarde no se movía del cuarto, como si supiera lo que había de sucederle.

Parecía clavado en su sillón de pie de cabra, dominado por el vértigo de contar y volver á contar su dinero.

El tiempo pasaba y aquel hombre parecía no tener la intención de salir del cuarto toda la noche.

Marcet trajo una botella de buen vino, para matar el tiempo, segun dijo, pero en realidad para que sus compañeros no fueran á desanimarse.

Si estos hubieran visto lo expresión espantosa que dominaba la fisonomia de Marcet, si hubieran visto el brillo siniestro que de cuando en cuando y como un relámpago afluía á su mirada, se hubieran aterrado y habrían renunciado á tomar participación en el robo.

Pero no la vieron, entusiasmados en la contemplación de Velarde y su dinero.

Es indudable que Marcet pensaba algo terrible en aquel momento.

Si por él hubiera sido, Velarde hubiera sufrido un golpe de muerte.

Así pasaron hasta las once de la noche, ellos asechando á Velarde y éste ocupado en contar ó acomodar su dinero.

A esa hora cerró los cajones del escritorio, dejando la llave sobre la mesa, y los tres calaveras lo vieron disponerse para acostarse.

—Pues no hay remedio, dijo Marcet, disimulando la gran impaciencia que lo dominaba.

Ahora es preciso esperar á que este imbécil se duerma.

Si nos siente y huye realizamos rapidamente la cosa y nos volvemos á casa, sino nos siente mejor que mejor, y si no se va y se pone á dar voces, nos eclipsamos y que averigue despues quienes éramos.

No le doy más trabajo para todo el resto de su vida.

Decididos así á esperar, empezaron á dirigirse alegres bromas mientras Velarde se durmiera.

Por fin sopló éste su vela y poco despues sus tranquilos ronquidos anunciaban un profundo sueño.

Los tres calaveras guiados por Marcet, pasaron á la azotea y se dirigieron á la ventana de Velarde, donde se detuvieron un momento.

La noche era obscura, favoreciendo asi el proyecto de los aliados, que á pesar de esto habían tenido la precaución de embozarse en sus capotes.

Empezaron asi á tratar de abrir la ventana con todo el sigilo y prudencia del caso.

Pero si tenían suficiente resolución para todo no sucedía lo mismo con la práctica necesaria para tales tiros.

Les faltaba seguridad y finura, lo que los demoraba más en la operación.

Al empujar la hoja principal, ésta hizo un ruido extraño y los ronquidos de Velarde cesaron instantáneamente.

Los tres calaveras se detuvieron y escucharon atentamente, haciéndose á un lado de la ventana.

Arriaga temblaba y sudaba copiosamente, mientras Alzaga sonreia al pensar en el susto de Velarde, y Marcet miraba al interior del cuarto, de una manera siniestra, como si quisiera penetrar en sus tinieblas.

Los ronquidos habian cesado, pero no se apercibia el menor indicio de que Velarde se hubiera despertado.

Marcet se puso un dedo sobre los lábios en señal de silencio y sin presentarse de frente en la ventana, volvió á empujar la hoja entreabierta.

Velarde estaba dispierto.

Al primer ruido que se produjo, abrió desmesuradamente los ojos y quedó escuchando sin saber si aquello era efecto del sueño ó realmente se habia producido un ruido en la ventana.

Tenía consigo una buena cantidad de dinero, y usaba de todas aquellas precauciones del que teme ser robado.

Era Velarde un hombre tímido realmente, pero susceptibles de volverse bravo cuando se trataba de defender su dinero, y ya se sabe que estos son muchas veces los enemigos más temibles.

El mismo miedo del peligro personal y de perder el dinero, los hace cometer acciones de arrojo que no cometería un hombre bravo, que procede sin precipitación y á sangre fria.

Al sentir que la ventana se abría nuevamente Velarde se sentó en la cama y con voz temblorosa gritó:

—¿Quién anda ahí?

¿Quién empuja la ventana?

Los tres calaveras se retiraron precipitadamente, en dirección á la azotea de Marcet.

Este reía ó fingia reir para tranquilizar á sus amigos.

Alzaga que no se daba exacta cuenta de la acción que cometían, por lo aturdido de su carácter reía tambien alegremente diciendo:

—Que susto espantoso! no se vaya á enfermar este pobrete!

El que estaba tal vez más asustado que el mismo Velarde, era Arriaga, que medía todas las consecuencias funestas que aquello podria traerles.

La cárcel se presentaba á su vista asombrada y su corazón se helaba de espanto al pensar en un proceso infamante.

Entre tanto Velarde que había sentido los pasos de los que se retiraban, no le cupo duda que en la azotea andaban ladrones.

Sacó de debajo la almohada una pistola con que dormia y obedeciendo al miedo que lo dominaba hizo fuego.

La bala rompió uno de los cristales de la ventana y fué á estrellarse contra la pared de Marcet.

En seguida los tres amigos le oyeron gritar con desesperación creciente.

—Marcet! Marcet! socorro! ladrones!

—No hay remedio, dijo Marcet desnudándose precipitadamente.

Voy á auxiliarlo porque si no vá á meter un escándalo de todos los diablos.

Ustedes quédense aquí que yo arreglaré todo.

—No había sido tan cobarde! observó Alzaga.

—Es que el amor á su platita lo ha vuelto guapo, contestó Marcet, pasando á la azotea en traje de cama.

—Marcet! vecino! socorro que me roban! seguía gritando Velarde con una desesperación creciente.

—Allá voy! allá voy! gritó á su vez Marcet—¿qué sucede?—Ladrones! gritó entonces el pobre, más fuertemente animado por la presencia de su vecino.

—No diga, por Dios! exclamó Marcet llegando á la ventana.

Encienda luz amigo, encienda luz á ver si los cazamos.

Velarde encendió la vela, y Marcet no pudo menos que sonreir ante el cuadro de terror que tinia delante.

Velarde tenía los ojos desmesuradamente abiertos, refiejando en ellos todo el terror que sentía.

Su boca estaba entreabierta por el espanto y aún conservaba en la mano la pistola con que había echo fuego.

—¿Donde están los ladrones?

—En la azotea, balbuceó Velarde y se lanzó al escritorio cuyo cajon abrió de una manera nerviosa.

Su fisonomía expresó entonces una satisfacción suprema.

Allí estaba su dinero en el mismo órden que lo había dejado.

—No han tenido tiempo de entrar, dijo, me desperté muy pronto y esto es lo que me ha salvado.

—Habrá sido algun sueño suyo, compañero, ¿como diablos no había yo de haber sentido la cosa?

—No ha sido sueño, no.

Me ha despertado el ruido de la ventana, he visto en seguida que la seguian abriendo, y al preguntar yo quien andaba ahí, he visto las sombras que se apartaban, y he sentido el ruido de sus pisadas.

Acompañado de Velarde, Marcet volvió á la azotea revisándola toda, pero no hallaron el más leve rastro.

—Ha de haber soñado compañero, dijo Marcet en tono de zumba, saque su dinero del cuarto porque sinó vamos á tener alarma.

—Ya lo creo! es lo primero que voy á hacer mañana! hoy me ha salvado una casualidad y las casualidades no se repiten.

De otra manera estoy espuesto no solo á que me roben sino á que me maten.

Como estas azoteas se comunican todas con la manzana, averigue el diablo después quien dió el golpe.

—Bueno amigo, ya ha visto que no hay nada, vuelva á acostarse tranquilamente, y sí algo siente vuelva á llamar: pero tenga cuidado que no sea un sueño porque la segunda no se perdona.

—Muchas gracias vecino y perdone la incomodidad.

Y se metió á su cuarto, cerrando lo puerta con pasadores, y poniendo por delante como mayor precaución unas cuantas sillas y la mesa de luz.

Marcet volvió á buscar sus amigos, riendo como un desconocido, y refiriéndoles el estado de supremo terror en que había hallado á Velarde.

—Hemos malogrado el golpe, continuó, pero nada hemos perdido y nos hemos entretenido un buen rato.

Ya pensaremos otro de más provecho.

Los tres siguieron riendo á costillas del pobre

Velarde, hasta que Arriaga y Alzaga se retiraron, quedando en verse al otro día temprano.

A Arriaga se le había pasado el susto, pero no dejaba de hacer sus reflexiones.

—Este Marcet es un bárbaro, decía á su amigo; se mete en pellejerías que pueden costarnos muy caras.

—Pero las prepara muy bien, hay que confesarlo, sin riesgo de ninguna especie.

Ya ves si esta estaba bien preparada, si no hubiera sido por el ruido de la ventana logramos el golpe y averigue el diablo después quien fué.

--Es muy vivo Marcet, añadió Arriaga.

Yo por mi parte confieso que solo, ni siquiera me atreveria á pensar en cosas semejantes.

Marcet se había quedado, dado á todos los diablos.

No se conformaba con haber perdido el tiro, por no haber tenido más tino para abrir sin ruido las hojas de la puerta.

Pensaba en el dinero que había allí junto á pocas varas de su mano y su pensamiento se volvía á Alvarez con una tenacidad imponderable.

—Este es el gran golpe, murmuraba, pero tengo que detenerme en estas pequeñeces á causa de ese maricon de Arriaga á quien es preciso preparar.

En fin, con esta y otra más, quedará dispuesto al gran golpe, que es el que me interesa.

Lo persuadiré que solo se trata de un susto, y cuando se encuentren en el terreno y vean que no hay más remedio que proceder, harán lo que les indique, por la misma cuenta que les tiene.

Y meditando en el crímen que debía hacerlos dueños de una gran fortuna, Marcet se durmió tranquilamente.

Al otro día no se hablaba en la vecindad de otra cosa que de la tentativa de robo á Velarde, pero nadie, ni remotamente se sospechó la verdad de lo sucedido.

Al contrario, cuando hablaron con Marcet, muchos quedaron persuadidos que todo no había sido

más que un sueño de Velarde, que se habría dormido pensando en que le podían robar su dinero.

Al día siguiente á la tarde, reunidos los amigos en el café de la Victoria, Arriaga les dió una noticia de primera fuerza.

D. Tomas Genela, dueño de tienda tambien, vecino y conocido de Arriaga, había recibido esa mañana una fuerte suma de dinero que él le había ayudado á contar.

Genela no vivia en su tienda, como la generalidad de los negociantes de la Recoba.

Tenía familia, y para mayor comodidad, vivia á pocas cuadras de su negocio.

A la noche cerraba bien su tienda, dejando en ella todos los valores, y se retiraba á dormir con su familia.

Arriaga era el más tímido, pero el más ambicioso de los tres, tal vez más ambicioso que el mismo Marcet.

El oro lo deslumdraba haciéndolo soñar en riquezas fabulosas.

Así es que cuando vió el dinero que tenia Genela, resolvió avisarlo á Marcet, para ver si éste encontraba medio de apoderarse de aquel dinero sin riesgo alguno.

Marcet escuchó á Arriaga con un placer indecible, no por lo que la noticia encerraba en sí, sinó porque ella le revelaba que Arriaga era suyo en cuerpo y alma y que se hallaba decidido á todo, con tal de conseguir una buena suma de dinero.

Marcet meditó un momento y repuso:

—Para un golpe en lo de Genela, sin dejar rastro que pueda conducir hasta nosotros, no hay más que un medio—entrar á la casa y quedarse á dormir en los altos.

Cualquier otro medio sería peligroso y no nos daría el gran recurso de poderlo echar á la broma.

Vamos á tomar otra taza de café y veremos si algo se me ocurre, aunque así á la ligera no se puede hacer nada de provecho.

Tú tienes amistad con Genela y ya esto es mucho. Sobre esta base vamos á discurrir.

Marcet meditó un buen rato mientras tomaba el café, al cabo del cual dijo golpeándose la frente.

—Ahora mismo vás á verlo á Genela, y á pedirle los altos de su tienda por esta noche, bajo el pretexto de que quieres llevar alli una muchacha con todo sigilo.

Allí le pintarás tú la cosa de una manera romántica, diciéndole que como él no vive allí, ni duerme nadie en la tienda, son sus altos los que te ofrecen mayores seguridades de reserva.

Una vez conseguido esto, me visto yo de mujer y nos vamos allí, donde tenemos toda la noche para resolver lo que debe hacerse y ejecutarlo con toda tranquilidad.

Yo entonces respondo del éxito.

Arriaga se fué en el acto á la tienda de don Tomás Genela.

Era este un hombre meramente moral y rígido hasta la exageración, en lo que el llamaba el cumplimiento de sus deberes.

Asi es que cuando Arriaga le dijo de lo que se trataba, dió un brinco y abrió los ojos desmesuradamente.

—Ustedes son unos calaveras que no tienen ya temor de Dios, le replicó.

¿Cómo quiere que yo le preste mi casa para cosa semejante?

Mañana se descubre y se divulga lo que ha sucedido, me echan á mí las culpas como cómplice, y quedo yo en ridiculo además de los trastornos que esto me puede traer en la familia.

No puedo servirlo en esto mi querido amigo, en cualquier otra cosa, puede ocuparme con franqueza.

—Es que este es un compromiso sin evasiva para mí, decía Arriaga, agotando todos sus medios de convicción.

No puedo evitarlo y es su casa la que mejores seguridades me ofrece.

—¿Que mal puede traerle esto á usted?

—Pero mas del que usted se imagina, amigo mio.

No solo pueden creerme cómplice, sino autor de una seducción que está lejos de mi carácter y de mi edad.

A ustedes que son calaveras de recursos, no les ha de faltar donde llevarla.

Yo quiero conservar la paz de mi familia y por nada de este mundo me espongo á perderla.

En vano Arriaga hizo uso de todos sus recursos de convencimiento, en vano charló y trató de pintar la cosa sin el menor compromiso para don Tomás.

Este se resistió y declaró terminantemente que no cedía ni por un minuto los altos de su tienda.

Arriaga volvió al café donde lo esperaban sus compañeros, dado al diablo por el fiasco de su empeño.

—Me he lucido, exclamó, no hay quien haga entender á ese imbécil que debe prestarme su covacha.

Tiene unas entendederas que no se las habrirán ni á martillazos.

—Pues entonces, argumentó Marcet, es preciso abandonar este negocio, porque no nos ofrece todas las seguridades de impunidad necesarias.

Yo no hago negocios ruinosos sino seguros.

Cuando no pueda tener seguridad plena, mas bien renuncio á toda tentativa, porque para hacerse quemar siempre abrá tiempo.

—Convengo en ello, dijo Arriaga, pero es una lástima que un negocio así se nos vaya de entre las manos.

—Celebro mucho de verte tan animado, añadió Alzaga—eso prueba que tienes confianza.

—Y como no! mientras yo vea que procedemos sin riesgos, aquí estoy siempre listo.

—Pues entonces, realicemos nuestro gran golpe, que es Alvarez, argumentó Marcet.

Ese es el que nos conviene y el que con mayores ventajas realizaremos.

Créanme y no vacilemos.

—Pues traza tú el plan y no hablemos mas.

—Bueno, pero ya saben que no hay que vacilar llegado el momento.

A Alvarez podemos asustarlo, pero si sobreviene lucha es preciso resolverse á lo que suceda.

—Pues no hablemos más, ya se agotan nuestros recursos y no se puede vacilar.

Así Marcet quedó encargado de la confección del plan sangriento.

LOS PRELUDIOS DEL CRIMEN

Desde que se decidieron á saquear á Alvarez, Marcet se dedicó á tomar todas aquellas medidas y precauciones tendentes á destruir de antemano todo rastro que pudiera dejar el crímen proyectado.

Siendo Arriaga el más tímido era quien mas interés debía tener en evitar todo género de malas consecuencias, así es que fué á éste á quien eligió Marcet para consultar y discutir todas las medidas que debían tomarse.

Se pensó primero en el teatro del crímen, resolviéndose que debía elegirse una casa lejana y en barrio solitario, para evitar que alguien pudiera verlos, ya á la entrada ó á la salida.

Entonces la atención de los dos calaveras se fijó en una casita de altos, propiedad de doña Eduviges

Berois, viuda de don Juan Lafranca, y situada en la calle de Esmeralda núm. 7, junto al Hospital de Mujeres.

Aquel barrio y aquella calle eran como quien diría la calle de Junin ó Ayacucho, aunque menos poblada que lo que son estas hoy.

La cuadra estaba desempedrada, habiendo en el centro un gran pantano que la hacía intransitable.

Al frente estaba el Hospital de Mujeres, que privaba pudiera ser observada la casa por aquel lado, siendo las demás casitas bajas, desde donde no podía distinguirse el interior de las piezas.

A aquella casita se subía por una escalerita estrecha y empinada, que había que subirla con muchas precauciones para no romperse la crisma.

Esta casa constaba de una sala, que tenía puerta al descanso de la escalera, un dormitorio, otra pieza cuadrada y un comedor.

Pasando por la galería, se iba á la cocina y demas dependencias de aquel casucho de aspecto lúgubre.

No podía haber sitio mas á propósito para el crimen que los calaveras meditaban y que mayores seguridades les ofreciera.

Desde la tarde, por aquella cuadra no transitaba persona alguna, salvo la que por una necesidad imperiosa venía al hospital.

El pantano aquel era respectable, y nadie se animaba á desafiar sus aguas verdosas y estancadas.

Solamente en noches de luna muy claras, alguno que otro calavera cruzaba por sus esquinas para evitarse una gran vuelta.

El alumbrado público no llegaba hasta allí, siendo muy frecuente que los transeuntes se dieran furiosos encontrones contra las enormes rejas voladas de las ventanas.

—Esa casa es la que nos conviene hasta el punto de parecer hecha expresamente, dijo Marcet.

Es preciso alquilarla para tenerla segura en el momento necesario.

Tú te encargarás de alquilarla, como soltero, y bajo cualquier pretesto.

Ni yo ni Alzaga podemos efectuar esta diligencia por ser hombres casados y porque este paso ya llamaría la atención de la misma vieja Lafranca.

Teniendo la casa segura, que es lo principal, prepararemos la emboscada en que ha de caer Alvarez, de manera que nadie ni nada pueda vendernos.

Ya sabes que yo me pinto solo para estos negocios.

—Convenido, contestaba Arriaga ¿pero si Alvarez habla?

—Es que no hablará, y si lo intenta lo matamos y hemos concluido.

—Caramba, yo no tengo corazón para estas cosas.

—Pues querido mío, sí no tienes corazón, déjate estar en tu casa y no te metas á hombre.

Estos asuntos no son para maricones y haces muy mal en meterte en asuntos que no eres capaz de concluir.

Aqui no se puede andar con paños calientes: ó te decides ó te separas.

—No hombre, no hay que echarlo á la tremenda, ni enojarse por lo que tal vez no se realice.

Desde que me he plegado á la cosa, es por que quiero seguirla asta el fin.

—Y haces bien, por Dios vivo! tú no sabes lo que tiene Alvarez; es una fortuna colosal!

Conque lo primero es lo primero—á alquilar la casa que es lo que más interesa por ahora.

Esa misma tarde Arriaga alquiló la casa á doña Eduviges, quien no mostró la menor extrañeza, porque Arriaga se la alquilaba para un tio suyo que debía de venir de Córdoba en aquellos días.

Juan Pablo Arriaga era conocido de la viuda de Lafranca, como de toda la sociedad.

¿Que inconveniente podía haber en alquilarle una casa bajo su palabra?

Los tres calaveras se reunieron aquella noche en la casa, la que examinaron con toda proligidad.

Allí Marcet les descubrió todo su plan infernal.

Eligiendo una noche oscura, les dijo, traeremos aquí á Alvarez con cualquier pretesto.

Hace tiempo que él quiere comprar un piano para ensayarse en sus piezas de baile.

Se le puede decir que aquí hay uno en venta y con el pretexto de probarlo, vendrá sin sospechar nada.

Una vez aquí lo apretamos y le haremos soltar cuanto tiene, cosa que hará sin inconveniente por que él es muy tímido.

Si por una gran casualidad él se resistiera, lo que no espero, y quisiera hacernos armas para intimidarnos y delatarnos más tarde, entonces no habrá mas remedio que luchar y sea lo que Dios quiera.

Hasta aquí llegaba por el momento el plan de Marcet.

—Eso está muy bueno observó Arriaga, pero en el caso que tuviéramos que suprimir á Alvarez ¿como ocultariamos el crímen?

¿Como sacaríamos de aquí á Alvarez para evitar la responsabilidad que recaería sobre mí como inquilino de la casa?

—De una manera muy sencilla.

La quinta de Alzaga nos ofrece una garantía de silencio de primer órden.

Allí lo podemos llevar y acomodar de manera que ni el diablo dé con él.

Marcet aludia á la quinta de los padres de Alzaga donde había un espléndido monte de naranjos, situada en Barracas, paraje solitario, sobre todo en invierno, porque en aquella estación no había quien se arriesgada por aquellos andurriales.

Marcet había decidido á sus amigos á un asesinato que, aunque ninguno de ellos se atrevía á decirlo, estaba en la mente de los tres.

Todo esto pasaba á principios de Junio de 1828 bajo una temperatura glacial que debía ayudar á los asesinos en su tenebrosa trama.

—Yo francamente estoy dispuesto á ayudarlos en todo, como es natural, dijo Arriaga, pero si sobreviene lucha no habrá que contar conmigo.

—Eh! no seas flojo! siempre has de andar con vacilaciones.

De todas maneras para la lucha no te necesitamos, que los dos somos bastante.

Pero es preciso que en lo demás andes con cautela, porque si jugamos la cabeza con provecho, no es negocio que por cobardía tuya vamos á perderla.

Y al decir esto los ojos de Marcet brillaron de una manera que dejaron aterrado á Arriaga.

En la mirada aquella vió Arriaga que aquel hombre era capáz de todo.

—¿Y cuando vamos á dar el golpe? preguntó Alzaga.

Si se ha de dar es mejor hacerlo pronto, para salir de una vez de cuidados.

No me gustan estas esperas que lo tienen á uno con el Jesús en la boca.

—Para que las cosas salgan bien, es menester no apurarlas, repuso Marcet.

Ya ustedes saben que Alvarez; en su avaricia de descontar letras, no siempre tiene en su casa gran cantidad de dinero.

Es preciso esperar uno de esos días en que vienen á retirar letras por valores sérios, para agarrarlo gordo.

Cada uno de los tres se encargará de observar esto, y el primer día que reciba una buena cantidad de plata, será el fijado para el golpe.

Es preciso que Alzaga tenga en el centro su volanta, porque no sabemos la noche que la hemos de necesitar.

Entretanto, nosotros tenemos tiempo de enmendar en algo nuestro plan general, si es que algo mejor se nos ocurre.

Desde aquel día los tres calaveras estrecharon más su amistad con Alvarez.

Las parrandas tenian lugar todas las noches, tratando todos de que Alvarez estuviera siempre satisfecho.

Los dias de fiesta los pasaban en la quinta de los padres de Alzaga, donde iban á juntar naranjas y cuidar el famoso parejero.

Este parejero era un famoso caballo saino de Alzaga, con el que habia hecho una carrera de gran interes, que debia correrse á principios de Agosto.

Alzaga habia hecho traer un parejero á la quinta, donde lo componia el teniente alcalde de barrio Bernardo Gonzalez, encargado también de cuidar la quinta.

Siendo invierno, la familia de Alzaga se habia venido á la ciudad y Bernardo como siempre, habia quedado cuidando la quinta.

Este tal Bernardo era un criollazo en toda regla, que tenia por Francisco una especie de adoración y un respeto profundo.

Se habia criado en casa de la familia y habia visto crecer al calavera, festejando todas sus travesuras.

Alvares, que había puesto su buena parte en la carrera y que era aficionadísimo á los caballos, venia con gusto á ver el estado del saino, y oir de la misma boca de Bernardo lo que el caballo iba adelantando en ligereza, bajo el cuidado del inteligente compositor.

—En esta carrera vamos á ganar todo el dinero que querramos, decia Alzaga.

Yo conozco á mi saino y sé lo que corre el otro caballo

Y Alvarez, que en medio de todo no podía olvidarse que era negociante, se preparaba á jugar de afuera todo el dinero que le fuera posible.

El caballo le gusta de alma.

—No sé si me gusta porque es en realidad lindo,

decía, ó porque es de Pancho, que sin que nadie se resienta, es el amigo que quiero más.

—Siempre con tus bromazos! le respondía Alzaga —este diablo no puede estar un momento sin reirse de alguien!

—Que, ¿dudas de lo que digo? pues pon á prueba mi cariño y te convencerás de lo verdadero que es mi amistad.

Y Alvarez ne mentia en esto.

Alzaga era el amigo que más quería, porque lo creia el más bueno y el más noble.

No por esto dejaba de tener un cariñoso aprecio por los otros dos jóvenes.

Alvarez continuaba siempre en su empeño de comprar un piano que no era entonces tan fácil de conseguir como ahora.

—Es una broma, decía á sus amigos.

En las tertulias me piden siempre que toque, y yo tengo que tocar eternamente las mismas piezas porque no tengo un piano para sacar otras.

Si yo tuviera piano verian de que distinta manera tocaba!

Lo tendria en casa y los ratos perdidos los emplearia en estudiar.

—Pues mira, no te preocupes mucho por eso le dijo Alzaga en esos dias.

Un conocido que vá á Montevideo, vá á vender un piano como todos sus muebles.

Una noche hemos de ir á su casa, que es por el barrio de San Miguel, y así lo puedes probar para que lo compres, si te gusta, pues no es cuento de comprar asi no más, á ojos cerrados.

—Superior, pero es necesario que no te duermas, no sea el diablo que vaya á hacer el negocio con otro y me quede yo sin piano.

—No tengas cuidado, mañana mismo voy á decirle que no se comprometa con nadie, que una de estas noches hemos de ir á probarlo para ver si te gusta.

La trampa para que Alvarez fuera sin recelo á la

casa funesta, quedaba así admirablemente tendida

No tenian más que invocar el pretexto del piano para llevarlo la noche convenida.

En los primeros días de Julio, dijo Marcet, que debía darse el golpe.

—Es lógico que siendo principio de mes, reciba Alvarez el importe de algunas letras, y como él siempre descuenta otras, es necesario no dar tiempo á que se deshaga del dinero.

Hay que andar con mucho ojo para no perder la primera oportunidad.

Y convinieron entonces en que uno de ellos, turnándose siempre para no dar á sospechar andaría siempre con Alvarez, sobre todo en las horas hábiles del día.

Marcet, para que todo estuviera listo en el momento oportuno, llevó dos puñales á afilar, á casa de Tomas Heredia, armero y afilador muy en voga entonces, de donde los recogió al siguiente día, diciendo que iban á dar un paseo por San Fernando donde comerian una carne con cuero.

Para Marcet aquello era terminante.

Era forzoso matar á Alvarez, y aunque no lo decia claramente á sus amigos, se lo dejaba entender á cada momento.

¿Como podian dejar vivo á un hombre que podia llevarlos á la cárcel acusándolos de ladrones?

Este era un argumento que dejaba para última hora, para concluir de convencer al tímido Arriaga, de que aquel trance era inevitable.

Y el orgumento era incontrastable.

Lo natural sería que Alvarez, una vez libre, fuera á la Policía á hacerse restituir lo que le habían robado, y á delatar á sus amigos como ladrones.

Entonces todo lo hecho de nada servía, si no era para perderlos ante la sociedad y para abrirles las puertas de un presidio....

No había entonces más remedio que matar á Alvarez para no tener nada que temer y ocultar su

cadáver en la quinta de Alzaga, de manera que no fuera jamás á descubrirse.

El día tres de Julio á la tarde, estando Arriaga en la tienda de Alvarez, se presentó don Celestino Martinez y le entregó la suma de seis mil y pico de pesos y doscientas treinta onzas de oro, provenientes de letras vencidas.

Más tarde, el Teniente Coronel don Juan Antonio Argerich, amigo íntimo de Alvarez, le ayudó á contar, á pedido de éste, un dinero que llegó á la suma de diez y nueve mil pesos.

Esa noche los cuatro amigos anduvieron de trueno, y Arriaga refirió á sus cómplices, lleno de emoción, lo que había visto aquel día.

—Pues es preciso apurarse, dijo entonces Marcet.

Fijemos la cosa para el 5, que es sábado, así le daremos tiempo para que reciba más dinero.

Avísale tú, Alzaga, que el cinco vamos á ir á probar el piano.

Es necesario ahora no abandonarlo ni un minuto, para saber si se desprende de ese dinero, ó si recibe mayores cantidades.

Es preciso tener seguridad de lo que hay en la casa.

Esa misma noche, Alzaga le dió la noticia del piano.

—Tienes una suerte de ahorcado, Pancho, le dijo.

He visto el piano que te avisé, y no solo es de primer orden, sino que lo vas á conseguir baratísimo.

El sábado podemos irlo á probar, y, si te gusta, cierras trato y lo traes á tu casa el Domingo, porque mi amigo se va el lúnes.

—Vaya hombre! me das una buena noticia, porque ya estaba rabiando por tenerlo, de tal manera, que hasta creía que todo fuera una broma tuya.

—No hombre! vaya una broma sin gracia!

El sábado á eso de la oración nos juntáremos en una ú otra parte, y nos iremos á armar una parrandita.

Marcet, á pesar de su decisión y de su práctica indudable en estos lances, estaba sombrío, Arriaga se extremecía á cada momento y Alzaga mismo, que no creía en un asesinato, estaba incómodo y violento.

Marcet había logrado seducir á los jóvenes, pero no había tenido tiempo de arrancarles del corazón ciertos principios de nobleza y de dignidad.

Si Alzaga, por ejemplo, hubiera sabido desde el primer momento que se trataba de asesinar á Alvarez, á todo trance, de seguro que se habría opuesto terminantemente.

Pero hasta entonces él estaba persuadido que solo se trataba de un susto de primer orden, que solo asumiría otro carácter, en caso de ser agredido por la víctima.

Alvarez estaba entusiasmadísimo con la cosa del piano.

Había dado la noticia á sus amigos de la Recoba y á su hermano el manchado.

—Ahora sí que tendremos jaleo en casa! les decía voy á darles una música hasta aburrirlos.

Al diablo se le ocurre tráer piano al negocio! contestó don Angel al recibir la noticia.

Cuando yo digo que has perdido la chaveta!...

—Que sabes tú, tonto! es un piano que me va á proporcionar mi tocayo Alzaga y que lo voy á comprar baratísimo.

—Tus tales amigos te estan haciendo gastar bárbaramente.

—No seas loco! ¿porque compro un piano?

¿Y que va á ganar con ello mi tocayo?

No seas tonto y mira las cosas como son, sin esa eterna desconfianza.

Don Angel, segun la manifestó despues, tenía un vago presentimiento que él mismo no podía explicarse, y del que no hizo participe á su hermano, pues ya sabía no le haria caso.

El viernes, durante el día y bajo el pretexto de consultarle unos negocios, estuvo Marcet con Alvarez en la tienda, de donde saliaron juntos á paseo, y al teatro mas tarde.

Al día siguiente cuando vino Arriaga Alvarez, lo hizo subir á su cuarto para que le indicara donde pondría el piano.

Estando allí, llegó otro de los corredores de Alvarez, que le llevaba unas trescientas onzas de oro, provenientes tambien de letras vencidas que acababa de cobrar.

Alvarez no las quiso contar, para atender lo que le decía su amigo, guardándolas en un baul donde había otras talegas y rollos de billetes, cuya vista hizo palidecer á Arriaga, que pensó que pronto aquella suma pasaría á su poder.

Alzaga y Marcet, pasaron aquel día sábado haciendo todos los preparativos para la noche.

El caballo de la volanta estaba mancado y era necesario proporcionarse otro á toda costa.

Marcet mandó llamar á D. Dionisio Magallanes, dueño de una caballeriza, á quien pidió un caballo de alquiler para aquella tarde.

Magallanes ofreció el caballo solicitado, y á la tarde se presentó en su busca al negrillo Pablo, sirviente de Marcet.

El mismo Marcet lo aderezó y lo ató á la caleza, yéndose con Alzaga á dar un paseo, para dejar una costancia de aquel paseo, si era necesario.

Poco despues se juntaban con Arriaga, quien les dió la preciosa noticia del contenido del baul.

Soberbio! dijeron todos—el trabajo que tengamos va á estar bien compensado.

Marcet, durante el paseo y durante la merienda que hicieron juntos, tuvo la precaución de hacer beber á sus amigos gran cantidad de vino.

Así pensaba que estarian mas decididos y que no podrian darse clara cuenta de lo que hacían.

Cuando lo juzgó en ese punto en que se tiene la cabeza turbada sin estar borracho, les habló seria-

mente del asunto, dando á Alzaga uno de los puñales que mandara afilar.

Ya saben, les dijo—la cuestión es darle un buen susto para que afloje las llaves.

Pero si se resiste y lucha, entonces no habrá más que obrar de todos modos.

Primero estamos nosotros y nuestra seguridad.

Esta era la sentencia que condenaba al noble Francisco Alvarez á una muerte tremenda, dada por aquellos queridos amigos!

EL ASESINATO

Alvarez, soñando en su piano, había pasado aquel día alegremente.

A la tarde salió á dar una vuelta, diciendo que iba un momento á casa del Coronel Dehesa, que si venía Alzaga le dijeran que allí lo esperaba.

—Pero á medio camino se arrepintió y se fué al café de Catalanes á merendar.

De este modo quedaba ya listo para ir á probar el piano y más tarde á la parranda que se armaba todos los sábados.

Poco después que saliera Arriaga de su casa, había descontado dos letras, por una fuerte suma á un interés crecido, lo que contribuía á tenerlo más alegre aún.

Entre tanto sus amigos habían preparado su muerte de esta manera:

Alzaga debía quedarse en la casa de Lafranca á esperar á Alvarez, á quien Arriaga iría á buscar ba-

jo el pretesto de que Alzaga había merendado con un amigo y que allí los esperaba.

Marcet los encontraría casualmente en la acera de la casa para entrar juntos y una vez arriba y cerrada la puerta de la calle liquidarían el negocio.

La caleza quedaba atada á corta distancia, para echar mano de ella en el momento oportuno.

Cada uno tomó todas las precauciones del caso, envolviéndose en grandes capotes, no solo para evitar el frío, cuanto para taparse la cara, y evitar el ser conocido en el tránsito.

Ante todo era preciso no dejar la menor constancia de que aquella noche hubiera estado en los altos de la Lafranca.

Arriaga se fué á buscar á Alvarez á quien no halló en su casa, yendo á preguntar por él á lo de Dehesa, donde le habían dicho esperaba.

Preguntó á la parda que lo recibió, por Alvarez, y como esta le contestara que no estaba, volvió á la tienda de éste.

En aquel momento entraba este temiendo desencontrarse con Alzaga.

—Ah, tronera, le dijo en cuanto lo vió, tratando de disimular la emoción que esperimentaba.

—Alzaga ha comido hoy con su amigote el del piano y allí nos espera.

Marcet debe estar allá, porque hace rato que nos separamos, así es que iremos solos.

Cualquier otro que no tuviera en un amigo la ciega confianza que Alvarez, habría notado la emoción que tanto trataba de disimular Arriaga.

Alvarez pensando en su piano nada notó, cerró cuidadosamente su tienda y salió con su amigo.

Y tan intenso era el frío de aquella noche que no transitaba una persona por bajo de la Recoba.

Las tiendas tenían cerradas sus puertas, de modo que nadie los vió salir.

No había pues ni una sola persona que pudiera decir que Alvarez había salido junto con Arriaga

Este observó con un placer indefinible aquella feliz coincidencia.

Como habian quedado con Marcet, Arriaga tomó la calle de la Piedad y siguió así hasta la de Esmeralda.

Por el camino encontró á doña Lucía Sancho, su vieja amiga, acompañada de doña Josefa Martinez, que vivian en la acera del hospital de mujeres y que iban para el centro.

Arriaga llevaba subido el cuello del capote de una manera que era imposible distinguir sus facciones.

Alvarez á consecuencia del frío iba de la misma manera.

Pero Lucía era capaz de conocer á Arriaga, bajo el más raro disfraz.

—Ahí va una buena moza le dijo Alvarez—que milagro que la dejas pasar sin no decirle siquiera una cuchufleta!

—Como para cuchufletas está la noche! contestó Arriaga bajo el embozo de su capote, parece que el aire se le mete á uno hasta el estomago.

—Y tú que eres más friolento que un gato!...

Y seguían avanzando, Alvarez sin la menor desconfianza y Arriaga cada vez más agitado.

Al volver la esquina, Arriaga tosió fuertemente para avisar á Marcet su llegada, segun lo convenido.

Entonces aquel se apuró en marchar á su vez, calculando llegar á la casa al mismo tiempo que sus amigos.

Allí viene un bulto! dijo Alvarez.

No me gusta mucho un encuentro por estos barrios en noche tan oscura.

—Alguno que vive en la acera, dijo Arriaga—no tengas cuidado.

En esto se encontraron con Marcet á quien conocieron por el sonido de la voz que les decía:

—Caramba, yo creí que venía tarde, pero veo

que ustedes han sido más perezosos—ya Alzaga estará aburrido y pensando que se la jugamos.

Y empujó la puerta de la casa que había dejado entreabierta al separarse de Alzaga que quedaba arriba.

Arriaga entró el primero, en seguida Alvarez y después Marcet.

Aquella escalerita tan empinada y estrecha, el silencio que reinaba y la oscuridad en que todo estaba envuelto impusieron á Alvarez, que sin saber porque sintió miedo.

¿Era aquello un presentimiento del corazón, que le anunciaba el peligro que corría? ó era el simple temor á uno de tantos manteos recibidos?

Apenas había subido unos tres tramos de la escalera, cuando sintió que Marcet echaba pasadores á la puerta de la calle.

Entonces un terror instintivo se apoderó de él y se resistió á subir.

—Yo me voy, dijo con la voz alterada: ustedes me han traído aquí para darme alguna broma infernal, pues no se oye el menor ruido que indique hay gente arriba.

—No seas tonto! te traemos á probar el piano y nada más, contestó Marcet oprimiendo el mango del puñal.

Si Alvarez se resistía, estaba decidido á herirlo allí, pero antes quería tratar de hacerlo subir, porque allí podía oírse de la calle lo que sucedía.

—Abranme la puerta, se los pido como el mayor servicio, continuó Alvarez cada vez más asustado; yo no quiero probar nada sino irme—ustedes me han traido aquí para hacerme algun mal.

Abranme la puerta y vamos.

—Pero ¿que mal te vamos á hacer, tonto, si arriba está Alzaga que nos espera?

—Si mi tocayo está arriba, no digo nada ni temo nada, pero para subir es necesario que lo veo antes.

A pesar del frío terrible que se sentía en la escalera, Arriaga sudaba de un modo espantoso.

Su cabeza se había despejado al acercarse el momento tremendo, y sentía miedo, un miedo terrible.

Empezaba ya á arrepentirse de haber tomado parte en aquel crímen.

Marcet dominaba la escena con su mirada terrible, y oprimía el mango del puñal, decidido á herir en cuanto la resistencia de Alvarez dejara de ser pacífica.

—En aquel momento Alzaga, que sin duda oía todo desde la sala, se asomó á la escalera con una vela en la mano y dijo á Alvarez.

—Subi no mas Pancho que aquí estoy yo.

—Ah! esto es distinto, respondió Alvarez sintiendo disiparse su miedo instantáneamente.

Si usted está ahí, ya no tengo recelo y subo, porque sé que estando mi tocayo nada malo ha de sucederme.

Por la dificultad con que habló Alzaga, se conocía en el acto que había bebido mucho—pero Alvarez no estaba en situación de notarlo y aunque lo hubiera notado no le habría llamado la atención.

Alvarez empezó á subir resueltamente, seguido de Alzaga y de Marcet.

—Confieso francamente que tenía miedo de alguna broma pesada, dijo al llegar á donde estaba Alzaga, y si usted no está aquí, tocayo, por nada de este mundo habría subido!

Alzaga entró primero á la sala, seguido de Alvarez.

Marcet venía en seguida y Arriaga, con la fisonomía descompuesta por el espanto venía el último á unos cuatro pasos de Marcet.

—Pero aquí no hay mueble ninguno, observó Alvarez volviendo á sus recelos—¿donde diablo está el piano.

—Mas adentro, tocayo.

Mi amigo ha vendido ya todos sus muebles y solo ha reservado el piano porque yo se lo comprometí.

Pasaron á la otra pieza y sucedió lo mismo que

en la sala—no había el menor vestigio de muebles.

Alvarez sintió crecer sus recelos, á pesar de la presencia de su tocayo, y volvió á preguntar donde estaba el piano.

—En la otra pieza, le respondió Alzaga, en la otra pieza—no te vas á morir por tan poco.

—Fueron á la otra pieza, pero allí, no había más piano que en las anteriores.

Un terror instintivo se apoderó de Alvarez que volvió á preguntar balbuceando: ¿donde está entonces el piano?

—¿Que piano ni que piano? exclamó entonces Marcet poniéndosele por delante y blandiendo el puñal.

—Aquí has venido á morir y no á ver pianos.

Prepárate entonces y basta de bromas.

Alvarez sintió que la lengua se le anudaba al paladar y que las piernas le flaqueaban como si estuviera ébrio.

La espresión con que Marcet le había dicho aquello, no dejaba lugar á dudas.

Aquellos bandidos iban á cometer con él un crímen.

—Déjemme ir, dijo juntando las manos en ademán de súplica.

¿Por que han de matarme si nada les he hecho, ni en nada puedo estorbarles?

Yo les daré lo que quieran.

—Te digo que aquí has venido á morir, y prepárate pronto, que no hay tiempo que perder.

Y mostraba al aterrado Alvarez el puñal que debía darle muerte.

—¿Pero será posible? exclamó éste.

¿Será posible que me maten sin que yo les haya ofendido?

Y miró entonces á Alzaga, creyendo encontrar allí una protección contra Marcet.

Pero Alzaga que oía todo con esa indiferencia estúpida de los borrachos, le mostró á su vez un puñal diciéndole:

—Sí Pancho, es preciso que mueras ¿que le vamos á hacer?

El pobre Alvarez se convenció que no había remedio, un terror insuperable se apoderó de él y cayó desmayado.

—Pronto, no hay que perder tiempo que el desmayo viene de perilla, dijo Marcet.

Y agachándose sobre Alvarez le sepultó el puñal en la garganta.

—Pronto, para que no caíga sangre aquí, á la letrina con él, ayúdenme con mil diablos.

Los tres miserables cargaron con el desfallecido cuerpo de Alvarez y lo llevaron hasta la letrina.

Allí practicaron la operación espantosa.

Marcet tenía agarrado á Alvarez por el cabello, ayudado por Arriaga, para mantenerle el cuello sobre la abertura de la tabla.

Corta de una vez! un tajo de degüello, dijo á Alzaga, que empezaba á sentir despejada la cabeza bajo la tremenda impresión de aquella escena terrible.

Marcet dominaba por completo á sus amigos, que obedecían en el acto su palabra.

Alzaga se acercó á su tocayo, y le dió un tajo en la garganta, arrancando antes el puñal que había clavado Marcet y que dejó allí para que fuera menor el derrame de la sangre.

Esta empezó á salir abundantemente, mientras el cuerpo de Alvarez se estremecía en sus últimas convulsiones.

Marcet, pareciéndole que el tajo dado por Alzaga no era suficiente, tomó el cuchillo é hizo sobre la garganta de Alvarez un tajo profundo y circular.

Alvarez se estremeció de una manera poderosa: un golpe de sangre negrusca salió de su cuello y soltado por los que lo sostenían rodó al suelo de la letrina.

Estaba muerto.

Los tres asesinos se miraron entonces.

Los tres estaban lívidos y desencajados.

Sus manos súcias de sangre, el pelo pegado á la frente por el sudor y la boca entreabierta por el espanto, les daban un aspecto verdaderamente espantoso.

Y allí delante de ellos estaba Alvarez mirándolos con sus ojos inmóviles, como si quisiera reprocharles su cobardía y su infamia.

Marcet fué el primero en reponerse y sacar á sus cómplices del espanto que parecía embargarlos.

—Bueno, dijo, lo principal está hecho—ahora falta sacar de aquí este cadáver y llevarlo á ocultar á la quinta de Alzaga.

Hay que ganar tiempo para que regresemos á buena hora, pues todavía nos falta ir á casa de éste á sacar lo que haya.

Tú, Arriaga, anda á acercar la caleza y vuelve á ayudarnos.

Arriaga salió contento de evitar la presencia de aquel cadáver, mientras los dos cómplices arrastraban el cuerpo de Alvarez á la sala.

Allí, entre los dos, le acomodaron la cabeza con dos pañuelos de manos, despues de haberle limpiado bien el cuello para que no apareciera ninguna mancha de sangre esteriormente.

Cuando volvió Arriaga ya lo habían registrado sacándole la cartera, las llaves de la casa y cajones y la sortija de brillantes que se guardó Marcet con infernal naturalidad.

—Concluyamos de una vez de ocultar el crímen, dijo Marcet, y después vendremos á recoger su hermoso fruto.

¿Cuanto dinero dices que hay allí, Arriaga?

—Mucho, contestó éste con voz ininteligible, mucho dinero.

—Este estúpido está asustado, exclamó entonces Marcet.

Es preciso que tengas mucho cuidado en lo que haces y dices, mira que una imprudencia puede costarte igual precio.

Y señaló con el pié el helado cadáver de Alvarez.

—Bueno, continuó, á este lo llevaremos como si estuviera borracho, sentándolo en la caleza entre ustedes dos, mientras yo guío el caballo.

La traslación del cadáver era difícil y penosa por aquellas escaleras estrechas y empinadas.

A cada momento se les venía encima, haciéndolos vacilar y arrodillarse sobre los escalones.

Arriaga y Alzaga estaban dominados por el horror de aquella situación dramática.

Si no hubiera sido por el gran dominio que ejercía Marcet sobre ellos y sobre sí mismo hubieran abandonado el cadáver allí no mas, y hubieran echado á disparar.

Por fin, después de mucho trabajo y de esfuerzos tremendos, llegaron al pié de la escalera.

—Un momento, dijo entonces Marcet.

Subamos nuevamente á ver si ha quedado arriba algun rastro por el cual pudiera llegarse á nosotros.

Y los tres volvieron á la casa, donde hicieron un prolijo registro.

Se recogieron los puñales guardando cada cual el suyo, limpiaron la sangre que había en las dos primeras piezas con un pedazo del capote de Alvarez que echaron tambien á la letrina, no quedando allí el menor vestigio del crímen brutal y cobarde que acababan de consumar.

—Que adivinen ahora lo que ha pasado aquí, exclamó Marcet con infernal complacencia.

Veremos á ver si hay alguno capaz de encontrar un solo vestigio contra nosotros.

¿Que les parece á ustedes? se ha hecho todo bien?

—Ni el diablo nos descubre, contestó Alzaga, que estaba menos aturdido que Arriaga.

Es preeiso confesar que todas las precauciones están hábilmente tomadas.

—Es preciso seguir así hasta el fin, porque la menor imprudencia puede perdernos.

Ahora llega lo más difícil, porque vamos á tener que cruzar la ciudad y es muy temprano: todavía anda mucha gente en las calles.

Lo llevarán ustedes en el medio como si estuviera borracho, y para mayor precaución le pondremos un cigarro en la boca.

Aquel crímen asumía así un carácter más repugnante, por los móviles miserables que lo habían originado y por la indiferencia infame que demostraban sus autores, hablando de él como de una cosa natural é inocente.

Por robarle una miserable cantidad de dinero que tal vez él no les hubiera negado, habían asesinado á un amigo leal y noble, cuyo único delito había sido quererlos y entregarse á ellos lleno de confianza.

Y aquellos miserables en presencia de su cadáver, no sentían el menor remordimiento.

Su pensamiento estaba lleno por el deseo de terminar cuanto antes de ocultar la víctima para venir á apoderarse de sus riquezas.

Parecía increíble que existiera tanta depravación y cinismo, en jóvenes que se habían criado y educado fuera del contacto de todo elemento perverso.

El vicio y la crápula empezaban á producir sus efectos.

Convencidos que nada capáz de perderlos quedaba en la casa, volvieron al lado del cadáver, encendiendo cuatro cigarros habanos, puesto que uno debían poner en la boca del muerto.

—Mucho sigilo, dijo Marcet, es fácil que ande alguien en la calle, y debemos obrar con la mayor cautela.

En seguida pararon el cadáver de Alvarez, tomándolo de los brazos, como si realmente fuera el de un borracho, le pusieron en la boca el cigarro bien encendido y lo sacaron á la vereda.

—Bárbaro! exclamó Marcet en alta voz, mirando al muerto—como has chupado! pareces un cadáver.

—Que peludo! agregó Alzaga, no conozco nada más estúpido que una borrachera de esta manera! un hombre queda en las mismas condiciones que un pedazo de madera.

Y entre los tres, con gran trabajo, sentaron por fin á Alvarez en la volanta.

No había temor de que su interior no manchara, porque tenia la garganta muy bien cubierta por los pañuelos y no quedaba ya más sangre que salir.

Cualquiera que hubiera visto aquella escena y oido lo que los jovenes decian en medio de sus más alegres y risueñas frases, no hubiera dudado que se trataba de un borracho conducido por sus amigos.

—¡Pero que tranca tremenda! exclamó Alzaga sentándose al lado del cadáver que Arriaga sostenia del otro lado.

Si apenas puede chupar el cigarro.

—Bárbaro! repitió entonces Marcet acercando la boca al oido del cadáver; como has chupado!

Y subió al pescante después de haber cerrado la puerta prolijamente.

Una ligera mancha de sangre quedaba en la vereda.

—Esto no es nada dijo Marcet, pasándole el pié encima repetidas veces.

Creerán que es de algun perro y el tránsito lo borrará pronto.

Efectivamente: ¿quién iba á notar aquella ligera mancha de sangre, cuando nada había sucedido que la hiciera sospechosa?

A la mañana siguiente hasta el color habia perdido.

—Mañana volveremos á borrar las manchas, de arriba, dijo Marcet y castigó el caballo.

La volanta empezó á andar lentamente sobre el colchón de tierra de la calle, sin producir el menor ruido que la hiciera notar del vecindario.

Cuando hubieron andado tres ó cuatro cuadras, la volanta empezó á andar con más rapidez.

Marcet habia abotonado su capote hasta el cuello para no ser conocido.

Alzaga y Arriaga, llevaban en el medio el cadá-

ver de Alvarez, dirigiéndole siempre bromas á propósito del estado de embriaguez en que iba.

Cuando el cigarro habano se apagaba en su boca helada, uno ú otro se lo quitaba poniéndole el encendido que iban fumando.

Así el cadáver llevaba siempre encendido su cigarro como si realmente fuera fumando.

Así que se alejaron del centro, la volanta echó á andar con toda la rapidez posible.

A Marcet le urgia ganar tiempo, para apoderarse de los dineros de Alvarez antes que viniera el día y los sorprendiera en la tarea sacrílega.

A las diez de la noche llegaban á la quinta de Alzaga deteniendo la volanta, no en la entrada principal sino en el portón de los fondos.

Descendió Alzaga, abrió el portón, y entró alumbrándose con uno de los faroles del coche.

Alzaga quería cerciorarse que en la quinta no andaba persona alguna y que podían obrar con entera libertad.

Al poco andar, se detuvo por el sonido de una voz que decía:

—¿Quién anda ahí? á ver si canta pronto antes que le suelte un chumbo que lo deje seco.

Era Bernardo Gonzalez que dormía cerca del saino para cuidarlo mejor, y que creía que el recien venido sería alguien que quería robar el parejero.

Soy yo Bernardo, respondió Alzaga más tranquilo.

Venia precisamente á recomendarte que no te descuidaras, porque me han dicho que andan por jugar una mala pasada al saino.

—No le arriendo las ganancias al que lo intente —ya sabe usted el genio que me ha dado Dios! el primero que yo atisbe por aquí con esas intenciones, le dejo seco de un tiro.

—Ya se que eres bravo y fiel, Bernardo y por eso mismo te necesito.

Ven aquí afuera que tengo que hablarte.

Bernardo se prendió el chiripá y salió al porton, donde lo guiaba Alzaga.

—Mira Bernardo, dijo entonces el calavera.

Tengo una fé profunda en tu corazón y en tu silencio, asi es que puedo confiarte lo que me trae aquí y pedirte ayuda.

—Ya sabe patron como soy yo, dijo el paisano.

Puede lanzar en mi su secreto como si lo echara á la nória.

Vaya hablando que yo lo escucho.

Con la frecuencia de verlos siempre juntos, Bernardo había conocido á Arriaga, Alvarez y Marcet.

Este temiendo una indiscreción de Alzaga, le habia hecho una seña recomendándole el silencio.

Pero el calavera le manifestó que en Bernardo debían tener ciega confianza.

—Mira Bernardo, agregó, aquí donde ves traemos un muerto que venimos á enterrar en la quinta.

Es un amigo que ha muerto en duelo y que debemos ocultar á todo trance.

Me vá en ello la vida y con esto te lo digo todo.

Si esto se llegara á saber, ya calcularás el mal que me haría.

—Pues entonces ya sabe usted que soy como una tumba.

A lo hecho, pecho—y no hay más que decir.

Ya hemos dicho que Bernardo tenía por Alzaga un gran cariño—se consideraba honrado con aquella confidencia del patron y por nada de este mundo lo habría vendido.

—Bueno Bernardo, vamos á ver como nos ayudas á esconder el muerto, de manera que ni el mismo diablo dé con él.

Entonces entre los cuatro descendieron el cadáver de Alvarez y lo entraron á la quinta.

Y entre un grupo de naranjos enormes empezaron á cavar un pozo bastante profundo.

Los cuatro trabajaban con igual ardor.

De cuando en cuando el galope de algun caballo que cruzaba por las inmediaciones, les hacia sus-

pender el trabajo y escuchar con profunda atención, volviendo á emprenderlo así que el jinete pasaba.

Aquellos cuatro hombres cavando la sepultura del cadáver que tenían al lado, ofrecían un espectáculo tremendo, una escena imponente, alumbrados solamente por la luz de los faroles que sacaron de la volanta.

Una hora y media más ó menos duraría aquel trabajo que debia ocultar para siempre la prueba del más infame y cobarde crimen.

Y al depositar el cadáver en aquel foso, el corazón de aquellos miserables se hallaba perfectamente tranquilo.

Solo el terror de la Policía podía haberlos inquietado,y este terror desaparecía allí para siempre.

Quien encontraria ya el cadáver de Alvarez!

Una vez enterrado el cadaver, los cuatro igualaron perfectamente la superficie del terreno desparramando la tierra que había quedado en los sembrados de la quinta.

El crimen, pues, quedaba oculto y solamente una casualidad imprevista podía hacerlo descubrir.

Y asi mismo, el rastro de sus autores habia sido borrado con un talento y una previsión infernales.

Es preciso que mañana eches aqui cualquier semilla, dijo Marcet á Alzaga aunque sea maiz para poder explicar, en cualquier caso imprevisto la causa de esta tierra removida.

Como se ve, Marcet no descuidaba nada, llevando su previsión hasta el último extremo.

—Así podremos vivir tranquilos y seguros concluyó, porque no supongo que ninguno de nosotros vaya á delatarse á si mismo.

—Bueno Bernardo, dijo Alzaga á su vez, mañana de madrugada siembras aqui, un poco de maiz ó de alfalfa, ó algo que brote pronto.

En cuanto á nosotros, cualquiera que te lo pregunte, no nos has visto la cara desde el mes pasado ¿entiendes?

—Descuide patron, replicó el fiel paisano, lo que es por mí nadie sabrá jamás lo que ha pasado aquí esta noche.

—Así lo espero de tu cariño y de tu lealtad.

—Y de su propia conservación, añadió Marcet ferozmente, porque el que nos vendiera vendería al mismo tiempo su pellejo.

Los tres asesinos subieron de nuevo á la volanta y después de asegurarse que nada quedaba allí que pudiera acusar su presencia, emprendieron el viaje de regreso.

Cuando llegaban á la ciudad, era la una y media de la madrugada.

Tenían aun cuatro horas disponibles para efectuar el robo y concluir de tomar algunas otras precauciones.

La ciudad estaba solitaria y silenciosa.

No transitaba un alma por sus calles, donde el frio era tremendo.

Arriaga y Marcet descendieron delante de la puerta de éste donde quedaron en reunirse cinco minutos más tarde, mientras Alzaga iba á dejar la volanta en la caballeriza de don Juan Moore, donde la tenía, situada á pocos pasos de allí.

Alzaga iba solo porque no convenía que los tres fueran vistos juntos á aquella hora y porque como Alzaga tenía la costumbre de llevar él mismo la volanta á horas avanzadas, aquello no llamaría la atención de los peones de la caballeriza.

Dejada la volanta volvió Alzaga á reunirse á sus amigos y juntos se dirigieron á la tienda del desgraciado Alvarez.

Hasta entonces nadie los había visto.

Con igual fortuna entraron á la tienda de Alvarez cuya puerta cerraron cuidadosamente por el interior.

Allí estaban más garantidos que en ninguna otra parte, porque cualquier ruido que hicieran sería atribuído á Alvarez como se sabe se retiraba tarde.

Una vez en la pieza de Alvarez, empezaron á buscar el dinero y valores que allí hubiera.

En el cajón de una mesa y en un gran baul que había en la pieza, era donde segun Arriaga estaba el dinero que este había visto contar y guardar.

Marcet abrió y empezaron á sacar el dinero que allí había.

En el cajon había diez y siete mil pesos en billetes de Banco, que allí mismo se le repartieron.

El resto de los valores que ascendia á una suma enorme, estaba en letras de cambio que de nada servían en poder de ellos, puesto que no podían cobrarlas sin confesarse autores del crímen.

En el baul había una buena cantidad de onzas de oro, pero que no llegaban á la cantidad de que Arriaga había indicado.

Allí había también una cantidad de letras de cambio, donde figuraba la última que descontó Alvarez, poco después que se retiró Arriaga.

Aquella era la suma que casualmente se les iba de entre las manos y lo que hacía más provechoso el crímen.

Aunque lo robado entre billetes y oro ascendía á una buena cantidad, no valia aquella la pena, indudablemente de haber asesinado á un amigo y haber cargado con un crímen tan infame.

El total de lo robado llegaría á unos ochenta mil pesos, que equivalian á cuatrocientos mil pesos de hoy, más ó menos.

Es una lástima haber errado el golpe, exclamó Marcet, cuando por esperar un poco más podiamos haberlo dado más gordo!

Y aquel ser repugnante se mostraba más triste por no haber hallado allí el dinero que esperaba, que por la muerte tremenda de su amigo.

—¿Pero quién habría sospechado, repuso Arriaga, que este imbécil había de hacer tan fuerte descuento después que yo me fuí á mi casa?

—Es que estos gallegos son así, agregó Alzaga—

por ganar muchos pesos á la usura, son capaces de hacer operaciones hasta media noche!

Y ellos, por la misma causa venían á cometer un asesinato!

Y aún tenian sucias las manos de la sangre que habian derramado por apoderarse de una miserable suma de dinero!

—Vamos que ya es tarde, dijo Marcet, después de registrar hasta los bolsillos de la ropa que se veía sobre la cama, ropa que se mudara Alvarez antes de salir.

—Este desórden es bueno y conveniente dejarlo así, dijo á sus amigos.

Asi se vé que la desaparición de Alvarez tiene por causa el robo, y de esta manera contribuimos á alejar de nosotros toda sospecha.

Puede talvez suponérsenos capaces de matar á Alvarez por cualquier motivo, menos por robarlo.

La constancia del robo aleja, pues, de nosotros toda sospecha.

Antes de salir, los amigos se revisaron unos á otros, para ver si en sus trajes había algo que corregir.

Arriaga tenía sangre en las manos, y en el bolado del puño de la camisa.

En su capote había tambien algunas manchas de sangre, que á consecuencia de la tierra de la sepultura tenían el aspecto de manchas de barro.

Marcet tenia tambien sus manos llenas de sangre, y algunas manchas en el capote y rodillas del pantalon.

Alzaga era el que estaba menos manchado, porque él solo se había ocupado en degollar mientras los otros tenían el cuerpo de Alvarez.

—Poder del diablo! exclamó Alzaga palideciendo.

He dejado mi puñal entre los almohadones de la volanta y ahora será imprudente ir á buscarlo.

—No te alarmes por esto, contestó Marcet—como

yo estoy cerca mañana á primera hora iré á buscarlo.

Felizmente lo has echado de menos á tiempo!

Ahora lo más urgente es borrar estos vestigios que tenemos encima y que nos acusan desde el primer momento.

Necesitamos lavarnos las manos y las manchas que hay en nuestra ropa.

Mañana nos reuniremos temprano, pues es preciso borrar tambien las que hubieran quedado allí en la casa.

Lavadas estas, ya se pueden volver las llaves á la vieja Eduvijes.

—Yo me voy á casa, dijo Alzaga, allí me lavaré con más cuidado y tiraré mi ropa en un paraje seguro.

Las manchas de las manos no son casi nada.

—Bueno, Arriaga puede venir conmigo y hacerse en casa su primer lavado.

Cuatro ojos ven más que dos.

Convenidos en verse al otro dia temprano, los tres amigos se separaron en la puerta de Alvarez, que cerraron de la misma manera que aquel tenía costumbre de hacerlo.

Arriaga y Marcet fueron á casa de este último.

El mulatillo Pedro Antonio, que esperaba su vuelta en el zaguan, estuvo de pié así que los sintió abrir.

Marcet le pidió agua, y allí Arriaga pudo lavarse las manos y el bolado de la camisa, notando el mulatillo que unos y otros tenían manchas rojas.

De allí Arriaga regresó á su casa donde concluyó de limpiarse y hacer desaparecer de su traje hasta el último vestigio del crímen.

Arriaga se acostó pero no pudo cerrar sus ojos de los que no podía apartar el cadáver de Alvarez.

Era de los tres el único á quien el asesinato de Alvarez empezaba á pesar sobre su conciencia, causándole un terror invencible.

LOS ASESINOS SE ALARMAN

Al otro día muy temprano se levantó Marcet, preocupado con el puñal que Alzaga había dejado en la volanta.

Se vistió ligeramente y se trasladó al corralon de Moore, buscando apresuradamente entre los almohadones el arma fatal.

El encuentro del puñal en la volanta no ofrecia gran importancia, pero Marcet calculaba que el puñal debía estar manchado de sangre y esto ya era más grave porque podía despertar alguna sospecha.

Era indudable que algunos los culparían á èllos de cómplices en la desaparición de Alvarez y era necesario no presentarle el menor indicie en que cualquier sospecha pudiera tomar cuerpo.

Los almohadones de la volanta habían sido sacados, y el puñal no se hallaba por ninguna parte.

Marcet quedó contrariado y pensativo: era el primer inconveniente con que tropezaba, desde el asesinato.

Meditaba la manera menos sospechosa de preguntar por el puñal, cuando se le acercó Moore preguntándole:

—¿Es un puñal lo que busca señor Marcet?

Este miró atentamente á Moore, queriendo observar si la pregunta envolvia alguna malicia, pero se convenció que era hecha inocentemente.

—Sí, dijo más tranquilo—como anoche era tarde, Alzaga no pudo venir á buscarlo, aunque lo necesitaba hoy para un paseo, y como yo vivo tan cerca, me encargó que se lo recogiera temprano.

Yo lo tengo, insistió Moore.

Como el tiempo está amenazando llover, recogí esta mañana los almohadones de la volanta, encontrándolo bajo uno de ellos.

Usted sabe lo que son los peones! alguno podía verlo y quedarse con él, para evitar la cual he preferido guardarlo yo—voy á traérselo.

Moore fué á sus habitaciones de donde volvió con el puñal, que entregó á Marcet.

El puñal estaba limpio, sin duda Alzaga antes de guardarlo había tenido aquella buena precaución.

Marcet regresó á su casa, á esperar á sus cómplices que debían reunirsele temprano y se puso á recapacitar sobre los sucesos de la noche anterior.

El Catalan estaba perfectamente convencido que no existía ningun vestigio por el cual se les pudiera hacer el menor cargo sério ni autorizar contra ellos la más leve acción policial.

Sin embargo no estaba tranquilo.

Y sentia un temor vago que lo abligaba á engolfarse en sérias meditaciones.

Este temor era causado por el poco carácter de Arriaga, á quien Marcet creia capaz de revelarlo todo en el primer apuro.

Es necesario precaverse de Arriaga, pensaba, quitándole la posibilidad de poder arrastrarnos con él.

Es preciso intimidarlo de manera á inspirarle aún más terror que la misma justicia, para que este terror paralice su lengua.

Y sobre todo tenemos que sacar de allí el cuerpo de Alvarez, para burlar cualquier delación que pudiera sobrevenir, ya de su parte, ya de aquel hombre por quien tan imprudentemente nos hicimos ayudar.

En esto se hallaba Marcet absorto, cuando llegaron sus amigos, Arriaga primero y Alzaga en seguida.

Este estaba alegre como era su costumbre, y como

si los sucesos de la noche anterior hubieran sido un sueño.

Nadie hubiera sospechado al verlo, que aquel hombre había tomado parte en aquel crímen tan cobarde y tan repugnante.

No sucedia lo mismo con Arriaga, que estaba pálido y con la fisonomia descompuesta.

Y aquella fisonomia acusaba una noche de terrible borrasca y de un profundo disgusto.

—Es necesario que duermas un poco para componer esa cara de desenterrado, le dijo Marcet, que te está vendiendo, al extremo de que te aconsejo que no vuelvas á salir hasta no modificarla.

—Es que no he podido dormir, pensando en lo que hemos hecho, respondió el joven.

Esto es natural, qué diablo! impunemente no se hace una cosa de ese calibre!

—Pero por lo menos se debe tener la fuerza de voluntad de ocultar lo que pasa por uno, dijo Marcet severamente.

Mira que cuando se juega el pellejo toda precaución es poca.

Y tú no juegas tu sola cabeza, sino la de los tres!

No seas pues cobarde, que con ello lo único que sacarías sería hacernos tomar medidas violentas de precaución contra tí.

Estas palabras de Marcet envolvian una amenaza que Arriaga entendió inmediatamente.

—No seas tonto, le dijo; una cosa es que yo esté impresionado y otra es que pueda contribuir á perdernos por una debilidad!

Parece que uno fuera un chiquillo!

—Pues hombre dijo Alzaga, yo no se si es porque estaba un poco picado, con la enorme cantidad de vino que tomé en la merienda, lo que me ha impedido estar en ciertos detalles—pero confieso que no tengo el menor sentimiento por Pancho y lo que ha pasado.

Que diablos! era un gallego de porquería y bien muerto está.

Aquel cinismo de que se hacía alarde Alzaga, no era una cosa natural, porque el cinismo no se improvisa, sino que se adquiere por una larga práctitica en la vida de la crápula.

Es la resultante de un cúmulo de acciones ruines y miserables, que viene gradualmente y sin sentido.

Era que si Alzaga había bebido enormemente en la merienda de la noche anterior, más aún había bebido aquella mañana.

Habia necesitado borrar de su espíritu el remordimiento que empezaba á roerlo, y había descubierto en el alcohol un calmante poderoso.

A Marcet no escapó el estado de Alzaga, aunque era muy difícil conocer cuando el calavera había bebido con exceso.

—Tú has bebido hoy Alzaga, y esto no te conviene, le dijo.

En situaciones tan delicadas como por la que pasamos, ante todo, es preciso tener la cabeza despejada, para poder evitar cualquier contratiempo y meditar rápidamente sobre lo que debe hacerse.

Hoy ó mañana á más tardar, va á notarse la desaparición de Alvarez y se va á armar un escándalo.

Nosotros como amigos suyos, somos los primeros que debemos alarmarnos y mostrarnos consternados por esa desaparición que atribuiremos después á algunos amores.

Y para esto y para dominar la situación es preciso mantener la cabeza fresca y en el goce de todas sus facultades.

—Como la mañana está tan fría, dijo Alzaga tratando de disculparse, he tomado algunas tazas de té con anis, pero ya sabes que mi cabeza es de fierro y que para perderla necesitaría por lo menos beber una damajuana.

—Bueno, no son ustedes tan nenes para no comprender que ahora, y por algunos días al menos, tenemos que hacer uso de una prudencia esquisita.

Por lo pronto, es preciso que hoy mismo borremos las pocas manchas que hayan quedado en la casa.

Lo mandaré á mi criado con un poco de cal y tierra y tú Arriaga, ahora lo que vayas á dormir, porque es preciso que duermas para componer tu cara, puedes mandar al tuyo con una botija de agua.

Entre tanto yo me voy con Alzaga á comprar un par de esponjas, y así que cambiemos con la cal el color de las manchas, haremos que nuestros criados las laven hasta hacerlas desaparecer.

Nuestros criados son leales y además ignoran el fin que se trata—no hay pues peligro alguno en valerse de ellos.

Marcet, que hasta entonces había procedido con tantas precauciones, empezaba él mismo á crearse una nube de testigos, cuyas declaraciones podían comprometerlos.

Es que el Catalan creía tan bien borradas las huellas del crímen, que no daba importancia á lo demás.

Alzaga dijo que tenía que hacer una diligencia de importancia, y que volvería á medio día á juntarse con ellos.

Entonces Marcet invitó á Arriaga á ir á comprar las esponjas, compra que efectuaron en el almacen de don Jorge Watson.

Era cuanto necesitaban por el momento.

A la tarde Arriaga mandó á su negro Pascual con una botija de agua y las esponjas, á la casa del crímen, donde debian juntarse más tarde.

A eso de las tres llegaban ellos, donde se les juntó más tarde Alzaga.

El trabajo de borrar las manchas de sangre fué pronto terminado.

Estas se habian agarrado en las maderas del piso de una manera que no era posible borrar.

Pero Marcet, después de haberlas hecho lavar

cuanto se pudo, les hizo echar cal encima para disimular lo que había quedado.

Terminado este trabajo, los tres asesinos se retiraron satisfechos, después de haber echado un poco de tierra en la parte mojada de los pisos.

Nada pues, segun Marcet, quedaba en la casa que pudiera guiar á la justicia en el descubrimiento del crímen.

Sin embargo y huyendo de su pesquisa incompleta, quedaban allí hablando en un lenguaje mudo y terrible, los testigos de la providencia de que nos habla el sublime Poe.

En la pared de la escalera había dos manchas de sangre en forma de manos.

Es que allí se habia limpiado las suyas Marcet cuando descendian el cadáver de Alvarez.

En la tabla de las letrinas quedaban también muchas manchas, que decian en su lenguaje mudo «aquí se ha cometido un crímen.»

Marcet creia que nada de comprometedor quedaba en la casa.

—Dejaremos que se sequen bien los manchones dijo, y en seguida se pueden entregar las llaves.

Para cuando se alquile la casa, los dias transcurridos se habrán encargado de completar la obra.

Los asesinos asistieron aquella tarde y aquella noche, á todos los sitios que les eran habituales, donde se mostraron con la misma alegría y buen humor de siempre.

¿Quien al verlos hubiera imaginado que aquellos tres jóvenes, por robarlo, habian asesinado á un amigo?

Como algunos notaron la falta de Alvarez y dijeron que aquello era un milagro:

—Sabe Dios en que famosa aventura amorosa andará, dijo Marcet, en el café de la Victoria.

Desde ayer á la tarde no lo hemos visto.

Cuando él se ha perdido, añadió, y se ha ocultado de nosotros, es porque la cosa ha de valer la pena.

A su salud y á la feliz realización de lo que ambiciona, concluyó el asesino, y vació la copa que tenía delante.

—Como se pide, agregó Alzaga, bebiendo la suya con Arriaga.

Después le haremos un proceso verbal por habernos ocultado lo que ha hecho.

Así continuaron su parranda toda la noche, llevando el cinismo hasta ir á golpear la puerta de Alvarez, de manera que los vieran sus vecinos.

Como siguieron llamando á pesar de no recibir contestación, el vecino Lozano les manifestó que Alvarez no había venido en todo el día.

—¡Ah! truan! dijo Alzaga, y se había comprometido con nosotros á tocar la guitarra esta noche! dónde diablos se habrá metido!

Y se retiraron haciendo comentarios en alta voz sobre el paradero de Alvarez.

Como él era parrandero, los vecinos no se habían alarmado por la ausencia de aquel día, creyendo anduviera tras de alguna aventura.

Arriaga fué el primero que se separó de sus amigos.

No había podido dormir la noche anterior, y estaba rendido por el sueño.

Alzaga y Marcet se fueron juntos á casa de este último, donde durmieron.

Ambos desconfiaban de Arriaga y querían precaverse contra cualquier imprudencia de aquel.

Mañana es preciso ir á la quinta á revisar el entierro, dijo Alzaga, á asegurarnos que de día no presenta aspecto sospechoso.

—Sí, repuso Marcet, porque debemos estar listos para mudarlo de lugar á la primer sospecha.

No es creible que Arriaga nos venda, pero debemos estar preparados á todo.

Aquel encargado de la quinta me quita también algo de mi tranquilidad.

—De ese te respondo yo con mi cabeza: primero se perdería él que perderme á mí.

—Bueno, de todos modos debemos prepararnos á todo, hasta decidir lo que hemos de hacer en un caso dado.

Si nos vemos obligados á cambiar de sitio al cadáver ¿donde podemos ponerlo?

—Creo que el paraje más seguro sería la noria que es profunda y está siempre llena de agua.

Lo que hay es que allí puede boyar y aparecer cuando menos lo sospechemos.

—Se le ata un buen peso, entonces, para obligarlo á quedar en el fondo.

Mañana cuando vayamos, llevaremos un cordel y lo dejaremos junto con una buena y pesada piedra y asi ya no tendremos que pensar en esto hasta el momento de la operación.

Me parecería prudente que para entonces alejáramos de la quinta al Bernardo ese.

—Al contrario, su ayuda puede sernos de gran utilidad.

Ya he dicho que ese hombre es de nuestra mayor confianza.

—No importa, es mejor que esto quede entre los dos.

—Como tú quieras, si así has de estar más tranquilo.

Después de convenir en todo esto, los dos asesinos se recogieron y durmieron como dos personas que nada tuvieran que reprocharse.

Al otro día temprano salieron y provistos de una buena cantidad de cordel que compraron en lo del mismo Watson, se fueron á la quinta con el pretesto de ver el parejero.

Allí estaba Bernardo, como siempre cuidando el caballo, con su prolijidad proverbial.

Los amigos fueron al sitio del entierro, no hallando nada que les llamara la atención.

Las semillas que había echado Bernardo empezaban ya á apuntar su brotos, y pronto quedaría el sitio cubierto por el sembrado.

Dejaron el cordel y una buena piedra en el sitio

mismo y después de examinar y consultar la profundidad de la noria, regresaron á la ciudad.

Alzaga se fué á su casa y Marcet á la librería.

Era preciso estar muy alerta para proceder á la primer sospecha sin dejarla tomar cuerpo.

La ausencia de Alvarez iba á armar un alboroto entre sus amigos, capitaneados por su hermano don Angel, y de aquí ya podrían deducir el camino que era más prudente tomar.

Arriaga vino á ver á Marcet, y se pusieron de acuerdo, como lo habían hecho con Alzaga, para asegurar que desde el 5 á medio día no habían visto á Alvarez, y que sospechaban que anduviera en alguna aventura amorosa que para mayor sigilo se las ocultaba á ellos mismos.

Don Angel había sido el primero en acudir á informarse del paradero de su hermano.

—Es estraño que ustedes nada sepan de él, decía al oír la respuesta negativa, cuando siempre andan juntos!

—Y que podemos nosotros decirle, si á su hermano se le ha dado la gana de perderse aun para nosotros mismos!

Sus razones tendrá, que diablo! y ni yo ni usted, ni nadie tiene el derecho de mezclarse en sus aventuras.

Ya vendrá él, y dirá entonces donde ha estado, ó no lo dirá, que es lo más seguro.

—Pero ustedes saben los sitios que él tiene costumbre de frecuentar.

Pueden indicármelos y yo iré á buscarlo, porque así como pueden ustedes tener razón en lo que dicen, puede también haberle sucedido una desgracia que necesite nuestro auxilio.

—Es inútil pues ya lo hemos buscado nosotros en todas partes.

Sin embargo, voy á indicarle los parages que él prefería frecuentar.

Y Marcet dió á Angel las señas de varias hermosuras á cuyas casas iba con frecuencia.

Pero en ninguna de ellas estaba Alvarez ni lo habían visto desde la noche del 4.

D. Angel estaba alarmadísimo.

Temía que á su hermano le hubiera sucedido una desgracia y empezaba ya á perder la cabeza.

La antipatía por Marcet era profunda—lo creía capaz de todo y no podía persuadirse que ignorara el paradero de su hermano.

—No sé que mala espina me da ese hombre! decía á sus amigos.

Lo creo hasta capaz de haber encerrado á Francisco, que es un inocente, para arrancarle dinero.

No sé porque se me ha puesto que él sabe donde está y que es cómplice de su ausencia.

Como se vé, ni aún creyéndolo á Marcet capaz de todo, se suponía D. Angel toda la enormidad del crímen cometido.

¿Como figurarse que lo habían asesinado para robarle unos pocos miles de pesos, cuando ellos mismos sabían mejor que nadie que Alvarez tenía todo su dinero en letras y pagarés?

Así es que ni la sospecha de la verdad siquiera cruzó por el pensamiento del afligido hermano.

Además los antecedentes de Alzaga y Arriaga eran ya una garantía.

LA VOZ DE ALARMA

La pesquiza de los amigos, encabezada por don Angel, empezó á hacerse con todo interés y desvelo.

Era imposible que Alvarez faltara dos dias de su tienda, sin que algún motivo muy grave se lo impidiera.

Los tres calaveras trataban de persuadir á aquellos, que aún no debían alarmarse.

—No han de tener ustedes más interés que nosotros que estamos ligados á él, por la amistad más estrecha, y sin embargo no estamos alarmados.

Alvarez es muy enamorado y lo más probable es que esté oculto en buena compañía.

¿Que desgracia puede haber ocurrido á un hombre que no tiene un solo enemigo?

Estas razones convencían á algunos pero no á don Angel que se sentía más agitado mientras más tiempo pasaba.

—Este Marcet, murmuraba—Dios me perdone, pero él sabe mejor que nadie donde se halla Francisco.

Hay en sus ojos un fondo de perversidad que me aterra.

Y empujaban la puerta de la tienda y miraban por el ojo de la llave, sin obtener el menor resultado.

—Quién sabe si no está adentro?—exclamó uno de los que con más interés seguía la pesquiza.

Puede ser muy bien que se haya enfermado y se haya muerto dentro.

Sería bueno forzar la puerta, cosa que puede hacerla su hermano, pues lo que yo digo entra por lo menos en lo posible.

Pero no estando presente don Angel en aquel momento nadie se animó á forzar la puerta.

En esto se aparece un vecino con una escalera que coloca en el balcón, y dice:

—Vamos á ver si so puede ver lo que pasa en el cuarto.

Por lo menos saldremos de dudas si Alvarez está ó no está en el cuarto.

Y diciendo esto trepa la escalera.

Los postigos estaban abiertos, pudiéndose ver perfectamente el interior de la habitación.

Allí estaba todo, menos Alvarez.

Su cama estaba intacta y sobre ella las ropas que éste se mudara antes de salir, lo que probaba que desde el cinco no se había acostado allí.

En la pieza reinaba el desórden dejado por los amigos, pero esto no podía apreciarse desde la escalera.

—Rompe un vidrio y entra para que nos abras la puerta, gritaron de abajo.

Y el que había subido la escalera, sin entrar á reflexionar lo que hacía, rompió un vidrio y pasó á la habitación, bajando inmediatamente á la tienda, cuya puerta abrió quitando los pasadores á ambas hojas.

Amigos y curiosos penetraron como una oleada, extendiendo la mirada á todas direcciones, como sí en cada rincón fueran á encontrar la revelación del misterio.

Pero en todas partes reinaba el silencio de la muerte.

En esto llegó don Angel, se le refirió lo que había pasado, y éste, profundamente conmovido subió al dormitorio de su hermano.

Sobre la cama, como lo hemos dicho ya, estaba la ropa, última ropa que se mudara Alvarez antes de salir.

Los cajones de la mesa abiertos, estaban en el mayor desórden, como si hubieran sido revueltos por una mano impaciente y apurada,

Las letras de cambio y algunos otros papeles representando valores, se hallaban diseminados por el suelo, mezclados á diversas piezas de ropa que habían sido sacadas del baul, por alguien que buscaba algo que no eran papeles ni ropas.

El menos esperto y desconfiado tenía que ver una verdad palpitante que brotaba de todo aquel desórden: allí habian andado ladrones—aquel baul y aquel cajón habían sido revueltos por manos que buscaban dinero.

Y como ninguno de los muebles se hallaba forzado, debían haberse abierto con sus propias llaves, arrancadas á Alvarez sabe Dios como.

La primer idea de muerte cruzó entonces por el espíritu de todos.

¿Habría sido muerto Alvarez por robarlo?

Y si había sido muerto ¿donde estaba su cadaver?

D. Angel no pudo resistir la impresión de aquella terrible incertidumbre y se echó sobre las ropas de la cama á llorar con verdadera desesperación.

Los amigos y curiosos se sentían allí conmovidos hasta las lágrimas, ante la desesperación del hermano y la muerte del amigo, que parecía indudable.

El momento de dar cartas á la policía había llegado, porque era preciso buscar el cadáver de Alvarez y descubrir á sus asesinos.

La mente de todos se perdia en las más raras conjeturas.

¿Quiénes podían ser los autores de tan horrible delito?

Los crimenes no eran frecuentes entonces y menos, crimenes de aquella naturaleza cuya sola idea inspiraba un terror vago.

Antes de dar aviso á la Policía, se resolvió esperar hasta la tarde de aquel día, y si Alvarez no había vuelto hasta entonces, no había que abrigar la menor esperanza de verlo vivo.

Marcet, como vecino y amigo, se presentó varias

veces á buscar noticias, con más solicitud que ninguno.

Arriaga no había tenido el corage de hacerlo.

Desde que vió todo el aparato desplegado en casa de Alvarez y oyó decir que se sospechaba que había sido asesinado para robarlo, el joven se había asustado, y si se atrevía á salir á la calle, era obligado por Marcet que le decía:

—No seas estúpido! tu miedo mal fundado va á ser la causa de que nos perdamos todos.

Entereza y audacia es lo que se necesita para no inspirar sospechas.

Mucho hay que esperar de la inocencia de la Policia, virgen en estas cosas, pero no por eso hemos de meterle el dedo en la boca á ver si nos lo muerde.

Esto habia levantado el espiritu de Arriaga haciéndolo tener más confianza y menos miedo.

—Mira que nosotros, le había dicho Marcet como más amigos de Alvarez, somos los que más debemos interesarnos y ayudar á buscar al amigo perdido con un interés vivísimo.

D. Angel seguia alimentando cada vez más sus sospechas de Marcet.

Siempre pensaba que aquel hombre debía conocer mejor que nadie lo que había pasado porque había sido cómplice de los asesinos y de los ladrones.

Y era tan íntima su sospecha, que ya ni siquiera se atrevía á decirlo por no dar la voz de alarma.

—Solo espiaré, pensaba, yo seguiré sus pasos sin que él lo sospeche, y ay de él el dia que yo llegase á adquirir la certeza de su complicidad.

Marcet comprendía lo que pasaba en el espíritu del manchado; leía como en un libro abierto en aquella cara franca y expansiva, y hacia lo posible por desvanecer las sospechas.

Pero todo en vano! cuantas veces se acercó á don Angel, tuvo que notar la profunda repugnancia y antipatia con que aquel lo miraba.

Y esta era tal, que muchas veces se le figuraba que el manchado iba á saltarle encima.

En cuanto supo que se trataba de esperar á la noche para dar cuenta á la Policía y pedir su ayuda, Marcet resolvió anticiparse á hacerlo él mismo, en su calidad de íntimo amigo, para demostrar mayor interés que nadie en el esclarecimiento de aquel misterio.

Al efecto fue á campear á Alzaga y después de comunicarle su plan, ambos se dirigieron á la Policía, de que era Jefe el señor Pedriel, con quien pidieron hablar.

Oh! Marcet era un criminal habilísimo y sumamente práctico en el arte de despistar á la autoridad.

Así es que tomando el aire de la mayor consternación y abatimiento, se presentó al despacho de Pedriel, acompañado de su amigo Alzaga.

—Señor, dijo, como si aquello fuera lo único que preocupaba su espíritu.

Desde el 5 á la tarde ha desaparecido el honrado comerciante D. Francisco Alvarez, de la manera mas mistoriosa é inexplicable.

Parece, por los rastros que hay en su abitación, que el móvil dal crímen hubiera sido el robo, y nosotros, estrechamente ligados á aquel buen amigo, pedimos la ayuda de la Policia, única che puede aclarar este horrible misterio.

Habia oido decir algo de que el señor Alvarez faltaba de su casa, repuso Pedriel, pero no di importancia al hecho, porque nada de estraño tiene que un hombre soltero y medio calavera falte así un par de dias.

Pero con lo que ustedes me dicen de rastros de robo y lo justamente alarmados que estan, voy á poner en movimiento toda la repartición y garanto á ustedes desde ya, que vivo ó muerto lo hemos de encontrar, pues no puede un hombre perderse así no mas, sin dejar algun rastro tras sí, que conduzca hasta él.

—No esperábamos menos de usted, señor, contestó Marcet, al estremo que nos retiramos completamente tranquilos.

Si en algo puede utilizarnos la Policia, nos consideraremos felices de haber ayudado á encontrar al amigo perdido.

Y los amigos se retiraron, siendo acompañados por el mismo Pedriel hasta la puerta del despacho.

—Imbécil mormuró Marcet al oido de Alzaga así que estuvieron fuera.

Busca el rastro que te ha de llevar hasta Alvarez y hasta nosotros.

Busca lo tonto, que se te han de quemar las pestañas sin llegar á sospecharlo, ahora menos que nunca.

Y los dos asesinos rieron de una manera diabólica, yendo á avisar á Arriaga el paso que acababan de dar.

La Policía era entonces inocente en estas cosas.

No habia hecho ese aprendizaje que dá el movimiento Policial de las grandes capitales, ni habia tenido que lidiar con bandidos del género de Marcet.

Sus agentes, sin ningun conocimiento de la materia, ni siquiera tenian un idea remota de lo que es una perquisa bien dirigida y los medios de que puede valerse un hombre esperto para llenar su dificil tarea de agente de Policia.

La Policia pues iba á estrellarse con la suprema habilidad de Marcet y solo un incidente casual y ajeno á ella podia hacerla llegar hasta el desenvolvimiento del crimin y sus autores.

Y Marcet, ademas de sus recursos propios, contaba con esto para escapar á la mas leve sospecha.

—Soy muy capaz, decia, de guiar yo mismo la pesquisa y hacer recaer la sospecha sobra el mismo manchado, si se me ocurre, pero no hay necesitad de tanto trabajo.

Dejémoslos deslomarse á ellos solos, que dema-

siado tienen para enredarse cincuenta veces y no saber que partido tomar.

Arriaga estaba mas entero.

A medida que iba pasando el tiempo y convenciéndose de la impunidad en que quedaria el crímen, se habia ido haciendo mas valiente para afrontar aquella situación miserable.

Cuando supo lo que habian hecho sus amigos, no pudo menos que admirar la audacia de Marcet y convenir en que aquello era un gran golpe.

Ya te volverás mas audaz que yo mismo, le dijo Marcet, no te aflijas.

Se empieza por tener un poco de miedo y se concluye por despreciar todos los peligros.

Ya verás que bien te sientes para otra.

—¿Para otra? Si escapo bien de esta, no me vuelvo á meter en semejantes cosas.

Basta con un remordimiento.

—¿Quiere decir que sientes remordimientos?

Algo de eso; si pudiera volverme atrás y borrar lo hecho, lo haria de mil amores.

—Ah! estúpido! exclamó Marcet, no te creia ni tan gallina ni tan mentecato.

Lo que tienes es un poco de miedo que te ha quedado prendido á la ropa, que lo sacudirás del todo y entonces no nos vendrás á hablar de remordimientos.

Ahora hay que finger una gran pena por la desaparición de Alvarez.

La Policia está perfectamente despistada y no ofrece el menor temor.

El único que desconfia es el manchado, pero éste no se atreverá ni siquiera á contar sus desconfianzas, porque no tiene absolutamente en que apoyarlas.

Ni el mismo diablo es capaz de acusarnos con un solo indicio fundado.

Estamos pues á cubierto de todo y no hay que vacilar.

Entre tanto la Policia se habia presentato en casa

de Alvarez, á recojer todos los datos necesarios para emprender una campaña eficaz.

Alli se informó que hacia dos dias que nadie habia visto á Alvarez, cuyo paradero se ignoraba por completo, que la desaparición de Alvarez coincidia con el robo de que habia sido victima, solo llevado á cabo con perfecto conocimiento de lo que Alvarez poseia.

¿Quién podia ser el autor de aquel doble crímen?

Esta era por el momento la dificultá insuperable.

La Policia tomó declaración á todos los vecinos y negociantes de la Recoba, sin poder hacer el menor rayo de luz.

Todos habian visto á Alvarez durante el dia y la tarde del 5, en que salió muy paquete.

Desde entonces no le habian vuelto á ver ni se habia vuelto á abrir la tienda.

Todos ignoraban cuando podia haber sido cometido el robo, no habiendo ninguno sentido nada que acusase la presencia de gente en la habitación y en la tienda.

Se sabia que Alvarez era amigo de las parrandas, desde que se juntaba con los calaveras, pero nunca habia llegato á faltar de su casa mas de una noche.

Por esto y por el robo que indudablemente se habia cometido, creian sus amigos que Alvarez habia sido victima de alguna violencia, ó quel tal vez lo hubieran muerto.

En posesión de estos datos y otros que por el momento es inútil hacer constar, la Policia empezó á buscar á Francisco Alvarez, indagando en todos aquellos sitios ehe tenia el hábito de frecuentar.

Pero nadie podia añadir nuevos datos—en todos aquello parajes, Alvarez no habia sido visto desde el 4 de Julio, y en muchos desde el 3 por la mañana.

La perquisa se presentaba cada vez mas dificil, empeñandose en ella cada vez más tambien, el amor proprio del Jefe de Policia y sus empleados.

Pasó el 8 y pasó el 9 sin tener la menor noticia de Alvarez, y ya la alarma salió del seno de los

amigos de aquél para extenderse por toda la ciudad.

Las familias que mas habituadas estaban á recibir su visita, se aterraron ante aquella noticia.

Aunque un infeliz de quien se reian las muchachas traviesas, como ya lo hemos dicho, Alvarez era generalmente estimado, y aun querido por la bondad de su carácter, que lo hacia completamente inofensivo.

No se hablada de otra cosa, en todos los circulos sociales, que de la desaparición del rico comerciante y el robo perpetrado en su habitación.

Y eran Mercet, Alzaga y Arriaga quienes alimentaban el pánico de los salones y tertulias, refiriendo los detalles que precedieron á la desaparición del amigo y haciendo comentarios de todo género.

—Es indudable que todo ha sido por robarlo, decian, y lo peor del caso es que es mas probable que lo hayan muerto.

De otra manera ya habria aparecido.

Y era asombroso el aplomo con que el mismo Arriaga hacia estas referencias y manifestaba sus temores.

El tiempo, que era el diario que se publicaba entonces en Buenos Aires, fustigaba diariamente á la Policia, diciendo che era una vergüenza que á los cuatro dias de cometerse un crímen de aquella naturaleza, no hubiera descubierto el menor rastro.

El mismo gobierno, que lo era entonces el Coronel Dorrego, tomó un vivo interes en la averiguación de aquel suceso, recomendando á la Policia la mayor actividad y poniendo en movimiento á todo el poder judicial.

Aunque humilde, ya hemos visto como Alvarez frequentaba los salones de la mejor sociedad, donde habia hecho un sin número de relaciones.

Y á pesar del gran interés con que todos secundaban la acción de la Policia, el diez, cinco dias despues de cometido el crímen, no se habia hecho el menor descubrimiento.

Los tres asesinos, mezclados en aquel movimiento

social y en primera linea, palpaban la impunidad en que el crímen quedaria envuelto.

¿Quién iba á sospecharse que fueran ellos los autores del crímen? ellos que eran personas ricas, de antecedentes intachables y cumplidos caballeros á pesar de sus calaveradas!

Por el contrario, todos respetaban el dolor fingido que los calaveras creian deber manifestar y muchos trataban de consolarlos por la perdida del amigo.

El tiempo seguía en su propaganda contra la Policia, incitándola á redoblar todos sus esfuerzos para la averiguación del misterioso crímen.

El hermano de Alvarez era el mas infatigable de todos para llevar sus datos á la Policia y acompañar á sus empleados en todas las pesquisas.

A los seis dias del suceso, es decir el 11, empezó á desparramarse por la ciudad una nueva terrible, que consternó, sin poder evitarlo, aunque no se le daba crédito, á la primera sociedad.

Se decia que Marcet, el conocido calavera Jaime Marcet, era cómplice y autor del asesinato de Alvarez.

Nadie sabia de donde partia aquel rumor que cada cual se repetia al oido con grandes precauciones para no ser escuchado por algun extraño y que todos comentaban segun las simpatias que tenian por el catalan.

Se decía que Marcet había asesinado á Alvarez no solo por robarlo sino para saldar una deuta que tenia con él, de algunos miles de pesos.

Como se vé, la maledicencia iba agregando sordamente su trueno, á la tempestad que no podia tardar en estallar.

Aquella especie no podia ser lanzada sino por el manchado, cuya antipatia por Marcet crecia á cada minuto.

Él se habia convencido, sin saberlo porque, de las seguridad que tenian sus sospechas, y las habia

confiado á algunos amigos, en el caracter de la mayor reserva.

Estos á su vez habian transmitido á otros las sospechas, un poco mas abultadas y la noticia habia corrido con la celeridad del rayo, hasta llegar á oidos del mismo Marcet, que recibió aquel golpe inesperado, sin demostrar el menor asombro.

—¿Eso dicen? preguntó—no me llama la atencion, porque si Alvarez, mi pobre amigo, ha sido asesinado es muy natural que su asesino ó sus asesinos hagan lo posible por despistar á la autoridad.

El que ha inventado esa infamia tiene que ser el asesino de Alvarez.

Y es tal la seguridad que tengo, que si supiera cual fue el inventor de la especie, pediria á la Policia su prisión come asesino de Alvarez, aceptando sobre mí toda la responsabilidad de un error funesto, que no lo habria.

Este modo de responder desvirtuó algo el rumor terrible, que volvió en seguida á tomar mayor cuerpo, agregándose que sus amigos Arriaga y Alzaga no serian estraño al crímen.

Aquello era absurdo.

Culpar á Alzaga y Arriaga, al gentil y caballeresco Arriaga, era una exageración che solo sirvió para destruir el rumor que corrió contra Marcet.

Si la acusación contra Marcet podia ser comentada y puesta en duda, no podia suceder lo mismo con la que se lanzaba contra los dos jovenes, y la sociedad la rechazó terminantemente desde el primer momento.

Sin embargo, el manchado repetia por todas partes, cada vez mas convencido.

—Nadie me quita de la cabeza que ese hombre es el asesino del mi hermano.

Es una idea que se me ha clavado en el cerebro y que no puedo desechar.

Entretanto Marcet observaba atentamente los efectos de estos rumores, no sin experimentar al-

guna alarma, á pensar de todas las seguridades con que contaba.

Ignorando de donde podía venir el golpe, tuvo sus sospechas de Arriaga, é inmediatamente se reunió á Alzaga para tomar alguna medida de seguridad.

—Ya sabes los rumores que corren contra mí, le dijo, sin que nadie conozca su origen.

No creo que sea Arriaga el que los haya lanzado, para librarse de nosotros, pero creo primeramente que esta es una indiscrecion de Arriaga que se ha confiado á alguien, ó dejado entender la cosa.

Arriaga ha andado mucho estos dias con Miguel Azcuénaga, le habrá confiado nuestro secreto y Azcuénaga es capaz hasta de llevarlo á la Policia.

—Cierto es que ha andado con Miguel Azcuénaga pero no lo creo capaz de mezclarse entre estas cosas.

—Créeme lo que te digo—si queremos evitar que nos suceda un mal percance, es preciso que suprimamos á Azcuénaga.

Se le puede invitar á un paseo á buscar naranjas en la quinta, y allí se le liquida.

—Nuestro secreto es la muerte, y todo el que lo conozca debe morir.

—¿Pero como vamos á matar á Azcuénaga.

—Es preciso y no hay que vacilar—de todos modos su muerte nos será provechosa.

En cuanto á Arriaga si es él quien nos ha descubierto, morirá también cuando menos se lo sueñe.

Hay que defender la cabeza á todo trance y yo te digo esto, porque antes de ayer he visto á Azcuénaga hablando con Pedriel, habiéndolo visto esa misma mañana hablar con Arriaga.

Mañana debe ser la cosa, puesto que es preciso que vayamos á hacer la traslación del cadáver á la noria.

Tú que tienes más relación con él, invítalo hoy para mañana.

Entre tanto, vamos á hablar con Arriaga.

LOS PLANES DE MUERTE

Alzaga y Marcet fueron en el acto á ver á Arriaga, á quien invitaron para aquel nuevo crimen.

Arriaga quedó verdaderamente aterrado.

Aun no conocían las consecuencias del asesinato de Alvarez y ya se le invitaba para uno nuevo, y en la persona de su mejor amigo.

Luego aquella inevitable sucesión de crímenes debería tener por fuerza un desenlace terrible.

Después de Azcuénaga sería otro, y después de éste otro más.

¿Como hacer para separarse de aquella sociadad de asesinos?

Si se negaba á ayudarlos, procederían contra él, y Arriaga tenía á Marcet un miedo invencible.

Ya sabia prácticamente de lo que era capaz aquel hombre funesto y temía que todas sus furias se volvieran contra él.

Sin embargo Arriaga se sobrepuso á su miedo y contestó.

—No más crímenes! no más crímenes! basta con el de Alvarez que no puedo arrancármelo aun de la conciencia.

Si por algo haría yo un sacrificio, sería por no haber tomado parte en aquel asesinato.

—No seas cobarde y estúpido, exclamó Marcet mirando á su cómplice de una manera tremenda.

Necesitamos matar á Azcuénaga por muchas razones, entre otras porque conoce, yo no sé como, algo de nuestro secreto y nos vá á perder.

Además Miguel es rico, completaremos en él el golpe que erramos en Alvarez, y así, para que estés más tranquilo puedes salir de Buenos Aires llevándote una linda fortuna.

—No quiero más crímenes! volvió á decir Arriaga, y menos contra Miguel Azcuénaga.

Es un amigo al que debo infinitos servicios de importancia, y no puedo pagarle todo esto con una puñalada en la espalda.

—Pues amigo es preciso—contestó Marcet.

El negocio lo podemos realizar con más facilidad que el otro.

Se le invita á tomar naranjas en la quinta y que averigüe el diablo que fue de él.

—Por nada de este mundo! no quiero contribuir á la muerte de Azcuénaga, y les pido que no la realicen.

—Mira que conviene á nuestra seguridad.

—No importa.

—Cuidado Arriaga! exclamó entonces Marcet con tono amenazador: tu negativa importa desligarte de nosotros y esto no es posible.

Era tal la amenaza que iba envuelta en estas palabras, que Arriaga tembló.

—Yo no me desligo dijo, pero no acepto tampoco el nuevo crimen

Ya les he dicho que á Azcuénaga debo muchos servicios.

—Bueno, concluyó Marcet — has de saber que todo esto ha sido para probarte y nada más, y nos hemos convencido de tu debilidad femenina.

Queremos pues prevenirte una cosa tan solo—cuidado con lo que haces, cuidado en pensar en vendernos porque te saldría la cuenta equivocada.

—Ese es un desatino, añadió Arriaga, puesto que yo no puedo perder á nadie sin perderme yo mismo.

Me alegro que lo de Azcuénaga haya sido broma porque para mí hubiera sido lo más doloroso.

Los tres cómplices se separaron, Marcet y Alzaga desconfiando de Arriaga, y éste pensando en la vida de su amigo Azcuénaga, tan sériamente amenazada.

Pues á pesar de lo que últimamente le dijo Marcet estaba convencido que había la decisión de matarlo, y que solo le digeron que no, cuando vieron que él no tomaría parte.

—Bueno, dijo Marcet á su aliado.

Ahora es preciso apresurar la cosa, porque más que nunca desconfio de Arriaga.

Invitaremos á Azcuénaga á tomar naranjas, mañana temprano.

Le diremos que lo esperamos allí y así va solo, evitando que nos vean juntos y nosotros tenemos tiempo de prepararlo todo, alejando á Bernardo con cualquier pretesto.

—Bueno, contestó Alzaga pero debo prevenirte una cosa y es que yo no asesinaré á Azcuénaga.

Marcet quedó estupefacto.

—No te alarmes, prosiguió, pues si he dicho que no lo asesinaré, no he dicho que no he de matarlo.

Casualmente Azcuénaga me es profundamente antipático y no tengo con él ningun vínculo de cariño.

Orgulloso y delicado, no aguantará ciertas cosas —yo entonces lo provocaré de tal modo, que tendrá que pelear conmigo, y entonces frente á frente y con peligro de mi vida ya su muerte no puede pesar sobre mi conciencia.

Se veía pues que Alzaga conservaba aun los sentimientos de su raza y que la cobardía era agena á su corazón.

A Marcet no le pareció mal aquel plan.

De todos modos él quedaba espedito para auxiliar á su cómplice rapidamente y lograr el objeto principal—dar muerte á Azcuénaga, de cualquier manera que fuese.

Comprendió además que Alzaga no aceptaría la cosa en otras condiciones y no quiso contrariarlo temiendo que se echara atras.

Se decidió pues que Alzaga lo provocaria hasta obligarlo á pelear y lo mataría en seguida.

Tal seguridad tenía éste en su bravura y destreza que ni siquiera se pensó en que él pudiera salir tan solo herido.

En el acto fueron en busca de Azcuénaga y lo invitaron á tomar naranjas, agregando que aquel era un paseo al que concurrirían algunas muchachas.

Joven alegre, sin tener la menor desconfianza en sus amigos, Azcuénaga aceptó en el acto la invitación, quedando en estar en la quinta de Alzaga el día siguiente á las 12.

—Superior dijo Marcet, así que se separaron del amigo.

Nosotros nos vamos temprano, y mientras esperamos á Miguel, tenemos tiempo para hacer cómodamente la traslación del cadáver.

Al dia siguiente, apenas había amanecido Marcet y Alzaga montaron á caballo y se dirigieron á la quinta.

No había olvidado el catalan llevar un par de botellas de buen aguardiente, sabiendo que su cómplice, bajo la influencia de cierta cantidad de alcohol, se prestara á todo cuanto él le indicara.

En cuanto llegaron y con el pretexto de hacer traer con que almorzar bien, enviaron á la ciudad á Bernardo, calculando que entre ir, comprar y volver cargado, aquél emplearía unas tres horas, tiempo más que suficiente para lo que tenían que hacer.

—Bueno aprovechemos el tiempo y el frío, dijo Marcet, y tomando una pala empezó á remover la tierra.

Alzaga, sin replicar y después de tomar un buen trago, se puso tambien al trabajo.

La fatiga era más liviana que la noche del entierro.

Apenas hacia siete días que la tierra fué removi-

da, de manera que estaba blanda y no ofrecia la menor resistencia á la pala, que entraba con facilidad.

El frio era intenso y digno del helado Julio, el trabajo era liviano pero los dos asesinos sudaban de una manera intensa, necesitando descansar cada cinco minutos, y echar un buen trago.

Por fin, á la media hora de trabajo descubrieron el cuerpo de Alvarez, en estado de corrupción, aunque leve.

Alzaga se retiró de la sepultura movido por un sentimiento de horror.

Marcet, apoyado sobre el mango de la pala, miraba el cadáver con una indiferencia suprema.

Parecia uno de esos sepultureros que tienen el corazón entumecido por la práctica del oficio.

Otro trago y terminemos,—dijo no olvides que hay que aprovechar el tiempo

Un tremendo trago dió fin con la primer botella, y en un cuarto de ora más el cadáver estaba descubierto.

El trabajo de sacarlo de allí y llevarlo hasta la orilla de la noria, fué mucho más pesado y dificil.

Solamente para sacarlo fuera de la sepultura emplearon como media hora, pues muchas veces se les escapaba de las manos y rodaba hasta el fondo.

Alzaga, estaba rudamente impresionado, siéndole necesario ocurrir á la segunda botella.

Una vez el cadáver cerca de la noria, le envolvieron en el cuerpo el cordel que dejaron allí con aquel objeto, á cuyos estremos ataron una gran piedra y un pedazo de cadena de sacar agua.

Para evitarse mayor trabajo, habian envuelto la cuerda al rededor del pecho, pasándola bajo el brazo derecho y ligando el izquierdo contra el costado.

Ya el trabajo no fue tan rudo!

Entonces lo tomaban por la cuerda y lo arrastraban con facilidad.

Puesto á orilla de la noria, el trabajo principal estaba terminado.

Un empujon lo arrojaría al fondo, de donde nadie iría á sacarlo.

—A la una, á las dos, á las tres!... exclamó Marcet, y el cadáver, empujado violentamente cayó al agua produciendo un chasquido lúgubre.

Los dos amigos se asomaron y no vieron nada—las aguas se habían cerrado sobre el cadáver que, arrastrado por el peso de la piedra y la cadena, quedaría eternamente en aquel fondo fangoso.

—Que el agua te sea leve! gritó Marcet con una sonrisa diabólica y poniéndose las manos en la boca á manera de bocina.

Alzaga no pudo menos que mirar con cierta repugnancia á aquel sér que llevaba su cinismo al límite de toda exageración.

Y se retiraron de la noria para terminar el último trabajo—rellenar de nuevo el foso para que ni el mismo Bernardo pudiera sospechar que habían sacado el cadáver.

Toda la tierra fué echada nuevamente en el foso, que quedó tan bien arreglado, que no se conocia hubiera la tierra sido removida nuevamente.

—Cuando hubieron terminado todo, hasta borrar los rastros que habían quedado donde arrastraron el cadáver, se alejaron de aquel sitio al otro extremo de la quinta, tendiéndose á descansar en el verde.

Eran las once de la mañana cuando regresó Bernardo cargado de comestibles y un medio costillar que ensartó en el acto en el asador.

Cuando viniera Azcuénaga podrían ponerse á almorzar, siendo el fin del almuerzo el momento elegido para provocar el conflicto.

Pero llegaron las doce y las doce y media y la una y Azcuénaga no pareció.

¿Se había echado atrás ó había sido prevenido por Arriaga?

Es necesario averiguarlo, dijo Marcet, y si Arriaga nos ha traicionado, que muera Arriaga también

y nos libraremos de un enemigo, puesto que se ha declarado enemigo nuestro.

Hasta las dos de la tarde esperaron á Azcuénaga, regresando á aquella hora á la ciudad.

—Allí sabremos si Azcuénaga ha faltado casualmente, decia Alzaga, ó si no ha sido por aviso de Arriaga.

A la tarde se encontraron, pero nada en limpio pudieron sacar.

—No he ido, porque no he ido, les dijo sonriendo —tuve otras cosas que hacer.

No había duda entonces.

O sabía de lo que se trataba, ó lo había sospechado, lo que venia á ser lo mismo.

Sin embargo y para cerciorarse mejor, lo invitaron para el día siguiente.

—No vale la pena respondió Azcuénaga sonriendo siempre—la quinta es muy lejos y hace mucho frío, así es que les declaro que no tienen que contar conmigo.

Ya no habia que dudar.

Azcuénaga había sido avisado por Arriaga.

—Entonces tenemos que librarnos de ese cobarde, dijo Marcet.

Esto sería difícil porque desconfiando, no vendrá á ninguna cita, ni siquiera vendrá con nosotros á ningun sitio escusado.

Pero yo tengo otros medios, por el diablo!—y el pensamiento de Marcet se volvió á Usandibares y á su esposa.

—Un dulce agregó, hace muchas veces mayor efecto que una puñalada y no compromete tanto.

¿Cuál era el motivo de que Azcuénaga hubiera faltado á la cita?

Marcet, lo había dicho.

Arriaga no habia podido dormir en toda la noche, pensando en el peligro que corría Azcuénaga.

Por la mañana fué á buscar á sus cómplices, pero no los halló, sabiendo que habían salido á caballo.

—Se han ido á la quinta, pensó, á llevar á cabo el nuevo crímen.

Prevengamos á Azcuénaga, pues, y Dios quiera que el aviso le llegue á tiempo.

Y pensando en la mejor manera de obrar, le envió el siguiente anónimo:

«Si lo han invitado para un paseo á la quinta de un amigo suyo, no vaya bajo ninguna consideración.

Le vá en ello la vida.»

Aunque Azcuénaga era un joven valiente y decidido, no pudo menos que atender aquel aviso, más tratándose de una invitación hecha por Marcet, á quien la voz pública acusaba de haber asesinado á Alvarez.

Guardó pues el anónimo y procedió como lo hemos visto.

Entre tanto la voz pública que acusaba á Marcet y sus amigos como cómplices ó autores de la desaparición de Alvarez, tomaba cada vez mayor incremento.

Ya se repetia sin ninguna clase de reserva que Marcet, ayudado por Alzaga y Arriaga habían asesinado á Alvarez para robarle.

¿Pero como y en donde lo habían asesinado?

¿Donde estaba el cadáver de Alvarez que no había sido posible hallarlo?

—En la quinta de Alzaga—decian algunos, pero no se podia proceder por insinuaciones ó sospechas infundadas.

La primera sociedad, de cuyos salones los jóvenes eran tertulianos, rechazaba por absurda aquella acusación, pues no era posible que jóvenes como Alzaga y Arriaga asesinaran, tan luego para robar.

Pero entre el comercio y la sociedad á que Alvarez pertenecia, no sucedia lo mismo.

Allí se aseguraba terminantemente que aquellos eran los asesinos, y se criticaba amargamente la actitud de la Policía que no procedia contra ellos.

Aunque los asesinos estaban convencidos que ninguna prueba había contra ellos, no por eso dejaban de estar alarmados, pues aquella acusación tremenda había llegado hasta el extremo de que muchas relaciones les negaron hasta el saludo.

Los tres se citaron para tener una conferencia sobre lo que debían de hacer el día catorce, pero á aquella conferencia faltó Alzaga, por estar enfermo, segun les mandó decir.

Marcet y Arriaga convinieron entonces en no darse por apercibidos de aquellos rumores, y negar todo redondamente, con profunda indignación, en el caso que fueran interrogados por la autoridad.

De esta resolución harían participe á Alzaga al dia siguiente, yendo á avisárselo á su casa si él no había venido aún á buscarlos.

Pero como ellos no soñaban que la autoridad se atreviera á proceder, no habiéndolo hecho en nueve días, ni siquieran pensaron en proceder de acuerdo para el caso de una declaración.

—Aqui es preciso audacia sobre todo, dijo Marcet, y llevarla hasta presentarse á la Policia reclamando contra las calumnias, si ellas persistieran.

Arriaga, que se había hecho valiente al ver que la autoridad no procedia contra ellos, convino en aquello, agregando que estaba dispuesto á eso y mucho más, puesto que contra ellos no existía la menor prueba.

Todo hasta entonces parecía ayudarlos á la impunidad del crimen.

La tarde de aquel mismo día 14, salía Arriaga de su casa á dar un paseo, como era su costumbre.

Iba correctamente vestido, llevando entre los dientes un perfumado cigarro habano.

A las pocas cuadras halló un grupo de amigos á quienes saludó alegremente—pero ninguno de ellos respondió á su saludo.

Aquello era una injuria terrible que no podía

admitirse, pues hubiera sido aceptar de lleno la certeza de la acusación.

Arriaga palideció densamente y se detuvo ante aquel grupo de amigos.

—¿Por qué no responden ustedes á mi saludo? les dijo, oprimiendo el cigarro entre los dientes, ¿soy por ventura diferente hoy á lo que era ayer?

—¿Y como no? repuso agresivamente uno de ellos: antes eras un caballero.

Otro de los jóvenes se avanzó del grupo y mirándolo de una manera severísima agregó:

—¿Sabes porque no te saludamos, ya que pareces estar sordo?

Pues bien, no te saludamos porque todo el mundo dice que eres uno de los asesinos de Alvarez, y nosotros no podemos cambiar nuestro saludo con el de un asesino ladrón.

Arriaga sintió todo el peso de aquellas palabras, tembló todo y dejó caer el cigarro que poco antes oprimía entre los dientes.

—Diablo, preguntó el mismo joven quien sin duda daba todo crédito á la acusación terrible—¿por qué tiemblas así y dejas caer el cigarro de la boca?

Arriaga se irguió, sintió por un momento que el hombre de honor se sobreponía al asesino y dijo:

—¿Y como no se me ha de caer el cigarro de la boca cuando se me cree capaz de haber asesinado á un amigo y cuando son ustedes quienes me lo dicen?

No solo es el cigarro lo que se me ha caído! también se me ha caído el alma.

Ahora mismo voy á presentarme á la Policía, agregó, para que levante ella la calumnia por medio de un sumario.

En cuanto á ustedes, hombres honrados, pueden guardar su saludo donde no se manche—á mí no puede hacerme falta.

Y se separó bruscamente dejando á los jóve-

nes perplejos con su actitud, al extremo que uno de ellos dijo:

—Caramba! hemos andado con mucha precipitación!

No es la suya la actitud de un asesino!

—De todos modos le hemos hecho un servicio añadió otro, empujándolo á la rehabilitación.

LA PRISION

Arriaga se separó de sus amigos y se encaminó directamente á la Policía.

Más sereno, observó el efecto bueno de la actitud que había asumido, convenciéndose que era la más conveniente.

Mientras mayor fuera la indignación fingida más debia alejar de sí las sospechas.

Arriaga entró á la Policía, pidiendo ser inmediatamente introducido á presencia del Jefe, que lo era entonces el señor Pedriel.

Ed el acto fue introducido al despacho del Jefe que con la mayor solicitud le preguntó en que podía servirlo.

—En algo muy fácil para usted: repuso Arriaga sentándose, pues vengo á pedirle me constituya en prisión y haga levantar un sumario para desvanecer la calumnia que corre.

—Pero yo no puedo hacer eso replicó el Jefe de Policía, porque no tengo el menor indicio para proceder contra usted.

Usted es una persona conocida y estimada, que no debe hacer caso de dichos que en nada pueden ofenderlo.

Retírese usted tranquilo que si alguna declaración suya se hace necesaria, yo le mandaré avísar.

Aquellas sencillas palabras fueron para Arriaga de un efecto tremendo.

Aún lo creían un caballero, cuando había dejado de serlo para convertirse en un asesino ladrón!

Amargo fue para él aquel momento.

Venciendo aquel sentimiento que lo ahogaba, se puso de pie y exclamó:

—Señor Pedriel, yo no puedo estar tranquilo!

Se dice publicamente que yo he asesinado á un amigo, y á un amigo á quien se ha robado después!

¿Puede pedirseme tranquilidad ante tan brutal calumnia?

Yo ruego al Jefe de Policía y al amigo, por esa misma confianza que en mi tiene, que me constituya en prisión y levante un sumario que haga la luz sobre esta infamia.

Siéntese amigo mio, y tranquílicese, replicó Pedriel amablemente.

Usted está agitado y precisamente en estos casos es necesaria la calma.

Yo, como Jefe de Policía no puedo proceder contra una persona de quien ni siquiera se tienen sospechas.

Si la autoridad tuviera el menor indicio, me apresuraría á complacerlo, pero cuando está convencida de lo contrario, no puede proceder en el sentido que usted indica.

A medida que Pedriel hablaba, Arriaga recuperaba todo su aplomo, y se convencía más y más de que nada tenía que temer.

El crimen había sido maestramente ejecutado sin dejar el menor rastro contra sus autores.

—Es que mi situación es terrible—se me acusa sin la menor reserva y ya me ha sucedido el caso de que no se conteste mi saludo.

Esto es doblemente terrible, pues me colocan en

la situación de hacerme verdaderamente criminal, matando á uno de esos insolentes.

—Eso sí que sería una locura!

La Policía, más tarde ó más temprano, tiene que descubrir el misterio que rodea este crímen y hacerlo público—¿Quiere usted más ámplia satisfacción?

De todos modos yo le declaro que como Jefe de Policía no puedo proceder.

Retírese tranquilo que la reputación de usted es su mejor justificativo.

Arriaga y Pedriel empezaron á hablar entonces de asuntos indiferentes y de la guerra del Brasil que era á la sazón el tema del día.

Al cabo de media hora de conversación, Arriaga se mostró convencido por las razones de aquel hombre recto, y se levantó para retirarse.

Habia cerrado la noche y entonces la visita se hacía fastidiosa.

Iba Arriaga á despedirse, cuando entró un ordenanza conduciendo un despacho urgente que entregó á Pedriel.

—Un segundo y soy con usted, dijo, porque también voy á retirarme.

Y rompió el sobre, poniéndose á leer el oficio, que dobló nuevamente.

—Que casualidad! dijo, ahora si estoy autorizado para poder complacer á usted.

Por este oficio me manda el gobierno que reduzca á prisión á usted y á sus amigos Alzaga y Marcet, á quienes con tanta insistencia acusa la voz pública, levantando un sumario que esclarezca los hechos y disipe ese rumor que el mismo gobierno cree absurdo.

Es usted mi prisionero, concluyó sonriendo bondadosamente.

—De mil amores y bendigo el oficio, respondió Arriaga sin inmutarse.

—Entonces voy á escribirles un billetito á Marcet y Alzaga, pues no tengo motivos para proceder

de otra manera—ellos vendrán al momento estoy seguro.

Pedriel escribió efectivamente dos cartas pidiendo á los jóvenes que se presentaran al Departamento y con toda finura condujo á Arriaga á la habitación que se le había destinado, donde por guardar las formas debía permanecer en rigurosa incomunicación.

Y se alejó diciéndole que iba á disponer lo necesario para que le llevaran que cenar, pues no era justo que careciese de todo lo necesario y aun lo supérfluo, siendo aquella una prisión de forma.

Arriaga quedó perfectamente tranquilo.

Por lo que había oído al Jefe de Policia, nada tenia que temer.

La misma autoridad se confesaba impotente, puesto que empezaba por declarar que no podia proceder contra ellos.

Cuando venga Marcet, pensaba, ya nos entenderemos sobre el camino que hemos de tomar.

Poco momentos después recibia la carta del Jefe de Policía, pidiéndole que se presentara en el despacho.

—Diga usted que dentro de un momento estaré alli—contestó.

Pero para el bandido práctico, aquel llamado merecía la pena de reflexionar un momento.

¿Que indicios ó que pruebas habia recibido la autoridad, que después de nueve días se acordaba recién en mandarlo llamar?

Era probable que Arriaga y Alzaga hubieran recibido igual invitación y entonces era necesario ponerse de acuerdo.

Marcet salió en busca de Arriaga que era quien le quedaba más próximo, pero no lo halló en su casa.

La noticia de su prisión había corrido con la celeridad del rayo, y Marcet tuvo en la calle conocimiento de ella.

El público que conoce al momento todo lo que

de cerca le interesa, por mayor reserva que se guarde, sabía aún algo más, pues en todos los corrillos se repetía que Alzaga habia fugado.

Esta doble noticia sorprendió á Marcet de una manera terrible.

La prisión de sus dos cómplices nada importaba, puesto que no había contra ellos la menor prueba.

Pero la fuga de Alzaga era un incidente que se volvía contra ellos.

¿Por que fugaba Alzaga?

Es claro que porque se reconocía culpable y entonces su fuga venía á ser la confesión del delito.

Marcet, que en el primer momento pensó presentarse, al tener conocimiento de la fuga de Alzaga, cambió de modo de pensar y regresó á su casa.

Allí sobre su mesa estaba el dulce destinado á librarlos de Arriaga.

Marcet destruyó aquel dulce por inútil ya, y empezó á hacer á gran prisa preparativos de marcha, mandando á su sirviente fuera á traerle el caballo ensillado.

—Que se pierda Arriaga por imbécil, murmuró —quien lo mandó presentarse sin decirme una palabra!

Habiéndose ido Alzaga, lo mejor es ponerse en salvo, no sea el diablo que el incidente más despreciable lo venga á echar todo á perder.

Y lo peor de todo no era la fuga de aquel cómplice.

Es que la noche anterior, segun se decia, Alzaga en completo estado de embriaguez habia confesado el crímen delante de algunos amigos, entre los que se hallaba don Miguel Azcuénaga.

Los detalles debian de ser minuciosos, pues agregaban que Alzaga, en medio de su embriaguez, concluia el relato con estas palabras: *miren que pueblo de italianos este—que arma tanto bullicio y toma tanto interés por un triste gallego que hemos muerto!*

A juzgar por todo esto que se decia y que llegaba

á los oidos de Marcet, era necesario fugar cuanto antes.

Es verdad que Alzaga estaba borracho cuando habia dicho aquello, pero de todos modos la confesion era terrible y bastante para que la autoridad procediera de un modo enérgico.

Lo mejor era huir—con esta doble fuga Arriaga quebada irremediablemente perdido, pero esto poco podia importar á Marcet, ni influir en su última determinación.

Entre tanto la Policia esperaba la presencia de Marcet, para empezar la instrucción del sumario.

Este habia dicho que vendria, pero como el tiempo pasaba, y Alzaga no habia sido hallado en parte alguna, el Jefe de Policia creyó de su deber enviar un agente en observación de Marcet, con la órden siguiente:

—Si Marcet sale á pié y en dirección de la Policia, se le dejerá venir tranquilamente, pero si pretende subir á caballo ó en alguna volanta, ó si simplemente toma otra dirección, se procederá á su arresto y conducción á la Policia.

El agente de Policia se estacionó cerca de la casa de Marcet, en momentos en que llegaba el criado con el caballo pedido.

—El pajaro se vá, pensó el agentes, estemo sobre aviso.

Marcet, concluyó sus preparativos, que consistian en destruir ciertos papeles suyos y proveerse de algun dinero, y salió á la calle.

Una vez á caballo, su prisión sino imposible, hubiera ofrecido muchas dificultades.

Con esa desconfianza del que huye, mirando en todas direcciones y ocultándose hasta del aire, Marcet, tomó las bridas del caballo y se dispuso á montar.

Pero apenas encojia la pierna para poner el pié en el estribo, se le acercó el agente de Policia y deteniéndole el caballo por las riendas le dijo cortesmente

—El Jefe de Policia ruega á usted quiera presentarse en su despacho immediatamente, por un asunto de interes.

Marcet, sorprendido, no perdió per esto el dominio que tenia sobre sí.

Comprendió que una resistencia no lo hubiera dado ningun resultado positivo sino el de hacerse sospechoso, asi es que se apresuró á responder.

—Iba á hacer una diligencia, pero si esto es urgente, me apresuro á acudir, dejándola para mañana que será lo mismo.

Y volviendo á llamar al sirviente, le mandó llevára el caballo, añadiendo que podia desensillarlo.

Cuando usted guste, dijo, y acompañado del agente tomó el camino de la Policia.

Los vecinos, que esperaban de un momento á otro verlo prender, acudian á la puerta á verlo pasar, y diciendo de una maniera agresiva.

—Al fin bandito caiste en poder de la justicia! veremos si ahora escapas á su acción terrible!

Marcet, sin hablar con el Jefe de Policia fué conducido á otra pieza, donde se le dejó, incomunicándosele rigurosamente como á Arriaga.

En el acto principió la instruccion del sumario, sumario que no habia de tardar en proyectar una luz siniestra sobra aquel misterio.

Cuando Marcet se vió incomunicado un vago terror invadió su espíritu.

¿Como hacer para evitar una imprudencia de Arriaga?

¿Como ponerse de acuerdo en la primer declaración que debian prestar, la mas importante de todas?

La situación era crítica y no habia como conjurarla, por el momento.

La fuga de Alzaga por una parte y la menor contradicción en las declaraciones, harían nacer las sospechas mas vehementes.

Marcet reconcentró su poderosa inteligencia para

encontrar una salida airosa, y solo se le ocurrió por el momento, negarse á y declarar, fingiendo la más grande indignación.

Arriaga, inocente puede decirse, en la pendiente del crímen porque habia dado aquel primer paso, no atribuia á aquella declaración toda la importancia que en sí tenia.

—Despues que ustedes declaren le había dicho Pedriel, se les lavantará esta incómoda incomunición de forma.

Tenga usted paciencia señor Arriaga, que con esto obtendrá usted la justificación que tanto desea.

Sabiendo que Marcet estaba tambien detenido la confianza de Arriaga era plena.

—Ya encontrará él buena salida á todo, pensó y nosotros y el nos veremos libres de las voces malditas que me han obligado á presentarme.

En esta disposición de espíritu prestó Arriaga su primier declaración.

Mientras se trató de generalidades todo anduvo bien.

Dijo como llegó á su conocimiento la noticia de la desaparición de Alvarez, lo que habia pensado á este respecto y manifestó finalmente las razones que habia tenido para presentarse á la Policia pidiendo su prisión.

Pero aquí se le dirigió una pregunta que le hizo perder parte de su aplomo.

La Policia deseaba saber hora por hora lo que habia hecho y donde habia estado durante la noche del 5, en que se supone fué asesinado Alvarez.

Dificil me será sastifacer esa pregunta, replicó, algo turbado: han pasado tanti dias que no será estraño no lo recuerdo.

Sin embargo, no escapará á su penetración toda la importancia de esta respuesta, pues en ella descansa su mejor justificación.

—Lo comprendo y haré uno esfuerzo de memoria.

Arriaga permaneció un momento silencioso como si tratara de reunir sus recuerdos, y dijo en se-

guida, que el sábado 5 comió con don Jaime Marcet y la esposa de éste; es bueno che el lector recuerde que en aquel tiempo se llamaba comida al almuerzo, que se hacia muy tarde.

Que á las 4 de la tarde se dirigió á la tienda de don Cruz Deesa, donde permaneció cerca de media hora.

Que de allí se dirigió á casa del Coronel D. Ramon Deesa, y que pasando entonces por la tienda de Alvarez lo vió en la puerta y se detuvo á conversar con él, agregándose á ellos poco despues D. Vicente Eivas, por un corto rato.

Que alejándose Eivas, se fué él tambien á casa del Coronel Deesa; donde permaneció hasta las ocho de la noche, junto con el Coronel D. Benito Villafañe que se hallaba allí de visita.

Que luego pasó á casa de D. Pedro Blanco, permaneciendo en ella hasta las once, hora en que se retiró á su casa sin reunirse con persona alguna, á excepción de su criado Agustin que lo acompañó.

Como la voz pública llegaba hasta indicar el lugar donde se habia llevado á cabo el asesinato, la casa de la viuda de Lafranca, alquilada por Arriaga, se le preguntó con que objeto tenia aquella casa desde que en ella no vivia y si hacía tiempo que no iba allí.

Con una naturalidad perfecta, respondió que habia alquilato aquella casa hacía un mes para el Coronel Deesa, por encargo que se le hizo desde Cordoba, pero que habiendo sufrido en el viaje un golpe en una pierna, no la habia ocupado por la dificultad en subir las escaleras.

Agregó que quince dias antes habia prestado la llave á su amigo Jaime Marcet para usos particulares, esperando que se cumpliera el mes para devolverse á la dueña, habiendo estado solo dos veces en los referidos altos: la primera cuando fué á alquilarlos y la segunda á abrir puertas y ventanas para consultar la ventilación.

Arriaga se ratificó en esta declaración y la firmó.

Todo cuanto había dicho parecía lo más natural y lo más fácil de probar.

Segun aquella esposición, el joven no podia ser acusado de participación alguna en el horroroso crimen.

Arriaga fué conducido nuevamente á su pieza, siempre bajo la más rigurosa incomunicación, y se hizo comparecer á Marcet.

Este estaba sonriente y tranquilo, como un hombre que nada tiene que temer.

Despues de hace la exposición de Arriaga, sobre como había tenido conocimiento del crimen y lo que pensaba, agregó que él no creia en la existencia de crímen alguno, pues para él Alvarez se hallaba entretenido en alguna aventura amorosa que tendría mucho interés en que no fuera conocida.

—Si Alvarez hubiera sido asesinado, agregaba, ya hubiera aparecido su cadáver.

Asi no mas no se hace desaparecer un hombre, borrando hasta su menor rastro.

—Esto es lo que más me hace creer que Alvarez está oculto voluntariamente.

—¿Y como se explica usted el robo efectuado en su casa?

—Esta es otra cuestión que no tiene nada que ver con la primera, aunque puede muy bien estar ligada.

¿No puede ser que alguien que conozca los motivos que tiene Alvarez para estar oculto haya dado su golpe de mano?

Yo no niego la existencia de un crimen pues puede muy bien haberse perpetrado, pero pienso también que puede ser lo que he dicho.

Marcet creia que el interrogatorio terminaría allí, y se mostraba muy satisfecho de la manera como lo había conducido.

La Policia tenía que hacer con un bribon sumamente inteligente y habilísimo para esquivar toda responsabilidad.

Estaba engañada por el aspecto de Marcet y por la estimación y consideraciones sociales de que se hallaba rodeado.

No había hasta entonces porque dudar de su palabra ni de su hombría de bien.

Pero llegó el momento de responder á la pregunta más peligrosa, no porque él no fuera capaz de darla satisfactoriamente, sino porque ignoraba que había dicho Arriaga y temia caer en alguna contradicción fundamental.

¿Como había empleado la noche del 5?

Negarse á satisfacerla por falta de memoria ó cualquier otro pretesto más ó menos aceptable, era una chambonada con la que solo hubiera logrado provocar dudas desfavorables, y Marcet era incapaz de cometerla.

No había más que correr el albur, que tal vez después habria tiempo de remediar cualquier contradicción ó duda.

—Un momento, dijo, para reunir mis recuerdos y al cabo de dos minutos respondió:

Que después de comer en su casa en compañía de su esposa y Arriaga, salió y se entretuvo en conversación con D. Miguel José de Azcuénaga, y que luego se retiró á su casa sin volver á salir en la noche, porque llegó su amigo D. Francisco Alzaga y se quedó á dormir.

Habiéndosele preguntado porque había pedido á Arriaga las llaves de la casa de la calle Esmeralda, dijo porque había necesitado aquel la casa para algunos lances de amor, cuyo detalle esperaba no se le obligara á dar, por razones de discreción fáciles de comprender.

Que Arriaga solo le dió una llave, reservándose la otra, y que él no usó de ella más que una sola vez.

Marcet terminó su exposición diciendo que no había salido de su casa desde el 5 á la noche, hasta el 6 á las doce y media.

Que á esa hora salió y que en la Recoba halló á

Arriaga con Azcuénaga y otros; que permaneció con ellos algun tiempo, siguiendo acompañado de Arriaga hasta Santo Domingo, de donde se retiró á su casa.

Que volvió á salir á puestas del Sol y que hallándose con Arriaga, dieron juntos un paseo y entrando otra vez á su casa se vistió y se fué al teatro.

Su exposición, como se vé, era sumamente hábil.

Era la única que podía hacer sin entrar en contradicción con Arriaga, á no ser que éste hubiera manifestado haber andado la noche del 5 con él y con Alzaga.

La Policía necesitaba la declaración de Alzaga, pero éste había desaparecido.

—¿Porque supone usted que Alzaga ha desaparecido? preguntaron á Marcet.

—Ignoro completamente esto, respondió el asesino.

¿Sería lógico suponer por esto que también había sido asesinado?

—Es que la Policía supone haya fugado para evadirse á la acción judicial.

—Eso importa suponer algun fundamento á la calumnia infame y estúpida fraguada, no me cabe duda por el imbécil de Angel Alvarez.

—Para aclararlo todo es que se instruye este sumario.

—Dios ilumine entonces á la justicia.

Marcet fué reconducido á la habitación que ocupaba, dándose como con Arriaga, la orden de que no se le permitiera comunicar con nadie ni aún con su esposa misma.

La autoridad aún no podía abrir opinión.

Faltaba todavía mandar practicar un reconocimiento en la casa donde se decía haberse cometido el crimen.

¿Estaría allí el cadáver del desgraciado Francisco Alvarez?

LOS TESTIGOS DE LA PROVIDENCIA

Al día seguiente á estos sucesos, la Policia mandó practicar un minucioso reconocimiento en la casa, á un comisario y un ayudante de Policia, acompañados de dos testigos, de la dueña de casa doña Eduviges Bervis, doña Pascuala Lafranca y doña María Casacubierta, quienes debian constatar las diferencias y trastornos que halláran en la casa.

De este primer reconocimiento resultó que en la primera sala había una cantidad de tierra bastante seca, esparcida en un retazo del píso, que indicaba haberse echado á propósito para borrar algun vestigio, previniendo la dueña de casa que alli nunca había habido gotera, y constatándose que aquella tierra no podia haber caido del techo.

Que en la segunda pieza habia también una cantidad de tierra mojado esparcida de la misma manera que en la anterior, tierra que tampoco existia antes ni podia haber caído del techo.

Por último se notaban en todas partes vestigios que á juicio de los concurrentes, parecían ser de sangre.

No satisfecha la autoridad con este primer reconocimiento, incompleto é informal, mandó practicar uno nuevo, más minucioso y eficaz, por el médico de Policía don Pedro Rojas, acompañado del Comisario y su asociado, don Bernardo Victorica.

Este informe, más completo que el anterior, venía á constatar que en la casa se había cometido un crímen, ó que por lo menos se había derramado sangre.

En el informe decían que se hallaban salpicadas de sangre las paredes de varios cuartos, las puertas, una pared chica del lugar comun y casi toda la escalera, como si por allí se hubiese arrastrado el cuerpo de algun herido.

El informe médico añadía que las manchas de las dos primeras habitaciones, cubiertas de tierra sometidas á la acción de un pañuelo mojado, habían manifestado al momento sobre éste el color rojo de la sangre.

Eran los primeros testigos de la Providencia, segun habla Poé, que surgian del misterio para iluminar el criterio policial.

Era indudable que en la casa se habia cometido un crímen, cuyos rastros se habian tratado de borrar con tierra.

—¿Quién podía explicar la presencia de aquella sangre?

Indudablemente, los poseedores de las llaves de la casa, Juan Pablo Arriaga y Jaime Marcet.

La Policía además, poderosamente ayudada por la acción del hermano de Alvarez y sus amigos más leales, empezaba á ver aglomerarse ante sí una gran cantidad de incidentes, que arrojaban sospechas terribles sobre los detenidos.

Aquellos presentaban mil testigos á quienes la autoridad tenía que tomar declaración y citaban mil otros á quienes se debía obligar á comparecer y prestar declaración en la causa.

Veamos los más terribles cargos que contra los tres asesinos habían aglomerado los amigos de la víctima.

Son los indicios vehementes que arroja el sumario y que copiamos textualmente:

«*Arriaga solicitó en la noche del 5, entre siete y ocho á don Francisco Alvarez, en casa del Brigadier Azcuénaga, padre de don Miguel.*

«La esclava de éste, Dorotea, de veinticuatro años, dice que al salir de la casa se le presentó un hombre alto, delgado, con patilla, capote de lani-

lla azul y vuelta de terciopelo del mismo color, con un paragua verde en la mano, y le preguntó si en los altos de don Mariano Lozano (son de la misma casa) estaba Alvarez.

«Llevaba el interrogante sombrero negro de moda.

«Dijo pues, la testigo, que por estas señales y por la voz, estaba bastantemente persuadida ser Arriaga, aunque no se fijó en su rostro, sin embargo de habérsele aproximado bastante.

«Le contestó no hallarse allí y segun la dirección que tomó, cree que iba á hacer la misma pregunta en la puerta de la escalera de Lozano, á cuya casa iba Alvarez diariamente, segun la misma testigo.

«Careado Arriaga con ella, se mantuvo Dorotea en lo dicho, agregando haberla apostrofado Arriaga esa noche, con el título de *ñatita*, lo que también le hace creer ser el mismo.

«*3° Había Arriaga sido visto en la inmediación de la casa de Lafranca, á principios de la noche del 5, ocultando el rostro.*

«Doña Luisa Sancho, joven que vive frente á los altos, espone que habiendo salido después de anochecer, con su madre doña Josefa Martinez y su padrastro don Leandro Delgado, encontraron cerca de la esquina inmediata, un hombre que pasó rápidamente, cubriéndose la cara con el cuello del capote y que después dijo á su madre: ahí va Arriaga—estrañando ambas que no las saludase como tenía de costumbre.

«La declaración de doña Josefa Martinez concuerda con ésta y don Leandro Delgado dice haber oído aquellas espresiones, pero que no vió al hombre ni puso interés en el asunto.»

Fué llamada en seguida á declarar Vicenta, aquella esclava de Marcet que salvó á su ama de ser envenenada y que tanta antipatía tenía á su amo.

Por aquella declaración quería la autoridad saber

cuanto pasó en casa de Marcet la noche del 5, y si Arriaga había estado allí aquella noche.

«Vicenta repuso que aquella noche había entrado Arriaga y pedido un jarro de agua al mulatillo Pedro Antonio, de prisa, y preguntado á éste para que era el agua, le dijo que sin duda para lavarse las manos que las llevaba llenas de sangre.»

Llamado el referido Pedro Antonio, declaró que Arriaga después de las nueve vino solo y al pasar por el cuarto de Dolores, su madre dijo á ésta: mandame á Pedro para que me alcance un poco de agua, y habiendo él ido á la cocina, sacó un jarro lleno y al echarles agua en las manos, vió que la palma de una de éstas y el volado de la camisa, estaban con sangre, y la punta del capote y una rodilla del pantalon con barro.

«Que todo esto lo vió distintamente al arremangarse Arriaga el frac, con la luz que salía del cuarto de la parda Juana y alumbraba el patio; que le mandó que se retirara y quedó solo lavándose las manos con agua que se echaba de la boca.»

Doña Josefa Martinez, que ya hemos dicho vivía frente á los altos donde se cometió el crímen, prestaba otra declaración que venía á comprometer á los presos de una manera terrible, por lo que éstos antes habían negado, y que aparecía ahora cierto, por la afirmación de esta testigo.

Esta dice que «en la tarde del 6, y á eso de la una, está ciertísima haber visto á Marcet y Arriaga, con el negro de éste, entrar á los altos».

«Que este negro á quien conoce perfectamente, llevaba una botija que parecía olla, envuelta en un lienzo, y que en vista de esto dijo á su esposo: que humorada de mozos, venirse á comer á los altos!»

Interrogado el criado de Arriaga dijo «ser cierto aquello, añadiendo que habían permanecido allí hasta las cuatro, y que era él quien llevó la vasija de agua envuelta en lienzo y otra con un poco de cal, de orden de Arriaga, desdela casa de Marcet».

«Que todo lo alcanzó á los dos amos que subieron dejándalo á él en la escalera y que á poco rato le devolvió Arriaga la botija, dándole un medio para que comprase más agua, que salió entonces y pidió agua á una morena que vivia en los bajos.»

Como se vé, estas declaraciones eran terribles, haciendo sospechar con una vehemencia séria, que Arriaga y Marcet, si no eran los ejecutores del asesinato, eran por lo menos sus cómplices é instigadores.

Con este sumario levantado rápidamente, los presos fueron pasados á dispoción del Juez del Crímen, don Bartolomé Cueto, quien sin perdida de minuto dió principio á sus tareas.

El gobierno, interesadísimo en el descubrimiento de tan bárbaro crímen y por cuya órden se había procedido á la prisión de los acusados, dirigió á la Cámara de Justicia la nota siguiente:

«El gobierno se halla instruido de que con esta fecha pasado á un juzgado de 1ª. Instancia la información levantada por el Departamento de Policia, sobre el asesinato perpetrado en la persona de don Francisco Alvarez.

«Las circunstancias del suceso horroroso han conmovido los ánimos de todos los habitantes de la capital cuya poderosa opinión reclama con justicia el pronto castigo de los culpables, con arreglo á las leyes.

«El Jefe de Policia, correspondiendo dignamente al delicado cargo que desempeña, ha demostrado que es vano ampararse de las tinieblas y tomar todas las precauciones imaginables, cuando el celo y la actividad del hombre público, se empeñan en descubrir el crímen.

«Esta causa es ya del público por y eso es que el gobierno, encargado de la ejecución de las leyes, ha dispuesto que el Exmo. Tribunal de Justicia incite al Juez de Primera Instancia respectivo para que única y esclusivamente se ocupe de ella hasta su treminación.

«El gobierno espera confiadamente que los magistrados á cuyo cargo se halla la aplicación de las leyes, corresponderán á tan delicado ministerio.

«El infrascripto, Ministro Secretario de Gobierno saluda al Exmo. Tribunal de Justicia, con su mayor consideración.

José María Rojas.»

El juez doctor Cueto se dedicó desde entonces á completar aquel sumario que tanta luz arrojaba ya.

El mismo, acompañado de los facultativos doctor don Cristóbal Martin de Montufar, don Salvio Gasfaror y actuarios, se trasladó á los altos de Lafranca á practicar el tercer reconocimiento, pudiendo constatar lo siguiente:

Se observaban en diferentes parajes con todas las apariencias de sangre, como indicios de haberse rozado en ellos un cuerpo ó tela mojada en este liquido.

Estas manchas eran más acentuadas en la escalera, al lado izquierdo, sobre el piso y borde de algunas gradas, la primera puerta de la sala, la que vá al dormitorio, la de esta á otra pieza interior, una pared de esta, otra de la inmediata y la salida á la escalera.

Las manchas estaban como á la altura de pié y medio del suelo, y en el frente del asiento del lugar, se veían como dos chorros rojizos ó de más bajo color, que acusaban que allí se había degollado á un hombre ó un animal, saltando la sangre contra la pared y en seguida caido al agujero.

No podía caber la menor duda de que allí se había cometido el asesinato de Alvarez.

¿Pero donde estaba el cadáver? á donde habia sido conducido?

Esto era lo que quedaba por averiguar.

El Juez doctor Cueto llamó á si todos los testigos que pudieran declarar en esta causa concurriendo 93, en la forma siguiente:

1 Agustin Arriaga, esclavo de don Juan Pablo Arriaga, 25 años.

2 Juan Terrada, negro libre—vive en los bajos de la casa, 40 años.

3 D. José Joaquin Baltar vecino inmediato á Alvarez y su amigo, 28 años.

4 Dª. Eduviges Berois, viuda de Lafranca y dueña de los altos, 40 años.

5 Dorotea, esclava del Brigadier don Miguel Azcuénaga, 24 años.

6 María del Cármen Terrada, negra libre—vive en los bajos de la casa, 30 años.

7 Dª. Josefa Martinez vive enfrente de los altos, 40 años.

8 D. Tomas Heredia y su hijo Eustaquio, amoladores, 60 y 19.

9 D. Miguel Miller, 21.

10 Pascual, esclavo y mucamo de don Jaime Marcet, 28.

11 José Conesa, negro esclavo, 17.

12 D. José Joaquin Esnaola, compadre y tertulio de la esposa de Marcet, 49.

13 D. Cárlos Terrada, 21.

14 D. Pedro Casanovas, celador, 57.

15 Juana Argibel, esclava de la señora de Marcet, 25.

16 D. Angel Alvarez, hermano de don Francisco, 37.

17 D. José M. Almagro, dueño de la sortija, 25.

18 Josefa Sartores, lavandera de Marcet y Arriaga.

19 D. Juan Moor, dueño de la caballeriza donde estuvo la volanta, 54.

20 D. Miguel José de Azcuenaga, hijo del Brigadier don Miguel, 24.

21 Dª. Catalina Olin, vecina de Alvarez, 50.

22 Lucia Sancho, hija de doña Josefa Martinez, 17.

23 D. José Maria Lozano, hermano menor de don Mariano, 15.

24 Dionisio Gutierrez Magallanes, dueño de la

caballeriza donde se pidió el caballo para la volanta, 28.

25 D. Pedro Cárrega, 25.

26 Coronel don Ramon Antonio Deesa, 35.

27 Tiburcio Berois, criado de doña Eduviges Berois, 11.

28 D. José Noguera, carpintero en cuya casa vivia Arriaga, 72.

29 D. Alejandro Acha, 13.

30 D. Vicente Eivas, 37.

31 D. Tomás Casteli, 29.

32 D. Julian Sorrondegui, vecino y amigo íntimo de Alvarez, 22.

33 Dª. Ventura Blanco, 17.
34 Dª. Juana Guerra, 36.
35 Dª. Cármen Blanco, 19
} Familia visitada por Arriaga

36 D. Pedro Blanco, 45.

37 D. Francisco Casco, 47.

38 José María Gallardo, 31.

39 Pedro Antonio, mulatillo de la casa de Marcet, 11.

40 María del Cármen, negrilla de la misma casa, 13.

41 D. Calestino Martinez—mayor.

42 María Josefa Castilla, morena libre que dió el agua á Pascual.

43 D. Pedro Quintana, 33.

44 D. Cruz Deesa, 28.

45 Dª. María Casacubierta, que vive con doña Eduviges Berois, 30.

46 Coronel don Benito Villafañe, 32.

47 Dª. Pascuala Lafranca, hija de Eduviges Berois, 16.

48 D. José Gabriel Ocampo, 29.

49 D. Diego Kelshy, joyero, 33.

50 Juan Martinez, 9.

51 Dª. Dominga Acevedo, vecina á los altos y madre del anterior, 48.

52 D. Ramon Barloque, tenedor de libros y encargado del almacen de D. Mariano Lozano, 25.

53 Pablo Sugo, 31.
54 D. Bernardo Benavidez, negro de Alzaga, 40.
55 D. Evaristo Pinedo, 28.
56 D. Leandro Delgado, padrastro de Luisa Sancho, 28.
57 Teniente coronel don Juan Antonio Argerich, amigo del finado, 40.
58 D. Victoriano Aguilar, 36.
59 Dolores Viola, ama de la hija de Marcet y madre de Pedro Antonio.
60 Doña Isabel Aguero, 40.
61 Bernardo Gonzalez, que descubrió el cadáver, 40.
62 Nicasio Lopez, Alcalde, 50.
63 Dª. Clara Taylor, 57.
64 Dª. Francisca Taylor, hija de la anterior, 18.
65 Bernarda Dulm, citada por las anteriores, 25.
66 Vicenta, esclava de la casa de Marcet, 50.
67 Maria de las Nieves, sirvienta de doña Clara, 12.
68 D. Jorge Watson, el que vendió las esponjas, 28.
69 Juan Andres Fernandez, peon del caballerizo Magallanes, 36.
70 Dª. Rafaela Arce, asistenta de don Cárlos Santa María, 40.
71 D. Claudio Stegman, 31.
72 Concepción Pino, liberta del barrio de los altos, 12.
73 Domingo Viera dependiente de Santa Maria, 31.
74 Manuel Cabral, visita de la casa de Blanco, 21.
75 Bernabé Guerreros Torres, 31.
76 Miguel Ogando, corredor.
77 Dr. D. Juan Ougan.
78 D. José Maria Pizarro, mayor.
79 D. Cárlos Santa Maria, 60.
80 Francisco Elias, mayor.
81 Tomás Genela, 30.
82 José Berches, 26.
83 Camilo Velarde, 40.
84 Mulatillo Andres Iduarte, 13.

85 Hilaria Ramos, la que lavó los calzones de Marcet.

86 Modesto Ontiveros, ordenanza del coronel Deesa.

87 D. Jaime Llavallol, 68.

88 Joaquin Araujo, 30.

89 Joaquin Viñales, 31.

90 Pedro Lezica.

91 Dª. Angela Maria de la Oyuela, 28.

92 D. Julian Viola, 50.

93 D. Mariano Lezama.

Estas declaraciones arrojaban los siguientes terribles datos, que copiamos del sumario.

«12—Arriaga apareció momentáneamente en casa del Coronel Deesa á las 8 de la noche del 5 y no desde la oración como espuso ante la policia.

Llevaba manchas de barro, y demostró la mayor inquietud.

El testigo número 26 á foja 51, espuso que, entre siete y medía y ocho de la noche estuvo en su casa.

El número 46 á foja 51, dijo que, estando él en casa del coronel Deesa, entró Arriaga después de las ocho, abriéndose el capote y diciendo—«vea Vd. coronel como me he puesto de barro por venir á verlo; que dió dos ó tres paseos, y se despidió diciendo que iba de prisa.

13—Arriaga solicitó del Coronel Villafañe un certificado de haber pasado con él la noche del 5.

El mismo testigo número 46 á foja 70 lo declara así: y el 48 á foja 71 vuelta dice habérselo oído al anterior testigo.

14—A las cuatro y media de la tarde del 6, se vió á Arriaga con Marcet, por la calle de la Piedad, como viniendo de los altos para el río; y en otras partes.

El testigo número 9, á foja 9 vuelta declaró en estos términos, asegurando que el criado de Marcet iba adelante.

Este á foja 12, asienta también que tiraron ambos para el río.

El número 30, á foja 53 vuelta, los vió después de las cuatro pasar por la recoba.

El número 20, los vió de la plaza como para la Merced; á foja 61.

15—Arriaga en la noche del 6 remitió á casa de Marcet el cajón que éste había sacado la noche del 5, en la volanta.

16—Arriaga envió la tierra para esparcirla en los pisos de los altos, fué precisamente el cuatro.

El testigo número 1, á foja 30 vuelta lo declara aunque no señala el día.

La testigo número 45, á foja 187 vuelta dice que el 4 no había semejante tierra; y la número 47, á foja 188 dice lo mismo.

La número 4, á foja 200 declara precisamente en este sentido.

El mismo Arriaga confiesa la remisión de la tierra y orden de esparcirla, pero de muchos días antes, y por causa de las goteras; foja 110 vuelta.

Hasta aquí los indicios de que aparece Arriaga más precisamente responsable.

Los siguientes son contra Marcet y entre ellos hay muchos que comprometen á sus dos cómplices, Arriaga y Alzaga.

17—Marcet mandó afilar dos puñales en los días anteriores, inmediatos al 5 de Julio.

El testigo número 8, á foja 10 vuelta, declaró que el día 3 de Julio el criado de Marcet llevó á su tienda dos puñales franceses á afilar y fue á buscarlos antes del día del asesinato, llevándolos listos.

Lo mismo declara su hijo en la misma diligencia y lo ratifica á foja 38 vuelta.

El testigo número 10, á foja 42 vuelta declara haber llevado los puñales.

18—El 40, dice lo mismo á foja 105 y la número 66, á foja 103 vuelta, especifica que el día Sábado 4, pidió Pascual una bolsa para comprar cal, de orden de Marcet.

19—Los tres asociados estuvieron juntos el día 5, hasta las 5, Arriaga y Marcet lo confiesan á foja 110 vuelta y 119. Y tambien lo asientan sus domésticos.

20—Marcet solicitó caballo para la volanta.

Véase el inciso 11.

21—El mismo ensilló el caballo y puso la volanta.

Lo confiesa Marcet á fojas 119 y lo aseguran el testigo número 10 á fojas 12 el número 12, á foja, 12 vuelta, agregando haberle dicho que la caleza era para Alzaga y que la necesitaba para el día siguiente.

El número 19, á foja 17 vuelta, dice que en 26 de Junio de mandó Marcet la volanta á su caballeriza con Pascual, la que permaneció hasta el 11 de Julio y como á las 7 de la noche del 5 de éste, fueron ambos con un caballo y con tiros y la llevaron volviéndola el criado.

Que el día 11 la sacaron dejando los almohadones y guarniciones.

24—La volanta pasó por los altos que tenía alquilados Arriaga ó se paró en su puerta.

El testigo número 26, á foja 5 vuelta dice que, una noche, sin recordar precisamente cual fué, vió pasar una volanta frente al hospital de mujeres, cerca de las casas de Lafranca y bajar de ella un indivíduo de capote el que entró en una puerta chica en que hay escalera, lo que sucedió entre 7 y 8.

25—Marcet y Arriaga á la una de la tarde del dia 6, compraron al almacenero don Jorge Walson dos esponjas de lavar coches ó pisos.

El testigo número 48, á fojas 184, asegura esto de su libro de ventas así como haber vendido á Marcet, el día 5, un látigo para caleza, y una cuchara de albañil. En cuanto á ésta última, el testigo número 39, á foja 106 vuelta, dice haber ido él mismo á buscarla en la mañana del Sábado 5 y con ella se revolvió la cal en la batea.

27—En la volanta se halló un puñal en la mañana del 6 bajo los almohadones.

El testigo 19, á foja 47, dice que en la mañana de dicho dia, por el mal tiempo, recogió, los almohadones de la volanta y halló bajo de ellos un puñal; que luego vino Marcet con capote pintado á cuadros, con camiseta blanca y al parecer en chancletas, y viendo que registraba la volanta le preguntó si buscaba un puñal. Marcet confiesa el hecho del puñal, foja 119.

28—Marcet compró un envoltorio de cordel delgado el dia Sábado 5 en el almacen de Watson.

El testigo número 10 lo dice así en su confesión á foja 115 y Marcet dice que mandó comprar el cordelillo y la cuchara para los usos de su casa.

29—En poder de Marcet se halló una sortija que el finado Alvarez había recibido el día 2 ó 3 de Julio.

El testigo número 14 á fojas 13 vuelta, declaró que trayéndole la criada el almuerzo á Marcet al cuarto en que estaba preso en la Casa Central de Policia, una parda, dijo á ésta el espresado Marcet, que tomáse el alfiler que estaba en tal cajón y al traerle la cena le repitió: los papeles que están en tal parte guárdalos que son para tí.

La número 15 á foja 14 dijo: que al traer el almuerzo á su amo le entregó una llavecita del escritorio diciéndole se tomase una sortija que estaba en él.

Ella entregó en el acto el anillo al comisario.

El testigo número 16 á foja 14 vuelta, dijo que un joven le había reconvenido por una sortija que para vender había dejado á don Francisco y aunque la buscó el testigo no había podido hallarla.

Que dicho joven dió por señas del anillo las de tener tres brillantes y por dentro las letras J. M. A. y que don Francisco Alvarez la había envuelto en un papelito de estraza (así se hallaba envuelta la sortija).

El testigo número 17 á foja 16 vuelta, dió las

mismas señales de la sortija y habiéndosele manifestado ésta, dijo ser la misma que el viérnes 4 de Julio había dado á Alvarez para que se la vendiese en 60 pesos, la que había comprado en la joyería que está en la cuadra del correo viejo en donde se le pusieron las iniciales J. M. A.

El testigo número 49 á foja 75, reconoció la sortija y espuso que las letras eran grabadas en su tienda (que está á la cuadra del correo viejo) y haberla vendido el 29 de Febrero del corriente segun los apuntes de venta que manifestó.

Que la sortija tenía una seña secreta que pone en todo lo que hace ó vende; y á foja 192 vuelta agregó que había vendido la sortija en 68 pesos.

30—El calzón de Marcet y capa de Alzaga se vieron el día 6 con manchas de barro y sangre.

La testigo núm. 66 á foja 103 vuelta, dice que el dia 6 vió los calzones de Marcet colgados en la soga del patio.

La núm. 40 á fojas 105 que los vió en la misma soga embarrados y con manchas de sangre y los regaló su amo á Pascual.

Que Alzaga también vino embarrado como su amo.

La núm. 10 á fojas 115 dice que la capa de Alzaga tenía manchas de sangre, segun lo observó al tenderla el día 6 en el parapeto de la azotea.

La testigo núm. 85 á fojas 240 dijo haber lavado los calzones de Marcet manchados solamente con barro.

A más de todos estos antecedentes la voz pública tomaba más cuerpo cada día, parecía que alguna persona impuesta á fondo en el negocio, hubiese derramado especies sucesivas que después encontraban apoyo en las diligencias que se obraban y quedan extractadas.

Esa voz pública llegó á detallar el hecho con sus más minuciosas circunstancias: se oía decir generalmente y sin reboso, que Alzaga, antes de

su fuga las había revelado, y aún se denunciaban á varios indivíduos como depositarios del secreto.

Examinado el testigo número 78, á fojas 213 vuelta, dijo saber por D. Francisco Elías que Don Carlos Terrada, bajo de reserva, había revelado haberle confiado Alzaga el suceso, y en todo él ha remitido al referido Elías.

Según este testigo, á fojas 278, Azcuénaga le ha referido el suceso de la manera siguiente:

Arriaga ocupó la esquina de Azcuénaga y Marcet la de Puyrredón que está á una cuadra al Norte de aquella y dió vuelta para la calle de la Piedad; entonces Marcet se apresuró y se colocó en la puerta de los altos, en donde lo hallaron los otros al llegar.

Y preguntándole que hacía, contestó que iba á saber si estaba alli Alzaga.

Entró adelante Arriaga y tras de él Alvarez.

A las tres ó cuatro gradas de la escalera, éste repugnó seguir adelante, y cuando volvió la cara, el ruido de los pasadores le enseñó que Marcet á sus espaldas había cerrado la puerta de la calle.

Aquel le suplicó lo dejáse salir, más en este momento asomó Alzaga, desde arriba de la escalera con una vela encendida en la mano, y diciéndole:

—Sube, Alvarez, que aquí estoy.

Subió, en efecto, lleno de satisfacción, y atravesando la primera sala preguntó donde estaba el piano para cuya vista se le había conducido allí, y le contestó Alzaga que más adentro estaba.

Repetida igual pregunta en la segunda sala, le respondió Marcet con el puñal en la mano: que piano ni que piano; aquí has venido á morir.

Y al mismo tiempo, Alzaga con su puñal y adoptando el tono tanto más cruel, cuanto más familiar: «sí Pancho, es preciso que mueras», le dijo.

Cayó la víctima en desmayo, y fué degollada sin la más pequeña resistencia.

Arriaga entretanto, asombrado de lo que se iba

á ejecutar, había huído del teatro del horror, y no volvió hasta después de sucedida la catástrofe.

Entre los tres se condujo el cadáver á la quinta de los padres de Alzaga, sentado en la volanta, entre éste y Arriaga, quienes le insultaban con burlas y denuestos porque no hablaba, queriendo así apartar toda sospecha del ánimo de los que pudieran hallar al paso.

El testigo número 3 á foja 194 vuelta, dijo haber oído al finado que trataba de alquilar ó comprar un piano, y por Azcuénaga sabe que Alzaga le había ofrecido uno por el barrio de San Miguel.

El 16, á foja 190 vuelta, asentó que hace más de seis meses que su finado hermano deseaba un piano para divertirse con sus amigos, y que con pretexto de esto, cree que lo hallan llevado al sacrificio, lo mismo que dice el testigo anteriormente citado.

El número 32 á foja 196 expresa que pocos días antes del 5 de Julio, le había dicho el finado Alvarez haberle comunicado Arriaga, que Alzaga tenía un piano que le proporcionaría.

Que después vió á este en la tienda de Alvarez, quien á poco rato dijo al declarante, aquí ha estado Alzaga y me dice que tiene el piano.

Hay un testigo singular que es el número 72, quien á foja 199 dice haber visto en la tarde del 4 de Julio subir á los altos á un pardo con un lebrillo grande y un jarro negro de barro.

También hay ciertas expresiones notables en la declaración del coronel Don Ramon Antonio Deesa testigo, núm. 26 á foja 51 vuelta, en donde dice que el día 5 estuvo Arriaga á verlo por la mañana y también á la noche como entre siete y media ú ocho, aunque no pudo asegurarse en la hora: de lo que tiene presente *solo si es que estuvo en la noche con motivo del acontecimiento que después ha motivado su prisión.*

Hasta aquí hemos recogido cuanto hay disperso en el proceso contra los tres acusados.

Parece necesario extractar ahora las segundas

declaraciones de los dos presentes, asi como se hizo con las primeras de fojas 1 y 2 vuelta.

Rindió la suya Arriaga en 24 de Julio y corre á foja 78 vuelta ratificado en la primera diciendo que anduvo todo el día de fraque y en cuerpo, hallando á su criado que le llevaba el capote en la puerta de Blanco, después de las 8 de la noche del 5.

Añadió que el 6 por la mañana habló con Azcuénaga, se fueron á la Policía donde aún no había noticias de Alvarez, volvieron á la Recoba, se reunieron Marcet y otros con él y Azcuénaga tomó la calle de San Francisco—se separó éste y siguieron hasta Santo Domingo.

Se dividieron y él se fué á casa de Blanco donde estuvo como una hora.

Como á las cuatro fué á lo de Marcet y salió con él; y al pasar por la casa de Erezcano salió Azcuénaga y le dijo lo de la criada, lo que negó y se fué con Marcet al teatro.

Luego que supo cual era la comedia salió y se dirigió á la fonda.

En la esquina del coliseo halló á Azcuénaga que conversó con él y pasó á lo de Deesa.

De allí fué á la comedia con Villafañe.

En ella estuvo hasta después de las 8. Se fué á casa de Blanco y á las 11 á su morada.

No necesitó ni solicitó caballo el día 5 ni 6.

Que tuvo una llave de la casa y que pidiéndosela Marcet exigió la otra á la señora y se las dió á aquél; habiéndoselas vuelto el mismo día se las entregó á la señora.

Que el domingo no estuvo en los altos, que habiendo sabido por la señora que se llovian, mandó á un criado con tierra en un cajoncito de agua de colonia para que la esparciese sobre lo mojado sin que él haya visto esta operación ni los lugares húmedos.

Marcet dió la suya y se ratificó en la de foja 2 vuelta añadiendo que á las 2 del día 5 encontró en su casa á Alzaga que vino de su quinta para rifar

un chal rico de seda que trajo y una colcha que había remitido días antes pues quería se hiciese en la misma noche, para lo que iba á quedarse.

A las 4 salió á convidar á don Estanislao Medrano y á otros para la rifa.

Se entretuvo con Azcuénaga volviendo á la oración y vuelto tambien Alzaga, salieron en la volanta de esto, que lo conducia á ver unas niñas, 3 y 1[2 cuadras de San Nicolás al norte, á las que no conocia ni había visto.

Que personalmente fué á sacar el caballo á las 8 y lo hizo traer con un negrito que pasaba por allí y el mismo lo aderezó con un criado, etc.

Montó la caleza con Alzaga y habiendo tomado equivocadamente la calle de Esmeralda se empantanó hasta los ejes y hablaron á un paisano que pasaba casualmente y por un peso les ayudó á zafar.

Volvieron y mandó llevar la volanta como á las 10 1[2, que desde las 4 que salió Arriaga no lo volvió á ver hasta las 9 del domingo en que vino y lo halló en pié y Alzaga en cama: que ese día no comió por haber almolzado á las 11 1[2; habiendo salido cerca de oraciónes merendó en la fonda italiana, encontrando á Arriaga por el camino y después á Azcuénaga quien preguntó á aquél si había estado en su casa en solicitud de Alvarez y que no anduvo con Arriaga sino cuando fué á la fonda quien lo dejó merendando.

Que compró una sortija á una negrita cerca de lo de Azcuénaga en dos pesos y vendía también dos sellos de reloj: que no la conoce ni nadie vió la compra.

Que llegando á los Quilmes hará 20 días perdió el puñal de Terrada y devolvió el otro á Alzaga hace mes y medio (la declaración es de 25 de Julio) quien le había encargado lo mandase componer, lo que verificó á últimos de Mayo ó á principios de Junio.

Que Alzaga le habia prestado la volanta para

pasearse; que á las 7 del 6 fué á registrar la volanta porque Alzaga le dijo habérsele quedado en ella su punal y no había criados á quien mandar á buscarlo.

Arriaga en su declaración foja 110 vuelta negó enteramente el segundo cargo así como el 3 y 5. Al 4, recuerda que en efecto estuvo á las 11 pero no á las 8 en casa de Marcet. Al 6 dijo no haber visto tales vestigios de sangre las dos veces que estuvo en los altos.

Al 7, que pretextó que Deesa iba á mudarse en la noche del 4 porque doña Eduviges no quería fiar á otro las llaves. En cuanto al 8 se ratificó en su declaración y dijo ignorar todo lo que pertenece al 9.

Negó su ida á los altos el día 6 así como la conducción de cal y agua por su órden. Al 11, que solicitó caballo pero no en el día 5; y aunque pretextó el viaje de una niña, era para llevar á una visita á Villafañe.

Al 12, se ratificó y añadió que la noche que fué enlodado no fué la del 5 sino posterior. No se le interrogó sobre el 13. Negó el 14.

Al 15 y 16, que envió tierra para echar sobre la humedad que habían causado las goteras, segun le dijo doña Eduvigez é hizo retirar el cajoncillo en que se había llevado la tierra, pero todo esto antes del día 5.

Marcet é foja 119, al cargo 18 reprodujo su declaración. Al 18, dijo que preparó el cajon para poner una muestra de alcaparrosa.

Al 19, que siendo amigos no es extraño que se juntasen. Al 20, que solicitó caballo pero mucho antes del día 5.

Al 21, que teniendo su criado de costumbre estar borracho hizo la diligencia personalmente.

Al 23, reprodujo sus declaraciones. No se le interrogó ni por el 24 ni por el 25. Al 26, dijo haber vuelto del paseo proyectado á las diez y media.

Al 27, se remitió á lo que ha declarado. Al 28, contestó que compró el cordelillo para uso de su casa. No fué interrogado con respeto al 30 ni al 31 como tampoco al 33, y al 32 dijo ser enteramente falso.»

LA MANO DE DIOS

Segun se ha visto por las pruebas del sumario, parecia fuera de duda que los tres calaveras eran los asesinos de Alvarez.

¿Pero donde habian metido el cadáver?

Esto era lo que á todos intrigaba fuertemente.

La quinta de Alzaga se hacía sospechosa, no solo por la fuga de este, cuanto por las declaraciones que respeto á la volanta se habían prestado.

La Policía envió allí á sus mejores agentes, para que hicieran una perquisa minuciosa.

Toda la quinta fué registrada con un interés creciente, porque la Policía ponia todo su empeño en encontrar la pista principal, que con suprema astucia le habían hecho perder los asesinos.

Hallado el cadáver de Alvarez se puede decir que el sumario estaba terminado.

Interrogado Bernardo, cuidador de la quinta y Teniente Alcalde del Cuartel donde se hallaba ubicada, manifestó que nada sabía.

Mas ó menos en aquellos días, decia vino el patron con unos amigos á almorzar y en cuanto llegó, me mandaron á la ciudad á traer provisiones.

No he visto pue hayan traido el cajon porque se me pregunta, ni bulto de ningun tamaño.

La Policía revolvió todas las habitaciones, pesebres, rincones, y cuanto sitio había capaz de ocultar el cuerpo de un hombre.

Pero el cadáver de Alvarez no parecía por parte alguna.

El Comisario encargado de aquella importante pesquisa, supuso que podía haber sido enterrado en la quinta, y ayudado de hombres prácticos en la tierra, empezó á recorrerlo todo; buscando indicios de tierra recientemente removida.

Aquí el fiel Bernardo se echó á temblar, aunque disimuló cuanto le fué posible.

Si se descubría la sepultura su amo estaba perdido sin remedio.

Cincuenta veces pasaron por encima, pero los ojos más esperimentados ni siquiera sospecharon que aquel pedazo de terreno acababa de ser removido:

Es que las semillas arrojadas por Bernardo aunque removidas después por los asesinos, habían brotado y la plantación lozana y fresca disimulaba perfectamente el terreno.

Si acaso acusaba haber sido removido, bien claramente decía que la remoción había sido hecha para plantarlo.

El Comisario pasó todo el día, empeñado en encontrar un rastro, pero todo fué en vano y tuvo que regresar á la noche al Departamento dando cuenta de su fiasco.

Dada la manera con que había sido hecha la pesquisa, era perfectamente inútil mandar hacer una nueva.

Era indudable que el cadáver no había sido depositado en la quinta.

Pero como también parecía indudable que desde la casa de Lafranca había sido transportado en la volanta de Alzaga, se mandó hacer otra pesquisa en los alrededores de la quinta.

Pero ésta no dió mejor resultado que aquella.

La Policía quedaba en un ridículo terrible, que quería hacer desaparecer á toco trance.

¿Pero como evitarlo si los asesinos la burlaban en el punto principal?

Todo esfuerzo se hacía inútil, y el señor Pedriel había concluido por perder toda esperanza de salir triunfante en su empeño.

El cadáver había sido admirablemente ocultado.

El paisano Bernardo que se creía poseedor único del secreto, no lo hubiera revelado por nada de este mundo.

—Ya, decía, es cosa concluida—lo que es el difunto ni el diablo lo descubre.

Y todas las mañanas iba á visitar el paraje del entierro para cerciorarse que no había aparecido la menor señal.

Y al verlo intacto exclamaba:

—Pronto van á tener que largarlos si no aparece la prueba.

El patrón no fue zonzo y se salvó á tiempo— pero los compañeros pueden dormir tranquilos porque el secreto está bien guardado.

Y si el cadáver no hubiera sido sacado de allí, aun estaría en el mismo sitio.

Pero estaba de Dios que aquel asesinato no habia de quedar sin castigo, y que habia de ser la mano de los mismos asesinos la que había de descubrirlo todo.

Bernardo, el fiel Bernardo, con toda inocencia, era el destinado por la Providencia para dar la primer voz de alarma.

El día 24 de Julio y no teniendo nada mejor que hacer se puso á juntar naranjas, con el intento de llevarlas á la esposa de Alzaga.

El pobre paisano pensaba con aquel presente mitigar en algo el dolor que debía roer el corazón de Catalina Benavidez, en quien el suceso terrible había hecho honda y desesperante impresión.

Bernardo se había trepado á un corpulento na-

ranjo, y armado de un gran pañuelo, arrancaba la fruta, depositándola á manera de atado.

Quiso su mala suerte que se le escapara una punta del pañuelo, rodando las naranjas por el suelo y alrededor de la noria.

Bernardo se bajó pacientemente del árbol y empezó á juntar las naranjas desparramadas.

Al ir á tomar una que estaba á orillas de la noria, miró dentro casualmente, y apenas pudo contener un grito de asombro.

En el fondo de la noria, habiendo bajado el agua notablemente, se levantaba un brazo humano, mostrando una mano descolorida y desprovista de carne en algunas partes.

Entre el agua de la noria se divisaban los contornos del cuerpo á que aquella mano pertenecia.

Bernardo se quedó aterrado ante tan inesperado hallazgo.

¿Si aquello era un cadáver, á quien pertenecía?

¿Cuando había sido arrojado allí?

Y el pobre paisano pensó que aquello no podía ser otra cosa que alguno que, juntando naranjas, había caído dentro de la noria y se había ahogado sin que nadie lo hubiera socorrido por no haberlo visto caer.

Instintivamente miró hacia el sitio donde su patron habia depositado el cadáver y sonrió picarescamente.

—Está muy lejos para haber corrido hasta aquí, murmuró.

Esto ha de ser lo que yo digo, un cazador de naranjas que ha zambullido sin querer, y no ha podido volver á salir.

Bernardo empezó á meditar entonces sobre la conveniencia de dar cuenta, á un alcalde, de aquel descubrimiento.

—Si me callo, pensaba, nadie sabe que lo he visto, y sabe Dios si lo descubrirán después!

Pero se me hace que dando cuenta hago un servicio á don Francisco, porque con ello hago que

la policía tenga más fé en mi palabra y no vuelvan por aquí á hacer otro registro como el de la vez pasada.

Después de reflexionar un buen rato, Bernardo se decidió por fin á dar cuenta del suceso.

—¡Que chasco se van á dar! pensaba.

Van á venír creyendo hallar el cadáver que vinieron á buscar vez pasada, y sabe Dios con quien se van á encontrar!

Y quien gana es mi patrón, pues esto les hará perder hasta las ganas de volver por aquel cadáver.

Creyendo pués que hacía un gran servicío á Alzaga y sua amigos presos, Bernardo se dirigió á casa del alcalde, á quien dió cuenta del suceso con esa exageración peculiar á los paisanos.

El alcalde que era austero por naturaleza y queria hacer méritos se vino derecho á la Policía, revelando al Jefe haber hallado el cadáver de Alvarez, pues un cadáver encontrado en la quinta de Alzaga, no podía ser otro.

Aquella noticia circuló por la ciudad con la rapidez consiguiente.

—Han hallado el cadáver! han hallado el cadáver en la quinta de Alzaga! se decia en todas partes.

Y cada cual al referir el hecho lo aumentaba y corregía á su modo.

La Policía envió sin pérdida de tiempo al Comisario D. Agustin Herrera, para que acompañado del alcalde y teniente alcalde respectivos, de cuatro celadores y á presencia de todos los vecinos que acudieran, verificára la extracción del cadáver y su inmediata conducción á la casa Central.

Como reía el buen Bernardo, al oir que todo aquel gentío aseguraba venir á buscar el cadáver de D. Francisco Alvarez.

Pobres diablos! pensaba—si conocerán siquiera á la madre que parió al difunto!

Ni aunque se «lamban» un siglo encuentran lo que quieren!

Un gran número de curiosos se había agregado á la comitiva oficial, de modo que la quinta de Alzaga fue invadida por más de doscientas personas.

Los celadores bajaron á la noria; y con increible trabajo empezó la estracción del cadáver.

Tan corrompido estaba aquel, que los agentes pidieron algunas sogas, para que tirando de arriba los ayudaran, pues tenian miedo de arrancarle el miembro que agarran para hacer fuerza.

El cadáver fue sacado con gran trabajo, y puesto con sumo cuidado sobre la tierra.

Envuelta en el cuerpo y en el costado, conservaba la piola que le envolvieran Alzaga y Marcet, á cuyo extremo se hallaba aun la enorme piedra.

El cadáver estaba en el segundo periodo de descomposición y sus facciones terriblemente desfiguradas.

Bernardo miraba aquel cadáver con una atención creciente.

Algo de aquel traje le recordaba el cadáver que él mismo ayudó á enterrar aquella noche fatal.

Pero aquello no podia ser otra cosa que un parecido casual.

¿Quien podia haber arrojado á la noria el cuerpo que ellos mismos enterraron con tanto interes, borrando tan bien los rastros?

—Es el cadáver de Alvarez—decian algunos, pero la mayor parte exclamaba:

—Ya no se conoce! está completamente desfigurado: ¿quien será capaz de conocer á quien ha pertenecido esta cara?

Y todos se retiraban del cadáver, pues el olor que despedía era bastante desagradable.

En su exterior no se percibia herida alguna, pues conservaba en el cuello el pañuelo que le envolvió Marcet antes de sacarlo del teatro del crimen.

Con el mayor cuidado para no descomponer su aspecto primitivo; fue acomodado en un carro y

conducido á la Policia donde esperaban ya el Jefe, el Juez de la causa, los médicos don Cristóbal Martin de Mantufar y don Andrés Deik y gran número de amigos de Alvarez, como su hermano don Angel, que iban á reconocer el cadáver, pues ya suponían que la descomposición operada haría difícil todo reconocimiento.

El aspecto de don Angel era imponente.

Vestía de riguroso luto, habiendo enflaquecido en aquellos veinte dias, de una manera indecible.

Era imposible mirarlo sin sentir una profunda lastima.

Y mudo y sombrío esperaba la presencia de aquel cadáver, que llevaría á la tumba toda su felicidad, pues él era la fuente del más grande y puro cariño que le quedaba en el mundo.

Don Angel infundia verdaderamente respeto.

El cadáver fue bajado en la Policia en medio de un silencio de muerte, y extendido sobre una mesa dispuesta á propósito para el reconocimiento médico.

En presencia del cadáver, don Angel rompió á llorar amarga y silenciosamente.

No había necesitado más que verlo pasar para reconocerlo.

Aquella era su misma ropa, y su misma expresión bondadosa que hasta la muerte había respetado.

Don Angel apenas fue interrogado, declaró solemnemente que aquel era el cadáver de su hermano don Francisco Alvarez.

¿Que duda podía ya quedar á la autoridad?

Los testigos número 3, 16 y 30, puestos delante del cadáver, declararon, profundamente conmovidos, que pertenecía á Alvarez, y que lo conocían perfectamente por todas sus ropas; por su estatura y hasta por las facciones que conservaba en su rostro, apesar de la descomposición.

La policia encontró además en uno de los bolsillos, un papel de apuntes, que por los que conte-

nia y la forma de la letra era de Francisco Alvarez.

Se procedió en seguida al reconocimiento médico.

Los doctores Montujar y Deik desnudaron el cadáver, y lo reconocieron prolijamente.

No presentaba más herida que la del cuello:

El informe médico se limitó entonces á constactar en una forma que hoy parecería extraña, que habían reconocido un cadáver que se decía pertenecer á don Francisco Alvarez, que estaba mojado y en un alto grado de corrupción: «degollado por una incisión profunda y casi circular, hecha por consiguiente con instrumento cortante y mortal de necesidad».

La Policía habia dado cima á todos sus esfuerzos, viéndolos coronados por el éxito más completo.

El cadáver parecía providencialmente, en los momentos en que se habian perdido todas las esperanzas de hallarlo.

El señor Pedriel, una vez practicadas todas las diligencias, lo entregó á don Angel para que le diera conveniente sepultura.

La confusión en que se hallaba buen Bernardo era graciosa.

¿Como podía ser aquel el cadáver de Alvarez cuando él mismo había ayudado á enterrarlo?

¿Lo habían después pasado á lo noria?

¿Pero cuando? que él que nunca se movia de la quinta, ni siquiera lo había sospechado?

Para él no había la menor duda de que se padecía un error.

Aquel era tan el cadáver de Alvarez como el de su abuela.

Después de prestar su declaración, regresó á la quinta ávido de cerciorarse de la verdad en lo que sucedía, y apenas llegó, tomó todas las precauciones necesarias para no ser visto, y se puso á cavar en el paraje donde enterraron el cadáver.

Pero en vano cabó y buscó, no halló ni siquiera una prenda del cuerpo que enterraron.

El cadáver habia sido sacado de allí y arrojado á la noria.

Pensando como podia haber sucedido esto, recordó el almuerzo que le habían mandado buscar á la ciudad, y todo se lo explicó inmediatamente.

—Ah! mi patrón desgraciado! exclamó ha desconfiado de mí y soy yo quien lo ha perdido, por mejor guardarle su secreto.

Y dos lágrimas rodaron por aquellos pómulos viriles yendo á caer en la sepultura desierta.

El pobre paisano no hallaba consuelo ante el doble dolor de haber él entregado el cuerpo del delito contra su patrón, y ser el orígen de toda la injusta desconfianza que aquél había tenido.

El pobre paisano tuvo intención de darse una puñalada, lo que hubiera hecho si no hubiera pensado que aun podía hacer falta para deshacer el barro que su inocencia le hiciera cometer.

Marcet y Arriaga fueron conducidos á presencia del cadáver, diciéndoseles que debían confesar el crímen, pues ya era inútil negarlo.

Con aquel cuerpo de delito, todas las declaraciones que obraban en el sumario y lo que Alzaga había referido, era bastante para que el Juez más exigente los hubiera condenado.

Pero los dos persistieron en negar los hechos que se les imputaba.

El cadáver de Alvarez no hizo en Marcet la menor impresión.

Lo miró friamente y ni siquiera manifestó sentir su muerte.

—Es una broma, dijo, que porque á un inbécil se le antoje desparramar una voz, la han de dar por cierta, mortificando y perjudicando á personas honradas, cuya reputación debía ponerlas á cubierto de toda mala sospecha!

Con esta impavidéz de bandido inicuo, de antipático que era al principio, se había vuelto odioso para la opinión general.

Para todos era indudable que aquél había sido el instigador del crímen y su principal autor.

Arriaga, en presencia del cadáver se sintió profundamente conmovido, dejando brillar una lágrima en sus hermosos ojos.

—¿Se arrepiente usted hasta las lágrimas? le dijo el actuario—eso prueba que su corazón no esta pervertido del todo.

— No tengo de que arrepentirme, respondió Arriaga, secando tranquilamente sus lágrimas.

Me ha conmovido el cadáver porque Alvarez era un buen amigo, á quien estimaba y queria.

No creía como Marcet, que hubiera sido asesinado, pero ya no es posible dudar.

Arriaga negaba el hecho, porque Marcet no tuviera nada que reprocharle.

Él compredia que estaban descubiertos, que nada podría salvarlos, y lo hubiera dicho todo, para concluir de una vez.

Había algo además, que contribuía á hacer más desesperante el remordimiento.

Y este algo era el recuerdo de su anciano padre, de aquel noble anciano que no tendría fuerzas para resistir aquel golpe de infamia.

Y el joven rogaba á cuantas personas iban á verlo, muy pocas desde la aparición del cadáver, le llevaron nn poco de veneno para concluir aquella existencia miserable y vergonzosa.

Y desde el fondo de su alma maldecía á Marcet y á su debilidad, únicas causas de su situación desesperada.

Arriaga recorría en su memoria todas las familias con quienes lo ligaba una amistad estrecha y cordial, recordaba la consideración y el crédito que había gozado, pensaba en la desesperación terrible del padre, en el cadalso que los esperaba, y su dolor se hacía entonces imponente.

Arriaga inspiraba tanta piedad como repulsión Marcet.

D. Angel Alvarez fue notificado para que enta-

blara su acusación contra los asesinos, pero él renunció este derecho, dejándolo al fiscal del crímen.

Se limitó á publicar, el curioso documento que copiamos á continuación, manifestación sencilla de su corazón bondadoso y noble.

Bajo la rudeza de una forma literaria lastimosa, espone el sentimiento que se desbordaba de su corazón.

Hé aquí el curioso manifiesto:

HOMENAJE DE GRATITUD
A LA HUMANIDAD
A LA JUSTICIA DEL PUEBLO
TRIBUTO DE DOLOR.

A la memoria de un hermano inocente, víctima del crímen más atroz. Habitantes del virtuoso pueblo, de Buenos Aires: el momento en que la Providencia ha descubierto los planes del crímen, y revelado el misterio é iniquidad, con que los asesinos habían encubierto el homicidio más aleve y famoso señalando el sitio donde se había sepultado el cadáver de mi hermano.

Este momento, en que su sola vista ha hecho estremecer al más frío de los espectadores, es el momento también en que mi corazón no puede menos de desahogarse publicando su agradecimiento y su dolor.

¿Que sería de los mortales que sufrimos estos grandes golpes de desgracia, si no halláramos en nuestros semejantes la compasión, y en nosotros mismos la facilidad de agotar por las lágrimas y el doliente grito las angustias que nos abrogan?

¿Que sería de la existencia del padre, del hijo, del hermano, que salvaron de la crueldad del homicida sin los sentimientos consoladores y vitales de la gratitud, que se excita, cuando ese nos compadece, y del amor que se enciende cuando se nos despoja para siempre de lo que más amábamos?

Ciudadanos: estos sentimientos que despiertan celosos con el golpe del mismo puñal homicida, á

despecho del crímen, poniéndose al lado de la justicia pública en venganza de la inocencia sacrificada, son los únicos que me han podido dar resistencia para sobrellevar la pérdida de un hermano, y el tiempo bastante para publicar á la faz del mundo, que apenas se le hizo desaparecer del seno de la sociedad, todos y cada uno de los habitantes de este Pueblo tomaron el más vivo interés en saber el modo cruel como habían concluido con sus días, y en proporcionar á la ley los medios de vengar su muerte en sus asesinos.

A esta fiscalia honorable y virtuosa, digna de este pueblo, unida á la actividad ejemplar de los magistrados, se debe haber descubierto el cuerpo del delito, y convertido en evidencia la obra nefaria de las tinieblas.

El día 24 se presentó á la espectación pública el cadáver de mi hermano don Francisco Alvarez, y todos volaban á ser testigos de un descubrimiento en el que, si no habían tenido parte sus afanes, la habían tenido sin duda los deseos vehementes de la natural justicia.

Si hubiera algo más estimable que la vida, sería el interés de un gran crímen; mi hermano convertido en cadáver me arrancaría hasta la últíma lágrima reservada para el mayor dolor, pero la compasión y el luto de millares de ciudadanos produjeron en mí un nuevo género de sensaciones, que se conocen bien en aquellos momentos, pero que no se pueden explicar jamás.

¿Y cuantos habría entre los concurrentes á quienes mi hermano colmaba de beneficios?

Por mucho tiempo se derramaban lágrimas entre la clase menesterosa á quien él pagaba con largueza sus servicios y socorría pródigo sus necesidades.

Los asesinos no han muerto á un hombre grande por sus talentos, ó memorable por sus proezas; pero sí han privado á la sociedad de un ciudadano honrado é industrioso; le han arrebatado sin duda un

hombre sensible y humano con sus semejantes, generoso y sincero con sus amigos...

Esta palabra me hace estremecer todavía... sus amigos!...

¿Y quienes han sido sus verdugos?... ¿y de que modo? ¿y por que interés?

Ojalá no presumiese como hombre lo que ignoro como ciudadano!

De lo que sí estoy seguro es, que si á mi hermano, muerto alevosamente, el 5 de Julio, le fuera dado tener un solo instante de vida, lo emplearía en perdonar á sus asesinos. ¡Tal era su bella alma!

¡Y ha sido asesinado por una vil suma!...

¿Y no había más medio que su muerte, y una muerte tan bárbara como alevosa?...

¡Siquiera los homicidas le hubieran robado no más!...

¡Siquiera le hubieran puesto su vida al precio de toda su fortuna!...

También la mía la hubiera yo sacrificado por salvarlo!...

¡Pero tuvieron la ferocidad bastante para ensordecerse á las primeras y dolientes quejas de la amistad traicionada!...

¡No se estremecerían siquiera en los últimos ayes de aquella vida inocente que arrancaba su pérfido puñal!...

¡Asesinos de mi hermano infeliz! sabed que todos los bienes empapados en sangre que me ha legado vuestro crímen, no valían una hora solo de la vida de esa vuestra víctima, y si sois capaces de arrepentimiento, recordad también ahora, que más fácil os fuera haber conquistado de su generosidad, ó si quereis de su timidez todo el oro que buscabais, que haberlo poseído por los medios horribles de la traición, de los puñales, y de la muerte.

Quizá ya lo habreis conocido, aunque tarde pero aun os resta sentir, que este remordimiento y los que siguen á la perfidia y alevosía, son los mejores

vengadores del inocente que pereció, y de la familia que lo ha de llorar.

Por lo que á mí toca, y honrando la memoria de mi desgraciado hermano, yo compadezco como el primero, á sus asesinos, y, más generoso que lo que ellos tuvieron de crueles como hombre, les perdono, y, en clase de ciudadano, capitulando con mi deber no me presento como acusador.

¡Ciudadanos!... compadezcamos todos á los criminales, cualesquiera que sean: sobrados acusadores tienen ellos en la execración pública, en los testigos de su crimen, y en su tenebrosa conciencia.

Dejándolos, pues, en manos de la ley, que haga su deber, yo lleno el mío, pidiendo á los amigos de mi hermano riegues su tumba con las últimas lágrimas de una separación eterna, y publicando este homenaje de gratitud á la humanidad y á la justicia del pueblo, y este tributo de dolor á la memoria de mi hermano, inocente víctima del crimen más atroz.

Angel Alvarez.

Este curioso documento, proclama y manifiesto se publicó en *El Tiempo*, número 72.

LA FUGA DE ALZAGA

Francisco Alzaga, fué sin duda alguna el más vivo de los tres asesinos.

Así que se le disipó aquella borrachera, bajo cuya influencia habia narrado el asesinato, comprendió que el mejor camino era fugar del país.

El público daba ya detalles muy minuciosos y

la autoridad tendría que proceder el día menos pensado.

Conforme se decidió á fugar, fué á su casa é hizo preparar un caballo.

Una profunda tristeza había empezado á dominar á Alzaga.

Al sentir que iba á separarse de la hermosa Catalina, tal vez para siempre, comprendió que su cariño por ella era inmenso y que no tendria la fuerza necesaria para abandonarla.

Alzaga miraba extasiado á su bella esposa, se arrobaba ante su hermosura soberbia y sus ojos se humedecían á pesar de los esfuerzos que hacía por contener las lágrimas.

—Si ella viniera conmigo, pensó—si ella quisiera acompañarme en mi destierro, no volvería jamás á Buenos Aires.

¿Pero como abordarla? ¿como decidirla á seguirme?

Alzaga meditó un momento y se decidió por fin á abordar francamente el empeño.

Rodeó con un brazo el talle gentil de Catalina y sentándola á su lado en un sofá le habló de esta manera:

—Un asunto urgente me obliga á salir de Buenos Aires, donde no volveré por algun tiempo.

Confieso que no tendría la fuerza suficiente para separarme de tí, y tengo la pretensión de que vengas conmigo.

Mi amor por tí es incalculable para mi mismo ya, tu ausencia presiento que sería para mí como un puñal eternamente clavado en mis entrañas que me quitaría la firmeza de que tanto necesito.

En tu compañía no hay destierro que no tenga para mí un encanto supremo.

Tu amor todo lo embellece á mis ojos, y algo de tu exhuberante belleza, que se esparce hasta en el aire que respiro.

Catalina quedó abismada ante aquellas palabras de su esposo.

El rumor público que acusaba á Alzaga habia llegado hasta ella, y aunque no lo habia creido, aquella proposición de fuga, tan inesperada, venía á despertar sus dudas.

Si aquello era cierto ¿como huír con un asesino, renunciando al amparo de su familia?

¿No podría el mismo Alzaga volver contra ella algun día el puñal que dió muerte á Alvarez?

Catalina sentía miedo y necesitaba por lo menos consultar su resolución.

Miró á Alzaga intensamente, tratando de disimular sus sentimientos y le preguntó:

—¿Y á donde piensas ir? ¿que asunto te obliga así á salir de Buenos Aires?

—Algo en que me vá la vida, contestó estrechándola entre sus brazos, una desgracia irreparable en la que la fatalidad me ha mezclado.

El punto á donde me dirijo, no lo sé todavía: será Montevideo, será el Brasil, será cualquiera que no sea Buenos Aires.

A tu lado, todo me es igual, separado de tí todos serían el infierno.

Catalina estaba resuelta á no seguir á Alzaga, que ya le inspiraba un terror vago, pero no se atrevia á decírselo.

Ella sin duda se había casado con Alzaga sin ese amor infinito que hace á una mujer, seguir la suerte del hombre con quien se unió cualquiera que ella sea.

No tenía tampoco esa abnegación de cariño que hace á una mujer perdonarlo todo en el marido y consolar sus desventuras con su delicadeza y cariño.

Por el contrario, Alzaga le era indiferente, y en aquel momento no era para ella mas que un hombre que le inspiraba horror.

—¿Con que vienes conmigo? preguntó Alzaga, ¿te resuelves á partir mi suerte?

—Pero déjame el tiempo de pensarlo, de prepararme.

—Imposible, tenemos que salir ya.

Pero ¿porque tanto apuro? ¿porque salir así como quien huye?

Espera unos días y saldremos con toda tranquilidad.

—Imposible, tenemos que salir ahora mismo.

No sabes lo que se dice? ¿no sabes que se me acusa estúpidamente de haber asesinado á Alvarez?

Mañana pueden prenderme y yo no quiero que me prendan.

—Pero eso es mentira, exclamó Catalina palideciendo, tú no has cometido ese crímen!

—Cierto ó no yo necesito huir, necesito salvarme, porque esta noche mismo sería tarde.

Algun día te contaré yo esta historia terrible.

Catalina estaba cada vez más aterrada y más decidida á no seguir á su marido.

—Yo, balbuceó, no puedo seguirte así, sin decir nada á nadie, ni siquiera á mi padre.

Ni una palabra á nadie! exclamó Alzaga, es preciso que me sigas sin que nadie lo sepa.

Y á medida que crecian las dificultades, el asesino sentía crecer su amor por su esposa.

—Yo no me atrevo á huir, dijo por fin, pueden tomarnos en el camino y tú mismo entonces sentirías haberme llevado.

—No temas, nuestra huida es segura, no hay aún nada contra mí.

Catalina empezó á llorar tristemente.

Tenía miedo á Alzaga y temía algun acto de violencia que éste pudiera cometer.

Los dos esposos se miraron un momento guardando silencio.

Alzaga estaba deslumbrado por la Estrella del Norte y sentía que por ella su amor era inmenso.

Catalina estaba aterrorizada—tenía miedo á Al-

zaga y este miedo iba aumentando por momentos.

—¿Con que vienes conmigo? le dijo dulcemente—no temas, ya nos sonreirán tiempos más felices!

—No puedo, replicó aquella, decidiéndose por fin á afrontar el peligro!

Los deberes de madre, que tengo que cumplir ante todo otro, me impiden seguirte.

Mira, más tarde, cuando todo se disipe, puedes mandarme buscar á donde te halles y yo me apresuraré á ir á buscarte á reunirme á tí.

—Catalina! Catalina! gritó Alzaga poniendose de pié y dejando de abrazar á su esposa.

Tú no me quieres, Catalina, ni me has querido nunca!

El primer deber de la mujer, ante todo, es seguir á su marido, cualquiera que sea su suerte, y la mujer que no obra de esta manera, no puede recojer otro fruto que no sea el de la desventura.

—Pero no es que yo no te quiera, es que también tengo que cumplir deberes de madre que me retienen aquí.

—¿Quiere decir que en mí primer hijo tengo yo mi primer rival y mi primer enemigo?

Está bien, quedate con tu hijo y sé con él todo lo feliz que puedas.

Yo tengo aquí en mi corazón un cielo de amor por ti, que prefieres convertir en un abismo de inagotables desventuras!

Sé feliz—yo ni quiero ni debo obligarte á venir conmigo, siento que al irme solo, se me rompe el corazón y el llanto se agolpa á mis ojos.

Sufriré con resignación este nuevo golpe de la suerte, como una expiación á mis faltas: quien sabe lo que aun me guarda el destino.

Antes de irme, voy á hacerte un pedido, el último que oirás de mis labios.

No repitas á nadie, ni á tu padre mismo lo que ha pasado entre los dos en este momento, ni que yo he salido de aquí para no volver más!

Adios, Catalina y sé feliz—tal vez algun dia volvamos á hallarnos sobre la tierra!

Catalina abatió sobre las manos su espléndida cabeza y rompió á llorar.

Tal vez en aquel momento sentía una profunda compasión por el hombre á quien había prodigado sus primeras caricias y á cuyo lado había soñado un porvenir fastuoso y rodeado de todo género de felicidades.

Y las acusaciones que habían llegado á sus oídos, zumbaban en ellos de una manera terrible creyendo escuchar una voz que le decía:

«Tú eres la esposa de un asesino y de un ladrón!

El mismo hijo que hoy hace tu felicidad en tu regazo, será el heredero de aquellos títulos y su porvenir será envuelto por las sombras del mismo crímen.»

Y era terrible aquel momento para la pobre mujer, que se sentía sin fuerzas para sobrellevar tanta emoción.

—¿Como él, un joven perteneciente á una familia respetable y distinguida, rico y feliz, podía haberse dejado arrastrar hasta el asesinato y el robo?

Y aquello era cierto, por más duro que le fuese creerlo.

¿No se lo había dejado entender él mismo.

¿No huía en aquel mismo momento para evitar la acción de la justicia?

Tanta desventura, le parecia un sueño, y lloraba y lloraba, buscando en el desborde del llanto un consuelo á su dolor.

Alzaga entre tanto había entrado á sus piezas.

También él era presa de terribles convulsiones.

El remordimiento, un remordimiento terrible le roía el corazón, y la negativa de su esposa, de la bella Catalina, lo habia sumido en el mayor desconsuelo.

El la amaba, la amaba inmensamente, había creído encontrar en aquel cariño el olvido de sus desgracias, y en el momento que más lo necesi-

taba, aquel amor en que tanto soñaba, se desvanecía de pronto, dejándole ver un corazón desnudo de amor y hasta de piedad.

Catalina no lo amaba, lo abandonaba á su mísero destino sin sentir por él ni siquiera la compasión que inspira un indiferente.

Y no sintiéndose con fuerza para huir sin ella, había momentos en que pensaba quedarse y esperar cualquier acción judicial.

¿Que podía importarle la vida sin el amor de su mujer?

Alzaga tomó todo el dinero que tenía, repartiéndolo en sus bolsillos, y antes de alejarse para siempre de aquella casa que tantas felicidades había encerrado para él, se asomó á la habitación donde había dejado á Catalina.

Ésta estaba aun llorando en la misma actitud que había quedado.

Alzaga la contempló un momento, dejó escapar un prolongado suspiro y salió como si le costara arrancar los piés de aquel pavimento.

A la puerta encontró á D. Bernardo Benavidez, su suegro, que entraba á la casa en aquel momento.

—¿A donde vas tan apurado?—le preguntó sin sospecharse la tormenta que anidada el espíritu de su yerno.

—Voy á dar un paseo para probar ese caballo, le dijo, y vuelvo á merendar con ustedes.

¿Me espera?

—¿Como no? hasta luego.

Don Bernardo entró, mientras Alzaga, montaba á caballo y se ponía al galope.

Benavidez conocía todos los rumores que circulaban respecto á su yerno y al asesinato de Alvarez, pero como Catalina y la mayor parte de la sociedad, no los creía.

Para él era imposible, de todo punto imposible que Francisco Alzaga fuese capaz de una monstruosidad semejante.

Alzaga entre tanto galopaba sin un rumbo fijo.

Su intención era burlar á la autoridad, mientras no podía salir del país.

¿Pero donde ocultarse?

¿Donde pasar siquiera dos ó tres días, mientras preparaba una fuga seria?

Alzaga se acordó entonces de Carlos Terrada, que vivía frente á Santa Lucía, y allí dirigió el galope de su caballo.

Carlos Terrada era un joven lleno de méritos, cuya bravura proverbial y lealtad reunidas eran una garantía para Alzaga.

Estaba ligado á él por una estrecha amistad de familia y ninguno mejor que él podía prestarle el servicio que esperaba.

Alzaga entró apresuradamente á la quinta de Terrada, fué derecho á las piezas de su amigo, y lo hizo llamar urgentemente.

Carlos Terrada se apresuró á venir al llamado de Alzaga.

Era un amigo antiguo y cuando así lo llamaba era porque lo necesitaría mucho.

Alzaga en cuanto lo vió lo abrazó estrechamente y le dijo:

—Necesito de tí para que me salves; para que me salves el honor y tal vez la vida.

—Habla—ya sabes que puedes contar conmigo en cuanto puedo y valgo.

Estoy á tu disposición.

—La reserva es ya inútil, y á un amigo como tú, se le puede decir todo.

Sobre mí está pesando una de esas desgracias terribles, que son capaces de ahogar al hombre más firme.

—Comprendo, contestó Terrada, te refieres á lo que se dice respecto al asesinato de Alvarez.

Cuenta conmigo, aunque ante todo, quiero darte un consejo.

—Habla que te escucho, con la seguridad que lo seguiré al pié de la letra.

Tú eres hombre de consejo y de confianza, por eso te he buscado, amigo mio.

—Pues bien, todo lo que se dice y se piensa, lo puedes tú destruir en un momento.

Preséntate á la Policía francamente, constituyéndote en prisión, y pidiendo se levante un sumario que haga acallar esas calumnias.

Con ese solo paso estás del otro lado.

Alzaga, al oir á su amigo, se estremeció todo, y una honda palidéz cubrió su juvenil semblante.

Carlos Terrada ignoraba todo el horror de su situación, porque, como la mayor parte de sus relaciones, no creía lo que se decia en el público.

—Lo que tú dices es exacto, repuso balbuceando las sílabas, pero yo no lo puedo hacer.

Lejos de eso, vengo huyendo de la Policía á pedirte que me salves.

—Entonces eres culpable! entonces es cierto lo que se dice! exclamó Terrada en el colmo del asombro.

—Es una historia tremenda, contestó Alzaga bajando la cabeza.

Manda traer algo que beber, yo estoy debil y necesito reponerme—en seguida te referiré este drama monstruoso, en el que estoy envuelto de una manera terrible.

Terrada pidió una botella de licor y dos copas, sentándose frente á su amigo, lleno de curiosidad.

Alzaga, absorto en sus pensamientos, parecía juntar los hilos de la narración que iba á emprender.

Terrada sirvió dos copas de licor que Alzaga apuró una tras otra, y limpiando el sudor que bañaba su frente, á pesar del frio de la estación, habló así á su amigo:

—Yo estaba bajo una terrible presión alcohólica —aquel día había bebibo de una manera estúpida, y solo así comprendo que me haya prestado á permitir lo que aquel miserable hizo.

Oh! el alcohol! el maldito alcohol que ofusca la cabeza, que aturde la inteligencia y enerva el físico.

Yo no debía haber bebido aquel día, pero busqué en el vino el aturdimiento, y esto me convirtió en un instrumento cobarde.

Y al llegar aquí, Alzaga volvió á apurar una tras otra, las copas que nuevamente había llenado Terrada.

Éste lo escuchaba silencioso y con el ceño fruncido.

Parecía mortificado ante la revelación de su amigo.

—Como te digo, bebí hasta perder la conciencia, y consentí en todo.

Recuerdo vagamente que Alvarez me dirigió la palabra y hasta me pidió amparo, pero no recuerdo porqué no se lo presté, y esta falta de precisión en mis recuerdos, me hace comprender que yo no tenía conciencia.

Aquel Marcet, aquel bandido de Marcet tenía un poder estraño sobre mí naturaleza alcoholizada, al estremo de que ya ni siquiera discutíamos sus argugumentos—eramos el brazo, se puede decir, de aquella inteligencia infernal!

Pobre Alvarez, nunca soñaría lo que iba á sucederle!—yo mismo había ido allí en la creencia de que solo se trataba de asustarlo!

Cuando yo me convencí que se trataba de un crímen, era tarde, porque la sangre de aquella víctima enrojecía mis manos.

Y Alzaga se estremeció de una manera poderosa, como si el sonido de su propia palabra le infundiera terror.

Y apuró por vez tercera las copas que había llenado Terrada.

Este estaba profundamente conmovido ante lo que escuchaba.

No podía convencerse como Francisco Alzaga,

aquel hombre tan soberbio y bravo, había descendido tan bajo.

—¿Pero cual es tu grado de culpabilidad? preguntó.

Te prevengo que si quieres reservar el secreto, puedes hacerlo.

Nada te exijo por mi parte, ni retiro una sola de mis palabras.

Cuenta conmigo en todo cuanto puedo y valgo, disponiendo en todo como en cosa propia.

—No quiero reservar nada, respondió Alzaga con una expresión vaga—quiero contártelo todo, absolutamente todo, hasta el despego de mi mujer, de mi Catalina, para que veas cuanto soy desventurado.

He venido aquí á volcar mis penas en tu espíritu generoso y á pedirte me detengas en el abismo á que voy rodando.

Sírveme más licor, es muy bueno y me presta el ánimo que me falta.

Y bebió una nueva copa que llenara Terrada.

Después de una breve pausa y con una gran viveza de colorido, refirió á Terrada todos los detalles del bárbaro asesinato que hemos narrado, hasta el momento de la muerte, en que sus recuerdos eran muy débiles.

—Ya vés, concluyó, que no puedo presentarme á la Policía, sin provocar una sentencia infamante.

Sé que no hay pruebas contra nosotros, queserá imposible dar con el cuerpo de Alvarez, pero yo tengo miedo.

Los rumores que corren se hacen más graves cada día, y la autoridad se verá forzada á proceder contra nosotros.

Sabe Dios si no me buscan ya!

He pensado que en tu casa puedo hallar un refúgio seguro mientras encuentro proporción de embarcarme, y aquí me tienes.

Oh! el remordimiento! el remordimiento! concluyó.

No creo ya que haya nada superior á este martirio sordo é intimo, que pesa sobre el corazón como una montaña.

Terrada oía y escuchaba, fuertemente impresionado.

Tal vez meditaba la manera de salvar á aquel desventurado.

—Y mira, continuó Alzaga, después de un momento—yo creía que con esto había caído sobre mí la más terrible desventura—creía que este remordimiento era suficiente para amargar todas las horas de mi vida; creía que no podía haber nada más allá en el sufrimiento humano cuando una nueva herida ha venido á demostrarme que aun me queda que apurar un nuevo tormento, superior á todos.

Teniendo que huir de la patria para no volver quizás é poner los piés en ella, y seguido por el desprecio de todos y la vergüenza de mi infamia, fuí á golpear el corazón de mi esposa buscando en su fondo de ternura un lenitivo á mi desgracia.

¿Y lo creerás?

Aquel corazón se mostró sordo á mis súplicas—frío como la muerte misma, me mostró que nada tenía que esperar de él, me mostró que había soñado con un amor fantástico, cuando fuí á buscar ese amor, me mostró una cosa más tremenda aun; me mostró que yo no tenía esposa, y que al perderla, perdía también á mi hijo!

Y yo la amo hasta el delirio, Terrada—yo la amo más que nunca, porque contaba con su cariño para engañar mi horfandad—yo la amo como se ama una vida felíz en el momento de perderla, porqué en mi desgracia eran mayores las ilusiones que formé en su cariño.

Después que ella se negó á seguirme, después que comprendí que nada tenía que esperar de aquel ser tan bello, tan esplendidamente bello, me fuí á mi cuarto con intención de hacerme volar los sesos.

Pero no lo he hecho, porque acepto esta desdi-

cha suprema, como una expiación terrible de mi crímen.

Y sobre su espléndida cabeza, y sobre la frente inocente de mi hijo, juré no atentar jamás contra mi vida.

Lo sufriré todo como un castigo impuesto por Dios hasta que él se sirva disponer de mí.

Oh! Catalina! concluyó golpeando ferozmente contra su pecho—Tú no sabes el mundo de cariño que á pesar de tu ingratitud, guarda para tí este pobre corazón maldecido!

El recuerdo de tus ojos, solo, el brillo celeste de tu mirada tranquila, me hace caer de rodillas y adorarte con todo el fervor de mi alma!

Ya no me quedará más que un recuerdo, para martirizar mis horas de insomnio—no importa! él será el astro que alumbre mi última noche!

Oh! amor mio, amor tremendo de mi espíritu y de mis sentidos—descansa en paz!

Y abatió la cabeza sobre las palmas, como si hubiera sido empujada por un peso insoportable.

Terrada estaba profundamente conmovido—el horror que al principio le inspiraba su amigo habia sido reemplazado por una lástima invencible.

Aquel hombre debia sufrir de una manera imponderable.

—¿Pero porqué te desesperas así? Catalina se habrá encontrado aturdida ante tu revelación y te habrá contestado de una manera inconciente.

Cuando estés en seguridad, yo iré á verla, y te prometo que ella á de ir en tu busca.

—Que ilusión! exclamó Alzaga sonriendo y levantando su cabeza con ademan desesperado.

¿Tú crees que la mujer que ha permanecido sorda al estallido de mi pasión tremenda, tú crees que el corazón que no ha respondido á mi palabra llorosa y suplicante, al estremecimiento de mí amor persuasivo se vá á dejar convencer por una palabra extraña?

No lo esperes, mi amigo, ni lo intentes.

Yo mismo, que no sé hasta donde hubiera llegado por un solo latido de su corazón ingrato, no llegaría á mendigarle su amor.

Su amor espontáneo y puro, como yo lo había soñado, sería hoy para mí la suprema felicidad de la vida, porque su culto me haria olvidarlo todo.

Pero su amor de limosna, su amor por lástima y forzado ¿sabes para que me serviría? para aplastarlo bajo mi bota!

Esa mujer á puesto sobre mi corazón la terrible frase "aquí yase" dejémoslo descansar en paz en la tumba de mi espíritu y no hablemos más de ella—que se cumpla la voluntad de Dios!

—Dime, ahora que me has escuchado, ¿quieres salvarme evitándome la vergüenza del presidio?

—Soy completamente tuyo.

Creo que mi quinta no será sospechada—sin embargo, nos prepararemos de manera á poder afrontar un registro de la Policia.

Vén conmigo.

Terrada llevó á Alzaga á la sala, donde había un gran armario de caoba, como los que se fabricaban en aquella buena época.

—Aquí, le dijo puedes estar con comodidad el tiempo necesario para buscar los medios de embarcarte.

Saldrás solo cuando yo crea que nada tienes que temer, es decir de noche.

Si viene la Policia á registrar la quinta no se sospechará que estás dentro del armario.

Y si lo sospecha y quiere registrarlo, siempre habrá recurso.

Mientras yo les impida la salida, peleando si es necesario, puedes tener siempre tiempo de salvarte.

Al efecto, cerca de aquí y con el pretesto de que voy á salir tendré desde ahora mismo un caballo ensillado.

—Bien hice en pensar en ti! exclamó Alzaga dejando brillar dos lágrimas sobre su párpado fatigado—eres verdaderamente noble y bueno.

Oh! ¿porqué me habré manchado de una manera que te impedirá ahora estrechar mi mano con la efusión y aprecio de otro tiempo.

—Déjate de pensar tonteras y vamos á lo que urge hacer ahora.

Los dos amigos desocuparon el ropero, llevando lo que había dentro al dormitorio de Terrada, para no dejar allí el menor vestigio.

En seguida sacaron la tabla tracera del ropero para hacer más fácil la respiración, tabla que llevó á ocultar el mismo Terrada al interior de la quinta.

Cuando concluyeron todos estos arreglos, era más de media noche.

Solo en el relato de sus miserias había empleado Alzaga la mayor parte de la noche.

Alzaga se recostó en la cama de su amigo, y al otro dia temprano, antes que la servidumbre se levantara, fué á ocupar su ropero.

Después de almorzar, ó comer, como se decía en aquel tiempo, Terrada vino á buscar á su amigo y le dijo:

—Creo prudente ir al centro, á informarme de lo que suceda, para proceder en consecuencia.

Puedes quedar tranquilo, porque en la casa, ignoran tu presencia, y si acaso te buscan ya, como temes, siempre he de llegar aquí antes que la Policia.

Alzaga se encerró en el enorme ropero y Terrada, como lo había prometido, se vino al centro á averiguar lo que sucedía.

Iba ya á retirarse, persuadido de que ninguna acción policial se había intentado, cuando lo sorprendió la noticia de la prisión de Arriaga, y más tarde la de Marcet.

Contra Alzaga se había espedido igual órden y habían ido á buscarlo á su casa creyendo encontrarlo allí.

La Policia había ido realmente á casa de Alzaga á reducirlo á prisión.

Pero solo hallaron la referencia que hizo don Bernardo Benavidez y la esposa del criminal, de

que el día anterior había salido Alzaga á caballo diciendo que volvería á cenar, pero que no habian vuelto á verlo desde entonces.

Era evidente que al sentirse perdido Alzaga habia fugado.

Pero como aun no había salido de la ciudad ó sus suburbios, la Policia ordenó el registro de varias casas de sus amigos y entre ellas la de don Carlos Terrada.

Al otro día á primera hora, se presentaba en la quinta de Terrada la Policia en busca de Alzaga.

—¿Y que diablos quieren ustedes que haya venido á hacer aquí? dijo éste.

Parece que el mozo no es tan tonto como se le supone y á estas horas se habrá puesto en lugar bien seguro.

—Es la que pienso yo, replicó el comisario, más, desde que ha salido á caballo, pero tengo que dar cumplimiento á la órden que aquí me trae.

¿Tendrá usted inconveniente en permitirlo?

—Líbreme Dios de negarme! pasen ustedes adelante.

La noche anterior, cuando había regresado Terrada y referido á su amigo lo que sucedia, ambos pensaron que la Policia iría allí, y para que Alzaga no fuera á hacer el menor ruido, acordaron que si iba la Policia, él se lo haría saber silbando á un perro.

Así es que cuando entró precediendo al comisario, dijo:—un momento—pueden andar por aquí los perros que son un poco bravos.

Y silbó como si los llamara, por repetidas veces.

Alzaga sintió los silbidos, se redujo en el armario al menor bulto posible y esperó atento dentro de aquél.

Cualquiera que hubiera aplicado el oido á las puertas, habría podido contar los latidos de su corazón.

Es que Alzaga tenía un miedo profundo de caer en poder de la justicia.

Ya su secreto, aunque á amigos intimos, lo había divulgado; su fuga misma era una prueba fehaciente y tenia un terror indescriptible ante una muerte espantosa.

El comisario, después de registrar la quinta hasta su último vericueto, pasó á las habitaciones, donde no halló nada que le llamara la atención.

En la sala se detuvo á descansar un momento, hablando con Terrada.

—Yo he hecho este registro por mera formula dijo:

Es claro que si Alzaga ha huido á caballo, no ha de haber sido para parar tan cerca.

Se ha de haber ido á la campaña.

—Lo mismo pienso yo, decia Terrada, aunque no puedo dar mi opinión por ser parte interesada en que se salve.

Y digame usted, ¿ serán estos mozos los asesinos de Alvarez?

—Aventurado es abrir opinión sobre asunto tan grave, pero en mi conciencia son ellos.

Hay un sin número de incidentes que así lo hacen creer, al extremo de que sus mismas declaraciones no están de acuerdo.

La verdad ha de manifestarse, de todos modos, sin que ellos puedan evitarlo, y el castigo es indudable que será con relación al delito.

Alzaga escuchaba y temblaba al extremo de temer que fuese á producir algun ruido que lo echara todo á perder.

Pero en aquel momento el Comisario se paró proparándose á retirarse.

—Usted perdone la incomodidad, dijo, siento mucho haber robado su tiempo y espero me sirva de disculpa la órden que le he mostrado ya.

—Queda usted perfectamente disculpado, replicó Terrada, y siento no poderlo ayudar en algo.

Usted comprende que, en la amistad que me liga con aquel desventurado, no sería propio que yo tomara cartas en su contra.

Y Carlos Terrada acompañó hasta la puerta á la incómoda visita.

Cuando no quedó duda ya que el Comisario y sus acompañantes se habían alejado de la quinta, Terrada abrió el armario y retrocedió á pesar suyo.

El aspecto de Alzaga era estupendo.

Aquel hombre representaba el terror en su faz, más repugnante.

Lívido como un cadáver, tenia el cabello pegado á la frente por el sudor frio que empapaba todo el semblante.

Su mandíbula inferior caía hacia el pecho, como la de un cretino y sus ojos parecían como querer huir de una visión aterradora.

¿Era el recuerdo de Alvarez asesinado ó la perspectiva de la horca lo que tal impresión habia hecho en su físico?

¡Quién sabe!

—Pero hombre! exclamó Terrada al verlo en aquel estado—creo que todavía no hay razón para que te dejes ganar de esa manera por el espanto.

Cuando se provoca una situación como la tuya, se debe tener el coraje de afrontarla.

No quisiera, te lo juro, verte caer hasta la cobardía.

—Yo no tengo miedo á la muerte, porque soy capaz de volarme los sesos, como no tengo tampoco miedo á la vida, puesto que me ves renunciar á su recurso.

A lo que yo tengo miedo es á la infamia, al lodo sobre mi nombre que es el de los míos!

Te asombrará que después de lo que te he referido yo tenga miedo á la infamia, y sin embargo puedo jurártelo.

Le tengo miedo por Catalina, por esa mujer que ha puesto una lápida sobre mi corazón, y por ese inocente que queda ahí á purgar las faltas del padre.

Oh! la justicia divina!

¿Que impresión quieres que me haga la justicia

de la tierra, cuando aquella á caido sobre mí inflexible y tremenda?

Ya lo ves, el primer castigo ha sido la pérdida de cuanto amaba en la vida—mi mujer y mi hijo.

Ah! maldecido Marcet! tú también tienes una hija y una mujer.

Su recuerdo ha de amargar también las horas de tu vida.

Dios es justo y ha de ser más severo contigo que conmigo mismo.

Y á medida que hablaba, el terror parecía haberse disipado de su fisonomía, siendo reemplazado por una expresión de dolor profundo.

—Bueno, dijo Terrada bondadosamente, pero la situación no es todavía tan desesperante!

—¿Y como no ha de serlo? ¿no has oído lo que ha dicho ese hombre?

No has oido lo que se piensa y las contradicciones en que ha incurrido Marcet y Arriaga?

La situación es desesperante, y mira, si no fuera por Arriaga á quien tengo verdadera lástima, haría antes de irme una exposición por escrito.

Esta sería mi venganza contra aquel catalán miserable.

—Bueno, amigo mio, dijo Terrada, ahora es preciso tratar de salir del mal paso en que te encuentras.

Yo, desgraciadamente, no puedo hacer más que esconderte, pero hay personas de grandes recursos que pueden hacer el resto.

Por ejemplo, escribele cuatro líneas á tu hermano don Félix, que es hombre de muchos recursos.

Él te tenderá la mano y completará la obra de salvación.

—Félix! exclamó Alzaga—mucho me costará decírselo, pero es preciso por él mismo, por el apellido, que es de todos.

—Escribe sin recelo, yo mismo llevaré la carta y añadiré lo que sea necesario.

Alzaga empezó á escribir inmediatamente, la lacónica y expresiva carta que copiamos á continuación:

«Querido Félix.

Es inútil que te diga una palabra respecto á la razón de esta carta, porque tú estarás ya en tantos antecedentes como yo mismo.

Me limito á decirte que, para salvarme y huir necesito tu protección, con la que cuento en toda su eficacia.

Si necesitas más datos, Carlos Terrada, dador de ésta, te los proporcionará.

Perdón y adios por la vida.

FRANCISCO ALZAGA.

Te prevengo que no quiero salvarme por mí mismo, sino salvar el apellido, en lo que aún se pueda».

Con esta carta se fué Terrada inmediatamente á ver á don Félix Alzaga que estaba aterrado ante los rumores que circulaban y los procedimientos de la autoridad.

No se atrevía á dar crédito á las versiones que circulaban, pero sin saberlo por que sentía un vago terror que no podía explicarse.

La verdad es que la afrenta que caía sobre su nombre era terrible, á ser cierto que Francisco fuera uno de los asesinos de Alvarez.

Después que leyó la carta de que era portador Terrada, su sentimiento no reconoció límites.

A no ser por un llanto regenerador, aquella razón hubiera estallado.

—¿Con que todo es verdad? dijo.

¿Con que este muchacho desventurado tan sólo por satisfacer caprichos frívolos ha rodado hasta el asesinato y el robo?

—Desgraciadamente todo es cierto, respondió Terrada.

Valor, pues, amigo y serenidad para afrontar la situación.

Lo primero, lo que más urge es salvar á Francisco, por él y por todos ustedes.

Peor sería dejarlo morir bajo el peso de una condena infamante, no solo por él sino por ustedes mismos.

Ha sido un desventurado, que se ha dejado arrastrar por un miserable rematado, por ese Marcet, que debe ser algún fugado de presidio.

Y por no perder tiempo, estractó la historia que le había referido Francisco.

Ahora, terminó, es preciso embarcarlo para algun punto del extranjero, y sin pérdida de tiempo.

Crea que mientras se arregla todo, en mi casa esta seguro, pero como nadie está libre de una casualidad, lo mejor es ganar todo el tiempo que sea posible.

Una vez preso, ya no habría remedio.

Don Félix Alzaga estaba aturdido aun por el peso de aquella inesperada y terrible revelación.

De pronto se dió un gran golpe en la frente y exclamó:

—Ya tengo mi hombre!

Ladislao Martinez es el único que puede salvarnos en semejante apuro.

Voy á mandarlo llamar.

Efectivamente, don Ladislao Martinez tenía fuertes negocios marítimos que lo obligaban á ocupar siempre diversas embarcaciones, á más de las que eran de su esclusiva propiedad.

Don Félix escribió cuatro letras á Martinez.

Y este gran patriota, cuya gran fortuna y corazón estuvieron al abnegado servicio de la causa Unitaria, acudió inmediatamente al llamado de su intimo amigo.

Don Félix no tuvo valor para decirle una palabra de lo que sucedía.

Le estiró la carta que había recibido y le señaló á Terrada.

—Todo lo espero de usted, le dijo.

Trate de salvar á ese muchacho, porque mi cabeza no me permite pensar nada acertado.

Martinez leyó aquella carta y miró sonriendo á Terrada, como si aquello no lo tomara de nuevo.

—Lo presumía, dijo—cuando se entrega un hombre á ciertas compañías y á ciertos vicios, el fin no puede ser otro.

Pero ahora no es tiempo de inútiles discursos. ¿Que se espera de mí? ¿en que puedo ser útil á la amistad?

Con franqueza y sin la menor reserva, estoy dispuesto á todo.

Comprendo que no debe haber tiempo que perder, por la premura con que he sido llamado—vamos, sin escrúpulo.

Carlos Terrada se acercó á Martinez, pues comprendió que don Félix seguía aturdido.

—Francisco está en mi casa, dijo, pero es preciso embarcarlo para cualquier parte, y don Félix cree que es usted el único que puede hacer este servicio.

—Por hecho, contestó don Ladislao Martinez, haciendo á Alzaga un cariñoso ademán.

Yo respondo que mañana á la noche Francisco estará á bordo, navegando para la Colonia—de allí puede tomar el rumbo que le parezca mejor.

—Conozco toda la nobleza de ese corazón, exclamó Alzaga al oirlo—por eso es que no he vacilado en mandarlo llamar, en la seguridad de que salvaría esta situación desesperante.

—No hay cuidado, respondo de todo.

Alzaga se retiró un momento al interior de la casa, de donde volvió al poco tiempo trayendo en un pequeño cajón de madera, una cantidad de onzas de oro que entregó á Martinez.

—Dele eso, dijo—dígale que es todo el dinero que tengo en este momento y que ruego á Dios lo ilu-

mine en el porvenir sombrío que le está reservado, pero que siempre estaré dispuesto á socorrerle de todos modos.

Martinez tomó aquel oro y se despidió saliendo junto con Terrada.

—Esta noche, dijo, lo llevaremos á un punto más cercano á la playa, mañana haré aprontar la embarcación que ha de conducirlo y á la noche todo quedará concluido.

Es preciso pensar en darle algun disfraz para que pueda seguirnos sin infundir sospechas.

Después, yo respondo que nada ha de suceder.

Cuando llegaron á la quinta de Terrada, ya habían arreglado el disfráz, acordando que se vestiría con la ropa y sombrero del sirviente de éste, pues asi podia seguirlos llevando cualquier cosa, sin dar nada á sospechar.

Los dos amigos esperaron á la noche para hablar con Alzaga sin temor que les viera la servidumbre de la quinta.

Cuando ésta se recogió, los dos amigos abrieron el armario, diciendo Terrada á Alzaga:

—Pronto, ponéte este traje que te disfrazará bien, que tenemos que salir.

Alzaga que se sospechaba lo que sus amigos tenian entre manos, se cambió de traje y solo abrió la boca para decir:

—Ya estoy pronto.

—Bueno, salgamos—dijo Martinez—lleva este paquetito como si fueras nuestro criado.

Con semejante traje y entre la oscuridad de la noche, no creo que haya nadie capaz de conocerte.

Martinez era un hombre demasiado conocido para no poder desvanecer cualquier sospecha.

Así salieron los tres de la quinta de Terrada.

En aquellos buenos tiempos se podian hacer este género de escursiones, sin que la policia se mesclara para nada.

Su servicio era diferente, como ya lo hemos di-

cho, y fuera de dos ó tres cuadras alrededor de la plaza, no se ejercía la menor vigilancia.

Los tres amigos caminaron hasta la barraca de Soler, inmediata á la playa, cuyas puertas se hizo franquear Martinez, que era conocidísimo por el empleado que quedaba allí durante la noche.

En la barraca quedaron Alzaga y Terrada, miéntras Martinez iba en busca de Soler para solicitar su concurso y que fuese á la barraca mientras él se ocupaba de buscar la embarcación que debía de llevar á Alzaga hasta la Colonia.

Aquella noche y el día siguiente fueron de gran alarma para el fugitivo.

A cada instante creía ver llegar á la policía en su busca.

Terrada, cediendo á sus ruegos, no se le separó un solo momento.

Don Ladislao Martinez, que había fletado una ballenera, llegó á la caida de la noche, diciendo que todo estaba listo.

—Cuando usted quiera, amigo mio, le dijo, solo á usted se espera.

Alzaga, profundamente conmovido, agradeció á Martinez cuanto había hecho, y se preparó al viaje.

Probablemente no nos volveremos ya á ver sobre la tierra, dijo; les ruego entonces que hagan mi recuerdo lo menos odioso que les sea posible.

Los amigos, infundiéndole todo el valor posible y tratando de darle algun consuelo, lo acompañaron hasta la ballenera, que se puso inmediatamente con rumbo hacia la Colonia, donde llegó á la madrugada siguiente.

Dejemos por ahora á Alzaga, á quien pronto hallaremos nuevamente, pues es su suerte, la de su esposa y la de su hijo, lo más drámatico de nuestro relato.

La vida de cada uno de ellos fué una sucesión de incidentes de los más dolorosos y trágicos.

LA SENTENCIA

La impresión que el descubrimiento de este crimen había hecho en la sociedad era terrible.

La mayor parte de los salones frecuentados por el gentil Arriaga, habían sido cerrados como muestra de horror y de dolor.

Aquellas familias inocentes y puras no se atrevían á creer que aquel joven tan hermoso y delicado, hubiera sido capaz de cometer un crímen tan brutal.

A pesar de todo, no había una sola persona que no sintiera verlo envuelto en aquella célebre causa, cuyo desenlace indudable debía ser la muerte de los acusados.

Y asi como Arriaga había conquistado la piedad en la sociedad entera, no había una sola persona que no sintiera su antipatía por Jaime Marcet, autor indudable é instigador del bárbaro asesinato.

La causa pasó al fiscal señor Planes, quien en tres días puso la causa en estado de fallarse, dejando contra los procesados todos los indicios que hemos espuesto y valorando á cada uno de por sí y á todos juntos.

Dedujo ser los tres acusados, no solo homicidas, sinó alevosos y verdaderos asesinos.

La vista fiscal concluía pidiendo para los reos la pena de doscientos azotes por las calles públicas, dos horas de vergüenza pública y expatriación de la provincia, comprendiendo en esta sola última pena á Francisco Alzaga.

Esta vista fiscal valió al señor Planes la más amarga censura por parte de la sociedad, en un terrible artículo que contra él publicó *El Tiempo.*

¿Como es que si el fiscal los reconocía como asesinos aleves, se contentaba con semejan pena arbi-

taria, que no era la que mandaba la ley para tales casos?

Era indudable que el fiscal se había dejado influenciar, y habia faltado lastimosamente á sus deberes.

Convencido el juez de la causa, doctor Cueto, que Alzaga había fugado, hizo fijar en los sitios, más públicos el siguiente edicto:

" El Dr. D. Bartolomé Cueto, juez de primera instancia en lo criminal en esta ciudad y su jurisdicción, etc.

"Por el presente cito, llamo y emplazo á Francisco Alzaga, reo en la causa criminal que de oficio se sigue, por el asesinato y robo cometido en la persona y bienes de don Francisco Alvarez, la noche del 5 del mes próximo pasado; para que dentro del término de tres días, se presente en la cárcel pública para ser oido en justicia: bajo apercibimiento de que, si no lo hiciere, se le seguirá la causa en los estrados del juzgado, hasta la sentencia definitiva, pues por decreto de ayer así lo tengo mandado—Buenos Aires, 1° de Agosto de 1828—*Bartolomé Cueto*—Por mandato del Sr. Juez, Miguel Mogrorejo".

Y en seguida apresurado por el Superior Tribunal y por el gobierno mismo, pronunció la siguiente terrible sentencia.

" . . . fallo, atendidos los méritos del proceso á que en caso necesario me refiero, que debo condenar y condeno á Jaime Marcet, Juan Pablo Arriaga y Francisco Alzaga, á éste en su ausencia y rebeldía, á la pena ordinaria de MUERTE con calidad de aleve, cuya ejecución, por la atrocidad del crímen, se verificará en la plaza principal de la Victoria, poniéndose sus cadaveres en la horca á la pública espectación, y al pago del dinero de mancomun, con las costas causadas y restitución de la sortija robada á don José María Almagro; y por esta sentencia que habrá de consultarse, antes de ejecutarse con los señores de la Exma. Cámara de

Justicia, la, pronuncio, mando y firmo en Buenos Aires etc.

Bartolomé Cueto."

Pasada la causa en consulta, la Cámara confirió vista al fiscal don José Francisco Acosta, quien debía espedirse, en el término de diez días.

Fué entonces que los reos, aterrados ante una sentencia tan terrible, nombraron sus defensores, Arriaga al Dr. Gabriel Ocampo, y Marcet al Dr. Pedro José Agrelo, abogados distinguidísimos, sobre todo este último cuya reputación vive todavía.

Ambos se encargaron de sus respectivas defensas, con verdadero ardor é interes.

El puñal que diera muerte á Alvarez habia causado al mismo tiempo la eterna desdicha de séres inocentes, cuyo único delito consistia en haber amado á aquellos asesinos.

Figuraba en primera linea don Fermin J. de Arriaga padre de Juan Pablo.

Este era un anciano venerable, respetadísimo en la sociedad por su honradez acrisolada y su virtud ejemplar.

Cuando todo no pasaba de un rumor popular sin fundamento sério, se veia sonreir al noble anciano, y repetir á cuantas personas con él hablaban:

—La calumnia no respeta nada en este mundo!

Hoy se ceba en el buen Juan Pablo—mañana tendrá que doblarse ante la justificación de mi hijo, la más buena é inocentes de cuantas criaturas conozco.

Pero cuando la acusación tomó cuerpo y la declaración de testigos y aparición del cadáver de Alvarez empezó á constatar los hechos, el buen anciano sintió como una montaña que se desplomaba sobre su espíritu y empezó á tener miedo.

¿Se habria dejado su hijo seducir por Marcet que era un aventurero desconocido?

¿Habría cooperado inocentemente á la realización de tan nefando crímen?

Cuando á los presos les fué levantada la incomunicación, don Fermin Arriaga fué el primero que se presentó en el calabozo de su hijo.

Fué aquella una escena tierna y conmovedora.

El padre, llorando, instaba á su hijo para que le dijera la verdad y si era culpable emplear él en salvarlo todos los medios humanos.

Y el hijo, llorando también amargamente, no se atrevía á confesar su infamia y negaba los hechos perss tiendo en su inocencia.

Ante las canas del padre, ante aquel semblante sereno que irradiaba la pureza de su espíritu noble, el joven se sintia impresionado de una manera terrible.

Oh! en aquellos momentos hubiera dado su vida por su inocencia.

El anciano salió del calabozo de su hijo, más consolado, pero no satisfecho del todo.

Hubiera deseado verlo más firme, sin el abatimiento que lo postraba y que no era la actitud natural con un inocente.

Pero cuando el proceso siguió adelante y el Juez Cueto pronunció su terrible sentencia, el anciano sintió que el juicio lo abandonaba por completo.

Él no estaba persuadido aun que Juan Pablo fuera un asesino, creia que aquella sentencia era mostruosa, y por la misma razón su dolor era incalculable.

Y el golpe era terrible.

Aquel noble viejo había criado á Juan Pablo, su único hijo, con todo el amor y abnegación de que es susceptible el corazón de un hombre.

Lo habia rodeado de ejemplos de virtud y hombría de bien, lo había educado de una manera esmeradísima, hasta formar un hombre en cuyo porvenir cifraba todo lo que la vida podia encerrar para él.

Y cuando se extasiaba en la contemplación de su

hijo hermoso y considerado de toda la sociedad, cuando creia poder morir tranquilo por haber cumplído con exceso su misión sobre la tierra, se encontraba con que aquel hijo tan querido, con que aquel ser hermoso y bueno, en cuya formación había empleado veinte años de su vida, era un asesino miserable y cobarde, que debía morir en una horca!

No puede el corazón de un hombre, ser herido de manera más tremenda!

El buen anciano sintió que las fuerzas le abandonaban, que aquel dolor era inaguantable, y lamentó que la lápida de la tumba no hubiera cubierto ya su cuerpo!

Desde el día de la sentencia, se le vió por todas partes, con los ojos preñados de lágrimas y el ademan desesperado, pidiendo á todas sus relaciones lo ayudaran, en la empresa de salvar á su hijo, como se había salvado Alzaga.

Desde el Coronel Dorrego, gobernador de la provincia hasta el mismo Angel Alvarez, á todos vió Arriaga interesando su piedad en favor de su hijo.

Pero si el aspecto lloroso del anciano infundía piedad y respeto, esta piedad era pronto borrada por el recuerdo de aquel crimen bestial cuya única razón de ser fué tan solo la propiedad de una miserable suma de dinero.

Los detalles del crímen, tan repugnantes y cobardes, frescos aun en el ánimo de todos, impedían que nadíe quisiera hacer el más mínimo esfuerzo para la salvación de Arriaga.

Así el anciano veía que todas las puertas se le cerraban, menos la del joven abogado que había aceptado la defensa de su hijo.

Y de él se había amparado como de una única tabla de salvación.

—No tenga miedo, le decía Gabriel Ocampo, que queda mucho que pelear todavía.

Hasta ahora no hay una sola prueba que pueda

autorizar una sentencia de muerte, y el tribunal tendria que retroceder.

No digo que no haya indicios, pero por simples indicios no puede aplicarse todo el rigor de las leyes.

Estas frases del abogado y las protestas de inocencia en el hijo, eran los únicos consuelos momentáneos de que gozaba el pobre padre.

El ánimo de Arriaga habia decaido de una manera notable desde que conoció la sentencia.

Comprendió que no habia salvación posible y se dejó ganar por el abatimiento.

Si no confesaba todo, era unicamente por no amargar la creciente desesperación del padre, comprendiendo que sus negativas siquiera servirian para dejar una duda saludable en el espíritu del anciano.

Estaba resuelto á expiar su falta con la muerte haciendo unicamente lo posible para sustraerse á la infamia de la horca.

—Si tuviera quien me alcanzara un poco de veneno, pensaba—esto sería la única salvación posible para mí.

Arriaga inspiraba la compasión de cuantas personas lo veian.

La palidéz enfermiza que la prisión y el remordimiento habian esparcido sobre su semblante, lo hacian más horroroso aun.

Parecía imposible que una fisonomía tan bella y de expresión tan bondadosa perteneciera á un hombre capaz de semejante crimen.

Marcet presentaba un aspecto bien distinto.

Indiferente y risueño hasta la insolencia, habia acojido su sentencia de muerte de una manera glacial.

—Son unos estúpidos, habia dicho, y ese señor Cueto es un mentecato.

Esta sentencia no puede pasar en la Cámara, porque no tiene fundamento alguno.

¿Que así no más, por simples indicios y por ca-

pricho de un juez puede condenarse á la muerte y á la infamia á séres inocentes que á nadie han ofendido?

Estúpidos! culparme á mí del asesinato de Alvarez, es lo mismo que culparme de la muerte del gran turco.

No tienen ni criterio ni vergüenza para poner su firma al pié de semejante sentencia.

El cinismo soberano de este asesino, irritaba á cuantos por casualidad lo escuchaban.

Estaba en la conciencía de todos que Marcet, no solo era el autor y ejecutor de toda la trama sino que era quien habia arrastrado á sus jóvenes amigos para que le ayudaran en el crímen.

Por esto es que al escucharlo, todos sentían por él una viva repulsión.

Su aspecto no era otro que el de un asesino inícuo.

Había arrojado su careta de hombre honrado y se presentaba en la espantosa desnudez de su espresión repelente.

Se reía del abatimiento de Arriaga, á quien solía injuriar groseramente diciéndole:

—¿Y si tenías un corazón de gallina, á que te metistes en empresas reservadas solo á los hombres de gran temple?

Arriaga lo miraba entonces de una manera especial, contentándose con replicarle:

—Doy por bien empleada mi muerte, con tal de verte caer á ti primero.

Confieso que no te creía tan miserable, pues me había hecho la ilusión de suponerte un hombre de ciertos sentimientos que distinguen al hombre del bruto.

Hoy estoy convencido que eres un gran miserable.

A estas palabras Marcet respondia siempre con una ruidosa carcajada.

—Eres impagable! le decía—de todo punto impagable.

Cualquiera que te oyera no supondria que eras una alhaja tan preciosa.

Pobre Arriaga! el miedo á la muerte te ha vuelto estúpido—tu suprema cobardía te ciega y te hace ver visiones.

Eres un desgraciado.

Otra de las victimas inocentes que inspiraba mayor compasión que el mismo don Fermin Arriaga, era la desventurada esposa de Marcet.

Para ella no hubo un momento de duda.

Desde el primer rumor que llegó á sus oídos, la pobre mujer tembló por la vida de Marcet, que más que su esposo, era el padre de Dolores, sobre quien recaería aquella mancha terrible.

¿Qué podía ella extrañar de Jaime Marcet, que habia atentado contra su propia vida?

¿No era lógico acaso que el que había querido asesinar á su propia mujer asesinara también á un extraño, impulsado por la pasión al dinero?

A pesar de esta seguridad, nada dijo, se reconcentró en el amor de su hija, y buscó un desahogo en el llanto, tan familiar ya á sus ojos.

Una sola esperanza le quedaba: el talento con que Marcet hubiera preparado el crímen no dejando contra él el menor rastro.

Pero cuando vió que Marcet era preso, cuando conoció las declaraciones prestadas por sus propios servidores, la pobre mujer perdió también esta última esperanza.

Que el castigo debía ser terrible, demasiado lo conocía.

Lo pedia la sociedad entera y lo aconsejaba *El Tiempo* en terribles y violentos artículos.

«Por lo mismo, decía, que los criminales pertenecen á la primera sociedad, la justicia debe ser con ellos inexorable».

La fuga era un recurso poderoso, y á esto la noble mujer puso todo su noble esfuerzo, ocupando á sus relaciones, y entre ellas á Juan Manuel Rosas,

que empezaba entonces á figurar con alguna influencia.

En esos días, y mientras más afanosa andaba mecida por la esperanza de hacer fugar á su marido, el juez Cueto pronunció su tremenda sentencia.

No había tiempo que perder.

Jacoba se conformaba á todas las desventuras del destino, menos á ser la viuda de un ajusticiado.

¿Qué porvenir le esperaba á su pobre é inocente hija, si se cumplía aquella sentencia infamante?

La hija de un ajusticiado, y de un ajusticiado por asesino y ladrón!

La pobre mujer se desesperaba haciendo terribles esfuerzos por serenarse, pues si perdía ella la razón ¿qué sería entonces de aquel ser inocente y bello?

Jacoba, con su hija en los brazos y el dolor en el corazón, volvió á implorar el contíngente de sus parientes y amigos.

Era don Juan Manuel Rosas el más empeñado en la fuga de Marcet.

Pero había para esto que vencer un gran obstáculo, y este obstáculo no era otro que el del alcaide de la cárcel, don Antonio Tejedor, raro y recto carácter.

Don Juan Manuel se resolvió á ir directamente al obstáculo y abordó una noche al alcaide Tejedor, esponiéndole francamente el objeto de su visita.

Pero Tejedor se negó abiertamente á servirlo.

Rosas lo acometió por el lado de la piedad, pintándole con tocante colorido la situación de Jacoba y su hija, pero el alcaide se mostró firme y dispuesto á cumplir con su deber y responder á la confianza en él depositada.

Viendo que por aquel lado todo sería inútil, Rosas, con su habilidad diabólica empezó á despertar

su codicia, ofreciendo una fuerte suma que llevaba consigo.

Pero Tejedor se mantuvo en su negativa, rechazando con altura el dinero que se le ofrecia.

Rosas, como último recurso, hechó mano de la amenaza.

—Usted sabe que yo puedo mucho ahora, y que podré más todavía.

Si usted no me sirve ahora, cuente con que yo le haré todo el mal posible.

—Paciencia, contestó el alcaide, pero habré cumplido con mi deber, y desde hoy el preso estará más guardado que nunca.

Rosas se retiró enfurecido y esa fué la causa para que destituyera al alcaide Tejedor, en cuanto subió al gobierno después del motín de Diciembre.

Pero más tarde, cuando el tirano necesitó servidores leales é incorruptibles, recordando este mismo incidente, fué que repuso á Tejedor en su puesto de alcaide de la cárcel.

—Si no lo pude corromper yo entonces, se había dicho, no habrá nada sobre la tierra que los haga faltar á los deberes de su empleo.

Así es que Rosas llevó su confianza en aquel hombre, hasta mandar á la cárcel á su propio hijo Carlos, en tiempo en que una prisión era casi una sentencia de muerte.

La pobre esposa de Marcet vió escaparse esta última esperanza, y su desesperación no tuvo límites.

Todos los días, con su hija en los bazos, iba á la cárcel á visitar su marido.

—No seas tonta le decía el audáz asesino, que nada me han de hacer.

Cuento con un defensor de primera fuerza que me sacará airoso, porque no hay pruebas convincentes.

La sentencia de ese estúpido de Cueto que ha querido pasar por un magistrado recto, será revocada y modificada por algún tiempo de prisión que no cumpliré.

—No seas pues tonta, es necesario vayas preparando las cosas, pues dentro de poco nos mandaremos mudar de un país de cafres, pues no es otra cosa tu famoso Buenos Aires.

Y ella sufría más aun ante el cinismo clásico de aquel hombre.

Marcet parecía un indiferente—no parecía ciertamente un hombre sobre cuya cabeza pende una setencia de muerte.

Ó era demasiado bravo, ó tenía la plena seguridad de evadir la acción de las leyes.

Él recibía todas las visitas con igual alegría, no permitiendoles que se ocuparan de su asunto.

—Eso es lo que menos me importa, decía, pues tengo fé en que al fin ha de brillar mi inocencia.

Muchas veces su esposa se encontró allí con otras mujeres que en el condenado iban á visitar al amante.

Pero devoró en silencio el nuevo ultraje, y llevó hasta la mayor exageración lo que ella llamaba sus deberes de esposa.

Muchas veces que Marcet, mostró deseos de que se fuera, antes que le dijera nada, tomó á su hija en sus brazos y se retiró sofocada por el dolor y la vergüenza.

Y al otro día era la primera persona que entraba al calabozo, más cariñosa y solicita que nunca.

Jamás oyó Marcet de sus lábios el menor reproche.

Se contentaba con llorar, y cuando creía que su llanto podía molestar á su esposo, secaba sus lágrimas y devoraba sus sollozos.

Aquella pobre señora habia enflaquecido y envejecido diez años en aquel mes de amarguras.

—Trata de fugar, se atrevió á decirle un día! cuenta para ello con cuanto yo poseo, que tal vez el dinero ablande el corazón de estos hombres.

No tengas cuidado por eso, que cuando llegue el caso hablaremos. Ya te he dicho que no temo nada, porque ademas de todo, mi defensor es famoso.

Pero si contra todo lo que es justo y lógico se confirma la sentencia, ya pensaré entonces y realizará la fuga. Ese imbécil de Alzaga es el que ha venido á arrojar con su fuga la peor sospecha, pero ¿que tengo yo que hacer con las acciones de Alzaga y de todos mis amigos?

Si él ha fugado, sabrá porque lo ha hecho—en cuanto á mí, no he fugado porque nada tenía que temer, pues tiempo y medio no me han faltado.

Ya se pueden figurar esto los imbéciles que me juzgan. La ciudad no podria memos de mirar con una profunda compasión á aquella mujer verdaderamente desventurada.

Quedaban por otro lado, Catalina Benavidez y su hijo, victimas inocentes del crímen de Alzaga.

Para esta infeliz el porvenir se mostraba mas sombrio por la misma posición social que ocupaba, y por su hijo mismo á quien en la cuna, venía á sorprender un anatema de infamia, que haría de su vida un horror el dia que descubrierá quien había sido su padre.

La Estrella del Norte sufría más como madre que como esposa, pues su amor por Alzaga parecia haber muerto en su corazón, como lo decía esto á su amigo Terrada. Fugado su esposo, nada tenía que hacer con la cárcel y la justicia, como el padre de Arriaga y la esposa de Marcet.

Desde aquel momento vistió un luto riguroso, entregó á la justizia todo lo que á Alzaga pertenecia, por requisición del juez y se encerró en su casa, negándose á ver á nadie que no fueran sus parientes más immediatos.

El hijo de Alzaga, más feliz que la de Marcet fue criado y colocado con los hermanos menores de don Felix y don Martin Alzaga, y con sus primos, en la memorable escuela de don Juan Peña.

Ya lo encontraremos entre la brillante guardia nacional de Buenos Aires, defendiendo los cantones del Retiro, donde por la imprudente maldad de un compañero, perdió el juicio.

N anticipemos aquellos dramáticos y dolorosos

sucesos. Catalina y su hijo estaban destinados á ser las victimas inocentes y desamparadas de aquel crímen feróz.

Así como la esposa de Marcet conservaba el lenitivo de las esperanzas que éste le daba, la desgraciada Catalina estaba convencida que no había salvación posible.

Pero ella siquiera tenia el consuelo de una familia cuyo cariño mitigara su vergüenza mientras que Jacoba debia gemir en la soledad y en el mas terrible desamparo.

Joven y beliísima, á pesar de todo, el tiempo le bridaba el recurso del olvido, única cosa que puede curar les heridas del corazón. La justicia, entretanto, seguia su marcha inalterable.

Los doctores Agrelo y Ocampo habian preparado sus defensas, brillantes defensas por cierto, que no transcribimos por no hacer pesaba esta narreción, y el superior tribunal, á pedido del gobernador Dorrego, había suspendido el curso de todo asunto, para dedicarse esclusivamente á la terminación de la causa de Alvarez.

Habia en la sociedad una exitación terrible por conocer el fallo definitivo. Unos opinaban que se confirmaria la sentencia del juez Cueto, pero otros que habian leido las defensas, publicadas por el *Tiempo*, pensaban que la sentencia sería modificada.

El señor Arriaga, aquel anciano tan noble y desgraciado, había publicado la defensa de su hijo con esto enternecedora dedicatoria al público.

« Si el deseo de no omitir medio alguno que pueda resultar en beneficio en un hijo desgraciado, me ha impelido á dar á la prensa la defensa de su causa, el respeto que tribute á la opinión, me inspira el deber de dedicársela al generoso pueblo de Buenos Aires. No es mi objeto exitar la compasión de una sociedad resentida, ni el atrevido empeño de presentarle un inocente.

No, lejos de mí una idea que serviria para desconceptuarme, en los mismo momentos que trato de acreditar la pureza de mis sentimientos.

Es solo el interés que este documento pueda leerse en el augusto tribunal de la fama pública y verse desde allí, con fijeza el grado de criminalidad en que aparece el difendido.

Yo me conformaré con sus decisiones, sea cual fuere la acojida que merezca; no por eso se perturbará mi resignación: ya está hecha.

Yo beberé hasta la heces el cáliz amargo que me ha preparado el destino; y si logro sobreponerme á los pesares encadenados que la desgracia misma ofrece ya á mi imaginacion, no por eso diré que mi alma es grande: nada valgo, nada seré y de todos modos tributaré una sumisa gratitud á la sociedad en que existo».

Aqui siguen algunas consideracioues de gratitud hacia el defensor, terminando la dedicatoria con este párrafo.

«En todo tiempo diré que esta defensa, en mis mayores conflictos, me dió momentos de consuelo, y que en ella y en la bondad del público, á quien se consagra, tuvo siempre fijas sus esperanzas este angustiado padre».

Aquella defensa era realmente una pieza de primer órden, en la que el doctor Ocampo había volcado todo el brillo de su inteligencia y todos los recursos de su ilustración. Ella produjo una gran impresión en la Cámara que estaba ya commovida por la eloquencia grandiosa del doctor Agrelo.

Pero no bastaron ellas para salvar á los reos.

EL ÚLTIMO ESFUERZO

En las primeras audiencias se leyó la larga vista fiscal, severa y meditada, aconsejando la aprobación de la sentencia y burlando amargamente al fiscal en 1ª instancia, por haberse apartado de las leyes más rudimentarias para pedir aquella pena arbitraria y leve, en relación al delito.

La vista confrontaba todas las pruebas presentadas, todas las declaraciones del proceso, concluyendo por declarar solemnemente que aquellos eran los cobardes asesinos de don Francisco Alvarez.

Estaban tan bien estudiados todos los puntos, se hacía tan palpable la manera como se había consumado el crímen, que no había lugar á la más ligera duda.

Aquella luminosa vista debía pesar de una manera potente sobre el ánimo de los jueces.

A pesar de esto, y sin acobardarse, los defensores tomaron la palabra sucesivamente, leyendo las defensas de que ya hemos hablado, y combatiendo algunas conclusiones en aquella luminosa vista fiscal.

Concluidas las defensas de los reos, el fiscal tomó la palabra para adelantar y sostener su dictámen, pidiendo la aprobación llana de la sentencia.

Valoró los indicios uno á uno y sostuvo que los acusados estaban plenamente convictos.

Abierta nuevamente la audencia, el doctor don Pedro José Agrelo tomó de nuevo la palabra en defensa de Marcet, haciendo verdadero lujo de inteligencia y de ilustración.

Entre otras, muchas cosas el eminente abogado decía: En toda causa y en las criminales de oficio, principalmente, se puede probar en segunda instancia lo que no está bien probado en la primera y adelantarse justificaciones, bien en favor de los reos, como yo espero que podria suceder en la presente, bien en favor de la verdad, cualquiera que ella fuese; mucho más en este caso, cuando se presenta una porción de citas interesantes que no se han examinado y que no podremos saber hasta donde nos podrian llevar en la inquisición de este suceso.

Si el resultado fuese contrario á los reos, los defensores serian los primeros en acompañarlos con sus lágrimas al suplicio que sufran por su delito.

Pero si les puede ser tambien favorable, como yo lo espero, no hay un motivo legal y bastante para privarlos de este mayor esclarecimiento.

Resulta de aquí, que después de todo lo que se ha

concedido en la consulta, aun puede esperarse mas del grado de apelación.

Es necesario persuadirnos que nadie se ha sorprendido aquí con el delito que nos ocupa, añadió de una manera severa y agresiva.

Esa cárcel está llena de criminales, de delitos de más alta categoria y nadie hace alto en ellos.

Le que aquí ha promovido ese interés estraordinario que se nota, es la calidad de las personas acusadas, sus relaciones de familia y de amistad y su rango en la sociedad.

¿Y no seria conveniente por respeto á esas mismas relaciones, proporcionar en el asunto la mayor suma de ilustración y conocimiento posibles de la culpabilidad de los reos, si en efecto son culpables, para exgir su adquiescencia á un fallo tan terrible?

¿Qué tiempo podría perderse en esto? ¿Sería una demora tan grande la de ocho ó quince dias?

La autoridad tiene sobrados medios para tenerlos en seguridad hasta los últimos resultados y la gravedad de la causa y su naturaleza espinosa exigen que no nos precipitemos."

El doctor Agrelo en apoyo de estos conceptos produjo dos ejemplos recientes de dos causas de indicias en que los supuestos reos habían sido vindicados de la culpalidad que se les atribuía, cuando más culpables los presentaban los autos.

El uno, por testimonio del verdadero reo que fué á declararse tal en el reino de Francia estando para ser ejecutado por otro homicidio.

Y el otro con la circunstancia de que la inocencia del acusado parece que se descubrió en la ciudad de Mendoza después de haber sufrido el castigo.

En cuanto á la acusación del fiscal, confesó que éste había esforzado y valorado de un modo imponente, los indicios que resultaban contra los acusados. Pero los defensores por su parte los han combatido tambien, repuso, de un modo vigoroso en el concepto del mismo señor fiscal.

Resulta pues, de una manera innegable que no están destacados con evidencia el delito y sus au-

tores y que no hay una plena prueba para el castigo. El defensor de Arriaga se limitó á añadir algunas pequeñas observaciones, pues la defensa de Agrelo era magistral. No podía decirse nada más convincente en defensa de los reos.

Si los jueces no estudiaban sus argumentos, era porque estaban decididos á sentenciar á pesar de todo, y entonces todo era inútil.

Terminada esta última audiencia el alto tribunal se reunió á deliberar, para dejar terminada la causa ese mismo dia.

Los argumentos hechos por el doctor Agrelo eran profundos y obligaban á meditar seriamente dada la gravedad de la sentencia consultada.

Pero más profundo era il convencimento que tenían los jueces, de que aquellos eran los asesinos.

¿No lo habia confesado el mismo Alzaga antes de fugar, con sus menores detalles?

Cuando estas confesiones había hecho, es cierto que estaba èbrio, pero esta era una razón más, segun el fiscal, que venia en apoyo de la sinceridad en sus palabras. La vindicta pública y las necesidades sociales exigian un ejemplar castigo.

El tribunal permaneció aun largo rato reunido, estudiando y discutiendo todos los puntos del proceso, hasta que pronunció su sentencia definitiva é inapelable. El tribunal aprobaba en todas sus partes la sentencia consultada, mandando pasar el oficio correspondiente al superior gobierno.

Esta terrible sentencia fué pronunciada el dia trece de Setiembre, debiendo ejecutarse el 16, tres dias después. No quedaba, pues, más recurso que el de gracia y en este sentido empezaron los trabajos de los defensores.

El doctor Agrelo, conmovido ante el dolor de la esposa de su defendido, puso en juego todas sus relaciones para que el Coronel Dorrego, Gobernador de Buenos Aires conmutara la pena usando del hermoso derecho que le daba la Constitución. Pero con profundo dolor notó que Dorrego estaba dispuesto á no perdonar y á hacer cumplir la senten-

cia. Lo único que lo hubiera hecho vacilar eran las consideraciones que tenía á la familia de Alzaga, pero habiendo este fugado, no había nada que esperar ya.

Nada debía omitirse á pesar de todo, y la esposa de Marcet se presentó al gobierno con la siguiente conmovedora solicitud, que el gobierno resolvió, mandando ocurrir donde corresponda.

Representación al Exmo. Sr. Gobernador

Exmo. Sr.

Jacoba Usandibares, esposa de Jaime Marcet, viene con una hija tierna á arrojarse á los brazos de V. E. é implorar de su bondad en favor de su esposo y de su padre, el ejercicio de la más noble atribución con que la ley ha investido el eminente destino que le ha confiado en la República.

Este infeliz se haya condenado por la justicia á la pena ordinaria de muerte, que debe ejecutarse mañana en su persona; pero después que el poder judicial ha hecho así de las leyes la aplicación que le corresponde, la misma ley le dá á V. E. el poder de conmutar esta pena.

La sola muerte, señor Exmo., no es muchas veces el castigo más saludable de un delito, y se ha dicho tambien que la comutación de una pena suele ser tambien un gran acto de justicia.

V. E. es el ministro de esta clemencia pública en la nación ¿y qué mejor ocasión de ejercitarla que la que ofrecen hoy las glorias que V. E. he sabido conquistar en la paz que va á celebrar?

¿Permitira V. E. que en unos días tan gloriosos se mezcle el gozo público con las lagrimas de una familia desgraciada, viendo correr la sangre de dos víctimas miserables sobre esta tierra santa de libertad?

V. E. puede evitar este contraste con un solo acto de su voluntad· la ley lo autoriza para ello, y un corazón sensible tiene todas las disposiciones para ejercitar un derecho que se ha reconocido y alabado en los gobiernos más despóticos?

Salga enhorabuena de la República, mi esposo, y no vuelva á ella tambien por toda su vida: esta es una muerte positiva con respecto á la sociedad ¿qué mas producido saludable puede darle la muerte natural de un hombre que no pueda obtenerse con esta conmutación?

Una gracia tal dejará satisfecha la justicia pública y derramará el consuelo en una familia desgraciada, sin agravio de las leyes ni de la moral.

Yo la imploro.

Jacoba Usandibares de Marcet.

«No estando en las facultades del gobierno, adherir á esta solicitud, ocurra donde corresponde».

Rúbrica de S. E.

Rojas.

Quedaban aun abiertas las puertas de Congreso y alli fué á golpear la esposa de Marcet, con la fe que le daba su esperanza.

A la Honorable Sala de Representantes de la Provincia.

M. S. H. de RR.

Doña Jacoba Usandibares, esposa del reo Jaime Marcet, que debe ser ejecutado el día de mañana 16 del corriente, ante V. H. con su más profundo respeto se presenta y dice:

Que habiendo ocurrido ante el Exmo. Superior Gobierno por la representación adjunta, solicitando en favor de su desgraciado esposo, el ejercicio del derecho de gracia que la ley le concede, para la conmutación de la pena capital decretada contra el reo, se ha servido S. E. declarar que no se considera autorizado para hacerla en el caso, mandándome ocurrir donde corresponda.

Bien puede ser, señor, que la naturaleza del delito sea un obstáculo para la gracia pedida por parte de S. E.

Pero si el delito es grande, no lo es menos ante es bien extraordinario el motivo plausible sobre que se funda la petición: como elevada también la representación y autoridad de V. H. para hacer una excepción extraordinaria á las leyes generales de la justicia.

Yo reproduzco también á V. H. lo que he expresado al Exmo. Gobierno, por el adjunto memorial que acompaño con su supremo decreto.

Imploro toda la clemencia de los H. RR. del pueblo de Buenos Aires y quiero lisonjearme con la esperanza de que, desde la elevada posición que tan dignamente ocupan, no me negarán su mano para enjugar las lágrimas de una familia desgraciada.

Jacoba Usandibares de Marcet.

¿Que respondería el Congreso?

Esta duda hacia latir su corazón de una manera desesperante.

La pobre mujer estaba sostenida tan sólo por la fiebre de la excitación.

Aqui tropezaron con una dificultad más pesada, que el Congreso no debia reunirse hasta el día siguiente, que era el dia de la ejecución, y entonces todo sería inútil.

¿Como hacer reunir el Congreso, cuando y eran más de las 12 del día 15?

Sin desmayar un momento, el noble doctor Agrelo, con un empeño sobrehumano y una actividad pasmosa, se puso en esta ruda tarea.

Personalmente y ganando tiempo empezó á ver álos congresales en sus domicilios, encareciéndole

una reunión extraordinaria para que tomaran en consideración y resolvieran la petición de aquella mujer desventurada.

Bien relacionado y algo influyente, Agrelo hallaba á sus amigos dispuestos á servirlos

Entonces de á dos y de á tres, como podía, los acompañaba él mismo hasta el Congreso, donde les suplicaba esperaran la llegada de los demás representantes, hasta completar el número necesario para formar quorum.

Pero en el interior del Congreso había alguien que, conociendo los trabajos de Agrelo, había ido allí á desbaratarlos, oculto de manera que no pudiese ser visto por Agrelo á su llegada con nuevos congresales.

Este alguien era el gobernador Dorrego que, indignado con el monstruoso crimen y apremiado por la opinión pública queria que se hiciera justicia, cumpliendo la sévera sentencia del superior tribunal. Había además una razon política que influia en el ánimo de Dorrego para no conmutar la pena impuesta.

Los criminales pertenecían al partido federal que con tanto desvelo había formado y encabezaba.

Perdonando él, debía atribuirse su clemencia á la mezquina razón de que procedía así porque los asesinos eran correligionarios políticos, lo que importaría un descrédito terrible para su partido.

Así que entraban al Congreso las personas acompañadas por Agrelo, dispuestas á esperar sus compañeros, se encontraban con que en Coronel Dorrego que le mostraaba lo inconveniente de la reunión, rogándole se retiraran.

—No conviene, les decía, ni política ni socialmente el perdón de estos cobardes asesinos, cuyo delito no tiene una sola atenuación.

Yo les ruego pues, que se retiren y no se reunan con este objeto, que compromete todos los principios en que está basado nuestro partido.

—Es que no debemos de olvidar que al fin son federales, respondía alguno, y miembros de la

primera sociedad, que han tenido la desgracia de cometer tan atroz delito.

—Lo que no debemos de olvidar es que son dos asesinos aleves que deshonran nuestro partido y á la sociedad que pertenecen.

Dejemos cumplir los fallos de la ley que es lo primero que debemos respetar.

Los congresales que oían expresarse así al Coronel Dorrego, tan estimado por sus talentos como por su carácter, se retiraban convencidos. De modo que cuando Agrelo regresaba con nuevos diputas, los anteriores que el creía esperando se habian retirado.

—Es inútil, decía Dorrego á los recien llegados, haciendo sus convenientes argumentos. De todos modos, no podrá reunirse el Congreso por falta de número, pues todos los que han venido se han retirado ya, convencidos de que no deben insistir.

Los que no hubieran cedido á sus palabras, hubieran tenido que ceder ante la evidencia del último argumento.

Cuando el doctor Agrelo se convenció, entrando á la sala, que creia llena de diputados, que sus trabajos habian sido estériles, no había ya tiempo material para recomenzarlos.

¿Quien y como había hecho retirar á sus amigos, faltando al compromiso sagrado con él contraído?

No podia atinar con la causa, comprendiendo que no debía entrar á averiguarla inmediatamente, pues necesitaba los momentos para tentar algun recurso supremo.

Aquel trabajo tan eficazmente hecho, sus amigos faltando á la palabra empeñada, no podia ser obra sino del gobernador Dorrego, y así lo comprendia el doctor Agrelo.

¿Que hacer, cuando el que debia perdonar era el más empeñado en deja ejecutar la sentencia?

—No importa pensó, yo lo pondré entre la espada y la pared, tendrá que perdonar ó quedar como un hombre sin sentimientos humanitarios.

El doctor Agrelo, con una tenacidad digna de

causa más justa, se puso á meditar sobre los últimos y eficaces recursos que podía contar.

La paz con el Brasil era el acontecimiento del día y este podía muy bien ser el pretexto para una nueva petición de gracia.

Pero faltaba el hombre á propósito para hacerla, de manera de no ser desairado.

Se necesitaba una gran influencia á la que Dorrego no pudiera negarse, á pesar de todo su empeño.

De pronto Agrelo, con una expresión de súbita alegría se dió un gran golpe en la frente, se levantó de su escritorio y se abalanzó sobre su sombrero. Tal era su deseo en salir airoso, que parecia andar detras de su propia vida.

Los mismos reos no hubieran hecho tanto.

Agrela acababa de encontrar un hombre, la influencia irresistible que tanto habia buscado, después de tener el pretexto más famoso: la paz con el Brasil, acontecimiento que no se habia confirmado oficialmente y que el pueblo festejaba ya.

¿Quién mejor para patrocinar la petición, que la gloria del día, el vencedor heróico de la escuadra brasilera, que acababa de destruirla y apresarla?

¿Quién más aparente en fin que el legendario Almirante Brown, que acababa de ceñir una inmortal corona sobre la frente de la patria?

Sin pérdida de tiempo, el doctor Agrelo se fué á buscar al heróico marino, esponiéndole brevemente el objeto de su visita. El Almirante Brown, como todo hombre de su temple, poseía un corazón bondadoso y magnanimo.

Apenas escuchó lo que Agrelo le decia, se dispuso á salir haciendo suya aquella causa piadosa.

El noble marino se había enternecido con la pintura que hizo Agrelo de la desesperación de la esposa del reo, que imploraba piedad con su hija en los brazos, y se dirigió inmediatamente á casa de Dorrego.

—Espéreme usted aquí, dijo á Agrelo, que si algo valgo yo para el gobierno de Buenos Aires volveré trayéndole una buena noticia.

—Y la traerá, pensó Agrelo triunfante.

¿Como va á desairar Dorrego á un hombre á quien tanto debe la patria, á la gloria más palpitante de la República?

Cederá, y en esta lucha gigante habré vencido á pesar de todo su empeño. El Almirante Brown se trasladó inmediatamente á casa del Coronel Dorrego.

Después de los primeros saludos y cumplimientos, el noble marino espuso el objeto de su visita tan á deshoras, con palabras sencillas y conmovidas.

—Es un deber de humanidad, concluyó, en celebración de la noticia de la paz con el Brasil, yo pido al gobierno de Buenos Aires la vida de esos desgraciados.

Dorrego empezó á defenderse debilmente con los argumentos que ya conoce el lector.

Era un crimen horrendo, cuyo perdon seria una injuria lanzada á la faz de la sociedad.

—Si la sociedad argentina es capaz de indignarse porque el gobierno perdona la vida de dos miserables, yo asumo la responsabilidad de esa indignación, dijo aquel hombre eminente, y terminó asi:

—En nombre de los pocos servicios que puedo haber prestado á la patria y hasta como recompensa de ellos, yo pido humildemente al gobierno, único que puede perdonarlos, la vida de esos dos hombers. Brown, cumplia noblemente la palabra empeñada á Agrelo.

Si algo valia él para el gobierno, Marcet y Arriaga serian perdonados.

Dorrego estaba vencido por el momento, pero aun le quedaba un recurso para evadir el compromiso. No queria negarse al pedido del marino, pero no queria tampoco conmutar la pena.

Está bien dijo, desentendiéndose de las últimas palabras del marino.

Usted me pide la vida de esos asesinos, en celebración de la paz con el Brasil, cuya noticia no ha llegado aun.

Yo voy á hacer un esfuerzo, faltando á mi deber y á mi conciencia, en obsequio al Almirante Brown.

Si la noticia esperada llega antes de la hora de la ejecución, doy mi palabra de honor que conmutaré la pena de muerte.

—Sí, llegará, dijo el marino sonriendo noblemente, y el Coronel Dorrego habrá realizado una acción noble. Y tendió afectuosamente la mano á aquel militar tan bravo y tan recto.

El Almirante Brown regresó apresuradamente á su casa, á comunicar á Agrelo el feliz resultado de su misión. Grande y espansiva fué la alegría del abogado al recibir la feliz noticia de su triunfo.

—¿Y llegará á tiempo? preguntó.

—Respondo que si á no ser que se cruce, algun contratiempo inesperado.

La nave portadora de la gran noticia, segun mis cálculos, y á más tardar, estará en nuestro puerto mañana de madrugada; nada me extrañaría verla llegar de un momento á otro, pues no sería extraño que en este mismo instante anclara en el puerto.

Agrelo después de agradecer efusivamente y en nombre de todos, el gran servicio que debían al Almirante, se retiró ávido de llevar la noticia á la esposa de Marcet, cuya aflicción debia ser terrible, pues desde las doce de aquel día, tanto Marcet como Arriaga estaban en capilla.

¿Triunfaba Agrelo y quedaba vencido Dorrego? Quien sabe! Este era tambien un hombre de grandes recursos, y su compromiso estaba basado en un determinado suceso.

Si el buque portador de la noticia de la paz no llegaba antes de las 12 del día, no había para los reos salvación posible.

Pero Dorrego, como el Almirante Brown, sabian que el buque no podia tardar y que cuando más tarde, llegaría á la madrugada del día siguiente.

Y en este caso, no tenia más remedio que cumplir la palabra que había empeñado.

EN CAPILLA

La notificación de la sentencia de muerte aprobada había producido en los presos una impresión terrible. Arriaga había recibido la noticia con una resignación de mártir.

El estaba intimamente arrepentido de su crimen, y hasta deseaba morir para librarse de aquella visión sangrienta que lo perseguía continuamente sin dejarle un momento de reposo.

Aceptaba la sentencia como un justo castigo del cielo y deseaba se cumpliera cuanto antes. Solo una inmensa pena lo mortificaba hasta el llanto.

La afrenta que su muerte ignominiosa dejaria sobre la frente de su anciano padre. Pobre viejo!

¿Podría resistir á su edad aquel golpe de muerte que le asestaba el sér que más amaba en el mundo y por quien no habia omitido sacrificio alguno?

¿Como arrostrar su presencia en aquella última despedida?

El momento no podía ser más terrible para aquel joven en quien el crímen solo fué obra de un momento del extravío fatal.

El catorce, el noble anciano se presentó en el calabozo de su hijo desgraciado.

Iba á proporcionarle todo aquello que pudiera consolarlo y hacer menos duro el trance amargo. Al verse, se precipitaron uno en brazos del otro, llorando como dos criaturas.

Ninguno de ellos tenía el coraje de dirigirse la palabra. Y así permanecieron un larguísimo rato, mezclando sus sollozos y oprimiéndose fuertemente.

—Hijo mío, dijo por fin aquel noble anciano—duro es el destino que nos separa, pero creeme que muy pronto nos hemos de reunir—tu muerte no es más que el sudario que baja sobre mi cuerpo.

Yo te había preparado un porvenir bien diverso, pero que hemos de hacerle! contra el destino no se puede luchar!

Aun hay mucho que hacer en el sentido de la

gracia que puede hacer el gobierno—quien sabe si Dios no nos ayuda en este último trance!

—Perdon, padre mío, exclamó Arriaga, besando la noble frente del anciano, es mejor que muera, porque la vida me causa horror.

Oh! las leyes, las leyes son estúpidas, porque ellas estan empapadas en las leyes mezquinas de la humanidad!

El verdadero castigo de mí error no está en la muerte sino en la vida, padre mío!

Acepto tranquilo la muerte horrible que me brinda la justicia de los hombres, pues comprendo que no tendría fuerza para luchar con mis remordimientos, que es el castigo impuesto por Dios. ¡No pidan gracia para mi! dejen cumplir la ley.

—Pero mi corazón no puede transigir con esto, porque yo te amo sobre todas las cosas, hijo de mi alma.

Es preciso que vivas, yo quiero que vivas, para que puedas sonreir á tu viejo padre. Y el buen anciano rompió á llorar con más amargura que nunca. Aquello era para Arriaga un tormento insoportable.

—Bueno padre mío, dijo Arriaga, yo espero de usted la última manifestación de su cariño abnegado.

Si es cierto que la muerte lo miro como un beneficio, tambien es cierto que la afrente del banquillo me aterra. Quisiera morir, pero tranquilo sin pasar aquella vergüenza horrorosa; y esto está en sus manos, padre mío. El único medio de evitar esto y proporcionarme una muerte tranquila, es morir por mí mano, antes de la hora fijada.

—¿Pero que puedo hacer yo?

—Todo! con un frasquito de ópio ó cualquier sustancia envenenada saldremos de esta situación tremenda.

—Pero lo que me pides es horrible; que yo mismo te proporcione los medios de muerte, es un crímen que jamás me resolveré á cometer!

—Pero ese no es crímen, padre mio, es evitarme

una muerte ignomiosa, proporcionándome los medios de sustraerme á ella!

Se lo pido como la última prueba de su cariño hacia mí, y en nombre de mi buena madre que nos mira desde el cielo.

—Sea así, dijo el anciano—que Dios me dé las fuerzas necesarias para apurar esta nueva desventura con mi razón sana.

Y salió del calabozo de su hijo sin saber lo que pasaba por su espíritu.

—Pobre padre! murmuró el joven al verlo salir. Si hubiera pensado un momento en él, me hubiera detenido aun al borde del abismo!

Ya no hay remedio! concluyó—todo ha concluído para mí!

Y dobló la hermosa cabeza sobre la palma, esperando la vuelta del anciano, única salvación posible.

El pobre padre fué á consultar al defensor de su hijo, quien le aconsejó accediera al pedido, recomendando al joven no hiciera uso del veneno hasta el último momento.

—Se hacen aun algunos trabajos en el sentido de obtener gracia, dijo, y no es descaminado suponer que algo se obtenga.

Arriaga, valiéndose siempre de sus buenas relaciones consiguió un frasco de ópio preparado que llevó á su hijo.

—Te traigo lo que me pediste, dijo sollozando, pero solo te lo daré á condición de un juramento solemne.

Dictelo usted padre mío.

Pues bien, has de jurarme por la memoria de tu santa madre, que no has de hacer uso del veneno hasta el último momento.

Arriaga pensó que si el gobierno les perdonaba la vida tiempo tendría de matarse, é hizo el juramento que su padre le exigia, recibiendo en cambio el frasco de veneno.

—Mañana seremos puestos en capilla, le dijo, lo

que yo aprovecharé para reconciliarme con Dios, y pedirle perdón por mis delitos.

Y esperaré tranquilo hasta el último momento, en que tomaré el veneno. El anciano se retiró dejando á su hijo más consolado. Desde que recibió el veneno, Arriaga estaba mucho más alegre y comunicativo.

Entre tanto la notificación de la sentencia había hecho un efecto muy diverso en el asesino Jaime Marcet. Su mirada habia adquirido todo el apogeo de su expresión feroz, y al conocerla habia lanzado un terno horrible contra los jueces que la pronunciaron. A pesar de todo, no han de saciar en mí su estúpida sed de venganza, dijo: nó han de matarme, aunque tenga yo que revolver el cielo y la tierra!

Los mismos guardianes de aquel hombre quedaron aterrados ante aquella expresión de maldad espantable. Es que Marcet se quitaba la careta, dejando brillar en su semblante toda la deformidad de su espíritu. Era la expresión punsante del asesino frío y malvado. Su esposa, siempre con la pequeña Dolores en los brazos, estuvo á verlo para alentar en él la última esperanza.

—Aun no se ha perdido todo, la decía pues nos queda el recurso de la gracia. Y su mirada brillaba llena de abnegación y de cariño.

—Agrelo me ha redactado una petición al gobierno y me ha dicho que aun tenemos mucho que esperar.

—Agrelo es un estúpido como todos, exclamó el asesino.

¿Que talento es ese que no ha sabido destruir un sumario inícuo, sin pruebas de convicción y por simples indicios tan estúpidos como los que los han buscado?

Vaya con la tal defensa! más valía no haber hecho ninguna!

—No seas injusto! respondía la pobre mujer, que ese hombre aun hace esfuerzos sobrehumanos por salvarlos!

Y si se salvan, á él lo deben esclusivamente.

—Está bien, dijo Marcet, lo que es yo, á mis uñas me atengo, que lo que por mí no haga yo, no ha de hacerlo nadie.

Que Marcet era un bandido en toda regla, no había la menor duda. La policía se había echado sobre sus papeles y había hallado cosas monstruosas. En su correspondencia amorosa, que imprudentemente guardaba el asesino, había cartas que revelaban sus tentativas de envenenamiento contra su propia consorte.

Llamada esta á declarar sobre aquel hecho terrible, la noble mujer lo había negado redondamente, asegurando que su marido fué siempre para ella un modelo de virtud y de amor conyugal.

—Jamás ha cambiado conmigo una palabra, dijo, que no sea una caricia.

Era hasta donde podia llegar aquella noble mujer, que mentia con palabras que revolvían las llagas de su corazón.

Y no habló una sola palabra á Marcet sobre aquel incidente—¿á que ir á turbarle la poca tranquilidad de que aun pudiera gozar?

—Mira, dijo á su esposa el asesino: yo no he de morir en el banquillo, porque no he nacido para eso

—Ya te he dicho aun hay esperanzas, exclamó llorando la buena mujer.

—Mucho me alegro, pero necesito estar prevenido para el último caso.

Si todo fracasa, si todo se lo lleva la trampa; es necesario que yo tenga los medios de hacerme volar los sesos antes de salir á divertir con mi muerte é un pueblo de haraganes y curiosos.

Es preciso que me traigas mis pistolas que aun deben estar cargadas en mi ropero, esto si quieres que muera tranquilo y bendiciéndote.

De otro modo, en mi hora suprema, habré dudado de lo único en que tuve fé: tu cariño.

Marcet era hábil y atacaba á su esposa por el único punto en que podría hacerla ceder.

—Te las traeré, dijo, pero estoy convencida que no tendrás necesidad de usarlas.

Tengo fé profunda en los trabajos y promesas del doctor Agrelo.

—No importa, teniendo yo las pistolas conmigo estaré más sereno y esperaré más tranquilo el resultado de esos trabajos.

Jacoba acercó su Dolores á Mercet para que la besara y se retiró tan llorosa come siempre.

Marcet quedó paseando entre las cuatro paredes de su encierro como el tigre que recorre la jaula de sus barrotes, esperando siempre hallar un claro mas ancho que le dé salida.

Haría cinco minutos que la esposa había salido cuando entró al calabozo una hermosa dama lujosamente vestida.

Era la amante de Marcet que, en aquellos momentos solemnes hacia pública ostentación de su amor impuro. La mirada de tigre del asesino se iluminó en un relámpago de amor y satisfacción ante la hermosura de su amada.

—Bendita sea mil veces la muerte, dijo, que me proporciona el placer inmenso de verme amado por tí de esta manera!

Eres un ángel, mujer; digna de ser adorada con frenesí. La dama aquella sonrió cariñosamente, y después de haberse cerciorado que nadie la observaba, alargó á Marcet un frasco que llevaba en la mano. Era un veneno de rápidos efectos que llevaba preparado expresamente y á solicitud del amante.

—Toma, le dijo, es seguro y rápido, puedes beberlo una hora antes.

—Dulce muerte! dulce y querida muerte la que me viene de tu mano!

—No lo vayas á tomar antes, amor mío, dijo ella, pues no es imposible que el gobierno conmute la pena, los trabajos que se hacen son bien dirigidos.

—Ese Dorrego es un pillo y no cederá.

—Se le hará ceder tocando ciertos resortes.

No tengas cuidado que cuando ya todo se haya perdido, seré yo la primera en avisártelo.

—Así lo espero—quiero disipar con el fulgor de tus ojos, hasta las tinieblas de la muerte!

Y aquellos dos séres nacidos el uno para el otro se dieron un beso sonoro.

Era un beso de Satanás sobre los lábios de Lucrecia. La esposa fué menos afortunada que la amante. Poco habituada á los malos manejos, al volver con las pistolas, algo dejó á sospechar, pues el oficial de guardia, contra su costumbre, la detuvo y quiso registrarla.

—No me toque usted, dijo la noble dama viéndose perdida—aquí tiene usted lo que traigo—y presentó las pistolas.

El oficial las tomó sonriendo y la dejó pasar, sin temor de que llevara otro contrabando; tal era la ingenuidad de su palabra y el acento de verdad que habia en ellas. Cuando refirió á Marcet lo que le había acontecido, éste la trató duramente, dándole los calificativos más groseros

—La culpa la tengo yo que me meto con brutas, dijo, y la despidió bruscamente.

La pobre mujer ocultó el semblante entre el tierno cuerpecito de su hija y se retiró llorando amagamente. La falta de las pistolas había irritado á Marcet de una manera terrible. No quería las pistolas como había dicho, para escapar á la vergüenza del banquillo, pues poco le suponía esto. Es que antes de morir, se habia propuesto hacer una cosa terrible: hacerse llevar ante el juez Cueto con el pretesto de declarar, y descargar sus pistolas sobre el recto magistrado, á quien tan milagrosamente salvaba la Providencia.

A la mañana siguiente se presentó la esposa, llevando la feliz nueva de la promesa hecha por Dorrego al almirante Brown. El buque se espera de un momento á otro—todo el pueblo espera su venida en la costa—tu vida será salvada.

—Dios te oiga y tebendiga, dijo Marcet, que había cambiado de táctica—ahora me parece que respiro con más libertad.

A las doce de aquel día los reos fueron puestos

en capilla, con todas las formalidades de tan fúnebre ceremonia. Ambos iban acompañados del sacerdote que debía asistirlos hasta el último momento. Por una precaución natural, ó por alguna sospecha que había concebido, el comandante de la guardia se acercó á Arriaga á quien registró y despojó del frasco de ópio. Arriaga palideció y dos gruesas lágrimas corrieron por sus pómulos. Le habían arrebatado su última esperanza, ya no podría evadir la vergüenza.

—Cobarde! exclamó el impávido Marcet, con punzante desprecio.

Es preciso que tengas valor para morir!

—Y tú me insultas, tú me llamas cobarde! gritó Arriaga sin poder contenerse—te hacía el honor de creerte menos miserable y respetar siquiera mis últimos momentos.

—Calla imbécil y aprende de mí—cuando la muerte no puede evitarse se desprecia.

—Ah! infame, exclamó Arriaga que sentía por Marcet un odio creciente, á medida que se acercaba el fatal momento-- yo no quería evitar la muerte sino la vergüenza!

Veremos como mueres tú mismo, que tan bravo te muestras.

—Voy á anticiparte una prueba—mira este frasco—es un veneno que tenía para escapar al banquillo—tómelo usted señor oficial.

Ya ves el miedo que me inspira la muerte y el pueblo de miserables que irá á curiosear ávido de hallar en mí alguna muestra de cobardía. Tú serás el que no llegará al banquillo por tus propios pies. Allá veremos de quien ríe ese populacho feroz que va á vernos asesinar de la manera más alevosa, según la voluntad de un hombre que se llama juez. Es delito matar, exclamó enfureciéndose poco á poco, por cualquier motivo.

Pero no lo es cuando el móvil de un asesinato es hacer *costas* y complacer á un miserable que se titula fiscal y que á la faz del mundo pide la cabeza de uno ó más hombres! ¡Oh! hermosa teoría!

Esto es lo que se llama la ley suprema y sagrada!... miserables!

Los reos entraron en capilla, excitado aun Marcet por sus últimas palabras, y buscando Arriaga algún medio de castigar las injurias de aquel asesino causante de su desgracia. Dos horas después de estar en capilla, pidió Arriaga se le recibiese una declaración importante que iba á prestar. El juez de la causa acudió inmediatamente, y Arriaga, deseando vengarse de Marcet, hizo esta exposición violenta, asegurando bajo juramento que:

Quince días antes del 5 de Julio, fue invitado por Marcet y Alzaga para asesinar á Francisco Alvarez á lo que se negó horrorizado.

Que á los ocho días le pidieron dijese á Alvarez que cuando quisiese podía ir á ver el piano que iba Alzaga á venderle.

Que cumplió esta comisión creyéndola de todo punto inocente, no sabiendo entonces los resultados que tuvo.

—El dia 5 de Julio, después de comer, agregó, me dijeron que repitiese el recado y que aquella noche debía quedar acorde acerca del piano, pues Catalina, la esposa de Alzaga iba á desalojar los altos y retirarse á Barracas.

A la tarde desempeñé el encargo y como Alvarez me había encargado un frezadón de Córdoba y un poco de arrope, lo llevé á mi casa pues había recibido esos artículos, pero no gustó del frezadón, recibiendo solo el arrope. Arriaga permaneció silencioso un momento como si juntara sus recuerdos, y prosiguió con toda entereza.

—De allí acompañé á Alvarez hasta la esquina y aun hasta la puerta de los altos, qne se abrió para darle paso.

Al poco rato salió Marcet y me retirá yo también.

Fué desde allí que me dirigí á casa del coronel Deesa, empantanándome en el camino, de donde nacían las manchas de barro de que se ha hablado.

De alli pasé á casa de Marcet, donde me lavé las

manos. Al dia siguiente me convidó Marcet á comer y sin hacerlo, salimos á las 3 de la tarde.

Compró éste dos esponjas y con el criado que llevaba un lebrillo con cal mojada y una orza de agua, todo envuelto en un lienzo, nos dirigimos á los altos, en cuya escalera mandó Marcet quedar al criado. Subimos los dos, y cuando vi en la segunda pieza el charco de sangre, no pude dominar mi conmoción y me desmayé. Vuelto en mi, á causa de los sacudones que Marcet me daba, dijome que me tranquilizara, que aquella sangre provenía de una niña que había abortado allí la noche anterior. Más tranquilo por aquella referencia que crei, le ayudé á lavar y fregar el piso. En la prisión recién me ha revelado Marcet el asesinato en todos sus detalles, explicándome que habían concurrido otros individuos que no quiso nombrarme, y que con los pañuelos de olan, marcadose on los nombres de sus dueños le amarraron la cabeza, por estar dividida del cuerpo, jactándose de ser élquien lo degolló.

Que el mismo Marcet le dijo que en poder de Carlos Terrada estaba el reloj que llevaba Alvarez aquella noche y que él con Alzaga fueron á las 12 de la noche á ejecutar el robo.

Que esto lo declaraba en último trance, dijo, para alejar de sí, la mancha de asesino y ladrón que se proyectaba sobre su frente.

Consultó el juez á la cámara sobre esta declaración de última hora y el descargo de Marcet que decia:

Que Arriaga, por resentimientos particulares estaba dispuesto á arrojar sospechas sobre Azcuenaga y Terrada y que queriéndolo él disuadir de este paso, solo habia logrado que prescindiese del primero, por lo absurdo de la sospecha, dados los antecedentes de este joven.

—Lo que de mí dice, solo lo ha hecho por vengarse de una filipica que le eché esta mañana, según pueden declararlo el comandante de la guardia y el mismo cura Ladrón de Guevara.

Reunido el superior tribunal á las 5, resolvió

que, sin embargo de la ilegalidad y estemporaneidad de la exposición hecha por Juan Pablo Arriaga, se agregara ésta al proceso, como documento que justificaba más el delito porque había sido destinado.

LA EJECUCION

Aquella noche, última noche de la vida, la pasaron los reos en una tranquilidad perfecta. Cenaron ambos con buen apetito, y se reconciliaron con Dios pidiendo perdón por su falta. Arriaga estaba sereno, demostrando un valor tranquilo y una inalterable decisión de arrostrar la muerte con altura, acatando humildemente el fallo de la justicia que lo condenaba.

A las tres de la mañana, más ó menos, se recogió apaciblemente y se durmió unas tres horas.

Marcet estaba asombrado de la entereza de aquel joven á quien había juzgado siempre cobarde en último grado. Marcet estaba también conforme, porque no tenia otro remedio. De cuando en cuando se veía brillar su mirada llena de soberbia y amenazante.

Se erguía con insolencia y amenazaba con el puño á alguien que ocupaba su imaginación.

El no demostraba miedo ninguno y á las palabras de consuelo que le prodigaba el sacerdote, respondia sonriendo:

—Yo he de morir sereno y conforme, no tenga cuidado padre, que el miedo no se ha hecho para almas como la mía!

¿Quieren matarme? que buen provecho les haga, pero no les he de dar el gusto de verme morir con temor! Vive el cielo que se pegan gran chasco los que creen divertirse á espensas de Jaime Marcet.

No van á hallar en mi muerte la menor novedad! Veo que Dios ha tocado el espíritu de Arriaga dándole el valor que le faltaba—el chasco será pues completo—va á ser una función privada de todo

actrativo. El capellán lo incitaba á la resignación y al perdón de aquellos que lo hubieran ofendido.

—A todos perdono, si, menos á los imbéciles que decretan mi muerte con el mismo derecho que yo decretaria la de ellos.

También tendrán que responder de este crimen ante Dios, y tal vez su muerte no sea tan tranquila como la mía, pues sus últimos momentos serán amargados por mi recuerdo. Oh! un juez que se abroga el derecho que solo Dios tiene, no puede morir tranquilo! Así pasaron los reos aquella noche fatal. Marcet no había dormido ni un instante.

A la madrugada se recostó un momento y durmió un sueño perfectamente tranquilo. Nadie hubiera creído que aquel hombre esperaba la muerte dentro de unas pocas horas. A la mañana siguiente los dos comieron con verdadero apetito.

Media hora antes de salir al banquillo Arriaga pidió al capellan un poco de papel y tinta, y con mano segura y letra natural, estuvo escribiendo un momento.

—Esta es mi última voluntad, padre, le dijo—después de mi muerte quiero que sea publicada de manera que todos puedan conocerla. Es una tremenda lección de moral á la juventud.

El capellan guardó el billete, prometiendo cumplir este último deseo. Ya afuera de la cárcel empezaba á sentirse cierto movimiento, y el vocerío de la plaza llegaba hasta los reos.

—Mucha gente debe esperaznos dijo Marcet—muchos amigos tenemos! Y escuchaba aquellos rumores con una profunda atención.

Es que Marcet, sabedor de la promesa hecha por Dorrego á Brown, esperaba oir á cada momento el clamoreo producido por la noticia de la paz con el Brasil, clamoreo que importaba también la noticia de su salvación.

—¿Me conmutaran la pena de muerte por la de presidio perpetuo? pensaba el asesino. ¿Y que puede suponerse esto? añadia sonriendo—no hay presidio de donde no pueda escaparse un hombre como

yo, mucho menos aquí donde todo se reduce a una cárcel insegura y mal servida.

Oh! un mes, tan solo un mes de espera, y el cuello de Marcet no serviría de pasto á esa canalla! Y escuchaba y escuchaba, pero á sus oídos no llegaba otro rumor que el del pueblo aglomerado en la plaza de la Victoria!

¿Que había sucedido? ¿Porque tardaba el buque portador de la noticia, salido el día antes de Montevideo?

¿Era esto un accidente casual, ó era alguna treta de Dorrego para dar tiempo á que se ejecutara la sentencia de muerte?

Aquella mañana Agrelo, acompañando á la esposa de Marcet se había presentado en casa del Almirante Brown, á buscar algun consuelo, en la opinión del marino.

—¿Que puedo yo decirles? respondía mortificado aquel hombre magnánimo—el buque debía haber fondeado ya, y ni siquiera se avista.

—Y el tiempo pasa! el tiempo pasa! gemía la mujer desventurada!

Dentro de poco será ya tarde!

Y se iban á la capitanía del puerto, donde obtenían esta invariable respuesta:

—Nada se avista: solo un buque viene de la dirección de Montevideo, pero este no viene empavezado ni con señal alguna de ser el portador de la gran noticia. La angustia era suprema.

La mujer lloraba de una manera fuertemente conmovedora y el abogado dejaba ver todo el desaliento que lo dominaba.

El Coronel Dorrego sabía, como el Almirante Brown, que el esperado buque llegaría antes de la hora de la ejecución.

Sucediendo esto, los asesinos se salvaban, porque no tendría más remedio que cumplir su palabra, y sin faltar á ella, era preciso que no se salvaran. ¿Que hacer entonces? En cuanto se retiró de su casa el Almirante Brown, el gobernador Dorrego

mandó buscar á toda prisa un oficial de la capitanía del puerto á quien dió sus instrucciones para lograr el fin que se proponía.

—Ahora mismo, le dijo, sale usted con toda reserva, en la embarcación más apropiada para desempeñar esta comisión: Con rumbo á Montevideo, marcha usted hasta encontrar un buque que debe venir de allí con la noticia de la paz con el Brasil. El buque vendrá embanderado y en esto lo podrá usted conocer.

Una vez que lo encuentre hablará usted con el capitan, á quien de órden del gobierno, mandará usted que no avance una vara más hasta las 12 del día de mañana: aquí está la órden escrita, por si se ofrece algun inconveniente.

Y dió al oficial un pliego de papel, donde estaba consignada la órden que acababa de darle.

—Antes de embarcarse, lo que hará usted inmediatamente, agregó, dará usted órden á la capitanía del puerto de que, si se avistase el buque, que vá usted á detener, no lo comunique á nadie, absolutamente á nadie, hasta recibir nueva órden del gobierno.

El oficial partió velozmente á dar cumplimiento á su comisión, quedando el gobernador Dorrego perfectamente tranquilo. La justicia seria hecha de una manera completa, y los asesinos de Alvarez pagarían su crímen en el cadalso.

Hé aquí las razones porque no había llegado el buque, ni se tenían noticias de avistarse siquiera, á las diez de la mañana.

El oficial había encontrado el buque á solo una legua de la isla de Martin García, y había cumplido la órden de que era portador.

A las once y media de la mañana salían de la cárcel los dos reos, asistidos por el capellan Ladron de Guevara.

La fisonomía de Arriaga, en toda la potencia de su hermosura, aparecia tranquila y dulcemente resignada. Su paso era seguro y su actitud humilde pero digna. Ninguno de sus movimientos acusaba

temor. Un murmullo de simpatía y lástima se dejó sentir en la plaza á la vista de Arriaga y su actitdud era resignada y dulce. Un piquete de soldados lo custodiaba de cerca. El aspecto de Marcet era bien diverso: parecía el tigre revelado contra el domador á quien la cadena no permitiera llegar.

Sus ojos rodaban ferozmente en la órbita, con una expresión de odio profundo. Poco le suponía la muerte, pero no se conformaba con morir sin poder descargar sobre aquella muchedumbre el odio de que estaba lleno su corazón.

Miró al pueblo con una audacia infinita, irguió la cabeza, y marchó con una arrogancia suprema. No parecía un hombre que marchara al suplicio, sino á cumplir una amenaza tremenda.

Había en su mirada el resto de la insolencia impúdica, lanzado á la faz de un pueblo entero.

Aquel era un bandido de sangre que iba á hacer lujo de un inaudito desprecio de la vida.

Muy diversa fué la impresión que causó en el público la vista de Marcet, autor principal de aquel crímen, é instigador de sus cómplices.

Dice *El Tiempo* de aquella época, que tenemos á la vista, que nunca se vió en la plaza de la Victoria tanta gente reunida. Puede decirse que si todo el pueblo no estaba allí era porque no cabía.

Frente á la tienda del desgraciado Alvarez se levantaban las dos horcas donde debían suspenderse los cadáveres de los asesinos. Mas hacia el centro, se veían los banquillos que debían ocupar para recibir la muerte.

Frente á las horcas y detrás de la tropa que formaba el cuadro, se veía una agrupación de niños, en cuyas fisonomías podía verse todo el terror que sentían á la vista de la escena imponente que se preparaba. Eran los discípulos del educacionista don Rufino Sanchez, á quienes éste había llevado para mostrarles aquel tremendo ejemplo, como una formidable lección de moral.

Pasemos por alto las dolorosas reflexiones que sujieren estos actos de barbarie y sigamos narran-

do. Marcet y Arriaga, conservando la actitud que tenian desde la cárcel, marcharon al banquillo. Cuando Arriaga alzó la vista y miró las dos horcas, que se elevaban con su desnudez de infamia, se le vió temblar, palidecer y detenerse. Era indudable que en aquel hombre podia más el sentimiento de la vergüenza que el temor á la muerte.

Pero pronto se le vió rehacerse, oprimir la mano del sacerdote y sonreir dulcemente. Y siguió así tranquilo y resignado. Marcet miró las horcas con inaudito cinismo y sonrió con insolencia.

Poco después se sentaba en el banquillo, como quien toma asiento en un espectáculo entretenido. Fuera de toda duda, aquel hombre estaba dotado de un valor extraordinario. Su tranquilidad no era estudiada ni violenta. Era un hombre á quien la tragedia en que iba á representar el primer rol, no lo imponia absolutamente.

El momento terrible llegó por fin.

Los tiradores se acercaron á los reos, y dos minutos después, la muerte extendía su helado manto sobre el cuerpo de aquellos dos desventurados. Eran las 12 del dia.

El encargado principal de esta operación, especie de venganza ruin de la justicia, que llega hasta cebarse en los cadáveres, concluian su trabajo con el cadáver de Marcet, cuando la población era sorprendida por el alegre tañido de las campanas, y el estruendo de las salvas. Es que acababa de correr la noticia que llegabato do embanderado, el buque conductor de la paz con el Brasil.

Y aquel pueblo, entregándose á su justa alegría, olvidó por un momento el espectáculo que se ofrecia á su vista: los cadáveres de Arriaga y Marcet balanceándose sobre sus horcas de infamia!

La justicia de los hombres, si esto puede llamarse justicia, acababa de cumplirse en su detalle más brutal y cobarde: aquel lujo de ferocidad!

Los niños, aterrados aun por la vista de aquellos dos cadáveres, por cuyo pecho destrozado goteaba todavía la sangre, escucharon un discurso que

creyó prudente pronunciar el educacionista Sanchez, cuyo fondo era mostrar á aquellos el fin trágico que espera á los que marchan por la senda del vicio que recorren hasta el crímen.

Al dia siguiente el capellan Ladrón de Guevara, hacia en *El Tiempo* la siguiente publicación acompañando el billete que escribió Arriaga media hora antes de marchar á la muerte. Su lectura conmueve por la sencillez apacible en que está empapado. No se puede tener mayor conformidad en tan amargo trance!

CORRESPONDENCIA

Sres. Redactores de *El Tiempo.*

Muy señores míos: el desgraciado Don Juan Pablo Arriaga me pidió encarecidamente en los últimos momentos de su vida, publicar los sentimientos de que estaba poseído; y como, en mi concepto, nada puede decirse, que iguale en expresión y vehemencia á lo que, con este motivo produjo aquel infortunado joven, suplico á vdes. se sirvan insertar en su periódico el adjunto billete, copiado literalmente del que me entregó al partir al cadalzo.

Quiera, pues, el cielo que el último escrito de D. Juan Pablo Arriaga, se grabe con carácter indeleble en el corazón de todos, y muy particularmente en el de los jóvenes; que se extienda cuanto la memoria de su atentado, y le aprendan de memoria los padres é hijos de familia; pues sobre ser á propósito para la reforma de las costumbres, borrará las impresiones desagradables que produjo aquel, y eternizará su memoria aun más que su delito mismo. Si todos hubieran podido presenciar el rubor y serenidad con que salió al suplicio!

En el primero habrían visto reconocer la justicia de la indignación pública por su delito, y en la segunda habrían entendido que su corazón era superior á todas las desgracias, y bebía sin temblar el ingrato cáliz de la muerte, esperanzado en mejor vida.

No; D. Juan Pablo Arriaga, no salió al patibulo con frente erguida, como salieron Padilla y Bra-

vo, porque era muy diversa su causa: pero ni estos, ni ninguno, le aventajó en serenidad, y la prueba es el billete que escribió y me entregó al salir de la capilla, y que mostraré gustoso á cuantos quieran verle. Líneas rectas, caracteres iguales, puntuación exacta: no parece sino que le escribió al levantarse de la cama, en el dia de su mayor contento.

Repito que le mostraré gustoso á cuantos quieran verle; y añado que, en hacerlo, tendrá el mayor placer su muy atento servidor y capellan Q. B. S. M.

Tomás L. de Guevara y Guzman

BILLETE DE D. JUAN PABLO ARRIAGA

Falta media hora para salir al suplicio, y mi corazón siente más que la muerte, la infamia.

Por eso y para satisfacción de mis queridos padres, de mis parientes y amigos, y sobre todo, en obsequio de la religión católica en que aquellos me educaron, y es en este terrible momento mi único consuelo, autorizo al presbítero don Tomás Ladrón de Guevara, para que en los periódicos de esta ilustre capital, ó en el modo y forma que mejor le pareciere, haga entender á los vecinos de ella y al mundo todo, que mi corazón se resistió siempre al crímen; que si le cometí fué por efecto de las malas compañías, y que en cuanto á las verdades católicas nunca dudé de ellas, y menos en este trance fatal.

Sirva, pues, mi confesión de satisfacción á mis queridos padres, á mis dulces parientes y buenos amigos y sirva de escarmiento al mundo civilizado.

El infeliz y desgraciado.

Juan Pablo Arriaga.

En la capilla, á las 9 1[2 de la mañana del 16 de Setiembre de 1828.

Aquí termina la primera parte de esta tragedia sombría. Falta aun el largo drama en que fueron envueltos, hasta la muerte más trágica y desesperante que pueda imaginarse, algunas de las personas que han figurado aquí.

La vida que arrastró Alzaga y las personas á él íntimamente ligadas, inocentes víctimas de su crímen, ofrecen un tema de los más conmovedores.

Oh! el castigo de Dios fue más tremendo que el de los hombres!